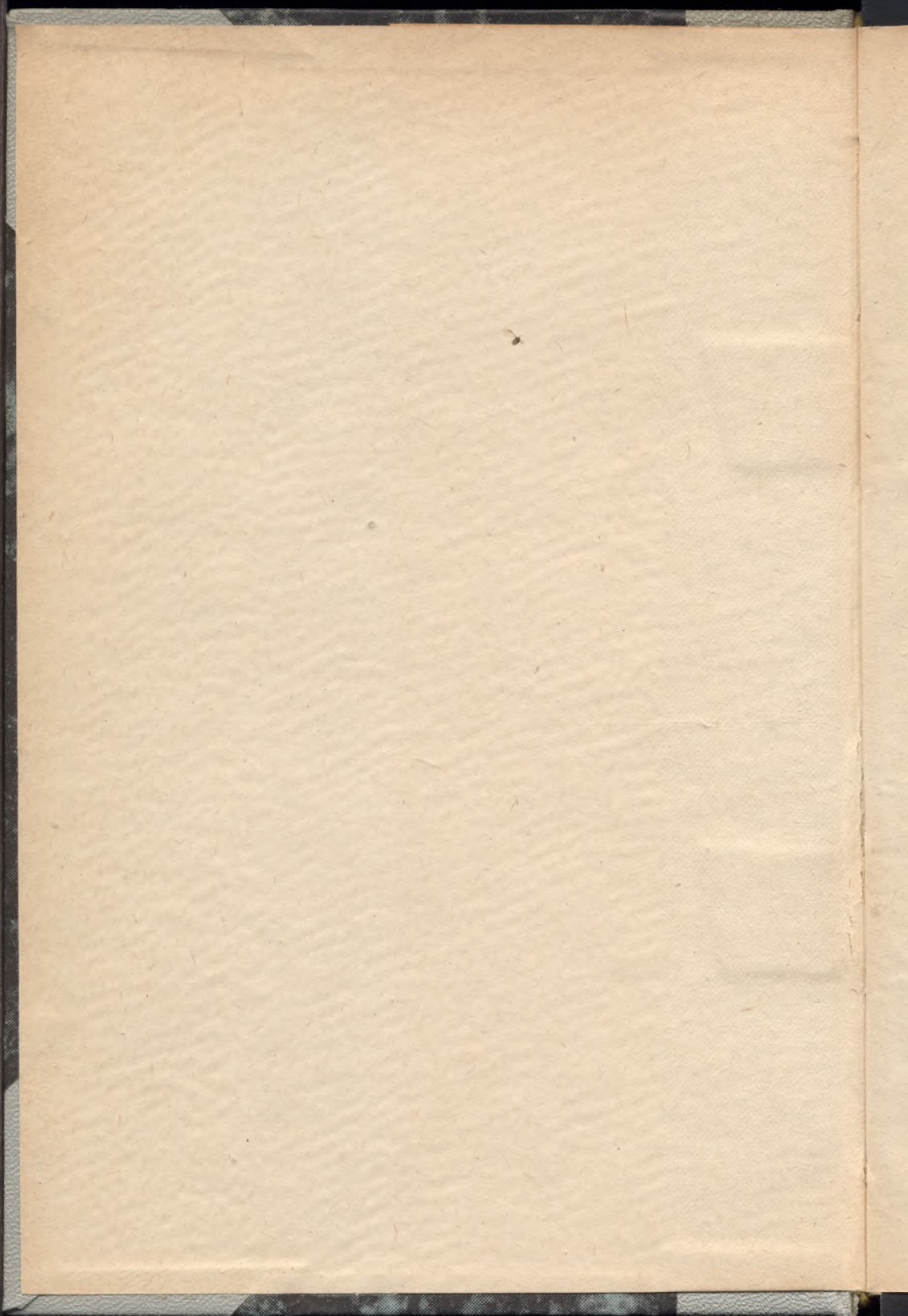
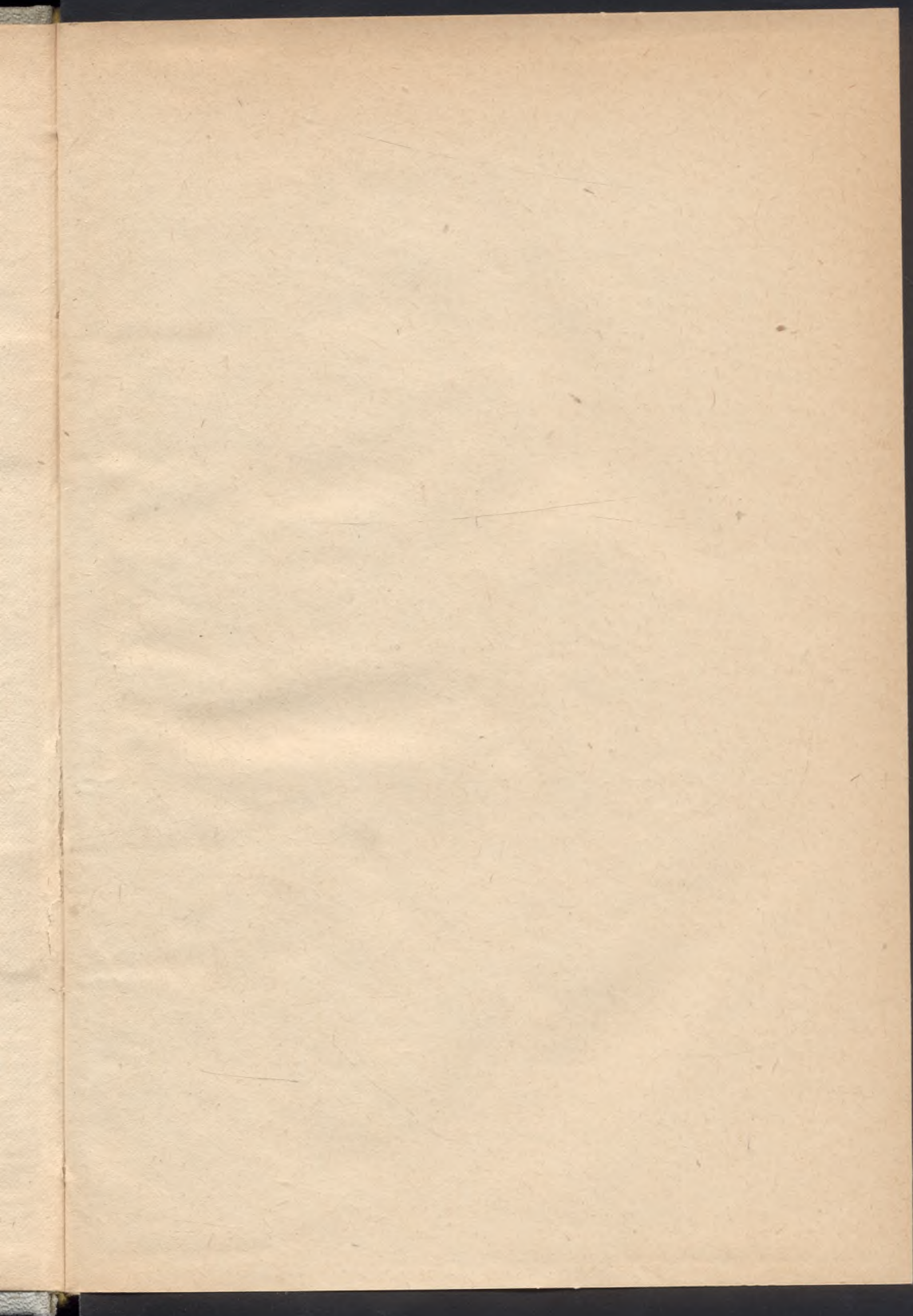
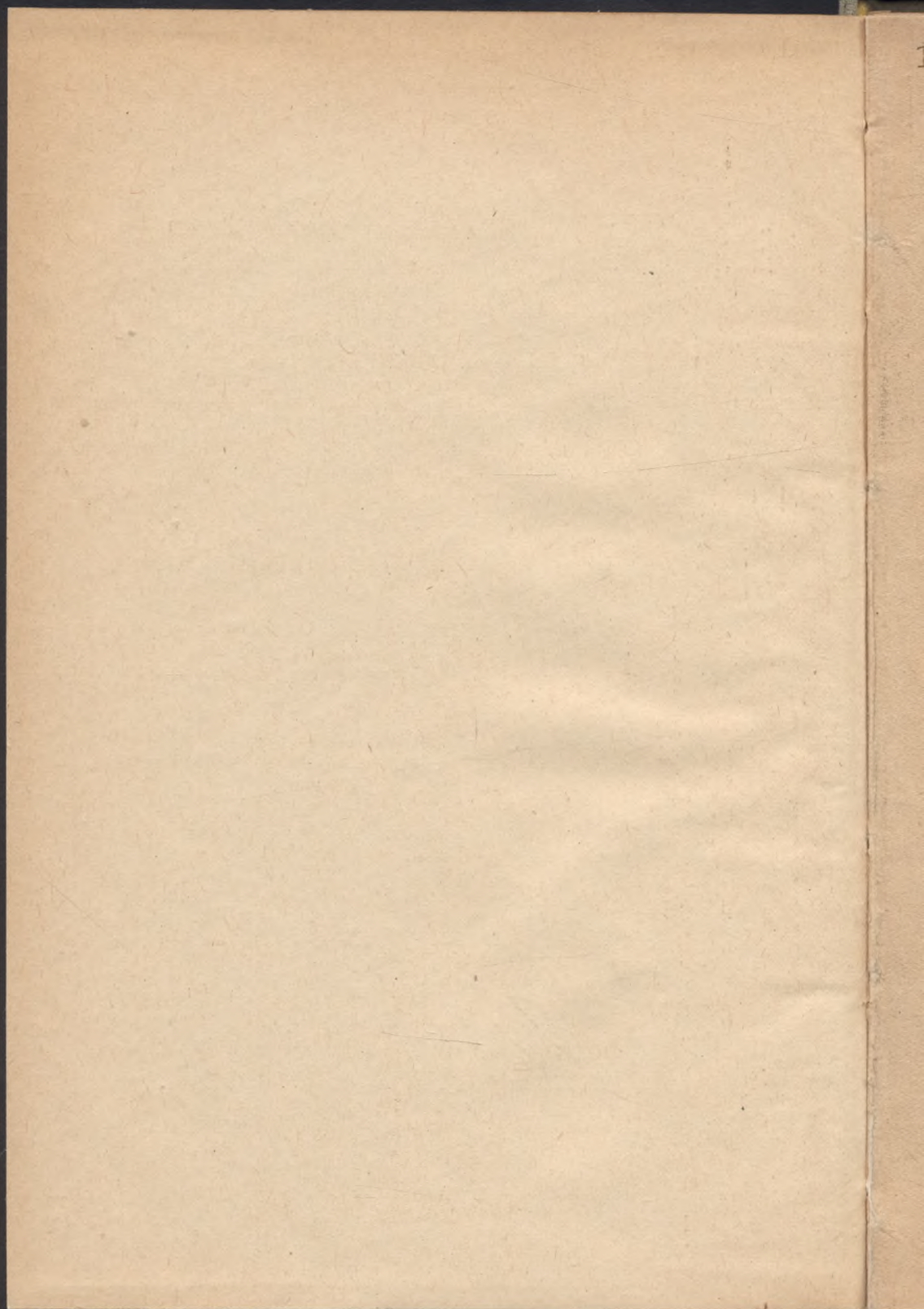


182.937

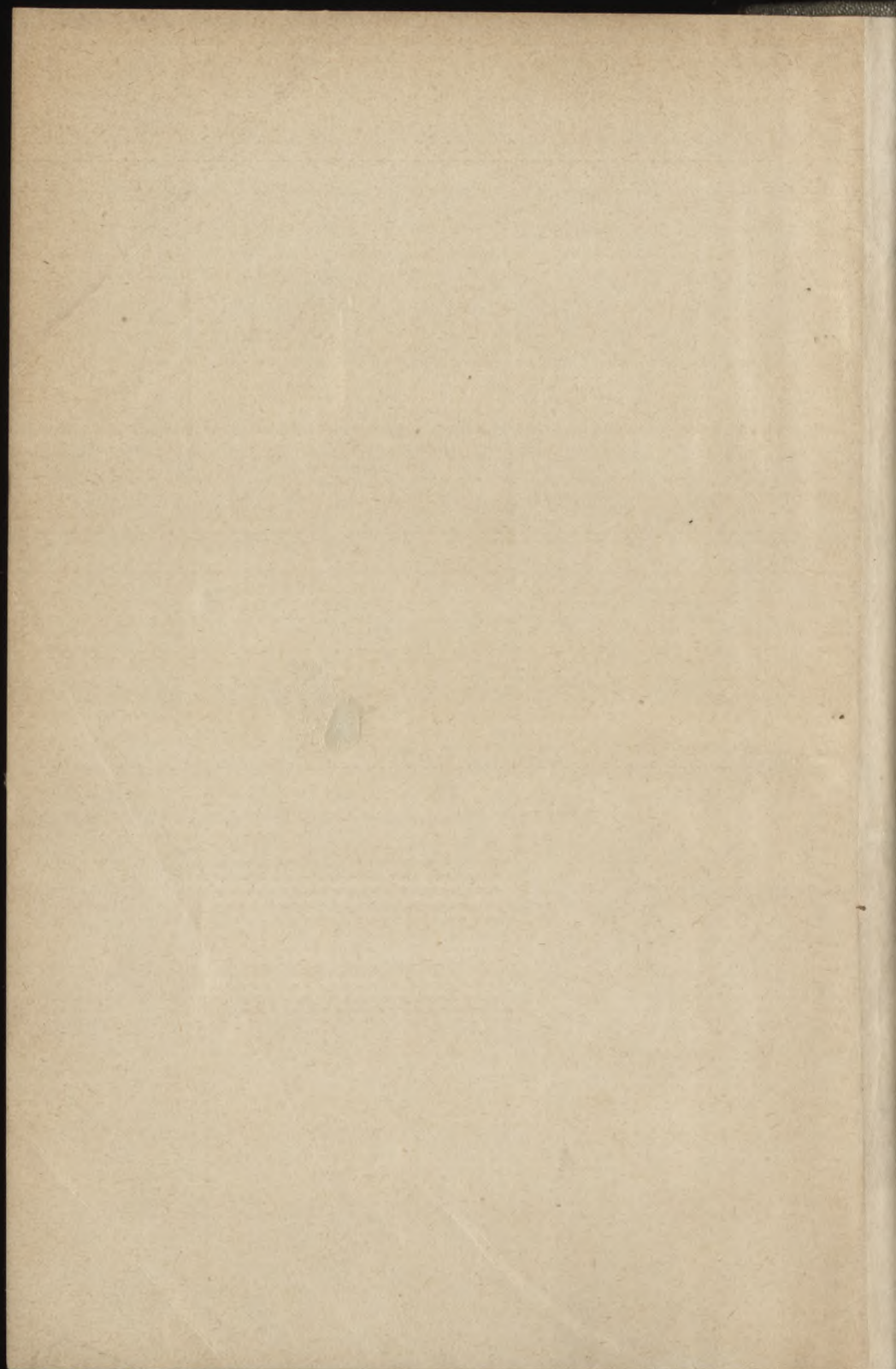
The image shows the front cover and spine of a book. The spine is a light cream color with a fine, pebbled texture. The number '182.937' is printed in a gold-colored font near the top of the spine. The front cover is primarily a dark, almost black, marbled paper with irregular, lighter-colored (greyish-white) patches and veins, creating a complex, organic pattern. The top-right and bottom-right corners of the front cover are reinforced with the same light-colored textured material as the spine, forming triangular shapes.



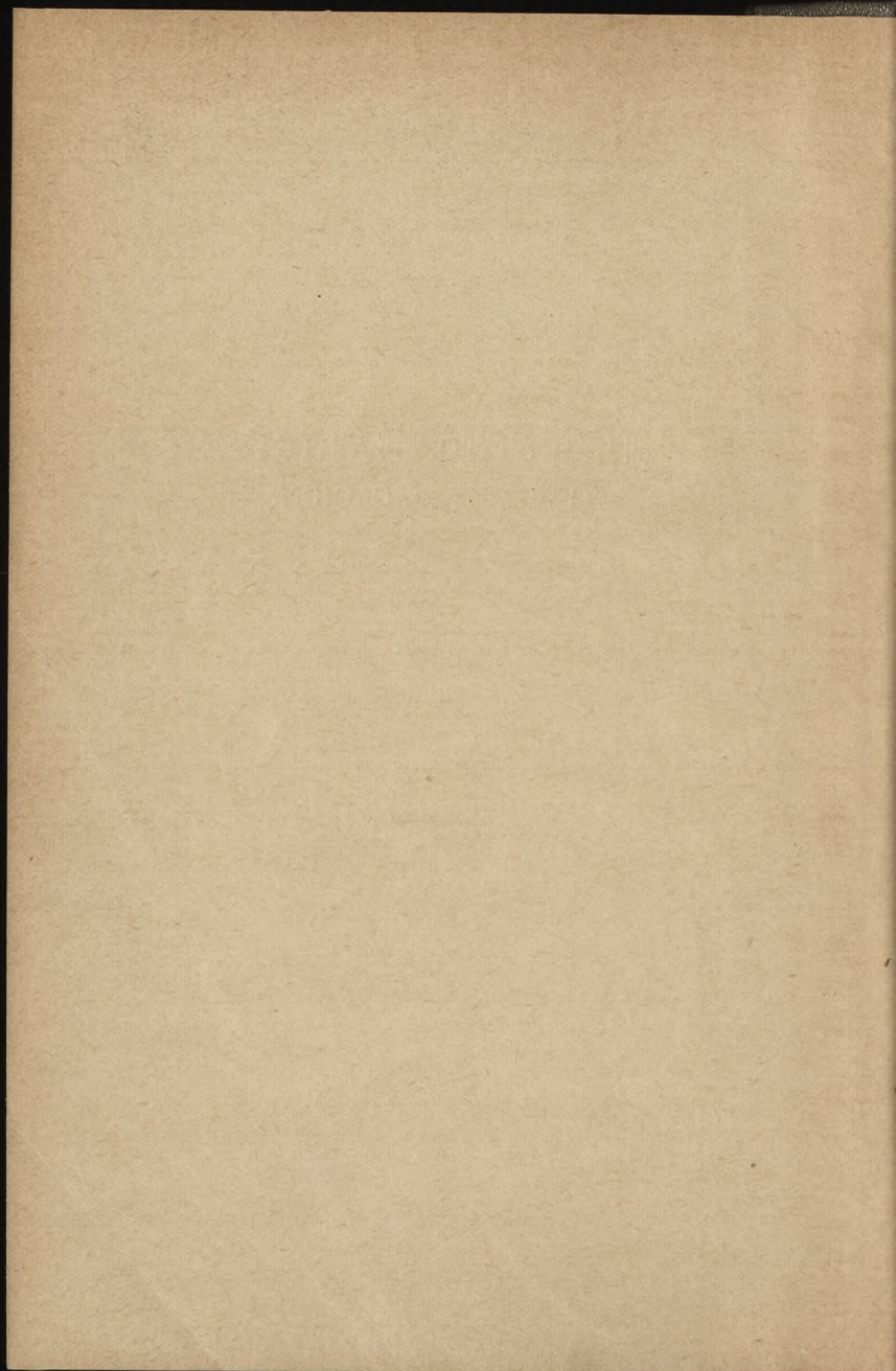




182937 -



EL PSICOANÁLISIS
TEORÍA - APLICACIÓN



BÉLA SZÉKELY

EL PSICOANÁLISIS

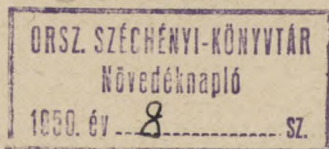
TEORÍA - APLICACIÓN

BUENOS AIRES
COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES
1940

COPYRIGHT BY
COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES
BUENOS AIRES, 1940



182937



Queda hecho el depósito que marca la ley núm. 11.723.

PROLOGO

Al desaparecer, quedamente envuelta en las sombras de Hampstead, el suburbio londinense, la ingente figura creadora de la llamada "Geología de la Psique", es decir, el hombre que con genial intuición consiguió agregar dos dimensiones (profundidad y tiempo) a la entonces superficial y estática ciencia de la vida mental, se hace más necesaria todavía la obra de revisión y de crítica serena de los resultados de su enorme esfuerzo.

Revisión y crítica que, para ser de provecho, han de realizarla los psicólogos que, dotados de un amplio eclecticismo doctrinal, no se hayan distinguido por su apasionamiento en favor o en contra del movimiento psicoanalítico o de sus consecuencias en la evolución ideológica de la Psicología actual, es decir, hombres de ciencia objetivos y neutrales, si bien no indiferentes, ante las luchas y conflictos que han rodeado y a veces perturbado la labor freudiana.

Un valioso aporte en este aspecto, que constituye además una apreciable síntesis descriptiva, nos lo ofrece el Prof. Bela Székely con el libro que estamos intentando prologar. Hombre bueno y erudito, adaptado al clima centro-europeo, este psicólogo húngaro —hoy, como tantos

otros, desplazado de su habitual ambiente de trabajo— se adhirió a la escuela psicoanalítica vienesa después de haber seguido a fondo las concepciones adlerianas y se halla, por tanto, en condiciones favorables para opinar acerca de ella. Además, ha realizado el milagro de dominar en breve tiempo nuestro idioma hasta el punto de ofrecernos esta labor, en versión original, casi directamente escrita en castellano, lo que si bien entraña la posible sorpresa de tropezar de vez en cuando con giros gramaticales un tanto extraños, tiene la enorme ventaja de no dar al público en forma adulterada el pensamiento del autor, como casi siempre sucede con las traducciones. Es así cómo quizás por vez primera el lector sudamericano tendrá ocasión de conocer una madura exposición de la obra de Sigmund Freud, sin tener que consultarla in extenso ni perder un ápice de su riqueza expresiva.

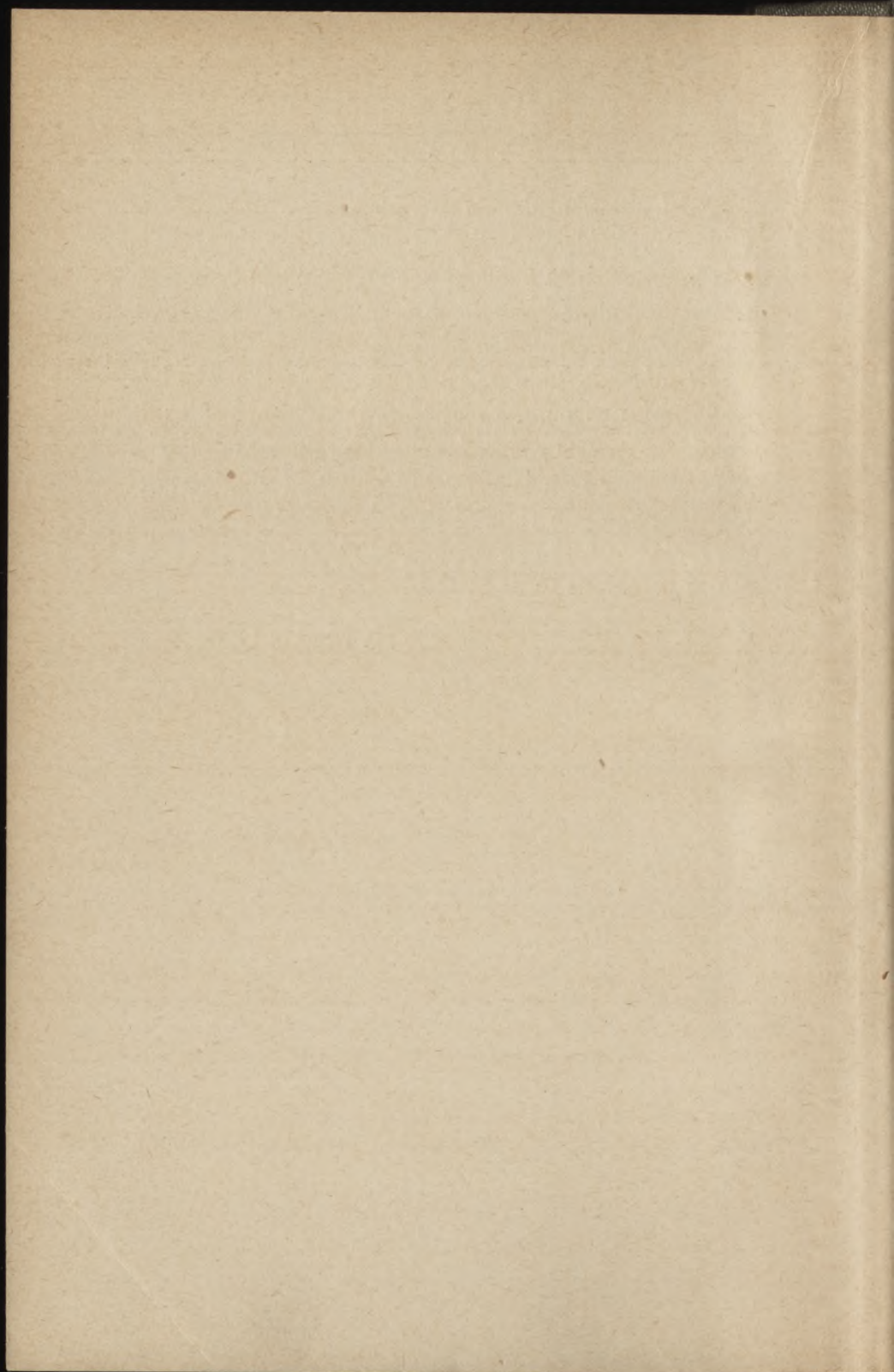
De otra parte, el interés de la versión de Béla Székely se ha evidenciado en el éxito que obtuvo el curso del Colegio Libre de Estudios Superiores en donde inicialmente la dió a conocer, en diez conferencias. Nunca se habían dado en Buenos Aires tantas lecciones acerca del psicoanálisis, ante un auditorio voluntario y de pago, que fuesen seguidas con creciente avidez. Por ello la citada Institución Cultural, atenta siempre a procurar la mayor difusión posible de sus logrados esfuerzos, ha decidido su publicación.

La única nota discordante e incomprensible en esta sucesión fáctica la dan las líneas que, por excesiva gen-

tileza del autor, acabo de escribir y cuyo único efecto positivo, probablemente, ha de ser el servir de ejemplo de la incompetencia habitual que un psicólogo tiene para prologar y realzar libros como éste que, a decir verdad, no requieren presentación alguna.

Si sabiendo cuán parva es su eficacia he accedido a redactarlas es porque me siento moralmente obligado a colaborar en este y en todos cuantos esfuerzos se hagan para mantener viva la inquietud espiritual y enhiesto el afán de superación cultural de todos los obreros intelectuales que nos hallamos circunstancialmente extrapolados en este paréntesis de la civilización.

EMILIO MIRA Y LÓPEZ.



INTRODUCCION

Este volumen contiene las conferencias que, en memoria de Sigmund Freud, he pronunciado, en octubre y noviembre de 1939, en el Colegio Libre de Estudios Superiores, de Buenos Aires. La forma y las circunstancias de una conferencia implican: palabra viva, una verdadera transferencia, en el sentido psicoanalítico, entre el orador y su público. La palabra se ablanda, se suaviza, pierde su agudeza, su exactitud. La transferencia hace de la conferencia una obra colectiva. Ahora, en cambio, reproducidas en este libro, esas conferencias han perdido la fuerza vital que les confiriera la palabra viviente; son, en el mejor de los casos, algo así como una fotografía de un cuadro multicolor. A pesar de todo esto espero que, en cierta medida, también el libro entablará con los lectores ese contacto que en mis conferencias percibí en todo momento, como un lazo de comprensión que me unía con mis oyentes. Con eso, este volumen alcanzará su finalidad: proporcionar una visión panorámica y una síntesis escueta de lo que son, hoy, el psicoanálisis y el freudismo.

Quisiéramos subrayar la limitación temporal: hoy. La muerte de Freud representa un recodo en la historia de esta joven ciencia y llegó con ello el momento de preguntarnos: ¿qué porvenir espera al psicoanálisis después de la desaparición de su creador?

En lo que respecta a su significación social, hacemos nuestras las palabras del escritor laureado con el premio Nobel,

Thomas Mann: "El psicoanálisis constituye quizá el elemento más importante para la construcción de un porvenir mejor y para el advenimiento de una humanidad libre de la servidumbre y de la ignorancia".

En cuanto al porvenir de esa ciencia, dejamos la palabra a Freud mismo: "La vida cambia y también el psicoanálisis cambia. Estamos en el umbral de una nueva ciencia. Yo mismo no soy más que un novicio en ella. He logrado sacar a luz los recuerdos grabados en las capas más recónditas del alma humana, pero allí donde yo he excavado algunos antiguos templos, otros descubrirán un continente".

Estamos convencidos de que el rumbo que ha de seguir esta evolución futura dependerá, ante todo, de una profunda revisión que quizá traiga consigo una modificación de toda la estructura doctrinaria del psicoanálisis. El último libro de Freud ya fué escrito bajo el imperio de este espíritu de revisión. En "Moisés y la religión monoteísta", Freud plantea una nueva teoría, según la cual las experiencias adquiridas en forma inmediata por nuestros antepasados son heredadas y, bajo la forma de material instintivo, se encuentran en el subconsciente aún virgen de las experiencias propias. Es natural que, justamente en el sentido freudiano, esta herencia constituye un producto social, resultante de la adaptación de nuestros antepasados a la estructura social dada en cuyo marco vivían y solucionaban sus conflictos. De modo que la relación: ser instintivo-sociedad, ya está representada, bajo la forma de material de instintos, en el subconsciente heredado. Pero, al implicar la tesis de que el hombre llega al mundo como ser social, aunque no del todo social, esta formulación es la más importante revisión de la doctrina freudiana que considera asociales a los instintos o, por lo menos, a gran parte de ellos. Además, con esta nueva formulación queda echado un puente hacia el "sentimiento de

comunidad" de la teoría adleriana y se plantea una nueva valoración de la doctrina del conflicto.

En otro sentido, esa revisión del psicoanálisis es de orden social. Una de las más importantes fuentes de error del psicoanálisis era la circunstancia de que, si bien había bosquejado el factor social, lo había desatendido en su importancia psicológica. Esta omisión hizo que la psicología individual de Adler buscara una solución de sus problemas precisamente en este terreno, desprendiéndose paulatinamente de la carga de los elementos psicológicos. Sentimiento de inferioridad, voluntad de poderío, compensación, son sólo valoraciones sociales cuyo contenido psicológico puede ser suministrado únicamente por el trabajo de investigación del psicoanálisis. Eso significa que han de ser incluidos en la labor psicoanalítica los elementos de utilidad práctica de la psicología individual, que no es una psicología, sino tan sólo un sistema rígido de educación o de reeducación.

Esto lo sentía y lo sabía todo psicoanalista práctico que no hubiera aceptado ciegamente el rencor con que se enfrentaban Freud y Adler, los dos "Padre Imago" —padres simbólicos— de dos "movimientos". Es de esperar que la muerte de estos dos grandes personajes de la vida cultural moderna produzca la desaparición de ese encono indigno del valor de la obra y lleve a una síntesis no influida por motivos afectivos...

Quizá surja también la nueva tendencia de compenetrar la ciencia médica con los conocimientos psicoanalíticos, junto al sistema hasta ahora practicado, de formar psicoanalistas profesionales y de proteger los intereses de la Sociedad Internacional Psicoanalítica. Es inútil plantear la alternativa de si se ha de formar buenos "psicoanalistas" o médicos y pedagogos psicoanalíticamente capacitados. Esa alternativa no existe: sólo por medio de ambos procedimientos puede llegar a ser el psico-

análisis lo que aún no es: bien común de la ciencia médica y basamento de la nueva educación.

Esa es la importancia histórica de la muerte de Freud con la cual concluyó el proceso de creación de una de las más importantes entre las nuevas ciencias: del psicoanálisis.

FREUD Y SU OBRA

"Una nueva verdad despierta resistencias de tipo afectivo, sostenidas sobre argumentos en contra de la doctrina propuesta; la polémica continúa durante cierto tiempo entre los partidarios y los impugnadores, aumentado cada vez más el número y calidad de los primeros, hasta que, al final, llegan a imponerse".

Freud.

Para el hombre, el secreto de su alma ha sido siempre un misterio más profundo que el del más allá. La sociedad aprovechó ampliamente este misterio y vemos así cómo, desde los curanderos y hechiceros de los primitivos, hasta las religiones mejor organizadas, trata siempre de crear una institución mediante la cual el hombre pueda ser conducido, llevado de la mano, aprovechada su inocencia frente al misterio de su alma. La humanidad se ha empeñado siempre en descubrir este secreto; pero al mismo tiempo producía instituciones que se oponían a ello. Todo el que se esforzara por olvidar una parte del secreto o que aún llegara a hacerlo, tropezaba con obstáculos, era declarado enemigo de la sociedad e incluso la ciencia oficial le repudiaba.

Entre los que han sacado a luz gran parte de ese secreto del alma se cuenta el hombre de ciencia: *Sigmund Freud*.

El significado de todo movimiento, de todo descubrimiento científico se mide única y exclusivamente por su *función social*. Ninguna obra del espíritu humano tiene valor por sí sola, aislada. La más concreta fórmula matemática, igual que el más

abstracto teorema filosófico, se miden y se valoran únicamente a través de la respuesta que pueda darse a esta pregunta: ¿qué significan para la humanidad? Más exactamente: ¿han hecho a los hombres más felices, o les han enseñado al menos cómo podrían llegar a ser más felices?

Siempre se trata de la felicidad de los hombres, de facultarlos para apreciar la vida.

El psicoanálisis aspira a determinar en qué medida el hombre puede lograr, bajo las condiciones sociales dadas, su equilibrio psíquico y a mostrarle la capacidad que tiene de crear por sí mismo, otras condiciones sociales. Esta tarea presenta siempre un aspecto *positivo* y un aspecto *negativo*, y siempre es el negativo el que determina el positivo. Aún no podemos decir cómo logrará el hombre la felicidad; sólo sabemos decir por qué no es feliz, por qué no se siente a gusto en su propia casa, por qué la vida ha quedado despojada de su valor. Sólo podemos mostrar las fuentes de su descontento, poner de manifiesto las fuerzas que conspiran contra su felicidad.

Freud nos enseña que existe en el alma una fuerza centralizada que actúa sin cesar. Esta fuerza interior decide sobre lo que debemos olvidar y sobre lo que debemos recordar; decide sobre lo permitido y sobre lo prohibido; controla nuestros instintos y vigila nuestros sueños. Esta fuerza interior la llama el psicoanálisis: "resistencia".

A fin de comprender la función social del psicoanálisis, tenemos que investigar previamente la actividad de la resistencia, aplicando el método empírico de toda ciencia natural, entre las que se cuenta también el psicoanálisis. La trascendencia y el significado del psicoanálisis sólo pueden ser apreciados por la trascendencia y el significado de la resistencia. Si lográsemos determinar su naturaleza, determinaríamos también las posibilidades que ofrece el psicoanálisis en el terreno social, para bien de la humanidad.

La resistencia al psicoanálisis apareció con éste hace unos cuarenta años, nutriéndose en dos fuentes principales. La primera resistencia surge de la *ignorancia* de los que atribuyen al psicoanálisis un carácter que no tiene, ni ha pretendido tener nunca. El psicoanálisis se ha puesto de moda, ha sido objeto de las conversaciones de salón, cayendo, finalmente, en manos de un intelectualismo falso que se ha asimilado con gran rapidez la terminología psicoanalítica, sin haberse compenetrado de su contenido. Hay que mencionar también a aquellos pretendidos psicoanalistas que, sin una formación adecuada, pretenden pasar por representantes de esa ciencia.

Pero también debemos referirnos a aquellos psicoanalistas que, profundamente imbuídos de los secretos del psicoanálisis, se constituyen en secta y lo consideran no una ciencia *dinámica* que sirve para explicar los procesos psíquicos del hombre, sino un *dogma*; no un *método*, sino un rígido *sistema universal*, una piedra filosofal.

La otra fuente de resistencia al psicoanálisis, sin embargo, se nutre del contenido y significado auténtico del mismo.

¿Qué es, en realidad, el psicoanálisis?

Freud contesta modestamente a esta pregunta:

"Psicoanálisis es el nombre:

1° de un método para la investigación de procesos anímicos apenas accesibles de otro modo;

2° de un método terapéutico de perturbaciones neuróticas, basado en tal investigación;

3° de una serie de conocimientos psicológicos, así adquiridos, que van constituyendo paulatinamente una nueva disciplina científica". (*Nuevas aportaciones al psicoanálisis*, 1935).

Para estar en condiciones de conocer esta "nueva disciplina" es preciso analizar el problema desde tres puntos de vista diferentes.

Desde el punto de vista *médico* no es más que un método terapéutico aplicable a las llamadas enfermedades neuróticas.

En tanto que *psicología* afirma ser parte de la psicología general, es decir, una psicología de lo *inconsciente*, paralela a una psicología de lo *consciente*. Sylvester Viereck dice con una frase feliz que, como Colón, Freud ha descubierto un nuevo mundo, el mundo de lo inconsciente. Freud declaró en el curso de una conversación que el psicoanálisis simplifica la vida por cuanto proporciona el hilo que ayuda al hombre a salir del laberinto de lo inconsciente.

Finalmente se le considera también como una nueva concepción del universo, por lo cual sería justificado llamarlo *freudismo* más bien que *psicoanálisis*. Freud trata de vincular sus descubrimientos sobre la vida psíquica del individuo con el nacimiento y desarrollo de la cultura humana y, viceversa, de crear una síntesis de los elementos primitivos de la sociedad humana y del psiquismo del niño, sobre una base a la vez ontogenética y filogenética. En su vida embrionaria y extra-uterina, el niño recorrería, repitiéndolas, las fases de la evolución biológica y psíquica de toda la humanidad.

Al separar estos tres puntos de vista, pretendemos analizar metódicamente esta ciencia. Es evidente que el edificio del psicoanálisis constituye una *unidad*. Sin embargo, la exposición del contenido del psicoanálisis no basta para explicar suficientemente la *resistencia* enconada que ha suscitado. Un método destinado a explorar el alma humana parece no poder llegar a ser el objeto de una oposición, que tampoco se ensaña con un tratamiento médico que logre aportar curación a los enfermos. Si el psicoanálisis no fuese más que un método de investigación o una forma de tratamiento terapéutico, sería una disciplina reservada a especialistas, y entonces su espíritu habría quedado aprisionado en los libros, ahogado por la letra muerta, como el de todas las demás ciencias especializadas.

Parece ser que el tercer aspecto del psicoanálisis, es decir, su trascendencia como dogma, teoría e ideología es el que ha determinado la resistencia más enconada, que asume múltiples formas; tan pronto se presenta bajo la forma de criterio científico, como bajo la de expresión de un punto de vista teórico, pero siempre expresa la reacción de una sociedad que trata de asegurar un pretendido, jamás realizado, equilibrio de sus instituciones. El proceso es el siguiente: Cuando una sociedad siente amenazados sus intereses, moviliza todas sus fuerzas y opone siempre la forma adecuada de *resistencia* a las nuevas concepciones, a las fuerzas que operan contra ella. Cuanto más grandes sean estas fuerzas tanto más amplia es la movilización, que opone la oficial ciencia al saber vivo, la religión a la fe, el dogmatismo al conocimiento, el pasado al porvenir.

La primera resistencia que encuentra el psicoanálisis se debe al temor que tiene el hombre de conocerse a sí mismo. Igual que un enfermo que tiene la cara cubierta de llagas no osa mirarse en el espejo, la humanidad enferma no quiere reconocerse en el espejo del psicoanálisis. Bajo el cielo luminoso de la Grecia antigua la sabiduría griega podía proclamar: "ÍGnoti se autón!" ¡Conócete a ti mismo! La alegría de vivir helénica allanaba por cierto el camino al conocimiento de sí mismo. Pero el espíritu helénico ha muerto, y el hombre, aprisionado en sus propias redes, tiene miedo a sus deseos, a sí mismo y al conocimiento de sí mismo. No quiere ver lo que es, teme que la tarea de hacerse digno de sí mismo sea demasiado penosa para poder cumplirla. No quiere libertarse pues tiene miedo de la libertad. Rehuye ser el verdadero centro del Universo, porque eso significaría que *cada hombre en su persona sería responsable por toda la humanidad*. Se contenta con su *narcisismo*, que no involucra ninguna responsabilidad, con su amor propio.

Como primera resistencia que se opone al psicoanálisis señala Freud la debida al narcisismo de la humanidad.

“Tres veces la actitud narcisista del hombre ha sufrido un descalabro que en cada caso concluyó por modificar su posición frente al mundo. El primer descalabro lo sufrió el *narcisismo cosmológico* del hombre, al descubrir Copérnico que la Tierra no era el centro del Universo. El segundo lo sufrió el *narcisismo biológico* de la especie humana, al comprobar Darwin, en su doctrina de la descendencia, que también el hombre es tan sólo un eslabón de la evolución animal, si bien en un plano más elevado que su precursor el mono. El tercer descalabro, por último, lo sufrió el *narcisismo psicológico* del hombre, al comprobar Freud, en su psicoanálisis, que la vida del hombre no es regida por la *conciencia*, sino que se halla a merced de fuerzas subterráneas y desconocidas: los “instintos”, que gobiernan y dominan lo *inconsciente*”. Esta tercera afrenta al narcisismo humano es lo que lanza a la humanidad ofendida al ataque contra el psicoanálisis; ésta es también la explicación que el propio Freud da para la oposición inaudita que ha encontrado.

El paso decisivo de Freud fué el descubrimiento de lo *inconsciente*. Con ello descubrió un nuevo mundo y la resistencia de la humanidad está dirigida precisamente contra este nuevo mundo de lo inconsciente. ¡Cuán grato era considerar al hombre representado únicamente por su conciencia! ¡Qué fácil era todo si se concebía al hombre entero dentro del círculo estrecho de los actos conscientes! Pero nuestra personalidad —como dice Stefan Zweig en su biografía de Freud— semeja un témpano de hielo flotando en el mar; sólo una pequeña parte emerge de las aguas, mientras que una parte infinitamente mayor, cuyas dimensiones escapan de nuestro cálculo y de nuestra imaginación, queda para siempre sumergida en el mar de lo inconsciente. La sociedad se contenta con ver la parte que emerge, o sea lo consciente, y no se cuida de lo que queda sepultado en el mar de lo *inconsciente*. Sería también demasiado complicado y una tarea de la que pueden prescindir aquellas instituciones que colocan a

las masas humanas a su servicio: la escuela, la justicia, la religión, etcétera. Las relaciones entre los hombres tendrían que cambiar de carácter si hubiese que contar también con lo inconsciente.

El concepto de lo inconsciente ha llegado a ser una noción general, pero las consecuencias positivas de este descubrimiento aún no se han materializado. Tal es la resistencia, factor tan importante del orden social. Vemos que la sociedad actual es francamente incompatible con el psicoanálisis.

La segunda resistencia es de índole puramente científica. El nacimiento del psicoanálisis tuvo lugar en la época del materialismo científico. El materialismo del siglo décimonono no se había detenido ante la ciencia médica; se consideraba, y todavía se considera al hombre, no en su totalidad psicofísica, como una célula de la sociedad, sino como un conglomerado de órganos. *Virchow* lo formuló así: "No hay enfermedades generales; no hay más que enfermedades de órganos y de células".

El psicoanálisis, como sistema psicológico, es repudiado categóricamente por la psicología mecanicista imperante en esta época, que se circunscribe a la esfera de la conciencia humana, a lo que puede ser determinado mediante procesos perceptivos. Esta psicología de lo *consciente*, reflejo de un materialismo ingenuo, trataba y trata todavía de captar el aspecto mecánico de la vida psíquica humana y de explorar en laboratorios al hombre, célula de la sociedad, de la humanidad.

La diferencia principal entre el psicoanálisis y las otras orientaciones psicológicas reside en que aquél enfoca toda manifestación de la vida psíquica humana desde un punto de vista *dinámico* y no mecánico, lo que quiere decir que no se contenta con investigar lo que sucede en el alma humana y la manera de cumplirse esos procesos, sino que aspira a determinar las *fuerzas internas* que los origina, el motor que los acciona. "Además de las sensaciones del mundo externo, este criterio

dinámico del psicoanálisis interpreta todo proceso psíquico como resultado de fuerzas desconocidas" —pero cuyo carácter biológico no se pone en duda. Este criterio que se esfuerza por explicar todo por medio de procesos mecánicos, halla su expresión adecuada en aquella declaración de un psicólogo alemán de que la moderna psicología de la forma aspira a explicar los procesos psíquicos en la forma en que los fenómenos del metabolismo se explican por procesos bioquímicos que tienen lugar en el aparato digestivo. Naturalmente sería muy interesante saber cómo, por ejemplo, las obras de un Beethoven, de un Shákespeare, de un Goethe, de un Cervantes, pueden ser explicadas en base al jugo gástrico.

"Es difícil no ver en la obra de Freud —dice Jacques Maritain— un castigo al orgullo de esa soberbia personalidad farisaica que el racionalismo había levantado como un fin en sí supremo. Las máscaras caen, lo que estaba escondido en los sepulcros blanqueados sale a luz. El hombre había negado todo el mal y lo irracional en sí, a fin de poder gozar del testimonio de su conciencia, estar contento de sí mismo, ser justo por sí mismo. Fundado en la ilusión y el engaño de una falsa conciencia nominalista de sí, usaba y abusaba del moralismo y del espiritualismo, vaciados por lo demás de todo contenido.

Y bien, la virtud de Freud ha consistido en denunciar la mentira de esta falsa conciencia. Esta, a decir verdad, encubre y disimula profundas corrientes inconscientes, no sólo los intereses económicos, los intereses de clase, como lo afirmaba Marx, sino en general todo el mundo de la concupiscencia y del amor egoísta de sí mismo, y lo salvaje y lo demoníaco que se había querido negar. Después de Freud, una cierta forma de farisaísmo se ha tornado imposible. El hombre, para volver a encontrar su unidad y su personalidad, deberá encontrar una nueva frescura y una nueva conciencia de sí mismo". ("Freudismo y psicoanálisis").

Este criterio científico era un reflejo del espíritu de la época. Prevalecía la idea de que el hombre, que de acuerdo con el des-

arrollo del método de trabajo, cada día más racionalizado, había llegado a ser, en el fondo, una máquina, también desde el punto de vista biológico no era más que una máquina viviente, compuesta de piezas sueltas, como cualquier otra máquina. La idea de que el hombre-máquina, el hombre-autómata, no se compusiera tan sólo de piezas sueltas (órganos), de que tuviera también su alma, estaba reñida con la evolución técnica. Y entonces llegó Freud y el psicoanálisis con su afirmación de que el cuerpo humano es regido por fuerzas inconscientes, misteriosas: los *instintos*. En lugar de examinar y estudiar la máquina de una manera *estática*, trata de descubrir las fuerzas que la accionan. Era evidente que para la sociedad, dichas fuerzas significarían un peligro, pues las fuerzas de los instintos aspiran a hallar satisfacción. El hambriento quiere comer, esto es, el instinto de conservación exige imperiosamente satisfacción. Pero la misma tendencia tienen los instintos del amor, de la alegría de vivir. El enamorado quiere amar y exige la satisfacción de su amor. Huelga decir que la sociedad, que trata de impedir la satisfacción de los instintos mediante todo un sistema de tabúes, de prohibiciones, no veía con buenos ojos la teoría freudiana, pues sabía que aceptando la teoría de los instintos, aceptaría también la exigencia de los mismos de hallar satisfacción. Sabemos también que los *tabúes* de la sociedad se refieren en especial a la sexualidad del hombre; pero sabemos igualmente que el hombre aspira precisamente a satisfacer sus instintos sexuales. Y de nuevo vino Freud, a darnos una nueva interpretación de la sexualidad que se inspira en el concepto positivo y sereno de los antiguos griegos. Sexualidad es todo cuanto en el cuerpo está al servicio del placer. El bello concepto platónico del *Eros* llegó a ser expresión de la sexualidad y Freud osó enunciar dos leyes que constituían un franco desafío a la llamada moral social. Proclamó y repitió la frase de Schopenhauer, de que el hombre no encuentra ningún placer en la procreación misma y que la

relación hombre-mujer en el sentido sexual no tiene más significado, ni más fin que el Eros, el amor, el placer. La energía de este amor, la *libido* es el impulso motor de la vida, y el fin de la *libido* es el *placer*. Fué un gesto audaz proclamar que el hombre ansía ser feliz y que sólo puede realizar esta aspiración a través de la satisfacción de sus instintos fundados en necesidades biológicas. La sociedad, con sus tabúes dirigidos contra la sexualidad, estaba precisamente en lucha con estas necesidades biológicas del cuerpo y del alma del hombre.

Freud completó su doctrina de la sexualidad, enunciando la tesis de que ésta no comienza recién con lo que estamos acostumbrados a considerar como la "madurez sexual", sino que ésta última no sería más que la etapa final, caracterizada por la relación sexual entre hombre y mujer, de toda una serie evolutiva de la sexualidad, que comenzaría con el nacimiento, con el comienzo de la vida misma. El niño, lejos de ser asexual, tiene también una actividad sexual, si bien la forma de ésta es distinta de la del adulto.

En esas formulaciones está implícita la afirmación de que la educación viene a perturbar el libre curso de esta evolución y de que la humanidad toda se halla enferma a causa de esta perturbación. Todos somos hombres neuróticos y, como en toda neurosis, pueden comprobarse las huellas que ha dejado la perturbación de la evolución sexual infantil, que termina, según Freud, a los cinco años de edad. Esto significa que la *educación* en el seno de la familia cobra una trascendencia no sospechada. El hombre, como ser psicofísico, pero también como producto social, es aniquilado durante los primeros cinco o seis años de vida, pues la experiencia nos demuestra que no hay hombre que no sea neurótico. *Moebius* dijo en cierto congreso que de haber un hombre no neurótico, habría que recluirlo.

En vista de la enorme importancia que tienen los primeros cinco o seis años de vida para la humanidad se plantea tam-

bién el interrogante de si la familia está a la altura de la misión educativa que le está asignada.

Freud, dando otro paso adelante en sus investigaciones, formuló la teoría del complejo de Edipo. El complejo de Edipo nos enseña que la relación entre el padre, la madre y el hijo no es, ni con mucho, tan inocente como lo pretenden los manuales escolares. Hay en el niño un impulso primitivo que le hace ver en el padre el primer rival, y en la madre la primera mujer, relación que, naturalmente se halla invertida en la niña.

No nos incumbe hoy hablar de la decadencia de la familia como institución, ni demostrar que ya no puede cumplir su función como célula de la sociedad; que la decadencia de la sociedad actual se revela, precisamente, en la decadencia de la familia. Nos limitaremos a decir que el descubrimiento de Freud de la evolución sexual del niño, guarda estrecha relación con el complejo de Edipo, pero también con la estructura de la sociedad, sobre todo, con las relaciones mutuas de los miembros de la familia.

Hemos dicho que la sociedad, con sus tabúes dirigidos contra la sexualidad, entra en colisión con las leyes biológicas del desarrollo humano. Pero la sociedad tiene también su moral, capaz de dar a un espíritu exento de rebeldías una justificación plausible de tal colisión. Nadie se negará a admitir la necesidad de una moral sexual; nadie habrá que no desee, según una bella frase, "beber en el amor las aguas frescas y puras, negándose a beber las aguas cenagosas del lodazal". Los resultados de la investigación freudiana nos impulsan a desear un equilibrio armonioso entre las exigencias sociales y las leyes biológicas; a pedir que el principio básico de esta moral sea la igualdad de derechos de los dos sexos y el afianzamiento de una ley moral que infunda al amor un contenido ético y haga que hombre y mujer se sientan *responsables* el uno por el otro.

La teoría sexual de Freud nos ha proporcionado también un conocimiento más profundo de las conexiones de la sociedad humana. Las conclusiones freudianas nos han permitido responder a muchos interrogantes que se nos planteaban. Todo acto humano nos induce a preguntar, *¿qué se propone la sociedad con éste?* La respuesta que Freud nos ofrece es a menudo un rayo de luz tan intenso que quedamos encandilados.

El hermoso lema clásico: *Nihil humani me alienum puto* —nada humano hay que sea ajeno a mi espíritu— ha llegado también a ser el lema del psicoanálisis. Este lema conduce a la revelación de que *todo acto humano se cumple de acuerdo con una ley*. No hay fallas, ni errores, ni tampoco procederes extravagantes del hombre que no abedezcan a una causa profunda. Freud ha desplazado los límites de nuestro conocimiento del hombre, al descubrir el contenido profundo de los sueños. ¿Qué nos ha quedado a nosotros, pobres seres humanos? Los sueños. ¡Qué bella y cuán triste es la conclusión de que los sueños significan *deseos incumplidos!*, o, en otras palabras, de que sólo en sueños nos es dable satisfacer nuestros deseos verdaderos.

El afán de poner al descubierto las fuerzas subterráneas que determinan todo acto y todo fenómeno humano, llevó a Freud y a sus discípulos a descubrir la base psicológica del fenómeno psíquico más trascendental de la historia humana: de la religión. No era una simple casualidad, el hecho de que el alma fuera considerada durante milenios como dominio exclusivo de los sacerdotes, de que la psicología no fuera más que un satélite de la teología.

Freud investigó el origen de las religiones y llegó a la conclusión de que la religión es *la neurosis de la humanidad* y de que su significado no reside en su contenido psíquico, sino en su gravitación a lo largo de la evolución histórica. Acerca de la resistencia contra este descubrimiento, dice Freud:

"Si nuestra labor nos lleva a un resultado que reduce la religión a la categoría de una neurosis humana y compara su grandioso poder al que la obsesión neurótica ejerce en nuestros pacientes, no cabe duda que provocaremos la hostilidad enconada de las fuerzas imperantes de nuestra sociedad".



Al fin, hablemos también de Freud mismo, de una vida ejemplar consagrada desde un principio a la labor de investigación científica, pero también de una vida que no carecía de la nota trágica. Se le expulsó de la ciudad de Viena, que fuera su hogar desde la más tierna infancia, durante más de siete décadas; se le arrojó de la habitación donde pasó la mayor parte de su larga vida, dedicado al trabajo. Cada objeto que encerraba esa habitación reflejaba su alma. Tal como en el sentido arcaico, cada objeto posee su alma. Y le rodeaba la gran biblioteca, una de las más vastas bibliotecas psicológicas del mundo. Sabemos los vínculos estrechos que unen al hombre erudito a sus libros y comprendemos el dolor que significa para él separarse de ellos. No se le ahorró este dolor al octogenario. Fué expulsado por aquellos que no sólo en sentido geográfico buscan nuevo espacio vital para la barbarie. La quemazón de sus libros fué para él un honor. En verdad, él mereció, como ninguno, el auto de fe organizado por los enemigos de la cultura y del cristianismo.

Ningún hombre de ciencia ha vivido jamás tan plenamente de acuerdo con la bella frase aristotélica: "*la duda es el principio de todo conocimiento*". No ha hecho una sola afirmación que no hubiese verificado una y otra vez; poseía la fuerza exclusiva de los espíritus más sublimes, de admitir: les necesario revisar, me he equivocado! Esta duda eterna le llenaba en todo momento y era el gran impulso motor del hombre que trabajaba sin descanso y que le llevaba a realizar su grandiosa labor científica.

Verdaderamente, la suya fué una vida plena, y también una vida feliz, pues sabía que la vida y la muerte son hermanas que viven en una misma alma.

Los años postreros de su larga vida los pasó en Londres. Escribe al respecto:

"Aquí vivo ahora como un huésped bienvenido, y compruebo con una sensación de alivio que me he liberado de la presión exterior y que vuelvo a estar en condiciones de hablar y de escribir y aun de pensar a mi antojo, o de acuerdo con el deber que me dicta la conciencia".



Sigmund Freud era médico; su paciente: la humanidad entera. Quería curarla de la enfermedad grave, mortal e inexorable que es *la vida*. Quería que todos los hombres fueran felices, que hallaran la felicidad en sí mismos. Pero descubrió que la felicidad se halla tan sólo en el reposo y que el hombre, debatiéndose eternamente entre el afán primordial, imperioso, de satisfacer sus deseos, y las restricciones que la sociedad impone, nunca puede encontrar este reposo. Bien sabía Freud que la vida tiende a su propia destrucción y que la vejez tiene la misión de conciliarnos con la muerte. Desde hacía muchos años la esperaba, hasta que lo alcanzó a los ochenta y tres. El, que sabía cuán difícilmente soportamos la vida, nos enseñó a conformarnos con la idea de la muerte.

También con la de su propia muerte, la de Sigmund Freud, acaecida el 23 de setiembre de 1939.

DE LA HIPNOSIS HASTA EL PSICOANALISIS

"...Nada sucede en el cuerpo humano que no sea percibido por el alma y que, consciente o inconscientemente, no sea sentido por ésta".

Spinoza: *Ética*.

La muerte del padre —escribió Freud cuando murió el suyo— es el acontecimiento más importante en la vida de todo hombre. Aunque el hombre sea padre de muchos hijos, es, a su vez, hijo de un padre cuyo lugar ocupa cuando éste muere. La investigación psicoanalítica nos enseña que, en todo movimiento, el caudillo desempeña el papel de padre, de padre simbólico. Pues bien, Freud fué, en el sentido pleno de la palabra, el padre simbólico del movimiento psicoanalítico, no sólo por haber levantado casi sin ayuda ajena el edificio del psicoanálisis, sino también por haber erigido una rígida organización psicoanalítica que ha sustentado con una energía asombrosa hasta su muerte. Fué un padre severo, hasta tiránico, obligado a luchar con los hijos rebeldes y, como éstos fueron precisamente los mejores, no se vió privado de amargas desilusiones en esta lucha.

Ahora ha muerto el padre que dominaba con severidad el mundo psicoanalítico y nos incumbe honrar la memoria del gran sabio estudiando con la fría objetividad de un notario el testamento que ha dejado a la posteridad. Nuestro afán científico es de estudiar como *psicoanalista* hasta qué punto el dinamismo de la sociedad plasma y acciona el alma humana y al

mismo tiempo de estudiar, como *sociólogo*, las leyes íntimas de la sociedad humana a la luz del psicoanálisis.

Freud ha sido el único creador del psicoanálisis y corroboramos plenamente su afirmación de que él solo tiene derecho a dejar establecido y a definir qué es el psicoanálisis. Nos atendremos en este libro a la terminología y a las definiciones de Freud, empleando en la medida de lo posible sus propias palabras para explicar los conceptos psicoanalíticos.

Queremos proceder con entera objetividad, decir lo que es el psicoanálisis, cuáles son las esferas del alma humana que ha explorado y descubierto y cuáles son los procesos dinámicos en el seno de la sociedad humana que ha contribuido a aclarar. No queremos formular una valorización a su respecto, lo cual, por otra parte, es superfluo. El valor del psicoanálisis reside en él mismo, en el hecho de que nos ha brindado la posibilidad de comprendernos mejor y, por ende, de comprender mejor a la humanidad.

En este trabajo queremos mostrarnos dignos del maestro, que reconocemos también como *nuestro* maestro, al disponernos modestamente a ser intérpretes de su doctrina, limitándonos a exponer el conjunto de ideas que fluye de la estructura y del contenido de las teorías de Freud.

En semejante ocasión se suele esbozar la vida del maestro. Atengámonos, empero, a la modestia de Freud, quien dice que "nada de lo que ha pasado en mi vida privada tiene interés frente a mis relaciones con la ciencia". En verdad, la vida del hombre Freud y la historia del psicoanálisis se confunden y se entrelazan como en ningún otro caso análogo. Y sin embargo, ninguna de las grandes figuras de la humanidad, ni siquiera Goethe, ha puesto al descubierto su vida y su personalidad en la medida en que lo hizo Freud. En su "Interpretación de los sueños no sólo revela su sueño propio, sino que lo somete al análisis más crudo e implacable. Y lo mismo pasa con su "Psi-

copatología de la vida cotidiana". A este respecto, su Autobiografía, aparecida en 1915 y revisada en 1935, así como su "Historia del movimiento psicoanalítico", publicada en 1914, constituyen profundos documentos humanos.

Freud ha nacido en 1856 en *Freiburg* (Moravia). En esa época su padre ya era abuelo, en tanto que su madre, segunda esposa del padre, tenía tan sólo diecinueve años de edad. Con pocas interrupciones, Freud vivió desde su cuarto año de vida en Viena, donde había de habitar durante más de 50 años la misma casa, trabajando en la misma habitación, ante el mismo escritorio. El origen judío de Freud fué motivo para que sus adversarios detractaran el psicoanálisis como una ciencia judía (*Jewish science*), y hasta *Jung* creyó poder comprobar que los descubrimientos de Freud son únicamente aplicables a la "deformada" alma judía. En todo caso, lo que no deja de ser significativo, es que Freud, apenas supo leer, comenzó a estudiar la *Biblia*, que, según decía, ha desempeñado un papel importante en la orientación de sus inquietudes. Y el anciano, en el ocaso de su vida, vuelve a la figura bíblica de Moisés y estudia el origen psicológico del monoteísmo.

Evocando sus años universitarios, época en que se pretendía considerarlo inferior y extraño a causa de su origen judío, escribe en su autobiografía: "Una consecuencia de estas primeras impresiones en la Universidad, de profundo alcance para el futuro, fué que me resigné bien pronto a la suerte de estar en la oposición y de ser anatematizado por una mayoría unida". Se desarrolló así su capacidad de criterio independiente.

Acaso está muy próximo el día en que una de las personas que han estado en más íntimo contacto con Freud nos describa su vida y su personalidad. Limitémonos a citar, según *Wittels*, las palabras del propio Freud, acerca del rasgo primordial de su carácter:

"Un íntimo amigo y un odiado enemigo siempre han sido elementos indispensables de mi vida afectiva. Sabía procurarme constantemente tanto el uno como el otro, y no pocas veces se materializó el ideal de infancia, pues el amigo y el enemigo se fundían en una misma persona".

Esta frase nos dice bien a las claras por qué Freud vivía en lucha constante con sus mejores discípulos y por qué lo han abandonado los más calificados. Stefan Zweig en su excelente ensayo sobre Freud escribe al respecto, que Freud trataba a sus discípulos con una severidad patriarcal y que, cual Jehová, perdonaba menos a los escépticos tibios que a los renegados. Pero con la misma severidad procedía también frente a su propia persona, imponiéndose, de ese modo, una actividad y un ritmo de vida que tienen pocos similares aun entre los más famosos hombres de ciencia. Desde su juventud —siempre fué el alumno más aventajado— hasta su muerte, se pasaba el día trabajando. Sus actividades de analista le ocupaban durante ocho o diez horas diarias y las de la noche, hasta mediar ésta, dedicaba a su labor científica y a la correspondencia. Dormía poco, pero aprovechaba cada minuto de su reposo para sueño profundo. De él dice Stefan Zweig que "cuando duerme, Freud duerme profundamente, y cuando no duerme está terriblemente despierto".

Cabe detenernos en una observación sorprendente y que se repite varias veces en su autobiografía, un detalle al que quizás no se haya prestado la atención debida. Nos referimos a su reiterada actitud de repudio frente a la profesión médica. "No he sentido en mis años de juventud, ni tampoco después, una particular predilección por la posición y la labor del médico", escribe Freud, y en su "Historia del movimiento psicoanalítico" consigna que con gran desgano se hizo médico. Y prosigue: "Me impulsaba más bien una especie de afán de saber que, sin embargo, se orientaba más hacia las situaciones huma-

nas que hacia objetos concretos". Veremos que este interés debía pasar más tarde a un segundo plano; que el psicoanálisis en el sentido de Freud tendió siempre a deshacerse de los elementos sociológicos y que ese interés se reducía más bien a la esfera cultural que a la social. En este aspecto, Freud se ha apartado, pues, de su orientación primitiva. Ahí habrían de buscarse, tal vez, las raíces de una apreciación errónea en que ha incurrido el psicoanálisis. Habría de estudiarse la conexión que puede existir entre esta aversión a la labor exclusivamente médica, a la misión de curar, y el llamado método terapéutico psicoanalítico ortodoxo que impone al analista una amplia pasividad. Freud, en el prefacio que escribió para un libro publicado en memoria de su mejor discípulo y amigo, Sándor Ferenczi, aun desaparecido lo ataca por "haberse dejado dominar por el afán de curar y de ayudar". Esta actitud lo distanció también de *Stekel*, que como terapeuta fuera uno de sus mejores discípulos.

Más que significativas son las siguientes líneas escritas por Anna Freud, hija y colaboradora íntima de Sigmund Freud, y que, por lo tanto, reflejan también el punto de vista de éste.

"El término 'psicoanálisis' debería reservarse a los nuevos descubrimientos que se relacionan con lo inconsciente del alma humana, esto es, a las revelaciones sobre los impulsos, afectos y fantasías reprimidos. Problemas tales como la adaptación del niño o del adulto al mundo exterior, conceptos que expresan un valor, como *ser salud y enfermedad*, virtud y vicio, deberían quedar descartados del campo del psicoanálisis. Objeto del psicoanálisis serían exclusivamente las fantasías infantiles continuadas en la edad adulta, las experiencias de placer imaginarias y los castigos que se temen por ellas".

Su lucha contra los médicos, sobre los cuales dice que "siempre han sido los que más combatían las nuevas verdades y quienes concluían luego por tratar de monopolizarlas" —Ensayo autobiográfico—, su separación del gremio de los médicos vieneses

y su aislamiento, así como su afirmación de que un profano de formación psicoanalítica podría realizar la psicoterapia, en tanto que un médico que careciese de tal formación no sería capaz de llevar a cabo esa tarea, todo eso proviene de la misma oposición a la actividad médica. Naturalmente, no podemos concordar con Wittels, que afirma que Freud habría sido un gran psicólogo si no hubiese sido médico. En contra de Janet, su gran adversario en esa época, Freud afirma "que él no partía de experimentos de laboratorio, como Pierre Janet, sino de una labor terapéutica... A mí me impulsaba sobre todo la necesidad práctica". El psicoanálisis nació —es necesario que lo subrayemos— *de la práctica de una labor puramente médica, puramente terapéutica.*

Ahora es preciso bosquejar también el ambiente científico en que se llevó a cabo la investigación psicoanalítica, a fin de comprender qué es el psicoanálisis. Aun Freud, que repudiaba la idea de ser médico y cuyo interés estaba orientado hacia las situaciones humanas, procede de la llamada *Escuela vienesa*. Los médicos más eminentes del siglo diecinueve han pasado por esta escuela, que se caracterizaba por su afán de exactitud severa y por su aplicación infatigable. El principio en que se inspiraban sus actividades era el de que las afirmaciones de los hombres de ciencia debían ser demostrables y comprobables por cualquiera que aplicase el método científico. Freud no se ha apartado jamás de este principio y forzoso es hacer constar que no hay un solo elemento en el edificio del psicoanálisis, tal como lo entiende Freud, que no haya surgido de una base *empírica*, que no haya sido revisada incontables veces y no se preste a la revisión.

Freud comenzó su obra en la época en que reinaba el mecanicismo. El hombre como organismo vivo era analizado en los laboratorios, desprendido de sus conexiones social y psicofísicas.

De este mecanicismo se burló una revista americana por

medio de una caricatura que ilustraba cómo el enfermo pasa por medio de una *cadena sin fin* instalada en el hospital, de laboratorio en laboratorio, donde se procede a examinar por separado, respectivamente, su bilis, sus pulmones, su estómago, su hígado, etc., siendo el paciente transportado, finalmente, al cementerio, claro está que siempre mediante la cadena sin fin. Hasta la psicología pasó por una fase materialista. La psicología materialista, en aquella época, se circunscribe a la esfera de la conciencia humana, a lo que puede ser determinado mediante procesos aperceptivos.

Pero también el camino de Freud lleva por los laboratorios. Es discípulo y ayudante de Ernst *Bruecke*, que dirigía el laboratorio fisiológico, y más tarde de Theodor *Meinert*, uno de los más destacados anatomistas del cerebro de la época. Freud cumple una loable labor de laboratorio, demuestra aplicación y capacidad inventiva y se le abre el camino del profesorado. Freud escribe que sólo su situación material le ha obligado a abandonar su trabajo de laboratorio y hacerse médico práctico. Pero nosotros sabemos muy bien que la orientación profesional tiene sus profundos motivos psicológicos.

Nosotros, empero, nos inclinamos a suponer que, en definitiva, fué un profundo trauma lo que imprimió a su investigación científica un nuevo rumbo. *Freud* fué uno de los primeros en investigar las propiedades anestésicas de la cocaína. Tuvo que interrumpir sus investigaciones en una ocasión para visitar a su novia. "Mi novia fué la causa de que no alcanzara ya en mi juventud, fama mundial", escribe Freud, injustamente. Basado en las investigaciones de Freud, su amigo Karl *Koller* estudió luego la aplicación de la cocaína en la cirugía oftálmica, y se hizo célebre por su descubrimiento de la posibilidad de anestesiar la conjuntiva con cocaína, es decir, de realizar operaciones en ella. Al consignar que no reprochó a su novia el haberle privado de la oportunidad mundial, revela, precisamente,

el rudo golpe que sufrió su ambición. Pero la ciencia debe quizá a esta circunstancia el alejamiento de Freud del trabajo de laboratorio y el descubrimiento del psicoanálisis.

Freud, en su actuación como médico práctico, concentró su atención en la neurología y curaba, como cualquiera de sus colegas, con medicamentos y, sobre todo, mediante la electroterapia. Todos estos métodos servían, según Freud, para evitar la remisión de los enfermos, ya a la primera consulta, a algún establecimiento hidroterápico, lo cual dejaría pocas posibilidades de ganancia. Pronto se dió cuenta de que la electroterapia no daba resultado en los psicópatas. Un tercer recurso era la hipnosis. Muy distinto era éste que, justamente por aquel entonces, tenía su paladín eminente en *Charcot*, que también era anatomista del cerebro. *Charcot*, en París, estudiaba las enfermedades histéricas y comprobó que la hipnosis es capaz de producir en una persona sana las mismas manifestaciones morbosas que se registran en las histéricas. Este hecho le indujo a creer que la histeria no era ni simulación, como opinaban los médicos de Viena, ni una enfermedad tóxica del cuerpo, ni tampoco la disociación de una constitución morbosa, según afirmaba *Janet*, sino una enfermedad puramente psíquica. También comprobó que la causa íntima de la histeria no es el "histerón" (el útero, en griego), sino que se encuentra con frecuencia en el hombre. Gracias a una beca, Freud, después de haber ocupado el cargo de docente en neuropatología (1885) pudo pasar algunos meses junto a *Charcot* en la "Salpêtrière" de París, llegando a ser un íntimo colaborador del maestro y traductor de sus libros. Después de su regreso, tuvo que informar en la "Sociedad médica de Viena" sobre la investigación de *Charcot*. Pero los médicos de Viena no tomaron en serio su exposición. Este repudio determinó en el joven y ambicioso galeno un nuevo trauma, cuyos efectos sufriría durante toda su vida. No se trataba de su propia labor, sino de la de *Charcot*, pero se sintió

tan afectado que se distanció por completo de la "Sociedad médica de Viena".

Sus relaciones privadas lo habían puesto anteriormente en contacto con el hombre de ciencia vienés Josef Breuer, que era el prototipo del médico práctico de Viena, en el mejor sentido de la palabra. Breuer solía emplear también el hipnotismo y cierto día, entre 1880 y 1881, se le presentó un caso curioso, que curó mediante ese método. Se trataba de una muchacha que presentaba una serie de síntomas graves de histeria. La hipnotizó e invitó a la hipnotizada a contar todo cuanto tuviera relación con su enfermedad. Y entonces se produjo el milagro: cuanto más contaba la muchacha acerca de las circunstancias que determinaron su enfermedad, tanto más se debilitaban los síntomas. Se puso de manifiesto que la joven había enfermado a causa de las impresiones traumáticas recibidas mientras cuidaba a su padre enfermo. Para Breuer, se trataba de un caso grave, pero aislado, que había conseguido curar. Hasta allí llegó su interés. Freud, en cambio, se interesó vivamente por las circunstancias que rodeaban este caso, puesto que se trataba de un complemento de los experimentos de Charcot. Este había demostrado que es posible producir fenómenos histéricos en una persona hipnotizada completamente sana. Y Breuer había venido a probar que es posible hacer desaparecer estos fenómenos histéricos si se consigue que las representaciones que los han determinado afloren a la conciencia de la persona hipnotizada. La curación se efectuaba por lo que dieron en llamar "catarsis", una purificación en el sentido aristotélico, librándose la enferma de estos recuerdos mediante la afloración de los elementos determinantes del conflicto a la conciencia y la consiguiente representación afectiva renovada.

Freud continuó sus investigaciones; regresó a Francia en 1886 y asistió a los trabajos de *Bernheim* y *Liébault* en Nancy. Estas investigaciones constaban de dos partes: Primero se daba

al sujeto hipnotizado una orden posthipnótica, por ejemplo, la de que después de despertarse de la hipnosis abriera un paraguas. El sujeto cumplía el encargo, sin poder motivar claramente su proceder. El segundo experimento consistía en insistir mediante sugerencias hasta que el sujeto lograra recordar exactamente el encargo recibido durante la hipnosis. Según hace constar Wittels, Freud presenció en Nancy el derrumbe de la doctrina del libre albedrío y el triunfo del determinismo.

Las experiencias recogidas en Nancy han contribuido grandemente a dar a Freud una visión profunda del dinamismo de la enferma tratada por Breuer. Se había comprobado, pues, primero: que ciertos sentimientos habían sido reprimidos, siendo reemplazados por síntomas que en el caso de referencia se denominaban conversión histérica; segundo: que tal proceso había sido originado por un conflicto sobrevenido entre los sentimientos de la enferma y su mundo ético; tercero: que la enferma había opuesto una resistencia muy grande, en otras palabras, estaba resuelta a no acordarse de este conflicto y hacía falta hipnotizarla para eliminar la resistencia.

Freud se retiró de la actuación pública para dedicarse a la práctica médica empleando este *método catártico*, pero no limitándose ya a aplicarlo en casos de histeria, sino también a las enfermedades neuróticas. Después de reunir un material suficiente, elaboró el procedimiento terapéutico en colaboración con Breuer y publicó el resultado de sus investigaciones en las obras tituladas "Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos" (1893) y "Estudios sobre el histerismo" (1895). En la primera oportunidad que se le ofreció para hablar sobre el psicoanálisis, en una ocasión digna con motivo de su célebre serie de cinco conferencias dictadas en la Clark Universidad de Worcester, Estados Unidos, en 1909, declaró: "Si constituye un mérito haber dado vida al psicoanálisis, no es a mí a quien toca atribuirlo, pues no tomé parte alguna en sus albores". Por sim-

pática que sea la modestia que se expresa en estas palabras, cabe decir que no hacen justicia a Freud. El psicoanálisis, en su forma acabada, ha sido elaborado únicamente por Freud. Freud mismo revisa su afirmación anterior en un ensayo sobre la historia del movimiento psicoanalítico.

Impulsado por las experiencias de Nancy y por las propias, Freud, que era un mal hipnotizador, renunció paulatinamente a la hipnosis.

"Una vez que hube experimentado —dice Freud— que a pesar de grandes esfuerzos no lograba sumir en estado hipnótico más que a una parte de mis enfermos, decidí prescindir del hipnotismo y hacer independiente de él el tratamiento catártico... No pudiendo variar a mi arbitrio el estado psíquico de la mayoría de mis pacientes, me propuse trabajar hallándose éstos en estado normal..."

Tal vez el motivo del nacimiento del psicoanálisis haya residido en la feliz circunstancia de que Freud no ha sabido hipnotizar a sus enfermos. Freud, una vez que hubo renunciado a la hipnosis, se contentó con inducir al paciente mediante sugerencias insistentes para que recordara el origen de su enfermedad. Freud quería hallar una respuesta científica a la pregunta de *¿cuáles son las fuerzas internas que actúan en el sentido de que caigan en olvido los recuerdos determinantes de los síntomas?*

Freud dice que "los enfermos histéricos sufren de reminiscencias". Sus síntomas son residuos de determinadas vivencias traumáticas. La enferma de Breuer no recordaba nada de las escenas patógenas, ni de su relación con los síntomas. Durante la hipnosis, se conseguía por medio de grandes esfuerzos hacer volver a su memoria tales escenas y, de este modo, gracias a ese nuevo recuerdo, se lograba la desaparición de los síntomas. Freud había logrado probar que los recuerdos, aunque olvidados, no están perdidos definitivamente. Se hallaban a merced

del enfermo y dispuestos a surgir por asociación con otros recuerdos no olvidados, pero una fuerza indeterminada les impide surgir a la *conciencia*, obligándolos a permanecer *inconscientes*. La existencia de esta fuerza era indudable, pues se la advertía al tratar de contrarrestarla en el intento de hacer retornar a la *conciencia* del enfermo los recuerdos *inconscientes*.

“Esta fuerza —afirma Freud— que mantiene el estado patológico se manifiesta después como una *resistencia*. Para lograr la curación del enfermo era necesario suprimir tales *resistencias*... Las fuerzas que en el tratamiento se oponen en calidad de *resistencias*, a que lo olvidado llegue de nuevo a la *conciencia*, tienen que ser las mismas que anteriormente produjeron ese olvido y que desplazaron de la *conciencia* los sucesos patógenos correspondientes”.

A ese proceso dió Freud el nombre: *represión*.

La segunda cuestión era la del destino ulterior de estos *recuerdos reprimidos*, la de las fuerzas que intervienen en la represión y la de las condiciones en que ésta se lleva a efecto. A través del planteo de estos problemas teóricos, surgidos en forma inmediata de su experiencia clínica, llegó Freud a percatarse de que todos conducían a un mismo problema: el de la esfera de lo inconsciente en el psiquismo humano, que es donde se realizan todos esos procesos. Era nueva y revolucionaria esta valoración de lo inconsciente, frente a la orientación de la psicología oficial que sólo consideraba los fenómenos de la conciencia, aceptando que, no sólo eran los únicos accesibles a la investigación, sino también que eran los únicos que constituían el psiquismo humano. Así fué como Freud abrió a la psicología las puertas para la exploración de la inconsciente.

Freud, en sus “Cinco conferencias”, pronunciadas en la Clark University, en Estados Unidos, en 1909, da un ejemplo ilustrativo de los conceptos de resistencia y represión que, por no poder ser más claro, transcribimos:

"Quizá pueda presentaros más vivamente el proceso de la *represión* y su necesaria relación con la *resistencia*, por un sencillo símil, que tomaré en las circunstancias en que en este mismo momento nos hallamos. Suponed que en esta sala y entre el público que me escucha, cuyo ejemplar silencio y atención nunca elogiaré bastante, se encontrara un individuo que se condujese perturbadoramente y que con sus risas, exclamaciones y movimientos, distrajese mi atención del desempeño de mi cometido, hasta el punto de verme obligado a manifestar que me sería imposible continuar así mi conferencia. Al oírme, pónense de pie varios espectadores y, después de una breve lucha, arrojan del salón al perturbador, el cual queda, de este modo, expulsado o "reprimido", pudiendo yo reanudar mi discurso. Mas, para que la perturbación no se repita en caso de que el expulsado intente volver a penetrar aquí, varios de los señores que han ejecutado mis deseos, quedan montando guardia junto a la puerta y se constituyen así en una *resistencia* subsiguiente a la represión llevada a cabo. Si denomináis lo "consciente" a esta sala y lo "inconsciente" a lo que tras de sus puertas queda, tendréis una imagen bastante precisa del proceso de la *represión*".

Simultáneamente con la revelación de estos fenómenos generales de lo psíquico, Freud descubrió, en el orden clínico, que en todos los casos de histeria aparecía, en el curso de su historia, un *deseo impulsivo*, una tendencia afectiva incompatible con los demás deseos y tendencias del individuo y que, por consiguiente, no se conciliaba con las aspiraciones éticas y estéticas de su personalidad. Producíase así un conflicto, una lucha interior que terminaba con la represión, con la expulsión de la conciencia de la representación que, como reflejo de ese deseo condenado, había aparecido en ésta. El deseo era olvidado completamente y junto con él todos los recuerdos anexos que tuvieran alguna relación. De modo que la causa de la represión era la incompatibilidad de esa idea con el yo del futuro enfermo y las fuerzas represoras estaban representadas por las

aspiraciones éticas o similares del individuo. La histeria era, pues, el resultado de un conflicto de fuerzas psíquicas contrarias.

Trasladando este planteo de la dinámica psíquica a la práctica, Freud renunció paulatinamente a la técnica catártica primitiva y también a la sugestión. Invitaba a sus pacientes a decir todo cuanto se les ocurriera, a *asociar libremente*. Así nació la importante base técnica del análisis, *la libre asociación*. Abandonaba al paciente al juego de la *resistencia* y limitaba su *tarea a la eliminación gradual de esa resistencia*. Esta lucha contra la resistencia se convirtió en lo sucesivo en el elemento básico del método psicoanalítico, que ya no tiene vinculación alguna con el método catártico que recurría a la hipnosis. Ya está en pie el edificio de la doctrina psicoanalítica. Freud escribe: "*La doctrina de la represión es la piedra filosofal, la esencia del psicoanálisis*", Y luego prosigue: "*Las doctrinas de la resistencia y de la represión, de lo inconsciente, del significado etiológico de la vida sexual y de la importancia de las experiencias de infancias son los elementos básicos del psicoanálisis*".

LA TEORIA SEXUAL DEL PSICOANALISIS

"No sería todo ni sería nada si no existiese el sexo".

Walt Whitman.

Freud emplea las bellas palabras de Hebbel para decir, de sí mismo, que es uno de aquellos hombres que han contribuido a despertar a la humanidad de su sopor. Esta caracterización se refiere particularmente a la porción más importante y de más vastos alcances de sus descubrimientos: a la *teoría sexual*.

Constituyó ésta el primer choque violento del psicoanálisis con la moral de la sociedad actual, choque que aún no ha sido superado, ni ha perdido su violencia original. El mismo Freud lo caracteriza, diciendo:

"La sociedad está convencida de que nada amenazaría tanto su cultura como la liberación de los instintos sexuales y su retorno a sus fines primitivos. La sociedad no gusta, pues, que se le recuerde esta parte embarazosa de sus fundamentos. No siente ningún interés en que se reconozca la fuerza de los instintos sexuales y la significación de la vida sexual. Ha preferido en sus normas educativas, desviar la atención de esas cuestiones. De ahí que no soporte el resultado de las investigaciones del psicoanálisis y quiera estigmatizarlo como estéticamente repugnante, como moralmente condenable o peligroso". (Cinco conferencias sobre el psicoanálisis).

Para comprender mejor la teoría sexual de Freud no será superfluo repetir sus palabras ya citadas (en el capítulo anterior): "Las doctrinas de la resistencia y de la represión, de lo inconsciente, del significado etiológico de la vida sexual y de la

importancia de las experiencias infantiles, son los elementos básicos del psicoanálisis". En su último libro: "Moisés y la religión monoteísta", que puede ser considerado como una síntesis postrera de sus teorías, repite esta afirmación y remonta el origen de toda neurosis a una triple fuente primitiva:

"Primero: Todos estos traumas se han producido en la primera infancia, hasta los cinco años de edad, aproximadamente...

"Segundo: Las vivencias respectivas han sido olvidadas completamente y por regla general, no son accesibles al recuerdo... (Se trata de experiencias "reprimidas", para emplear la terminología freudiana).

"Tercero: (esas vivencias) se refieren a impresiones de naturaleza sexual y agresiva, así como, seguramente, también a precoces daños sufridos por el yo (afrentas narcisistas)"...

Hemos visto que el proceso del olvido está determinado por la *represión*. También hemos visto que en el hombre operan fuerzas que reprimen los recuerdos, y que simultáneamente impiden que éstos vuelvan a aflorar a la *conciencia*. Es necesario observar ahora el contenido de estos traumas olvidados que, según las palabras citadas de Freud, es siempre de naturaleza sexual.

Antes de Freud, la noción tradicional de la sexualidad se refería exclusivamente al acto sexual entre el hombre y la mujer. El descubrimiento de Freud fué precisamente el de que la sexualidad no se inicia una vez lograda la madurez sexual del individuo, sino con el nacimiento, o, quizá, incluso antes del nacimiento, y de que el niño recorre diversas fases sexuales, consideradas como *perversas* en el sentido común (el niño es un *perverso polimorfo*, según palabras de Freud), entrando finalmente, como etapa terminal de una larga evolución, en la fase *genital*. Este descubrimiento suscitó, naturalmente, una tempestad de protestas.

Freud escribe sobre el particular:

"Se pretende asignar a la infancia un carácter inocente, libre de ansias sexuales, y hacer coincidir la lucha con el demonio, con el período tumultuoso de la pubertad. Las actividades sexuales que no se podía menos que comprobar ocasionalmente en los niños, eran consideradas como indicios de *degeneración*, como señales de depravación precoz o como un curioso capricho de la naturaleza".

Freud se asombra de que no se haya comprobado ya antes la actividad sexual de los niños. Se cerraba los ojos a la realidad. "Los padres se olvidan de las dificultades de su propia infancia y están contentos de poder identificarse con sus propios padres —dice Freud—, actuando, pues, frente a sus hijos como sus padres lo hacían cuando ellos eran niños". Olvidándose de su propia infancia, los adultos olvidan la actividad sexual a que se han entregado de niños y se niegan a reconocerla en sus hijos.

Naturalmente, es preciso delimitar con precisión lo que debe entenderse por *sexualidad* en el sentido freudiano. El psicoanálisis "desprendió la sexualidad de su vinculación demasiado estrecha a los órganos sexuales y la interpretó como una amplia función del cuerpo cuya finalidad es el *placer*, y que sólo en un segundo plano está al servicio de la procreación". Entre los impulsos sexuales se cuentan también todas las ansias de cariño y amistad que solemos resumir en la ambigua palabra *amor*".

Hemos citado las palabras de Freud para descartar todo malentendido y toda interpretación errónea. Abandonemos ahora el terreno de las definiciones y estudiemos la teoría sexual de Freud en sus conexiones psico-sociológicas. Debemos partir de los instintos, dejando sin embargo para más adelante su estudio detenido. Baste por ahora consignar que, según Freud, tenemos que tener en cuenta dos grupos de instintos, los de conservación (instintos egocéntricos) y aquellos otros que

sirven al Eros en el sentido platónico y freudiano. La *libido* —un nuevo concepto del psicoanálisis—, es el impulso motor de los instintos sexuales, igual que el *hambre* es el impulso motor del instinto de conservación. *Todo cuanto es impulsado por la libido, la energía del instinto sexual, tiene carácter sexual.* Esta sexualidad, lejos de tener por fin la procreación, aspira única y exclusivamente al placer. Schopenhauer, en "La Metafísica del Amor" sostiene que la Naturaleza ha creado el goce para seducir al hombre a entregarse al "miserable oficio" de la procreación. En este orden de ideas, cabe admitir que el concepto de Freud es verdaderamente pansexual, carácter éste que sus discípulos ortodoxos se afanan tanto por atenuar.

Será muy interesante y facilitará grandemente la comprensión, seguir de cerca la evolución que finalmente ha llevado a Freud a elaborar este concepto de la sexualidad.

En su teoría de los sueños (1900), Freud afirma todavía que los impulsos sexuales no se encuentran en la infancia. Poco a poco su interés se dirige sobre su propia infancia y escribe que a los cuarenta y tres años empezó a interesarse por sus recuerdos infantiles.

Muy probablemente, fueron dos las circunstancias que dirigieron su interés en esta dirección. La primera es que se casó en 1890 y que en el curso de ocho años le nacieron seis hijos en rápida sucesión. Y el segundo impulso le llegó de su práctica médica cada vez más vasta, en que sus pacientes, obedeciendo a su sugestión pero también espontáneamente, le contaban de su propia infancia y de sus recuerdos sexuales infantiles. Fué así que su atención fué atraída en grado creciente, por estos motivos sexuales y, finalmente, se vió obligado a proclamar el aserto desafiante de que "las neurosis se originan donde dificultades internas o externas impiden satisfacer las necesidades eróticas". Las "dificultades internas" son precisamente estos recuerdos de infancia de contenido sexual. Este

enunciado le ha valido a Freud la separación de Breuer y un aislamiento cuyo resultado maduro ha sido la publicación de uno de sus mejores libros: "Tres ensayos sobre la teoría sexual". Cabe coincidir con Freud en que la teoría sexual es la parte más importante del descubrimiento psicoanalítico, y aunque se desmorone el edificio de las doctrinas freudianas, esta teoría —como dice él mismo— quedará en pie.

No deja de tener particular interés considerar cómo Freud mismo describe el camino que lo llevó a su concepción de la etiología sexual de las neurosis. Citemos extensamente a Freud:

"La reflexión de que luchaba por una idea nueva y original me consolaba de la mala acogida dispensada a mi teoría de la etiología sexual de la neurosis... Pero un día surgieron en mí algunos recuerdos que turbaron dicha satisfacción... La idea de que se me hacía responsable no había nacido en mi cerebro. Me había sido comunicada por tres personas: el mismo Breuer, Charcot y el ginecólogo de nuestra Universidad, Chrobak. Los tres me habían transmitido un conocimiento que ellos mismos no poseían en realidad. Dos de ellos negaron los hechos cuando más tarde quise recordárselos... Dichas sugerencias, durmieron en mí, para despertar luego, bajo la forma de una idea aparentemente original.

...Acompañaba a Breuer en un paseo por la ciudad, cuando se le acercó un individuo, solicitando hablar con él urgentemente. Me separé un poco de Breuer y al terminar éste su diálogo, me comunicó con su acostumbrada amabilidad instructiva que se trataba del marido de una de sus pacientes, el cual le había traído noticias de ella. La mujer —añadió— había comenzado a conducirse en sociedad de un modo tan singular, que la familia, suponiéndola neurótica, había decidido encargarle de su tratamiento. Pero en estos casos —concluyó— se trata siempre de *secretos de alcoba*; y al preguntarle yo, asombrado, qué es lo que quería decir con aquellas palabras, insistió: —Sí, secretos del lecho conyugal—, extrañado que la cosa me hubiera parecido tan inaudita.

Años después, en una de las reuniones nocturnas a las que Charcot invitaba a sus discípulos y amigos, me encontraba yo

cerca del venerado maestro, a quien Brouardel parecía relatar alguna historia interesante de su práctica médica de aquel día. Al principio no puse cuidado, pero poco a poco fué ligando mi atención el relato. Un joven matrimonio de lejana procedencia oriental, la mujer gravemente doliente, el marido impotente o muy torpe. "Tâchez donc —oí repetir a Charcot— je vous assure, vous y arriverez". Brouardel, que hablaba en voz más baja, debió expresar su asombro de que en tales circunstancias sufrieran síntomas como los que presentaba su enferma, replicando Charcot vivamente: "Mais, dans des cas pareils c'est toujours la chose génitale, toujours... toujours... toujours..." Y al hablar así, cruzó sus manos sobre el vientre y movió dos o tres veces el cuerpo, con su peculiar vivacidad. Recuerdo que durante un momento quedé poseído del más profundo asombro y me pregunté: Pero, si lo sabe, ¿por qué no lo dice nunca? Sin embargo, olvidé pronto esta impresión...

Un año después comenzaba yo, como "docente", mi actividad médica en Viena y poseía, en lo referente a la etiología de las neurosis, toda la inocencia e ignorancia que pueden exigirse a un médico de formación académica, cuando recibí un amistoso aviso de *Chrobak*, encargándome de una paciente suya... Llegué antes que él a la casa de la enferma y supe que padecía de absurdos ataques de angustia... Al llegar *Chrobak* me llevó a un lado y me informó de que la angustia de la paciente procedía de ser aún "virgo intacta", no obstante dieciocho años de matrimonio... La única receta para esta dolencia —terminó *Chrobak*— nos es bien conocida, pero no podemos prescribirla. Hela aquí:

Rp.

Penis normalis

dosim

¡Repetatur!

Nunca había yo oído tal receta y tuve que contenerme para no dejar ver a mi favorecedor la mala impresión que me causaba su cinismo.

No he revelado el noble origen de la idea maldita, para echar sobre otros la responsabilidad a ella inherente. Sé muy bien que una cosa es expresar una idea bajo la forma de una

pasajera observación, y otra tomarla en serio, conducirla a través de todos los obstáculos y conquistarle un puesto entre las verdades reconocidas". (Historia del movimiento psicoanalítico).

Los instintos sexuales del adulto son el resultado de la agrupación alrededor de un fin único, de las múltiples tendencias sexuales infantiles, orientadas hacia fines múltiples y diversos, de acuerdo con la etapa de la evolución sexual en que aparecieron. Freud dice al respecto:

"El instinto sexual del adulto se forma de tal manera que las múltiples oscilaciones de la vida infantil se organizan en una sola unidad orientada a un solo fin".

La evolución sexual se cumple en tres fases, cada una de las cuales se halla ligada a un órgano, mejor dicho: a la función de un órgano que originalmente nada tiene que ver con la *sexualidad*.

He aquí los rasgos característicos de los fenómenos sexuales que se observan en la niñez, según Freud:

1. El hecho de que siempre se enlazan con una función corpórea de gran importancia para la vida humana, independiente por completo de la sexualidad (en la primera infancia, la lactancia, o sea la función alimenticia);

2. *El autoerotismo*. El niño busca la satisfacción de su excitante sexual en él mismo, en completa independencia de todo y de todos. Este erotismo no tiene, por tanto, ninguna relación con la llamada *atracción de los sexos*;

3. El hecho de que determinada parte del cuerpo, preferentemente una mucosa, esté sujeta a la dominación de una llamada *zona erógena*".

La primera fase, la llamada fase *bucal* u *oral*, está ligada a la boca, a la función del mamar; la segunda fase, la fase *anal*, a la función de defecar y orinar, y la tercera fase, la fase *fálica*, al descubrimiento de los órganos sexuales, pero sin asig-

narles aún su significado posterior. En estas tres fases la sexualidad infantil carece aún de objeto, es —según Havelock Ellis— autoerótica. El niño busca el placer en su propio cuerpo, descubre que ciertas partes del cuerpo son particularmente sensibles a la excitación —son las zonas erógenas— y trata de obtener el placer excitando estas partes.

La primera fase, que, según dijimos, está vinculada a la boca, quizá se inicie ya antes del nacimiento. Lo cierto es que se ha comprobado el caso de niños extraídos del seno materno mediante la operación cesárea que chupaban un dedo puesto en la boca. El chupeteo es la primera gran pasión del niño, ligada al mamar, que no sólo es una función de alimentación, sino también fuente de placer. La reminiscencia de esta primera actividad sexual perdura durante toda la vida en el *beso*, cuyo contenido sexual no será puesto en duda por nadie. Freud afirma, y sus discípulos han ahondado esta afirmación, que las etapas de la evolución sexual se vinculan con el desarrollo del carácter. El lactante *descubre el mundo* a través de su boca. Todo lo quiere meter en la boca y parece que mediante la boca advierte y descubre los objetos que lo rodean.

El nacimiento es la primera catástrofe que le sobreviene al hombre; ha tenido que dejar el refugio cálido y tranquilo que le brindaba el seno materno. El lenguaje de muchos pueblos primitivos usa el mismo término para el útero y el paraíso. Según Freud, el hombre no consigue jamás compensar la pérdida de este estado paradisíaco y siente la nostalgia del seno materno. *Stekel*, un discípulo de Freud que posteriormente se distanció de él, opina que este estado paradisíaco es tan bello, que es preciso olvidarlo para poder soportar la vida posterior. El nacimiento, el paso penoso por la vagina (en el Epos de la Biblia: la expulsión del paraíso), es también una catástrofe fisiológica para el niño, que encuentra su equivalente psíquico en el *miedo*. El psicoanalista enseña que la angustia que ex-



perimenta el hombre, tiene su fuente primitiva en este acontecimiento terrible del nacimiento. Rank afirma que el "trauma del nacimiento" es la raíz originaria de todos los síntomas de angustia. La segunda catástrofe que le ocurre al lactante es el *destete*. Se trata de una imposición de la sociedad que el hombre, en su inconsciente, no le perdona jamás a su madre. Sabido es que en los pueblos primitivos las madres amamantan a sus hijos hasta que éstos encuentran por sí mismos el alimento susceptible de reemplazar la leche materna.

Freud también denomina esta fase oral con el nombre de *fase caníbal*. En la sexualidad del adulto comprobamos a menudo vestigios de esta fase bajo la forma de perversiones inocentes, pero complejas. ("Felatio, cunnilingus", etcétera). A través de la observación de dos funciones de la boca —la ingestión y la fonación, el comer y el hablar— ajenas, según parece, a la sexualidad, obtenemos con frecuencia datos muy interesantes sobre los aspectos de esta sexualidad infantil. El bebedor no persigue tan sólo la embriaguez, ni el comilón únicamente el hartarse de comida, sino que ambos, además, buscan la excitación de los nervios gustativos, como fuente de placer.

El fumar y el mascar tienen el mismo origen sexual. Muchos defectos de la fonación y las dificultades del lenguaje pueden ser relacionadas con trastornos del desarrollo durante la fase bucal. Es muy significativo que lo mismo puede decirse de ciertos aspectos morbosos de carácter psiquiátrico, como también de la *melancolía*. Los individuos que se aferran tenazmente a los hombres y a su trabajo, que imposible hacer desistir de sus propósitos, los empecinados, los "cabezas duras", son los que han conservado los rasgos propios de esta fase. También las personas locuaces, además de los grandes oradores, evidencian una supervivencia de las características de la fase bucal.

La segunda fase de la sexualidad infantil, la fase *anal*, está

vinculada a la defecación. Sabemos que el niño experimenta un placer al defecar y que considera sus excrementos como *parte de su cuerpo*, dándoles un determinado *valor*. El placer vinculado a la defecación se acentúa por la excitación originada por el aseo de esta zona. Es evidente que el placer ocasionado por la defecación acompaña, en el fondo, al hombre durante toda su vida, cobrando un significado particular después de la edad climática. Los pueblos primitivos no conocen normas para la satisfacción de sus necesidades. La realizan en cualquier momento y en cualquier lugar. La sociedad civilizada, en cambio, establece ciertas reglas relacionadas con esta función, y *la primera actividad social del niño consiste en hacer sus necesidades en la forma prescripta*, es decir, *en el orinal*. Según Ferenczi, *la moral humana comienza con la moral del esfínter*.

También se hallan vinculados a esta *fase anal* determinados rasgos del carácter. La diarrea y el estreñimiento tienen, en cierto modo, categoría de valoraciones. El niño que padece de estreñimiento se muestra reacio a dar al mundo lo que éste le pide, lo quiere guardar todo para sí. El psicoanálisis ha forjado el concepto de *carácter anal* para los individuos que difícilmente se desprenden de algo que les pertenece, para hombres pedantes y egoístas. Sabido es que en el folklore el oro y los excrementos tienen un significado idéntico. La leyenda del asno que defeca oro es patrimonio de diversos pueblos. Aludamos también, en este orden de ideas, a la superchería de los ladrones, que dejan sus excrementos en el lugar de su fechoría "en pago" de lo robado, en la creencia de que de este modo se librarán del castigo. Vemos, pues, que el concepto de lo permitido y de lo prohibido se relaciona para el niño con esta fase anal, que se inicia después de cumplido el primer año de vida, aproximadamente.

En esta fase se manifiestan también los primeros síntomas *sádicos* y *masoquistas*. Se entiende por sadismo el placer cau-

sado por el trato cruel aplicado a otra persona, mientras que por masoquismo se entiende, por el contrario, el placer experimentado por el trato cruel sufrido en carne propia. A esta fase se vincula también el significado pedagógico del *pegar*, que, en realidad, no tiene nada de pedagógico. Su fuente reside en la fase sádico-anal.

En dicha fase comienza también la diferenciación de los *sexos*. Si bien Freud sostiene el concepto de la bisexualidad, según el cual hay en todo hombre una dosis de sexualidad masculina y otra de femenina, en una determinada proporción, afirma que en el niño hay realmente un solo sexo. No hay distinción psíquica entre varón y niña; esta última sería, según Freud, "un varoncito". Freud sostiene, además, que el concepto de masculino y femenino es, en el fondo, muy confuso y que el psicoanálisis sólo puede emplearlo en el sentido de "activo y pasivo". En este sentido se desarrollan los rasgos psíquicos, que caracterizan al varón en su actividad y a la mujer en su pasividad.

A juicio de Alfredo Adler no existe en el carácter femenino ni un solo elemento que lo distinga del carácter masculino.

Según Adler, con su actividad psíquica la mujer no hace más que ocupar el sitio que le fuera asignado por la fuerza de los hechos. Adler creó el concepto de la "protesta varonil" y entendiendo por tal hecho que en la sociedad actual la mujer ocupa un puesto secundario; que la niña, desde su más tierna infancia, llega por lo tanto a valorar su sexo, considerando su condición femenina como una causa de inferioridad frente al varón, y que este sentimiento específico de inferioridad —que tiene su origen en el sexo— trata de equilibrarse a través de distintas modalidades de "compensación". Esta compensación en que el alma femenina protestando se aplica a superar su sexo, y en que el hombre es la medida de sus afanes, es lo que Adler llama la "protesta varonil".

En el orden clínico, podemos descubrir en esta fase anal las raíces de la neurosis obsesiva.

Mientras que las fases oral y anal —fases pregenitales de la sexualidad infantil— no tienen relación alguna con los órganos sexuales propiamente dichos (causa de que sea a menudo difícil discernir su carácter sexual), el niño, que se ocupa constantemente con las partes excitables de su cuerpo comprueba, tarde o temprano, en el curso de la tercera fase, la fase *fálica*, que sus órganos sexuales son las zonas más erógenas. Se concentra, de inmediato, en ellas, comenzando a jugar con sus órganos genitales.

Sabido es que a menudo ya el lactante se entrega a esta actividad. Esta fase señala también el comienzo de la masturbación, tema del cual nos ocuparemos más adelante. La masturbación recibe ya en esta fase un contenido psíquico, es decir, deja de significar tan sólo un simple placer, para complementarse con contenidos psíquicos emanantes de la actitud frente de los padres. En esta fase, el niño empieza a orientarse hacia sus padres, orientación que es determinada por dos elementos ambivalentes de la afectividad: el odio y el amor a la madre; el odio y el amor al padre. El niño ya ha pasado por varias tragedias; la sociedad, representada al principio por la madre e integrada más tarde por el padre, impone cada vez más normas, pone cada vez más trabas al libre desenvolvimiento de sus primitivos instintos. El niño se ve obligado a someterse a las imposiciones ajenas, igual que se ha visto obligado a acostumbrarse al aseo en la fase anal. Su raciocinio se desarrolla paulatinamente y está en lucha constante con sus afectos. La orientación de los afectos del niño es determinada por las prohibiciones, que siempre equivalen a una sustracción de amor. En otras palabras: suscitan el odio, pero como los personajes que prohíben son también los que satisfacen las ne-

cesidades, especialmente las de cariño, son también los objetos de las tendencias amorosas del niño.

Este carácter doble de los sentimientos se llama en el psicoanálisis *ambivalencia*. El amor y el odio son sentimientos mellizos, inseparables. El amor puede tornarse en odio, del odio surge el amor.

Amor significa *identificación*. El que ama se identifica con el ser amado. El niño, para poder someterse, subordinarse a las normas prescriptas por la sociedad, debe tener oportunidad de identificarse con la madre y con el padre. A través de esta identificación, el niño descubre su propio yo. Freud hace suya la palabra de Nietzsche de que *el tú es anterior al yo*. A través del mundo de los adultos, el niño llega a encontrarse a sí mismo, y, posteriormente, a descubrir su carácter masculino o femenino. Ahora bien, el mundo propio y sus representantes los padres, empiezan a valorar en determinada forma el sexo y graban su propio criterio en la mente del niño. En nuestra sociedad, basada en el patriarcado, el varón, el hombre futuro, recibe las preferencias. Este criterio de la sociedad influye también en la actitud psíquica de los padres frente al niño. La madre considera a su hijo varón como una *compensación* por su propia condición femenina, y le da, en consecuencia, la preferencia, en tanto que el padre prefiere generalmente a su hija. Freud se basa en esta actitud de los padres anteponiéndola al descubrimiento más importante en la teoría sexual: el tan discutido *Complejo de Edipo*. Con este nombre se designa esta relación entre padres e hijo. Un rey de Tebas, de nombre Edipo, ha matado, sin querer, a su padre y se ha casado con su propia madre. En el sentido freudiano, la teoría del Complejo de Edipo enseña que la vinculación sexual primitiva entre hombre y mujer se deriva de la vinculación originaria entre padres e hijos. *La primera mujer que aparece en la vida de todo varón es la madre y su primer rival es el*

padre. En cambio, *el primer varón que aparece en la vida de toda mujer, es el padre, y su primera rival es la madre.* (Nombrado también: *Complejo de Electra*). La pareja sexual posterior no es, sino un sucedáneo de la vinculación primitiva, que puede ser tan fuerte que el hombre es incapaz de desprenderse de ella, lo cual, en los casos extremos, es causa de neurosis graves y de dificultades y aberraciones sexuales. El *Complejo de Edipo* es, en el fondo, un deseo de incesto anidado en el alma, que nunca puede ser superado por completo. La base de la evolución psíquica de todo individuo es la forma en que soluciona su Complejo de Edipo.

Un hallazgo decepcionante llevó a Freud a la comprobación del Complejo de Edipo. La mayoría de sus pacientes contaban escenas de su infancia cuyo contenido era la seducción sexual por una persona adulta. En los casos de pacientes femeninos, el papel del seductor recaía casi siempre en el padre. Resultó que estas escenas de seducción nunca habían ocurrido en la realidad, sino que eran fruto de la imaginación de las pacientes. De esta comprobación sacó Freud la conclusión justa de que los síntomas neuróticos se hallan ligados a fantasías forjadas por el deseo, y que la neurosis atribuye más importancia a la realidad psíquica que a la realidad material. "*Entonces me vi por primera vez frente al Complejo de Edipo*", escribe Freud, y prosigue: "Cabe exteriorizar nuestra sospecha de que el Complejo de Edipo constituye con sus ramificaciones el complejo nuclear de todas las neurosis, y estamos preparados a encontrarlo con igual eficacia en otros dominios de la vida psíquica".

El Complejo de Edipo fué la *locomotora* que arrastraba el psicoanálisis por el camino del triunfo. Es significativo que Freud, el hombre de las dudas eternas, ha tenido mucho más tarde el raro valor humano de proceder a una autorrevisión,

retractándose de su afirmación del carácter universal del Complejo de Edipo y formulando esta sospecha:

"Nace en nosotros la impresión de que nuestras afirmaciones respecto al Complejo de Edipo tengan su significado pleno solamente en relación con el varón y que haya que rechazar el concepto del Complejo de Electra".

Con el desarrollo del complejo de Edipo en la fase fálica, empieza también la lucha por su superación. Esta lucha se inicia ya en el *segundo año de vida*. La superación del complejo de Edipo, respectivamente del complejo de Electra (según la denominación de Jung) en la mujer, constituye un proceso distinto en los dos sexos.

La ruptura del complejo de Edipo determina dos procesos en la niña. El primero consiste en la liberación de la libido de su fijación en el clítoris. (El clítoris es, en el fondo, un residuo del pene, y la niña descubre este órgano como órgano erógeno complementario. La masturbación fija la niña sobre el clítoris y será una tarea difícil, y a menudo dejada sin solucionar, liberarse de esta fijación, más exactamente: desplazarla a la actividad vaginal.) El varón, en cambio, no debe cumplir tal tarea, sino que su libido sigue fijado en el pene. El segundo proceso consiste en la liberación de la niña a la madre para orientar sus afectos hacia el padre. Una vez más, el varón se encuentra en una situación más ventajosa, pues continúa también en lo sucesivo vinculado a su madre.

Sabemos que en el alma infantil desempeña un papel decisivo el llamado *complejo de castración*. El varón teme que su vinculación a la madre y su agresión al padre, que es su rival, sean castigadas por la pérdida de los atributos de su sexo masculino. De ahí que trate de librarse de su situación de Edipo, realizando un compromiso entre su vinculación a la madre y la agresión a su padre. Es, pues, el temor a la castración el

que lo impulsa a buscar otra solución. La niña, en cambio, descubre un día que la naturaleza no le ha dado todos los atributos que ostenta el varón; que le han quitado algo que posee el varón. Primero la han privado del pecho materno y ahora también del pene. (La envidia por el atributo masculino, que se cree "perdido", pero que de hecho nunca se ha poseído, según la afirmación psicoanalista, comunica al alma femenina una fuerza dinámica que apenas puede superar estos complejos por sus propios medios). Su odio se dirige, pues, hacia la madre, a quien acusa, en lo inconsciente de su ser, de haberla despojado. Gravita, pues, en su alma la vinculación al padre, primer representante del mundo masculino, vinculación que en la inconsciencia es sentida como un pecado. Estos tres elementos, 1º la agresión contra la madre, 2º la vinculación al padre y 3º la conciencia de su inferioridad fisiológica como un castigo (castración), determinan todo el desarrollo y orientación psíquicos de la mujer. De ahí que raras veces la mujer llegue a una valoración plena de su papel como mujer, como amante, pero a menudo también como madre, y esto determina también el que el carácter femenino sea distinto al carácter masculino. Pero del complejo de Electra nacen también las enfermedades psíquicas de la mujer, cuyos síntomas se manifiestan naturalmente también en la vida sexual.

La primera fase de la lucha para libertarse del Complejo de Edipo parece terminar al iniciarse el llamado período de latencia, un paréntesis de la evolución sexual del individuo que se prolonga hasta la pubertad. El niño ha recorrido las fases infantiles de su sexualidad. Según dijimos al principio, Freud, al igual que cualquier representante de la psicología infantil moderna, considera que el desarrollo de la personalidad del niño llega a su fin a los cinco o seis años de la vida. Lo que sigue no es más que una repetición, fundada en el material psíquico existente. En "Moisés y la religión monoteísta" Freud expone

una teoría histórico-cultural sumamente interesante, acerca del período de latencia:

"Esta teoría dice que, en contraposición con la opinión popular, la vida sexual del hombre —o lo que le corresponda en épocas posteriores del desarrollo— presenta una evolución precoz que finaliza aproximadamente a los cinco años de edad. Luego sigue el llamado período de latencia —que dura hasta la pubertad— durante el cual no se realiza evolución alguna de la sexualidad, efectuándose hasta un retroceso en el camino recorrido. Esta doctrina es corroborada por la observación anatómica del desarrollo de los órganos genitales internos. Lleva a la suposición de que el hombre desciende de una especie animal que alcanzaba su madurez sexual al cabo de cinco años de vida y, además, despierta la sospecha de que la interrupción y la doble iniciación de la vida sexual están íntimamente relacionadas con la evolución que produjo al hombre, como especie zoológica. El hombre parece ser el único animal que presenta tal latencia y retardación de la evolución sexual... Quizá sea esta circunstancia la condición para la posibilidad de la neurosis que, en cierta manera, es privilegio del hombre y que, en este sentido, puede ser considerada como un resto (survival) de los tiempos primitivos, como ciertas partes anatómicas de nuestro organismo".

Terminado este período de latencia, la vida sexual vuelve a iniciarse en el período de la *pubertad*, esta vez en el sentido estricto de la palabra. Es decir, basándose en el dualismo "hombre-mujer". Pero he aquí que de nuevo interviene el medio ambiente, limitando mediante la "moral sexual", la actividad sexual del hombre, llegada a plena madurez biológica y supeditándola a determinadas condiciones sociales. Vemos así que de acuerdo con la moral sexual imperante, la madurez biológica no involucra la actividad sexual. Este impedimento de la actividad sexual *reactiva* la neurosis, tanto individual, que puede haber sido originada por los trastornos, experiencias e influencias de la evolución sexual cumplida hasta los cinco

años de vida, como la genérica, provocada por el período histórico de latencia.

Muchas veces oímos hablar de un "concepto sexual" del psicoanálisis, oímos, en tono de reproche, la afirmación de que "Freud lo deriva todo de la sexualidad". Por una parte, hemos comprobado que bajo el término "sexualidad" Freud no entiende solamente el acto sexual, sino todo cuanto obedece al dictado de la libido. Por otra parte observamos que la sociedad —por motivos que no podemos explicar así— se ensaña precisamente con estos instintos sexuales, imponiendo su desplazamiento. Esta condena implica un proceso muy importante en la historia de la humanidad. Freud escribe al respecto:

"La ubicación de los órganos genitales en el cuerpo humano —"intra urinas et faeces"— se aproxima más a su forma primitiva. Los órganos genitales no han acompañado al cuerpo en su evolución hacia formas más bellas sino que han conservado su carácter animal, de modo que también el amor sigue conservando en el fondo su carácter animal. Los instintos sexuales son educables. Los resultados de su educación son ora excesivos, ora deficientes, de modo que es del todo imposible armonizar las exigencias del instinto sexual, con las de la cultura. Sin embargo, la incapacidad del instinto sexual para hallar satisfacción plena una vez que se haya plegado a los primeros imperativos de la cultura, es la fuente de los más grandiosos méritos por el progreso cultural".

Wilhelm Reich, uno de los más destacados discípulos de Freud, cree ver otro efecto estimulador del progreso cultural de los instintos sexuales en el hecho de que:

"Los instintos de conservación se acompañan con un déficit de energía; el instinto sexual, en cambio, es un exceso de energía. En tanto que aquél tiende a la producción de nuevas energías, éste aspira a dar salida a las existentes, de que el hambre no desempeñe un papel importante en la formación del aparato psíquico y que de las energías sexuales en cambio fluyan fuerzas constructivas".

Pasemos a hacer ahora un resumen final de las enseñanzas de Freud. Afirma, basado en irrefutables pruebas empíricas, que la evolución sexual se inicia con el nacimiento, que recorre diversas fases y que llega, finalmente, después de un período de latencia, a su meta, que es la tendencia a la unión sexual con el sexo opuesto. El carácter de esta evolución sexual es condicionado por dos factores: el primero es el instinto sexual, que busca satisfacción bajo el impulso de la energía de la libido. Hemos visto que —según Freud— el complejo de Edipo abarca el impulso motor más importante. El segundo factor es la *sociedad*, que pone trabas al libre desenvolvimiento de los instintos sexuales, que impide que el niño recorra libremente las distintas fases de la sexualidad infantil y que llegue a ser, finalmente, un hombre de personalidad plena en el orden psíquico, sexual y social, que, en el fondo, es una misma cosa. Así se producen las neurosis.

Al mismo tiempo, las imposiciones de la sociedad y en particular la prohibición del incesto, obligan al hombre a *transformar* sus instintos sexuales prohibidos y a darle salida en una forma sancionada por la sociedad, a través de las llamadas *sublimaciones*.

Esto habría producido la cultura humana. La cultura humana y una sociedad enteramente neurótica son, pues, los dos productos de una misma causa. Freud y el psicoanálisis han demostrado con ello, con un valor inaudito, una de las fuerzas secretas del origen y de la evolución social de la humanidad. Han demostrado *una* de las fuerzas. Y es que el juego de fuerzas de la sociedad es determinado aún por otros motivos. Son, aún en el sentido freudiano, los motivos *económicos* los que determinan cuáles son los instintos condenados por la sociedad a no hallar satisfacción, esto es, a la muerte. Y aún hay otra cosa: Freud no se ha planteado la cuestión: *¿qué se propone la sociedad mediante esta prohibición? ¿Cuál es su*

finalidad y cuál es su consecuencia? Volveremos más adelante sobre esta cuestión al plantear una síntesis entre el psicoanálisis y el materialismo dialéctico. También tendremos oportunidad de exponer la educación sexual. Baste por ahora decir que *no hay educación que no sea también una educación sexual*.

Los sistemas antiguos de educación dejan al niño sin orientación alguna en este sector de vida. Freud dice al respecto:

"No podemos reprochar solamente a la educación actual la ignorancia en que deja a la juventud sobre la importancia de la sexualidad en su vida. Pero cuando la autoriza a andar por el mundo con tal defectuosa orientación psicológica, procede como si proveyera a los participantes de una expedición polar con trajes de verano y los mapas de la Italia del Norte". ("El desagrado en la cultura").

De todo lo expuesto se deduce fácilmente que los descubrimientos de Freud plantean en forma imperiosa la necesidad de una nueva moral sexual que reemplace la moral falsa e hipócrita de nuestra sociedad, por una armonía de las exigencias biológicas del ser humano con los intereses de la sociedad entera, es decir, con el mínimo de represión necesario a su existencia misma, pero no con los intereses de una selección dominante.

VIDA Y MUERTE: LA METAPSICOLOGIA DE FREUD

"De modo que no existe el libre albedrío; las exigencias de la vida condicionan los instintos, éstos los anhelos y los anhelos producen el pensamiento y la acción... El placer y el displacer son la satisfacción y la inhibición de un instinto; no son las causas de nuestros anhelos, sino su consecuencia".

Spinoza, "Ética".

Todo lo que hemos enunciado en los capítulos anteriores pertenece a la parte del psicoanálisis que descansa en una base puramente empírica. Es el fondo de la observación del psiquismo humano, realizada con aplicación del método de Freud.

Sin embargo Freud se caracterizó siempre por su predilección por la *especulación* y es muy probable que le haya costado un gran esfuerzo limitar en todo momento su intelecto sagaz y penetrante, a la realidad de los hechos y observar los procesos dinámicos del alma humana con la objetividad del hombre de ciencia aplicado al estudio de la naturaleza. Pero una vez levantado el edificio del psicoanálisis, formado un concepto claro y ajustado a las normas científicas, de los procesos de *represión* y *resistencia*, de la *sexualidad infantil* y de la relación entre los padres y los hijos del Complejo de Edipo, como elemento básico del desarrollo de la personalidad, su espíritu especulativo alzó vuelo, dando lugar a la segunda parte de las investigaciones psicoanalíticas, que Freud mismo denomina la *metapsicología*. ("Metapsicología" es un concepto especial del

freudismo: tiene la misma relación con la psicología que la metafísica con la física). Dice al respecto que dió, por fin, rienda suelta a su inclinación especulativa, emprendiendo la tarea de desarrollar la teoría de los instintos desde otro punto de vista. Con una modestia rayana ya en la vanidad, hace notar que se trata tan sólo de *hipótesis* que pueden ser desechadas tan pronto se llegue al mismo resultado mediante otras hipótesis. Con todo, lo cierto es que precisamente la parte especulativa de sus teorías era, por así decirlo, el hijo predilecto de Freud y queremos honrar su memoria llamando a esta metapsicología *freudismo*, distinguiéndola así del *psicoanálisis*.

Sin atención a lo que pueda haber de cierto o de equivocado en el freudismo, es y será siempre la obra genial de uno de los pensadores más profundos de la humanidad. No queremos callar nuestra actitud crítica frente a la *metapsicología* de Freud. Ya la orientación de sus conclusiones nos parece equivocada. Con la metapsicología Freud propuso reconstruir, partiendo del estudio de los procesos dinámicos del psiquismo humano, la base *material* de esos mismos procesos psíquicos, una tarea de solución imposible.

Bajo base material entiende *Freud* el fundamento biofisiológico, dejando de lado y menospreciando la base sociológica de los fenómenos psíquicos. Más adelante volveremos sobre esta cuestión. Consideramos ahora la metapsicología freudiana cuyos términos tales como lo "inconsciente", "Ello", Super-yo", etcétera, han pasado a ser patrimonio de todos, como una hipótesis formulada y elaborada con gran sagacidad, que nos brinda la posibilidad de dilucidar y describir los procesos dinámicos del alma humana.

Debemos observar a esta altura de nuestro bosquejo del psicoanálisis, que en modo alguno no hemos seguido el orden histórico de su evolución. Así, aún no hemos expuesto ni la teoría de los sueños, ni la psicología de la vida cotidiana. Lo

hemos hecho así, porque nos parece más conveniente explicar primero los conceptos especulativos del psicoanálisis, a fin de asegurar una mejor comprensión de los descubrimientos psicoanalíticos más familiares al público.

Hemos hablado ya de la *libido*, derivando este concepto de la primitiva teoría de los instintos de Freud. De acuerdo con el criterio primitivo de Freud, hemos dividido los instintos humanos en dos grupos: los instintos del yo, que están al servicio de la *conservación*, y los *impulsos sexuales*, cuya función no es, sin embargo, la *procreación*, sino el placer. Casi se diría que la procreación es un factor secundario. Freud partió del punto de vista de que estos impulsos son accionados por energías anímicas. La energía de la sexualidad es precisamente la *libido*. Se expresa en esta enunciación uno de los más importantes aportes del psicoanálisis al estudio de los fenómenos psíquicos: su explicación como procesos *dinámicos* y no como estados *estáticos*. La *psicología fenomenológica* describe los procesos y la *psicología experimental* trata de investigar, en forma estática, los estados psíquicos; Freud, empero, busca las fuerzas motoras, la *energía funcional* de los procesos psíquicos.

Ahora bien, ¿qué es el *alma*? ¿Qué son los instintos?

Sabido es que *Freud* remonta el concepto de sexualidad al *Eros* platónico y consideramos que el concepto freudiano del alma corresponde a esta bella metáfora de Platón, que se encuentra en "Phaidos":

"Lo que el alma es realmente no se resume en pocas palabras y haría falta una boca sublime para darle una expresión pura. Pero hay una metáfora más breve y más adecuada a bocas humanas: el alma semeja un tiro de dos caballos alados guiado por un conductor. Uno de los caballos es hermoso y manso y de raza noble; el otro, en cambio, es feo y maligno y de raza vil. De ahí que sea tan difícil y penoso llevar la rienda".

Pues bien, los caballos feos y malignos y de raza vil son los *instintos*. Pero ni el creador de la "psicología de los instintos", el propio Freud, sabe dar una respuesta al interrogante: ¿qué son los instintos?

"La teoría de los instintos —dice— es nuestra *mitología*; los instintos son seres míticos, magnos en su indeterminación". La naturaleza de los instintos sólo se nos revela a través de su actividad, lo mismo que comprendemos la electricidad únicamente por sus efectos. "Podemos distinguir en el instinto una *fuerza*, un *objeto* y un *fin*. La fuerza es cierto estado de excitación en el organismo, el fin es la cesación de esta excitación y en el camino de la fuerza al fin el instinto logra la *activación psíquica*". Freud supone que esta excitación es originada por causas de índole *bioquímica* y expresa la esperanza de que la investigación científica ofrecerá un día la prueba biológica de la teoría freudiana. En los últimos tiempos han sido realizadas investigaciones muy importantes al respecto, tanto por *Ischlandsky* en París, como por psicoanalistas ingleses y norteamericanos. Tampoco los biólogos y fisiólogos que tratan de descubrir la esencia de los instintos sobre una base biológica y materialista como, por ejemplo, *Monakow*, pueden presentar resultados positivos y abandonar el terreno de la especulación. Al respecto, la especulación freudiana, considerada como una hipótesis de emergencia, es más fecunda, aún desde el punto de vista biológico.

Todos ellos carecen además de la base biológica que faltara también a Freud, de la base psicológica, que éste poseyera. Una prueba interesante de una síntesis entre biología, psicología y literatura nos ofrece el libro "Psico-biología general de los instintos" del excelente biólogo español Cuatrecasas.

Nada caracteriza mejor la desorientación general respecto a los instintos que el hecho de que W. James distingue, por

ejemplo, treinta y dos instintos; Mac Dougall, en cambio, tan sólo quince.

La formulación de Ewald de que el instinto es *el recuerdo de la raza*, es muy bella, pero explica hartó poco. Es verdad que el criterio de Freud, quien estudia los instintos en su acción *dinámica*, descansa más sólidamente en bases empíricas que las demás teorías y es de esperar que su hipótesis quede demostrada también en el orden biológico y fisiológico.

La división de los instintos en dos grupos fué sometida más tarde a una revisión, agrupando ahora Freud los instintos en otros dos: el de los instintos de *destrucción* o de *muerte*, y el de los sexuales, del *Eros*. Pero declara, al mismo tiempo, que los instintos de *muerte* se hallan más allá de la experiencia clínica. Los instintos del *Eros* aspiran a la unión sexual, al amor, mientras que los instintos de muerte buscan la destrucción, la eliminación. Amor y muerte viven juntos en nuestro pecho. La muerte es la compañera del amor; ambos gobiernan el mundo. Antes, el psicoanálisis había sostenido que sólo el amor, el *Eros* gobierna la vida; sabemos ahora que también la muerte es una componente imprescindible de ella. Biológicamente, todo ser viviente tiende a la eliminación completa de "aquella fiebre que llamamos vida", según dice Freud. La condición de la vida es la muerte. La meta suprema de la vida es su propia destrucción; su único fin es la muerte. Este es el sentido de uno de los libros más importantes de Freud acerca del principio del placer. ("Más allá del principio del placer").

Palabras bellas, por cierto. Una elevada concepción filosófica. Pero de ningún modo es psicología. Debemos abandonar al gran escritor en este camino —pues Freud era un gran escritor y como tal recibió el *Premio Goethe*— y seguiremos al hombre de ciencia por otro camino, a fin de obtener una respuesta a la cuestión: *¿qué procesos psíquicos se producen en el alma, qué leyes los rigen?* Si consiguiéramos una respuesta

más o menos aceptable, teóricamente bien estructurada, empíricamente fundada a estas dos preguntas, tendríamos también, indirectamente, aclarada la cuestión: *¿qué es el alma?*

Freud trata de responder desde tres puntos de vista a estas dos cuestiones, que en realidad, constituyen una sola en la metapsicología freudiana. Estos tres aspectos son: el *dinámico*, el *económico* y el *topográfico*. A estos tres hay que agregar aún el sistema *cualitativo* de Freud para la valoración de los fenómenos psíquicos.

Trataremos de contestar a las dos preguntas mencionadas, en la forma más simple que nos sea posible, pero en todo caso lo haremos en sentido freudiano. Dado que se trata de conceptos nuevos y complicados en parte, nos apoyaremos en la terminología y en las definiciones que proporciona el "Diccionario general del Psicoanálisis", de Ricardo Sterba, aprobado por Freud.

Ante todo nos ocuparemos de la "concepción dinámica de la vida psíquica". Bajo ella se comprende la tesis de que, igual que en el mundo material, los procesos psíquicos sólo pueden ser comprendidos por medio de la revelación de las fuerzas que los producen. La ley de la "conservación de la energía" tiene pleno valor para el mundo de lo psíquico. Igual que en la física, también en lo psíquico podemos hablar de conversión, desplazamiento, tensión, acumulación de la energía, etcétera.

La doctrina del psicoanálisis y, dentro de ésta, la doctrina de las neurosis, se basa en este dinamismo de la vida psíquica.

Freud considera el alma como un aparato, como un maravilloso mecanismo. A este aparato son llevadas cantidades dinámicas —energías— completamente desconocidas aún y el aparato tiene la función de elaborarlas, de distribuirlas y eliminarlas.

Las fuentes de estas energías que llegan a lo psíquico bajo la forma de excitaciones, son los *instintos*, por una parte, y el

mundo exterior que, captado por los órganos de los sentidos, es llevado al alma bajo la forma de excitaciones exteriores, por la otra.

La energía psíquica, según Freud, puede ser "libremente eliminable" o "fijada". El aparato psíquico trata de fijar, es decir, de distribuir y de eliminar de acuerdo con los fines de lo "consciente", la energía recientemente incorporada que, en estado original, se encuentra en estado de completa libertad.

El aparato psíquico trata de eliminar inmediatamente las energías que le llegan por excitaciones interiores (por los instintos) o por excitaciones exteriores (del mundo exterior). Así como en los procesos fisiológicos las excitaciones son seguidas inmediatamente por una reacción (que constituye la eliminación de la energía producida por las excitaciones), así también el aparato psíquico está en continuo movimiento a fin de eliminar las excitaciones anímicas bajo la forma de reacciones. Dado que el ser humano constituye una unidad psicofísica, no es posible separar los procesos fisiológicos de los psíquicos. Frecuentemente la reacción a una excitación psíquica es fisiológica y viceversa. (Esta "conversión", como llama Freud a este proceso, es característica de los fenómenos histéricos).

Así, pues, el aparato psíquico tiene la misión de eliminar las energías que le son incorporadas, según de determinados sistemas. Esta eliminación o derivación se realiza por dos vías: primero, por la *motilidad*, es decir por medio de la inervación muscular que produce desde los movimientos automáticos del lactante hasta los actos coordinados del adulto y, segundo, por la *afectividad*, es decir, por todas las vivencias afectivas. Los afectos dominan toda la personalidad y se diferencian de los sentimientos por su mayor intensidad. Constituyen, en una escala más amplia, repeticiones de vivencias ancestrales y traumáticas de la *especie*.

La ira, la melancolía, la vergüenza, el entusiasmo son, en-

tre otros, procesos que actúan derivando o eliminando energía. La imaginación, la ideación, la memoria, la voluntad son todos procesos psíquicos que dependen de la incorporación y de la eliminación de cantidades de energía.

Ahora bien: toda incorporación de energía al aparato psíquico, es decir, toda excitación, significa o produce *displacer* (sufrimiento); toda eliminación o derivación significa: *placer*. Dado que el hombre busca o anhela el placer y trata de rehuir y de evitar el *displacer*, el aparato psíquico tiende continuamente a reducir las cantidades de energía que le son incorporadas o, por lo menos, a mantenerlas constantes. Eso, en esencia, es el contenido del llamado "principio del placer y *displacer*", de Freud. (*Lust-Unlust Princip*).

Pero por el efecto del mundo exterior sobre el individuo y, particularmente, por la acción moldeante que ejerce la educación, el aparato psíquico es capacitado, es entrenado para aplazar la eliminación de energía incorporada, que le produce placer y que, por lo tanto, anhela y busca, o ya en una fase más adelantada de adaptación del individuo al medio, es llevado a renunciar a esa derivación, es decir, a renunciar al placer y a producirse *displacer*, sufrimiento. El individuo se resigna a esto cuando "se trata de evitar con ese sacrificio un *displacer* (sufrimiento) mayor o cuando quiere asegurarse con ello el goce de un placer que le está asegurado". Esta *modificación* del principio del placer, efectuada bajo la influencia del medio social, es denominada "principio de realidad".

En aquellos casos en que este mecanismo psíquico funciona bien, es decir, en que la derivación de energía corresponde a la incorporación, podemos hablar, en estricto sentido freudiano, de "equilibrio psíquico", de "individuo equilibrado".

Pero cuando la reacción adecuada a la excitación (la derivación de sus energías) es inhibida o interrumpida por la estructura del individuo mismo o por el mundo exterior, enton-

ces nos encontramos en presencia de una "acumulación de energía", la capacidad de derivación del aparato psíquico es menor que la incorporación de energía. Pero este aparato recurre entonces a una nueva forma de restablecimiento del equilibrio psíquico, que es la de producir síntomas neuróticos, en lugar de reacciones adecuadas. Esto es denominado "equilibrio neurótico", en contraposición con el "equilibrio normal". La neurosis, es decir, el síntoma neurótico, puede ser concebida como una derivación —tentativa de derivación— *no adecuada* de la energía psíquica. La terapéutica analítica busca la derivación —"abreacción"— de estas cantidades de energía acumuladas.

Puede suceder también que el aparato psíquico reciba una excitación sumamente intensa —un *trauma psíquico*— que no logre derivar (abreaccionar). Según Freud, los síntomas histéricos significan una utilización anormal de la energía psíquica de estos afectos que han quedado "apretados".

Volveremos ahora de nuevo a la teoría de los instintos y al principio del placer y displacer de Freud. A continuación de una *concepción económica*, —que hemos descripto en sus rasgos fundamentales— podemos considerar una concepción total del aparato psíquico, es decir, a la vez de la *economía de la libido* y de la psíquica en el sentido considerado hasta ahora. De acuerdo con ella, los neuróticos sufrirían de una economía inadecuada, trastornada, de la libido.

Las investigaciones biológicas han demostrado —y Freud lo repite— que los instintos son también *fenómenos de destrucción*. Quisiéramos explicar la cuestión en una forma lo más sencilla posible. Ya hemos dicho que el instinto de conservación es accionado por la energía del hambre. Al saciar su hambre, el hombre da satisfacción al instinto, lo cual equivale a la eliminación de la energía del mismo instinto. Y así ocurre también con el instinto sexual: al alcanzar su meta suprema,

la unión sexual, la libido muere en el instante culminante del placer. No sólo en el terreno psicológico o especulativo, sino también en el biológico se ha comprobado que el estado del orgasmo equivale a la cesación completa del ser biológico. Cabe suponer que la frase famosa "post coitu" todos los animales tristes, tiene el mismo significado.

A estar a Freud, la libido, es decir la energía sexual, se fija, a través de las distintas fases de la evolución sexual, en los respectivos centros de dicha evolución: primero, en la boca; luego, a través de la fase anal, en los órganos sexuales. Freud habla de una economía de la energía y considera que toda neurosis es, en el fondo, un trastorno de esta economía.

La teoría de la libido llega, en el orden metapsicológico, a su punto culminante en el concepto de que todos los actos humanos se rigen por un *principio* que se resume así: *buscar el placer y evitar el displacer*. Esta tendencia, a la vez positiva y negativa, determina todas nuestras acciones, todas nuestras intenciones, todos nuestros afanes. Trasladada al terreno filosófico, esta tendencia significa que todo hombre aspira a ser feliz; *he aquí la única orientación de la vida*. Ninguna forma de organización colectiva puede tener otro fin que asegurar esta felicidad individual. La sociedad ideal, en el sentido de Freud, sería la que brindase al individuo las mayores facilidades para satisfacer sus instintos. Incluso las neurosis pueden ser consideradas como un procedimiento para dar salida a los instintos; en efecto, en las neurosis el individuo encuentra el mejor medio de solucionar *por sí mismo* sus conflictos internos. Vemos que este criterio es compartido por la ideología marxista, en el sentido de que la sociedad colectivista ofrece al hombre la mejor manera de satisfacer sus instintos en la mayor medida posible, sin otro límite que el respeto por el idéntico afán de sus prójimos. En este sentido, la sociedad del futuro será una

organización en cuyo marco el individuo llegará al máximo desenvolvimiento posible de sus instintos.

No nos engañemos. No hay acto humano, por más que aparente ser expresivo de un espíritu altruista, en el que el yo, la libido, no busque la manera de hallar satisfacción, ya sea en forma directa o sublimada. Los caudillos benefactores de la humanidad, los grandes filántropos, no obran sino acuciados por su afán de placer, bajo el impulso de mecanismos psíquicos cómodos que ha descubierto el psicoanálisis. Sabido es que también el *masoquismo* está al servicio del placer, si bien empleando las energías en una forma equivocada. Incluso el sufrimiento puede servir, pues, a la felicidad individual.

Hemos mencionado el *principio de realidad*, principio que ha determinado las discrepancias de más importancia en el seno de la escuela freudiana. Según el criterio ortodoxo, el "principio de realidad" significa la capacidad del individuo de amoldar una parte de sus instintos al orden social, sin entrar en conflictos. Bajo "orden social" se entiende aquí la ideología de las clases imperantes. En este sentido, el principio de la realidad tiene, pues, el significado de una adaptación. En cambio, el grupo de aquellos psicoanalistas, representados sobre todo por Wilhelm Reich, que colocan la psicología al servicio de la sociología y se niegan a considerarla como una ciencia independiente, entienden bajo esa denominación, en el sentido psicológico, no el reconocimiento sino el conocimiento de la realidad, y la organización de las fuerzas psicológicas con miras a crear, en base a nuestro conocimiento de la realidad existente, otra realidad mejor.

Con este motivo queremos mencionar también otro aspecto del *principio del placer*, que se designa con la frase *placer sin pecado*. Hemos visto que la sociedad pone trabas al libre desenvolvimiento de los instintos mediante sus prohibiciones, sus instituciones sociales y su moral sexual. El hombre, al chocar

con estas normas coercitivas experimenta un sentimiento de culpabilidad. El desarrollo sano del alma humana, en el sentido de Freud, significa, en cambio, el libre desenvolvimiento de los instintos, claro está que dentro de ciertos límites, sin que se produzca un sentimiento de culpabilidad. Ilustremos esto mediante un ejemplo. Sabido es que la frigidez de la mujer es una característica general de nuestra sociedad. En la mayoría de los casos esta frigidez obedece a factores psicológicos y refleja la impotencia de la mujer de experimentar la sensación de placer. Hemos visto cómo el Complejo de Edipo determina la evolución de la personalidad de la niña. La actitud agresiva frente a la madre, la vinculación al padre y, como resultado, la conciencia de la inferioridad fisiológica inherente a su sexo femenino, pero también el rigor con que la sociedad, representada por la madre, procede contra la masturbación, y el contenido de ésta en la fantasía, despiertan en la niña una conciencia permanente de culpabilidad, dando lugar a que asigne a la sexualidad el carácter de cosa ruin y prohibida. En otras palabras: en toda mujer, la cuestión de la sexualidad va acompañada del interrogante: ¿qué dice a esto mi madre? La hija, aunque a su vez sea madre de varios hijos, se avergüenza ante la suya, de su vida sexual, por más que ésta se cumpla en una institución social que la legaliza. Incluso la gravidez se considera a menudo como un motivo de vergüenza, ya que es una prueba de actividad sexual. La madre que cuenta a su hija la historia de la cigüeña, renegando así de su función fisiológica de madre, obra impulsada por el deseo de *borrar* el acto que ha originado el estado de gravidez. Resumiendo, diremos: sólo una pequeña parte de las mujeres logra sentir el amor y la relación sexual como algo distinto del pecado, como algo no prohibido, como algo que no implica castigo. Naturalmente, se trata aquí de procesos que tienen lugar en el *inconsciente* de la mujer. Queremos consignar aquí, adelantándonos a nues-

tra exposición posterior, que la educación en nuestra sociedad es, en realidad, nada más que la tendencia a inculcar en las almas un determinado sistema de sentimientos de culpabilidad, con miras a sojuzgarlas así también desde el punto de vista sociológico.

Pero volvamos ahora a la metapsicología de Freud. Como hemos visto, Freud explora el alma humana desde tres ángulos diferentes: el *dinámico*, el *económico* y el *topográfico*. Con arreglo al punto de vista *dinámico*, Freud interpreta los procesos psíquicos como "un juego de fuerzas en acción, que se robustecen o se debilitan mutuamente, que se unen y establecen compromisos entre sí". De acuerdo con la naturaleza de los instintos, estas fuerzas se caracterizan por una potente tendencia somática, el llamado *imperativo de repetición*. El origen de estas fuerzas es de orden biológico, sin que sepamos más al respecto.

En "Moisés y la religión monoteísta", Freud escribe, en una frase en que hay cierta nota trágica, que él mismo se ve obligado a admitir que es "totalmente incapaz de especificar el carácter *dinámico* de los procesos psíquicos. Hablamos de fijaciones y contra fijaciones, pero carecemos de todo otro dato y hasta de la más mínima base para una hipótesis de emergencia útil".

En cuanto al punto de vista *económico*, ya hemos hablado de él. Subrayamos y repetimos la hipótesis del aspecto económico, según el cual a toda representación psíquica de un instinto se fija una determinada porción de *energía* y los intercambios de energía que se efectúan en el dinamismo psíquico, tienden a impedir que aquélla se acumule demasiado, tratando de mantenerla en un nivel bajo. Vemos que estos procesos son regulados automáticamente por el principio del placer y del displacer.

Junto a los puntos de vista *dinámico* y *económico*, Freud

contempla también un aspecto *topográfico*, que nos lleva a los conceptos de Yo, del *Ello* y del *Superyo*.

Pero para llegar a una mejor comprensión de esta cuestión del concepto topográfico del alma humana, esencia de la metapsicología freudiana, queremos hablar primero de otro aspecto que también considera los contenidos del alma desde un punto de vista *cualitativo*. Para esta división usamos la terminología freudiana de lo *inconsciente* (UBw.), lo *consciente* (Bw) y lo *preconsciente* (Vbw).

La gran importancia de Freud, tanto para el *psicoanálisis* como método y como ciencia de la vida psíquica, cuanto para el *freudismo*, como filosofía, reside en su descubrimiento del mundo de lo inconsciente. Con este descubrimiento, Freud entró en conflicto con las concepciones psicológicas y filosóficas de su época, dado que éstas suponían al hombre como una individualidad completamente dominada por la conciencia y por nada más que ésta. Bajo "subconsciencia" no comprendían más que los residuos, "el desecho de la actividad consciente", pero sin asignarle a aquélla una actividad propia. Freud, en cambio, niega el libre albedrío, niega que el hombre pueda conducir su vida de acuerdo con las exigencias de su conciencia, niega que el hombre "sea el amo en su propia casa". Todo acto humano sería determinado por las fuerzas de lo inconsciente, por fuerzas que realmente han de ser calificadas de infernales.

Veamos ahora el significado exacto de los términos "consciente" e "inconsciente", según la concepción clásica de Freud.

Ante todo y para mayor claridad, una metáfora de éste.

"La esfera de lo inconsciente es una vasta antesala donde circulan los impulsos anímicos cual seres individuales. Una puerta comunica esta antesala con un salón, de dimensiones más reducidas, que representa lo consciente. Un criado apostado junto a la puerta vela por que ninguna persona vulgar y sin

derecho de entrar franquee el umbral del salón y prohíbe la entrada a los instintos no aceptados por la buena sociedad, rechazándolos con energía. Hemos denominado esto la represión. Puede darse el caso de que algunas de tales personas no sean reconocidas por el criado o en una otra forma y se introduzcan en el salón, donde se conducen en forma indecente y por esto vuelven a ser expulsadas del salón. También es posible que algunas otras personas se deslicen al salón aprovechando un momento de descuido del criado, siendo expulsadas a su vez. Pero aunque hayan logrado entrar en el salón, no son presentadas al anfitrión. Esperan ser presentadas, vale decir penetrar en la conciencia; las debemos considerar como lo "preconsciente".

Gracias a esta metáfora ya hemos obtenido un concepto del "sistema cualitativo de lo psíquico", aunque muy superficial. Ahondemos ahora la cuestión.

Según Freud existen dos "inconscientes", un inconsciente de dos especies: el "preconsciente" y el "inconsciente" propiamente dicho. Lo que caracteriza a este último sistema es el hecho de que lo que en él se encuentra es inaccesible a la *evocación voluntaria*, al recuerdo voluntario, cuya oportunidad es elegida libremente por el individuo. Todos los elementos psíquicos no conscientes que, sin embargo, la evocación voluntaria puede llevar en cualquier momento a la conciencia, forman, en ese momento determinado, el contenido de lo preconsciente.

Otra particularidad de lo inconsciente (siempre en el sentido estrecho del término), que deriva inmediatamente de la anterior, es la de que *no es accesible a la observación directa*, o sea, que sólo pueden ser descubiertos sus elementos mediante un trabajo de exploración o de interpretación o que descubren ellos mismos a través de ciertos fenómenos, material, por lo tanto, del estudio psicoanalítico: sueños, síntomas neuróticos, actos fallidos, transferencia, resistencia, etc. Los denominados

"derivados de lo inconsciente", como ser: sueños diurnos (fantasías), síntomas, "formaciones sustitutivas", etc., han de ser consideradas como las continuaciones manifiestas de los procesos que se desarrollan en lo inconsciente. En el curso del tratamiento analítico, la *asociación libre* —de la que aún hablaremos— lleva a la producción de tales derivados de lo inconsciente.

Freud opina que todos los actos psíquicos son procesos que se operan en la esfera de lo *inconsciente*. Lo *inconsciente*, lejos de ser una parte de la vida psíquica, es su *sustancia básica*.

"Lo inconsciente —dice Freud— es lo psíquico mismo y su esencial realidad. Su naturaleza interna nos es tan desconocida como la del mundo exterior. La conciencia nos informa de ello de una manera tan incompleta como sobre el mundo exterior los órganos de sentidos". ("Interpretación de los sueños").

Para emplear una metáfora, lo consciente es un rayo de luz que ilumina lo que constituye el inventario del alma; pero dicho inventario existe aunque no lo ilumine el rayo de luz de lo consciente.

Hemos mencionado el concepto de "sustancia básica", que por cierto es un concepto muy vago. Fácilmente se comprende que los instintos forman parte del contenido de lo inconsciente y forman su sustancia básica. Lo inconsciente, en el sentido de Freud —según Jones—, tiene seis cualidades características: es *reprimido, activo, bestial, infantil, ilógico y sexual*.

Otra parte del contenido de lo inconsciente la constituye el material reprimido. El vestigio del recuerdo de las experiencias pasadas ha quedado registrado en lo inconsciente, en un estado especial. No poseemos un conocimiento biológico exacto acerca del material que cae en el olvido y vuelve a subir a la superficie del recuerdo. Según Semon, toda percepción se graba

en el cerebro para quedar archivada (engrafía), en forma de las llamadas *mnemes* (engramas). Mediante determinados procesos, el vestigio del recuerdo vuelve a activarse, fenómeno que se denomina *ecforia*. Podemos distinguir dos clases de "mnemes": aquellas que representan las experiencias de la especie humana y que podemos considerar como *instintos*, y las que se derivan de experiencias individuales.

Sobre la *memoria* y el *recuerdo* es el concepto psicoanalítico —según Sterba— el siguiente:

"La reproducción por intermedio del recuerdo ha sido considerada por la psicología, hasta Freud, como la única posible. Pero el psicoanálisis pudo demostrar también otras formas de la reproducción de recuerdos, por ejemplo las condicionadas por la repetición. Sucesos apartados por los esfuerzos de desplazamiento, que no son accesibles al recuerdo, cuya existencia y actualización en la esfera psíquica, pueden ser demostradas por el hecho de ser revividas en la vivencia, ya sea por reacciones afectivas, ya sea por la reconstrucción activa de constelaciones anteriores, relaciones afectivas anteriores, etcétera. La vivencia primitiva no es accesible en esta forma de reproducción, por lo menos en las partes afectivas principales del recuerdo consciente.

En esta suerte de reproducciones sin recuerdo consciente, el psicoanálisis habla de *memoria inconsciente*. Si los engramas de las vivencias, que con apartados del recuerdo consciente por resistencias y que se exteriorizan por repetición, son llevados nuevamente al recuerdo consciente por el método psicoanalítico, pierden la capacidad de determinar otro tipo de reproducción. En ello está basado en parte la acción de la terapéutica psicoanalítica.

Correspondiente a la concepción dinámica de la vida anímica, el psicoanálisis supone que también el recordar es un proceso energético dentro del aparato anímico. Toda percepción determina una huella indeleble en el aparato anímico. Esta huella indeleble nos la imaginamos como una modificación estable en aquellos elementos de los sistemas psíquicos, que guardan el recuerdo.

La ubicación de estos sistemas dentro de la psiquis,

y por lo tanto la ubicación de las huellas indelebles —que también son denominadas huellas del recuerdo— se lo imagina el psicoanálisis espacialmente contactando con el sistema de percepción. Toda percepción pasa a través de este lugar de la psiquis, para dejar allí en diversos sistemas huellas indelebles, cuyos sistemas denominaremos sistemas recordatorios.

Como imagina Freud, según de que sistema se trate, ocupaciones de la indeleble tienen la posibilidad de extenderse en diversas direcciones, correspondientes a la menor resistencia. En un sistema pasando por huellas indelebles llegadas al mismo tiempo, en otro pasando por huellas indelebles parecidas, etcétera, de tal manera que en los sistemas del recuerdo está dada la base de las asociaciones. El recordar se realiza por la ocupación de una huella indeleble dejada por algo que ya se ha percibido alguna vez. El psicoanálisis demuestra que esta reocupación de la huella indeleble dejada por una percepción, primero es inconsciente. Puede quedar definitivamente inconsciente y a pesar de ello ser eficaz".

Afirmamos que el concepto de Freud puede ser armonizado con el de Semon, agregando al contenido de lo inconsciente también los recuerdos que en un tiempo se hallaban en la esfera de lo *preconsciente*, siendo luego reprimidos en la forma que ya hemos descrito. Según Freud, lo olvidado no se pierde, sino que tan sólo ha quedado reprimido; existe la "mneme", sólo que aislada en lo inconsciente respectivamente en su parte *preconsciente*. El material reprimido persiste en su afán de subir a la superficie, de aflorar de nuevo a la conciencia. Ya consciente en su forma primitiva y pura, sino deformado. Nos es mudo. Freud subraya que todo lo reprimido forma parte de lo *preconsciente*. Entonces se plantea el interrogante: ¿qué es lo *consciente* en el sentido de Freud? "La *conciencia*, dice Freud, tiene la cualidad de ser fugaz y se adhiere, tan sólo transitable comprobar en los sueños esta deformación de lo reprimidamente, a los procesos psíquicos". Dada esta cualidad de ser fugaz, acaso sea más correcto establecer aquí una distinción

cualitativa y sustituir el concepto: *consciente* por *capaz de ser consciente*. Esta cualidad se denomina "preconsciente". Nurnberg agrega:

"La conciencia debe ser considerada como un órgano sensorial, como un sistema de percepción situado en el límite entre lo interno y lo externo y capaz de percibir procesos de una y otra procedencia. ("Teoría general de las neurosis").

Freud, en su exposición, recurre a un ejemplo muy gráfico para la explicación de este proceso. Como todo proceso psíquico existe al principio en un estado inconsciente y sólo después pasa a la fase consciente, se puede compararlo a una placa fotográfica que al principio es una negativa, para transformarse luego —pero no siempre— en una fotografía verdadera gracias a la revelación.

Según Freud, "el fenómeno de buscar un motivo aparentemente racional a una tendencia *inconsciente* se conoce en psicoanálisis con el nombre de *racionalización*". La *intensidad afectiva* de las tendencias que forman parte del *inconsciente* varía mucho y pasa con mucha facilidad de una representación a otra; este proceso se conoce con el nombre de *desplazamiento*.

Según la concepción del psicoanálisis y en contradicción con la de la psicología preanalítica, tan sólo una pequeña porción de los fenómenos psíquicos se desarrollan en la conciencia. La conciencia sirve sólo a la percepción por medio de los órganos de los sentidos, de aquellas excitaciones que provienen del exterior, lo que no significa que todas las percepciones sean "conscientes". También sirve a la percepción de placer y displacer, es decir, de excitaciones internas. La conciencia o lo consciente debe localizarse, anatómicamente, en la corteza cerebral.

Después de esta aclaración de los conceptos "inconsciente", "preconsciente" y "consciente", podemos pasar a considerar la

concepción topográfica de lo psíquico, enunciada por Freud. Los conceptos que emplea ésta son: el Yo, el Super-yo y el Ello. En el centro del sistema topográfico está el Ello. Freud dice del psicoanálisis que es "*la psicología de Ello*".

El término *Ello* proviene de Groddeck ("*El Libro del Ello*"). Es formado por la totalidad de los instintos y consiste, en gran parte, de elementos arcaicos, parcialmente de naturaleza ontogenética (deseos infantiles) y parcialmente de origen filogenético (complejos de Edipo y de castración). El *Ello* es lo ancestral, lo primitivo, el dominio de lo inconsciente, y su contenido es, pues, todo cuanto es inconsciente, pero también todo lo que ha sido reprimido, desplazado a lo inconsciente.

El Yo no es más que una "parte modificada" del Ello. Sobre la función del Yo dice Freud:

"El Yo es, de todos modos, nada más que parte del *Ello*, adecuadamente transformada por la proximidad del mundo exterior. En sentido dinámico, es débil; todas sus energías le son prestadas por el *Ello*. El Yo tiene que llevar a cabo las intenciones del *Ello* y realiza su misión cuando descubre las circunstancias en las que mejor pueden ser conseguidas tales intenciones. La relación del Yo con el *Ello* podría compararse a la del jinete con su caballo. El caballo suministra la energía para la locomoción; el jinete tiene el privilegio de fijar la meta y dirigir los movimientos del robusto animal. Pero entre el Yo y el *Ello* ocurre el caso, nada ideal, de que el jinete tiene que guiar al caballo allí donde éste quiere ir".

Podemos considerar el *Ello* como el representante de la vida interior y el Yo como el de la vida exterior.

Según la concepción dinámico-económica, tanto la motilidad como la afectividad dependen del Yo, es decir, el acceso a la motilidad y, en los estados normales, a la afectividad (en otras palabras: el acceso a la derivación de la energía acumulada) es sólo posible a través del Yo.

¿Cómo se opera, pues, la diferenciación del Yo del *Ello*?

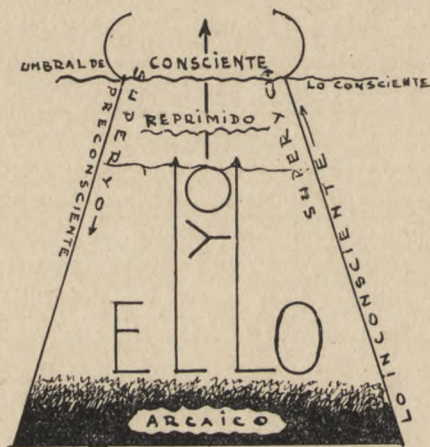
Este proceso tiene lugar en los primeros años de vida del hombre. Una parte del contenido del *Ello* es acogida por el *Yo* —se le permite la entrada en el salón de la conciencia— y mantenida en estado preconscious. Una gran parte del contenido del *Ello*, en cambio, queda retenida en el *Ello*, en estado eternamente inconsciente. En el curso de la formación del *Yo*, ciertos procesos e impresiones psíquicas son expulsadas del *Yo* como medida defensiva; se las priva del carácter de preconscious y se las reduce de nuevo a la categoría de elementos del *Ello*, de lo inconsciente, donde constituyen, pues, el material reprimido del *Ello* o, en nuestra metáfora: las personas expulsadas del salón de la conciencia. De entre el contenido de lo preconscious, los vestigios de sensaciones son los que más fácilmente penetran en la esfera de lo consciente.

Todos los procesos psíquicos comienzan en el *Ello*. Una parte de los mismos, después de haber pasado por una "censura", establecida en el límite entre el *Yo* y el *Ello*, llega al *Yo* y, por intermedio de éste, es derivada. Pero las tendencias del *Ello* inconvenientes para el *Yo*, son detenidas por la censura de éste o son repelidas al *Ello*, si ya han pasado la censura. Se las denomina entonces "tendencias reprimidas". Pero lo reprimido no por eso es anulado, sino que sigue tratando de llegar al *Yo* y de ser derivado (eliminado). Mas ciertas cantidades de energía actúan constantemente a fin de impedir esta irrupción, a fin de mantener lo reprimido alejado del sistema "consciente" (Bw.) o del "preconscious" (Vbw). Esta energía, originaria de las zonas inconscientes del *Yo*, se denomina "anticatexia".

El *Super-yo* está constituido, ante todo, por tendencias del *Ello* modificadas, pertenecientes al Complejo de Edipo, y está en comunicación directa con el *Ello*. El *Super-yo* es la *instancia normativa* de la personalidad, el representante y reflejo de la sociedad con sus leyes, su moral, etc., es el juez supremo

que gobierna el alma y que decide sobre lo que ha de ser permitido y lo que ha de ser prohibido.

A continuación de esta somera exposición, describiremos el *mapa de la topografía del alma*, tal como lo concibe Freud. Es verdad, empero, que Freud, obrando con cautela, ha indicado que no se trata aquí de fronteras precisas, "como las que han sido artificialmente trazadas en la geografía política", una observación que evidentemente ya no se aplica a la situación política actual.



Miremos ahora el dibujo más detenidamente. Vemos que el *Ello* abarca todo lo inconsciente, o sea el material primitivo, como también el material reprimido. El *Yo* comprende parte de lo inconsciente y parte del material reprimido, respectivamente, que ha conservado su vinculación al *Yo* ("Ichzugehörigkeit"), así como todo lo que calificamos de preconsciente, o sea capaz de ser consciente.

El *Super-yo* domina el *Yo* y penetra hasta el *Ello*. El pobre *Yo* es el campo de batalla en el que el *Super-yo* y el *Ello*

están trabados en lucha. Es, para emplear una frase gráfica, "el que paga el pato". Lo acometen, por una parte, los instintos que buscan su satisfacción y la presión del material reprimido que pugna por volver a la superficie, y por la otra, el gobierno severo del *Super-yo*, que representa a la sociedad.

Según las palabras de Freud, el Yo está sometido a "tres severos amos":

1º) al mundo exterior, cuya percepción es una de las funciones del Yo;

2º) a las exigencias del *Ello*, de satisfacer las tendencias de la libido;

3º) al *Super-yo*, que responsabiliza al Yo, no sólo por sus propios actos, sino también por las exigencias del *Ello*, de las cuales el Yo ni tiene conocimiento, puesto que son inconscientes.

El Yo trata de conciliar estas tres instancias, de encontrar un compromiso, pero no siempre lo logra y el Yo *fracasa* en sus funciones. Según el psicoanálisis, este fracaso se manifiesta bajo la forma de *angustia*, que presenta tres formas. Si el Yo ha fracasado frente al mundo exterior, se trata de *angustia real*; si no ha satisfecho las exigencias del *Super-yo*, hablamos de "remordimiento" y, finalmente, producirá angustia neurótica cuando fracasa frente a las tendencias instintivas del *Ello*.

Puede suceder que el Yo concentre todas sus fuerzas para reprimir la energía proveniente del *Ello* (es decir, las exigencias de los instintos, representantes de la parte biológica del psiquismo, condensadas en el *Ello*). Si el Yo es sumamente débil, encuentra un último recurso en la interrupción del funcionamiento del aparato psíquico, en la reducción a un mínimo de las funciones de recepción y derivación. Es lo que se denomina "reducción funcional". Muchas enfermedades mentales se deben a este proceso.

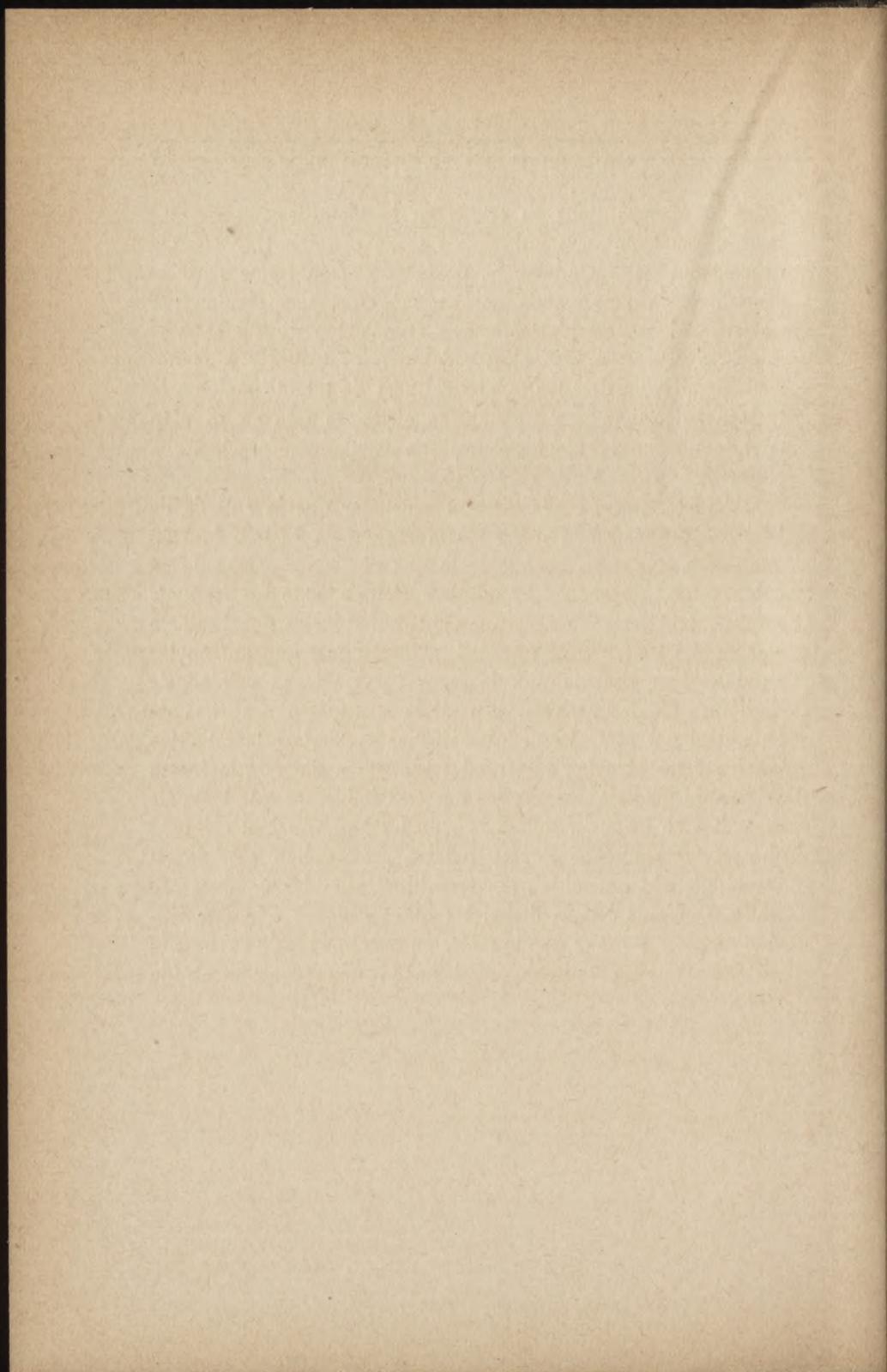
En "Moisés y la religión monoteísta", que citamos con frecuencia por considerarlo como una síntesis de las doctrinas

de Freud, el autor formula una nueva hipótesis de su metapsicología. Freud dice que "en la vida anímica del individuo quizá operen no sólo elementos provenientes de la experiencia propia, sino también elementos heredados, trozos de procedencia filogenética, una herencia arcaica". Esta consiste en determinadas disposiciones que cabe interpretar como elementos constitucionales. Pero además de esta disposición constitucional, Freud llega a afirmar que "la herencia arcaica del hombre abarca no sólo disposiciones, sino también contenidos, vestigios de recuerdos de experiencias recogidas por generaciones anteriores". A diferencia de los biólogos, que no admiten la transmisión hereditaria de cualidades adquiridas, Freud opina —si bien con suma modestia— que "cabe afirmar la transmisión hereditaria de tales vestigios de recuerdos del antepasado inmediato, como herencia arcaica". Mediante esta hipótesis intenta Freud salvar el abismo que separa la psicología individual de la psicología de las masas. Como lo dice Freud, y como nosotros lo diremos cuando tratemos el origen de las religiones, se puede tratar a los pueblos como neuróticos individuales.

Queremos aún mencionar que Freud no califica el contenido del *Ello* ni de bueno ni de malo, sino de *asocial*, aunque no de antisocial, rechazando con energía la idea de que en el *Ello* actúe un instinto innato. Como vemos, Freud hace suyo el concepto de Nietzsche respecto al carácter *asocial* del *Ello*. Sin embargo, nosotros nos preguntamos: ¿no cabe admitir la existencia de instintos de positivo carácter *social* en el hombre, de que el primitivo instinto de rebaño y el instinto constructivo de muchas especies animales, como también el instinto de organización social de las hormigas y de otros animales, se repita en el hombre en una forma más elevada de instinto social? Pero Freud admite que "no sólo somos más inmorales, sino también más morales de lo que suponemos". (Discurso en el Congreso de 1922).

El *Super-yo* tiene su origen en la identificación con los padres. Se trata de un proceso que se opera a través de la educación. Desgraciadamente, de la educación forma parte el arsenal de la propaganda política moderna, que elimina por completo el *Yo*, estableciendo una vinculación directa entre el *Super-yo* y el *Ello*. En otras palabras: los instintos humanos reciben un valor decisivo. Cabe calificar de intento maligno la tentativa de algunos psicoanalistas alemanes que en su afán de adaptarse a la ideología nazi no vacilan en proclamar a Hitler el *Super-yo* de la nación alemana.

Para terminar, queremos aún consignar que la entrada de lo preconsciente en la esfera de la conciencia es una función *lingüística*. Se torna consciente lo que puede ser expresado en palabras. *El pensar no es, en este sentido, sino un lenguaje sin voz*. El desarrollo de la facultad de hablar es una herencia arcaica del individuo; es verdad, sin embargo, que antaño las palabras han poseído una fuerza mágica por su calidad de símbolos. En los niños es general la sustitución simbólica de un objeto por otro. Los adultos hemos olvidado este primitivo saber arcaico. En los enamorados resucita a menudo la fuerza mágica de las palabras. Todos nosotros hablamos este lenguaje simbólico en nuestros sueños. Como los hombres han olvidado el carácter simbólico de las palabras, éstas han perdido su fuerza; de ahí que ahora sea tan difícil para los hombres entenderse. Como hemos dicho, los niños conocen aún este lenguaje arcaico y así es que lo mejor en nosotros reside en aquella parte de nuestra individualidad en la que seguimos siendo niños.



LOS SUEÑOS Y SU INTERPRETACION

"Sueño es cáscara — tírala".

Goethe.

Vamos a emprender ahora una excursión muy interesante, que nos llevará al reino de lo inconsciente en el hombre, recorriendo el camino que Freud llamó la *Vía Aurea*, de acceso al inconsciente y que es la exploración de los sueños. Con la interpretación de los sueños, el psicoanálisis ha descubierto una vez más una ley del dinamismo psíquico allí donde otros sólo comprobaban un caos. El propio Freud dice: "Esta teoría ocupa en la historia del psicoanálisis un sitio especial, marcando una etapa decisiva; con ella, el análisis ha dado el paso del procedimiento terapéutico a una psicología profunda. Y en su autobiografía declara: "Cuando se me pregunta cómo se puede llegar a practicar el psicoanálisis, contesto simplemente que estudiando sus propios sueños". Freud, en "La Interpretación de los Sueños" ha analizado sus propios sueños, llegando a ser así un psicoanalista. Es verdad, empero, que sabemos ahora que, en definitiva, el hombre no puede analizar sus propios sueños, pues no es capaz de imponerse por sus propias fuerzas a las fuerzas que originan sus sueños. Precisamente por esto evitaré, deliberadamente, citar ejemplos de cómo se interpreta un sueño dado. Creo que mi tarea consiste en dar a mis lectores una idea lo más completa posible de la *función psíquica* desempeñada por los sueños, de cómo se originan los sueños y qué finalidad persigue con ellos el alma humana.

Quiero consignar aquí una observación personal: Este libro tiene por fin dar un resumen de lo que es el psicoanálisis a los que no puedan o quieran estudiar toda la enorme literatura que existe sobre el particular. Mi labor es tan sólo la de un organizador que aspira a ordenar y enfocar el material en forma que sea comprensible aún para los que acaso no han leído jamás un libro de Freud, ni lo leerán. Ahora, sin embargo, quiero hacer una excepción y rogar a mis lectores que completen mi disertación con la lectura de los dos libros más importantes de Freud: "La Interpretación de los Sueños" y "Psicopatología de la vida cotidiana", convencido de que a través de esta lectura saldrá ganando su buena hombría, pues habrán llegado a una mejor comprensión de sí mismos y, por ende, también de los demás.

Freud dice: "Para una tercera parte de nuestra vida no hemos nacido del todo. Esta tercera parte la pasamos durmiendo, en un estado no consciente, tranquilo y libre de sensaciones, que semeja al del feto en el seno materno.". El reposo sería, pues, el cumplimiento del anhelo eterno del hombre: retornar al paraíso, retornar al seno materno. Pero no sólo dormimos, sino que también soñamos. Parece como si los sueños vinieran a perturbar este reposo paradisíaco. Pero no es así. Veremos que soñamos para poder dormir tranquilos. Y los sueños son los guardianes del reposo.

Los sueños siempre han sido considerados como algo místico y demoníaco. Un refrán húngaro reza que el "Diablo no duerme jamás". Esto significa que él sólo está despierto siempre para dirigir el juego demoníaco de los sueños de los hombres dormidos.

Según Aristóteles, el origen de los sueños es *demoníaco*, y no *divino*. En la antigüedad se ha atribuido a los sueños un poder demoníaco y místico. En los sueños aparecen los espíritus de los difuntos y los sueños tienen el poder mágico de dilu-

cidar el futuro. Es verdad, sin embargo, que Aristóteles ha interpretado la vida onírica, o sea los sueños, como la manera en que nuestra alma trabaja mientras dormimos.

Se puede decir que los sueños han conservado hasta Freud su significado místico y que su estudio literario se expresaba en libros de sueños donde se los consideraba simplemente como símbolos y se traducían los símbolos al lenguaje común. Es verdad que aún después de Freud estaba de moda interpretar los sueños en forma que se daba a cada símbolo un sentido sexual, lo cual, naturalmente, dista mucho de ser psicoanálisis. Freud dice lo siguiente al respecto: "Nunca he hecho la afirmación, que se me atribuye con frecuencia, de que de la interpretación de los sueños se desprende que todos los sueños tienen un contenido sexual o tienen su raíz en instintos sexuales".

Pero incluso la ciencia ortodoxa —si es que se la puede calificar de tal— que antes de Freud se ocupaba de los sueños, los consideraba, por lo general, como resultado de los *recuerdos*, mejor dicho, de las sensaciones físicas del día anterior, que surgen durante la noche, o interpretaba los sueños como "un *indicio* de un dormir intranquilo, como una *señal* de que no todas las partes del cerebro se han calmado por igual y de que ciertos sitios del mismo, bajo estímulos desconocidos, han querido seguir trabajando, lográndolo sólo de un modo muy imperfecto". *Forel* y *Fechner* representan el criterio *morfológico*, según el cual los sueños son los resultados de las sensaciones que durante la jornada han actuado sobre la corteza cerebral. Ni las investigaciones más profundas podían dilucidar la verdadera esencia de los sueños; Freud ha sido el primero en dar una idea clara y fundada en *estudios empíricos* de las leyes psíquicas que nos gobiernan durante el reposo.

Para poder comprender la cuestión en su totalidad, cabe plantear primero este interrogante: ¿Por qué dormimos? El famoso *Burdach* responde a este interrogante con este otro inte-

rogante: *¿Por qué estamos despiertos?* La respuesta científica general es que el dormir significa reposo; pero *Goldscheider* dice: "No dormimos por estar cansados, sino que estamos cansados porque nuestro organismo quiere dormir". *Ecónomo* considera el dormir y el estar despierto como dos estados del cuerpo que tanto desde el punto de vista cuantitativo como del cualitativo representan complejos biológicos distintos. Sería muy interesante ahondar en el aspecto biológico de la cuestión del reposo, pero tenemos que contentarnos con hablar de la conclusión final a que llega *Pawlow* en base a los resultados de las investigaciones de más de quinientos institutos fisiológicos de su dirección en la URSS., en su último libro titulado "*Disertaciones sobre la labor de los hemisferios del cerebro*", dice que el cerebro, integrado por células sumamente complejas, precisa de tiempo en tiempo llegar a un estado de reposo, para que no se desmorone esta delicada organización. El estado de reposo lo brinda el dormir. Bástenos esta comprobación biológica para continuar nuestro estudio en el sentido de Freud.

"Lo mismo que nos desvestimos antes de acostarnos, se desviste el alma durante el sueño", dice Freud. Nos acostamos, apagamos la luz, nos cubrimos y fácilmente se establece un parangón con la estada agradable del feto en el seno materno. *Alfredo Adler* afirma que el durmiente adopta la posición que ha adoptado en su estado embrionario. Freud se expresa en palabras mucho más profundas:

"El hecho de haber nacido, implica que no podemos aguantar el mundo sin interrupciones; de ahí que de cuando en cuando tengamos que retirarnos a un estado parecido a nuestra existencia embrionaria en el seno materno, o sea al reposo. También las condiciones exteriores que acompañan nuestro reposo las orientamos en este sentido: calor, oscuridad, falta de sensaciones. Todo despertar repite el momento del nacimiento. Nos parece que el dormir libre de sueños es el más indicado, pues es indicio de que falta toda actividad psíquica".

Así dice Freud. Sabemos, sin embargo, que el reposo libre de sueños equivale a la muerte; que de acuerdo con la metapsicología freudiana el seno materno y la muerte son una misma cosa. Freud, sin embargo, afirma en su "La Interpretación de los Sueños" que el ser humano nunca duerme sin soñar.

Ahora tratamos de responder también en el sentido de Freud al interrogante: "¿Qué es el reposo?" Freud distingue en el reposo cuatro fenómenos: *Primero*: La libido, en lugar de orientarse hacia un objeto exterior, se repliega sobre el yo. El durmiente es un hombre en el cual domina el propio yo, su narcisismo. *Segundo*: Ya que en el durmiente cesa la motilidad, no hay que temer que los instintos se suelten de sus amarras. No hay, pues, necesidad de reservas fuerzas para la represión de los instintos. *Tercero*: Se produce una regresión al estado primitivo. *Cuarto*: Igual que como feto en el seno materno, el durmiente se aísla por completo del mundo exterior. (Fuera del sueño, tal aislamiento se da tan sólo en el amor, donde se funden el Yo y el Tú. Por esto, el verdadero amor acaso no sea más que un sueño).

Podemos resumir estos cuatro fenómenos en una sola frase: El reposo es el aislamiento del durmiente del mundo exterior, y quizá equivalga a una *huída de la realidad*.

¿Se trata de una situación normal, natural? Veremos que aquí el psicoanálisis señala conexiones de suma importancia. También las enfermedades mentales significan el aislamiento del mundo exterior. Freud afirma que:

"El sueño es un producto *patológico*, el primer elemento de la serie que comprende el síntoma *histérico*, la representación *obsesiva* y la idea *delirante*, pero diferenciado de los demás por su condición *efímera* y por su génesis en circunstancias pertenecientes a la vida normal".

... "El dormir implica un apartamiento del mundo real, con lo cual se dan las condiciones para el desarrollo de una psicosis.

El estudio más cuidadoso de las psicosis graves no nos revela ningún rasgo más característico de tal estado patológico. Pero en la psicosis, el apartamiento de la realidad es provocado de dos maneras distintas: o adquiere preponderancia lo inconsciente *reprimido* y sojuzga a lo consciente pendiente de la realidad, o bien la realidad se ha hecho tan insoportablemente penosa que el Yo amenazado, en un gesto de rebelión desesperada, se arroja en brazos de los instintos inconscientes. La inocente *psicosis onírica* es la consecuencia de un retraimiento *consciente* y *voluntario*, y *sólo temporal* del mundo exterior y desaparece con la renovación de las relaciones con el mismo".

Podemos resumir en una sola frase la diferencia que media entre los que sueñan y los enfermos mentales: El enfermo mental, que constituye un peligro para sí mismo y para los demás, es también *susceptible de actuar*, en tanto que el hombre que sueña se limita a realizar sus actos en una forma *alucinatoria*.

Después de haber estudiado el significado del reposo desde el punto de vista psicológico, pero también psicoanalítico, pasamos a estudiar las finalidades, el objeto *teleológico* del sueño. ¿Qué se propone la Naturaleza al convertir al hombre en un animal que sueña?

Según Freud, el reposo constituye una tentativa de retornar al estado embrionario en el seno materno y los sueños son un indicio de que faltan las condiciones indispensables para tal retorno al estado ideal. Entonces se plantea este interrogante: ¿Vienen los sueños a perturbar el reposo del durmiente o son los sueños el medio a que recurre el durmiente para eliminar las perturbaciones que provoca el mundo exterior durante el reposo? El durmiente, como hemos visto, quiere aislarse del mundo exterior. Freud dice al respecto que las sensaciones pugnan por penetrar en la esfera de la conciencia para perturbar así el reposo. Pero los sueños les salen al paso, encauzando la reacción a esas sensaciones por una vía alucinatoria. *Rappaport* resume así esta función de los sueños:

"Los sueños representan una especie de fórmula de transacción que, por una parte, asegura el reposo del durmiente desviando las sensaciones susceptibles de perturbarlo y, por otra, da satisfacción a los deseos reprimidos de los instintos dándoles salida por la vía alucinatoria".

A la luz de esta fórmula, que cumple todos los requisitos científicos, las palabras poéticas de Stefan Zweig de que los sueños son una válvula de nuestra fuerza afectiva, de que los sueños se asoman a nuestro lecho, no como perturbadores de nuestro reposo, sino como sus guardianes, cobran un profundo sentido psicológico. Acaso no sea superfluo resumir lo antedicho antes de pasar a la interpretación de los sueños:

Hemos supuesto que el reposo constituye una tentativa de satisfacer el eterno deseo del hombre de retornar al seno materno. El durmiente se aísla del mundo exterior. Pero no lo logra plenamente. Sensaciones externas e internas, los afanes de los instintos que pugnan por hallar satisfacción, perturban el reposo. Entonces, el durmiente recurre a los sueños para salvaguardar su reposo en la medida de lo posible. Los sueños apaciguan y desvían estas sensaciones externas e internas que aspiran a la interrupción del reposo y defienden así al durmiente contra la perturbación. El dormir ideal sería el que no necesita de los sueños.

Demos ahora un gran paso y tratemos la interpretación de los sueños en un sentido más estricto. ¿Es posible interpretar los sueños? ¿Poseen los sueños un lenguaje regido por leyes etimológicas, respectivamente psicológicas; un lenguaje que pueda ser aprendido y cuyo simbolismo pueda ser traducido al lenguaje ordinario, cual un poema o una novela escrita en una lengua extraña?

Los sueños que nos son contados escapan de la interpretación; el lenguaje de los sueños no puede ser aprendido y utilizado como cualquiera otra lengua. Sin embargo, Wittels

afirma: "Uno no sueña para ser interpretado, sino que sueña para no ser interpretado".

Un proverbio húngaro reza: "Es un loco quien cuenta sus sueños, pero es dos veces loco quien escucha el relato". (¡Naturalmente, esto no se aplica a los psicoanalistas!) El niño cuenta sus sueños y fácilmente se comprueba que le brindan simplemente la *satisfacción* de sus deseos que le ha sido negada de día. Entonces el niño empieza a tener miedo. El miedo ya es un producto de la cultura. Los sueños se hacen más complejos, un tejido cada vez más intrincado y opaco. En los sueños de los adultos, finalmente, la fantasía se desborda. Se trata de sueños que han perdido la conexión con la realidad y desconocen toda relación *lógica*, donde ya no existen las nociones del *tiempo* y del *espacio* y donde el durmiente lo vence todo y realiza todos sus deseos con un poder arcaico-mágico. En los sueños no hay conexiones, ni conceptos, sino tan sólo imágenes y visiones. En los sueños, hablamos un lenguaje arcaico, ancestral. En los sueños, que es un pensar ilógico, el hombre se transforma en hombre primitivo o niño.

Alguien nos cuenta, pues, tal sueño. Pero, ¿es que de veras hemos soñado lo que contamos? ¿Es lo que recordamos, lo que podemos contar, realmente el *contenido* de nuestro sueño? La conclusión más importante a que llega la teoría de los sueños freudiana es que lo que contamos *no es lo* que hemos soñado. Freud —y he aquí lo nuevo en la teoría de los sueños— distingue entre el *contenido manifiesto* de los sueños y su contenido latente. En su "Disertación sobre la Revisión de la Teoría de los Sueños", aparecida en 1932, donde lleva a cabo esta revisión no en forma de una exposición genética, sino como una exposición dogmática, dice al respecto:

"A lo que hasta ahora se ha denominado *sueños* —lo que ya despiertos podemos explicar por recordarlos— le damos el nombre de *sueños manifiestos*, y lo que buscamos o, por así

decirlo, presumimos detrás de los sueños, lo denominamos *ideas latentes de los sueños*. Entonces, podemos expresar nuestras dos tareas en la forma siguiente: *Primero*, debemos transformar los sueños manifiestos en sueños latentes, lo cual es una *labor práctica* que requiere una técnica, o sea la interpretación onírica, de los sueños. *Segundo*, debemos indicar cómo los sueños latentes se han hecho sueños manifiestos en la vida anímica del individuo. Esta es una *labor teórica*, que ha de explicar el supuesto proceso de elaboración de los sueños, y no puede ser más que teoría".

Después de esta formulación clara que distingue el aspecto clínico de los sueños de la teoría, nos ocuparemos primero de la tarea que consiste en *extraer de los sueños manifiestos el contenido latente*. Esta es la labor emprendida por el psicoanálisis y otras modalidades del análisis, y si empleamos la expresión: interpretación de los sueños, entendemos por tal un método puramente terapéutico a que recurre el procedimiento psicoanalítico. Debemos declarar del modo más terminante que todo lo demás que pretende pasar bajo el título de interpretación de los sueños, es patraña y juego abusivo de seudointelectuales, pero no es menos absurdo y charlatanesco que el proceder de un médico que pretende interpretar los sueños sin poseer una formación psicoanalítica exacta. Esto es tan peligroso como si un profano tuviese la pretensión de llevar a cabo una operación de apéndice. Unicamente el psicoanalista que ha pasado por un análisis propio, que conoce en consecuencia el lenguaje de sus propios sueños, de su propio inconsciente, es capaz de interpretar los sueños de los otros en el sentido de Freud. El análisis previo es también de su propio interés. Se podría explicar los sorprendentemente numerosos casos de suicidio de médicos psicoanalistas sin un análisis didáctico, como el de *Schroetter*, de *Tausk* y de *Silberer*, por el hecho de que han visto, según dice *Wittels*, en los sueños de los demás su propio inconsciente, como

un espejo deformante, sintiendo tanto horror ante el espectáculo que se vieron impulsados al suicidio.

Como ya dijimos, la interpretación de los sueños se hace mediante el método analítico de la llamada *libre asociación*, que consiste en que el sujeto elimina todo control y dice lo que se le ocurre en relación con su sueño. A través de una profunda labor analítica, se revela el contenido latente, se pone de manifiesto el lenguaje de los sueños. Repetimos, no queremos que los lectores comiencen ahora a tratar de interpretar sus sueños y nos abstenemos de cooperar en esa tentativa, citando ejemplos, sino que nos proponemos resumir los datos recogidos sobre una base rigurosamente empírica para mostrar el proceso —demostrativo, si se quiere— según el cual nacen los sueños, es decir, cómo un contenido latente se transforma en sueño manifiesto.

Se recordará, sin duda, el ejemplo ingenioso a que recurre Freud para explicar lo que hay que entender por lo *inconsciente*, lo *consciente* y lo *preconsciente*. Queremos emplear de nuevo este ejemplo. Lo inconsciente es, según dice Freud, una vasta antesala donde circulan los instintos heredados y el material reprimido. Los instintos pugnan por hallar satisfacción; el material reprimido aspira a penetrar en la conciencia. La esfera de la conciencia ha sido comparada a un salón que comunica con la antesala y un criado apostado en la puerta decide, impassible y severo, quién debe y quién no puede pasar de la antesala al salón. Los reunidos en el salón (o sea lo preconsciente) esperan ser presentados al anfitrión (penetrar en la esfera de lo consciente). Ahora bien, tarde o temprano, el criado se cansa y su atención se relaja. Esto ocurre durante el reposo. El criado cae en un estado de somnolencia. Los instintos y el material reprimido se dan cuenta de ello, pero mientras tanto se han armado de astucia. Temen ser reconocidos, a pesar de todo, por el criado somnoliento si dejan puestas sus ropas viejas; de modo que se ponen un disfraz, se tapan la cara con una máscara y

adoptan una actitud diferente, y de este modo tratan de burlar la vigilancia del criado y entrar en el salón. Pero esto ya no les sirve de gran cosa: el anfitrión ya duerme, de modo que no le pueden ser presentados, es decir, no pueden entrar en la conciencia. En vista de ello, estos elementos mal educados empiezan a alborotar en el salón desierto hasta que amanece, y el criado, ya despierto, los vuelve a expulsar. Pero puede también darse el caso de que el alboroto haya asumido proporciones tales que el criado se despierta sobresaltado durante la noche y proceda en el acto a expulsar a los elementos alborotados. En otras palabras, el durmiente despierta de un sueño angustioso. Recordando bien este ejemplo, se comprenderá sin dificultad lo que sigue, o sea la interpretación científica.

Ya es del dominio público la afirmación de Freud de que el contenido de los sueños equivale al cumplimiento de un deseo.

"No nos cabe la menor duda —dice Freud— de que el impulso *inconsciente* es el verdadero creador del sueño; despierta la energía psíquica necesaria para su formación. Como todo otro impulso instintivo, no puede aspirar más que a su propia satisfacción, y nuestra experiencia en la interpretación onírica nos muestra también que tal es el sentido de todo soñar. En todo sueño ha de estar representado, como cumplido, un *deseo instintivo*". (Nuevos Ensayos).

Freud, en su poco conocida disertación "Complemento metapsicológico de la teoría de los sueños", escribe a propósito de la actividad psíquica preliminar a los sueños, lo que sigue:

"Los preparativos para los sueños se dividen en dos fases: Primero: Los detalles olvidados respecto a la jornada pasada se actualizan por medio de lo inconsciente. Segundo: de la acción conjunta del saldo de recuerdos relativos a la jornada y los deseos vinculados a ellos surge el *deseo* que caracteriza el sueño. Este deseo, en lugar de encaminarse hacia la esfera de lo consciente, para que los instintos hallen satisfacción en

la motilidad —una excepción constituyen los sonámbulos—, retorna a lo *inconsciente*, a la imagen alucinatoria”.

Respecto a esta comprobación metapsicológica queremos remontarnos al hecho empírico de que en los sueños todos los acontecimientos se traducen, no en *movimiento*, sino en imágenes alucinatorias. A través de estas imágenes alucinatorias, el hombre que sueña ve cumplidos sus deseos en forma *simbólica*. Como en todo caso neurótico, asistimos también aquí a la lucha entre *dos* fuerzas. Respecto a los sueños, podemos resumir la situación en la siguiente forma: Una fuerza aspira a decirlo todo, la otra tiende a evitar que nada sea exteriorizado. La primera fuerza tiene su raíz en los instintos, en lo inconsciente; la otra, es expresión del *Superyo* y ejerce la censura sobre el sueño. En esta lucha los instintos se han robustecido, mientras el *Superyo* se ha debilitado. Surge así, según dijimos, una fórmula de transacción, en el sentido de que “la primera fuerza, la comunicativa, puede decir *lo que quiera, pero no como quiera*, sino en una forma mitigada, deformada e irreconocible”. El sueño es una fórmula de transacción también en el sentido de que encauza las energías de los instintos por una vía *alucinatoria*, para complacer al *Superyo*.

Freud denomina el dinamismo en que el contenido latente del sueño se torna manifiesto, esto es, en que los deseos instintivos hallan su satisfacción adecuada en forma alucinatoria, *elaboración onírica*, es decir, resume en este término la forma en que nace el sueño. La elaboración del sueño es algo totalmente nuevo, singular y sin precedente. “En la formación de los síntomas neuróticos actúan los mismos mecanismos —no nos atrevemos a decir procesos mentales— que han transformado las ideas oníricas latentes en el sueño manifiesto”. En su “Revisión”, Freud describe este proceso de la elaboración onírica, como sigue:

"Su introducción es el *deseo* de dormir, el apartamiento intencional del mundo exterior. De lo cual resultan, para el aparato onírico, dos consecuencias:

Primero: la posibilidad de que surjan métodos de trabajo más antiguos y primitivos, esto es, la *regresión*.

Segundo: la disminución de la resistencia represiva que pesa sobre lo inconsciente.

Como secuela de este último factor resulta la posibilidad de la formación del sueño, posibilidad que es aprovechada por los motivos ocasionales, esto es, por las sensaciones internas y externas entradas en actividad.

El sueño que así nace es ya producto de elaboración de una fórmula de transacción y tiene una doble función, siendo, por un lado, adaptado al Yo, en cuanto con la impresión de las sensaciones perturbadoras del reposo sirve al *deseo de morir*, y por otro, permitiendo a un impulso instintivo reprimido la *satisfacción* en una forma posible dadas las circunstancias, o sea en forma del cumplimiento alucinatorio del deseo.

Pero todo el proceso consentido por el Yo durmiente se halla bajo la *censura* ejercida por el resto de la represión subsistente. No me es posible —dice Freud— exponer este proceso en forma más sencilla, pues en verdad no es más sencillo".

Freud compara la Censura, que transforma el contenido latente en contenido manifiesto con la censura de prensa en tiempo de guerra:

"Uno toma cualquier documento político y encontrará que por aquí o por allá, algo se ha omitido y en su lugar encuentra espacios blancos de papel: uno sabe que allí ha puesto la mano el censor. En esos espacios blancos hubo algo que las autoridades de la censura no aprobaban, lo que ha sido tachado por tal razón. Uno pensará, seguramente, que es una lástima que así haya sucedido, porque aquella pudo ser la parte más interesante, la esencia del texto. En otras ocasiones la censura oficial no ha obrado completamente, pues el autor, presintiendo qué pasajes iban a ser probablemente objetados por el censor, ha omitido una expresión franca, efectuando algunas ligeras modificaciones o contentándose él mismo con indirectas y alusiones relativas a lo que él realmente quiere escribir. En este

caso no existen vacíos, pero por el vago y oscuro modo de expresarse uno puede descubrir que, al tiempo de escribirla, el autor tiene la censura en su mente.

El resultado del proceso onírico es el "lenguaje del sueño". El proceso consiste en un tratamiento singular del material pre-consciente: los elementos de éste son *condensados*, sus acentos psíquicos se *desplazan*, su visual se *altera*, luego el conjunto es traducido en imágenes visuales, es *dramatizado* y *complementado* por una *elaboración secundaria*.

La *condensación* significa que toda una serie de acontecimientos, un número de figuras, se concentran en un solo objeto, en una sola figura; pero también ocurre al revés, o sea que un acontecimiento idéntico tiene lugar en el sueño en varias formas.

El *desplazamiento* es la forma principal empleada en la deformación onírica y significa simplemente que una cosa es reemplazada por otra. Es, por así decirlo, una ley que lo de arriba figure abajo, y lo de abajo, arriba.

La *dramatización* consiste en que el individuo que sueña es siempre el protagonista de una escena dramática, que es él mismo quien vive todo el contenido del sueño. Aunque aún otras figuras intervengan en el contenido del sueño, lo importante es siempre él, sus sentimientos. En el centro del sueño se halla siempre el durmiente. La libido se orienta por completo hacia el Yo, lo cual corresponde al narcisismo primitivo.

Cuando alguien sueña que su padre ha muerto, se dramatiza tan sólo su aflicción, su actitud frente a este trágico acontecimiento.

El proceso de "elaboración secundaria" se efectúa desde el momento en que cesa el estado de reposo. De esta manera el sueño es reelaborado por el censor ya despierto, el cual le da coherencia y una forma más lógica... El sueño, en la forma en que lo recordamos después de habernos despertado, es el resultado de esta elaboración secundaria.

En los sueños todo es *simbolizado*, como en un cuento de hadas. Esta simbolización ha sido la causa de que el psicoanálisis se haya puesto de moda en los salones, en el sentido de que ha llegado a ser un juego de sociedad predilecto interpretar los sueños, es decir, emplear la teoría de los sueños cual un libro de sueños egipcio.

Naturalmente, existe tal simbolismo, y también se comprende que en nuestra sociedad, donde el Superyo declara tabú los instintos sexuales, los sueños sirven más que nada a dar satisfacción a los deseos sexuales, de modo que los símbolos tienen en su mayoría un significado sexual. Queremos subrayar que cada sueño tiene su lenguaje propio, en otras palabras: cada hombre tiene sus símbolos propios. Naturalmente, hay en estos símbolos cierta regularidad y norma. Hemos visto que los sueños significan una regresión a los tiempos arcaicos de la humanidad, que en los sueños volvemos a ser hombres primitivos. Ferenczi, dice: "Los sueños contienen el material primitivo de la historia humana, los recuerdos arcaicos de la humanidad". Las investigaciones etnográficas han permitido comprobar que reina cierta afinidad entre los símbolos de este material arcaico. El folklore de pueblos distintos revela idénticos elementos simbólicos, y lo mismo ocurre también con los elementos arcaicos de las regiones antiguas y actuales. También la lingüística evidencia en su desarrollo los mismos elementos simbólicos. A este respecto Stekel ha sido quien mejor ha analizado el lenguaje de los sueños. Señalemos también el experimento interesante de *Schroetter*, que ordenó a una persona profundamente hipnotizada que soñara procesos sexuales. También el sueño obtenido en esta forma reveló los elementos simbólicos y vino así a corroborar la interpretación dada por Freud a los sueños.

Es muy interesante el hecho de que Stekel, uno de los mejores intérpretes de los sueños, considere los sueños como un deseo de morir, lo cual puede ser comparado al deseo de retor-

nar al seno materno. Stekel dice: "Casi todos los sueños constituyen un rompecabezas con la pregunta: "¿Dónde está la muerte?"

Los sueños desagradables contradicen la doctrina del cumplimiento de *deseos*. La interpretación freudiana es que existe gran número de personas que realmente exteriorizan su deseo por algo desagradable, en su mayor parte con fines de castigarse a sí mismas, o autocastigo, a consecuencia de un sentimiento de duda no satisfecho y en ellos subconsciente o inadvertido. (Nunberg: "Teoría general de las neurosis").

Nos brinda Angel Garma, el excelente psicoanalista español en su nuevo libro "El psicoanálisis de los sueños" un nuevo concepto sobre el origen psíquico de los sueños. Garma dice:

"1º El sueño parte de una o de varias *situaciones desagradables que el sujeto es incapaz de dominar o elaborar de un modo normal* que siguiendo de Freud hemos llamado "situaciones traumáticas".

2º En el sueño el sujeto está psíquicamente fijado a estas situaciones traumáticas.

3º *El sueño es una tentativa de vencer el desagrado psíquico originado por las situaciones traumáticas.*

4º La tentativa de vencer este desagrado psíquico se efectúa mediante la *satisfacción* de los deseos.

5º El aspecto alunitario del sueño es debido al influjo de las situaciones traumáticas y *no al influjo de los deseos que se satisfacen*".

Se ha criticado la teoría de los sueños freudiana alegando la argumentación muy plausible, de que los sueños no pueden ser agrupados bajo un denominador común. Es verdad que hay sueños *optativos*, que significan el cumplimiento de algún deseo, sueños reconocibles muchas veces sin recurrir a una interpretación particular de los sueños, pues resultan de los restos de los recuerdos relativos a la jornada anterior. Pero hay también

sueños de angustia, como señales de un grave conflicto y de los cuales uno se despierta sobresaltado y, como dice Freud, con una sensación de alivio al comprobar que "no ha sido más que un sueño". El significado psicológico de tal despertar es que el sueño se ha hecho demasiado manifiesto, con la amenaza de escapar de la censura. El durmiente sacude el sopor y se despierta con un sobresalto. Los sueños de angustia son señales de un grave conflicto y en general la angustia interrumpe el sueño.

Hay también sueños *punitivos*, en que sufrimos algún castigo. Freud, en su "Revisión", hace respecto a su teoría anterior la salvedad de que el contenido de los sueños no es necesariamente el cumplimiento de algún deseo, sino tan sólo una *tentativa* de llegar al cumplimiento de un deseo. Escribe al respecto: "El sueño es una *tentativa de llegar* al cumplimiento de un deseo... En determinadas circunstancias, el sueño consigue su propósito sólo en forma muy imperfecta o tiene que abandonarlo; la fijación inconsciente a un trauma parece ser el principal de los impedimentos que encuentra la función del sueño". Y admite también que en los sueños neurótico-traumáticos "falla la función del sueño". Esta concesión tiene por cierto gran importancia para el tratamiento psicoanalítico de los enfermos neuróticos. El psicoanalista Rappaport llega a la conclusión de que "en los sueños se manifiestan juntos la *situación traumática* y el *deseo reprimido*", lo cual induce a suponer que el despertar, o sea la aparición de la situación traumática, pueda llegar a ser tan fuerte que anule el impulso de ver cumplido su deseo.

Si bien Freud hace poco caso de los trabajos de sus discípulos, particularmente de aquellos que se han distanciado de él, queremos consignar aquí que algunos psicoanalistas interpretan primordialmente el *afecto* que gravita sobre el sueño. Cuanto más cargado de afecto está el sueño, tanto más fácilmente nos acordamos de él, lo cual en verdad está reñido con las experiencias de Freud, según las cuales el sueño manifiesto que

recordamos es, en el fondo, la parte más insignificante de nuestro proceso onírico. Y es que la *resistencia*, de cuya función hemos hablado, borra el recuerdo de los sueños que eran realmente importantes, o sea los que representaban del modo más nítido el cumplimiento de los deseos instintivos.

Podemos considerar los sueños también en el sentido de Freud con los representantes de la moralidad y que *Silberer* denomina sueños "anagogos". Freud dice que el Yo y el Ello poseen también una especie de "*conciencia inconsciente*". Pero también podemos imaginarnos que el *Superyo*, o sea el anfitrión, abandona ocasionalmente su salón y condesciende a salir a la antesala para conocer y apaciguar a los que allí alborotan, o sea los instintos y el material reprimido.

La opinión de Freud, expresada en su "La Interpretación de los Sueños", es que todo hombre sueña, incluso el que no se acuerda de haber soñado.

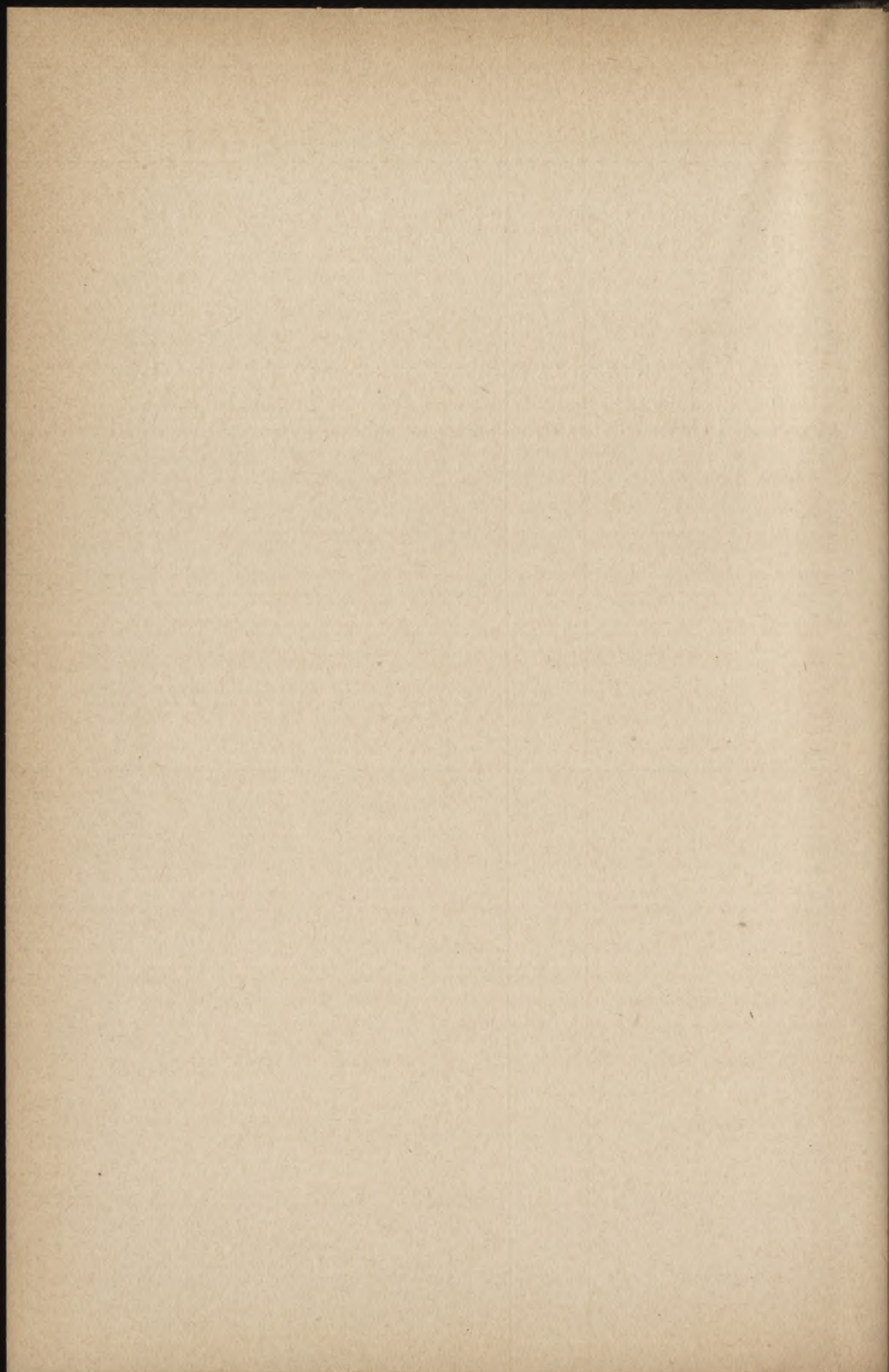
Freud supone que la misma *resistencia* que se revela en el nacimiento de los sueños, ha desempeñado su papel también en el olvidar de los sueños. Nosotros soñamos todas las noches y los sueños de cada noche constituyen una unidad. Ocurre sin embargo, y éste es el mal de nuestra época, que el hombre se resiste a soñar. La modalidad patológica de este fenómeno la tenemos en el *insomnio*. *Rappaport*, autor de un excelente libro sobre el insomnio desde el punto de vista psicoanalítico ("Reposo, sueños, insomnio"), escribe: "La causa de que no dormimos no reside en que no podemos dormir, sino en que no podemos, mejor dicho, no queremos soñar. Tenemos miedo a nuestros sueños... El sujeto renuncia a dormir por miedo al fracaso de la función onírica".

Freud, en su "Revisión", dedica una sola frase a la cuestión del insomnio, escribiendo: "El sujeto renuncia a dormir por miedo al fracaso de la función onírica. Con lo cual corrobora el punto de vista de *Rappaport*."

Freud ha encabezado su libro sobre la interpretación de los sueños con los siguientes versos de Virgilio:

*Flectere si nequeo superos,
Acheronta movebo".*

Y en verdad, él ha puesto en movimiento a Aqueronte, lo inconsciente, ese mundo subterráneo donde la humanidad busca —cual Dante en el Infierno— el alma maldita.



PSICOANÁLISIS EN LA VIDA COTIDIANA Y DEL CHISTE

"Tan lleno está el aire de estos fantasmas
Que no se sabe cómo evitarlos".

Goethe, Faust II.

Entre los fenómenos psíquicos de la vida cotidiana, es decir, de la vida anímica del hombre *normal* encontramos, amén de los sueños, otros que merecen nuestro interés, por más que, de ordinario, no les demos mayor importancia y los consideremos fruto de la *casualidad*. Se trata de los actos fallidos, de los errores, etc. Queremos hablar también sobre el chiste y sobre el humorismo en general.

Freud se ocupó de los actos fallidos en varias oportunidades y, entre éstas, en las primeras de sus conferencias de introducción al psicoanálisis. Es notable el hecho de que estas disertaciones reflejen un estilo muy distinto del que caracteriza sus demás obras. Más que disertaciones científicas son charlas y parece que Freud quiso convencer a sus oyentes o lectores, por la agilidad y la amenidad de su exposición. Hoy, al cabo de tantos años, la lectura de aquellas disertaciones nos produce la impresión de que para convencernos ya no hace falta un esfuerzo tan grande. Aquellas tesis y afirmaciones de Freud han pasado a ser patrimonio común y son aceptadas incluso por los que sostienen opiniones contrarias al psicoanálisis. Su libro "Psicopatología de la vida cotidiana" es, sin duda, ahora también, su obra más popular.

Para facilitar nuestra tarea, pasamos en seguida a ocuparnos de la tesis principal formulada en aquellas disertaciones sobre los actos fallidos en la vida cotidiana. Reza que todos los fenómenos de la vida cotidiana que calificamos de *casualidades* y *errores* tienen un significado psicológico, se hallan subordinados a las leyes que rigen la vida psíquica de los hombres. *No existe, pues, la casualidad en el dinamismo del alma; hay tan sólo procesos regidos por leyes determinadas*, y la interpretación de los actos fallidos de la vida cotidiana nos demuestra precisamente la existencia de estas leyes.

Consideremos los fenómenos triviales de la vida cotidiana. Olvidamos muchas cosas en nuestra vida. Leyes psicológicas que naturalmente operan individualmente determinan lo que se olvida y lo que se retiene en la memoria. Hay hombres de buena y hombres de mala memoria. Pero sabemos que —según Freud—, lo olvidado nunca se pierde. Pero no hacen falta precisamente conocimientos psicoanalíticos especiales para comprobar que el mecanismo del olvido se rige por factores afectivos. Olvidamos las impresiones y experiencias desagradables que nos depara la vida, con mucha mayor facilidad que aquellas otras en que ha dominado el placer. Como muchos otros, comprobó también Darwin esta conexión y la denominó “regla áurea”. En otras palabras, nos acordaremos más fácilmente de un hombre en cuya compañía hemos pasado horas agradables que de un hombre al que se vincula algún recuerdo desagradable. La ley de la *represión* hasta nos dice que tales impresiones y experiencias desagradables son reprimidas. Huelga ahondar en el particular. Fácilmente se comprueba que en la vida privada todo olvido y todo recuerdo está cargado de acento afectivo. Este *acento afectivo* se aplica también a esos curiosos fenómenos de la vida cotidiana, que consisten en olvidarnos de cosas de las cuales tenemos, sin embargo, un conocimiento claro. Nos olvidamos, por ejemplo, de un nombre que conocemos muy bien. Nos equivocamos al

hablar, al escribir, al leer, confundimos palabras, cometemos pequeños errores que parecen no tener motivo alguno, extraviamos objetos, traspapelamos documentos, etcétera. Todas estas fallas se rigen por leyes psicológicas y tienen algo de común con los sueños y los síntomas neuróticos.

Repetimos que en todos estos pequeños actos fallidos, errores de la vida cotidiana, actúan *conflictos psíquicos* que nos impulsan a cometerlos. Todos los actos fallidos y los errores tienen un carácter *involuntario*. Traduciendo esto al lenguaje psicoanalítico diremos, pues, que nuestro inconsciente impulsa a nuestro consciente a cometer actos que el Yo real se negaba a cometer. Subrayamos esta negación, pues indica que las fallas y errores no son solamente actos involuntarios, sino también actos que *contrarían* nuestra voluntad. En este orden de ideas, toda falla viene a ser una especie de *confesión involuntaria*. Según Reik el ser humano está sometido a un "impulso de confesión inconsciente".

En todos estos procesos están en juego dos tendencias, la de la *represión* y la de la *expresión*. De este duelo entre dos tendencias contrarias surge el acto fallido como fórmula de transacción, mediante la cual el individuo expresa, contra su voluntad, en una forma desfigurada, lo que en el fondo quería callar y encubrir. El carácter del acto fallido puede resaltar con tanta claridad que el individuo se da cuenta, no sólo de su falla, sino también de la tendencia en que ésta se basa. A menudo, la resistencia a la expresión es tan grande que el individuo no repara en la falla y la exterioriza, es decir no la acepta y la descarta con un gesto vago. Es posible que los lectores, ya enterados de los dinamismos que actúan en los actos fallidos, se den a controlar e interpretar los suyos. Quisiera subrayar que en los casos en que no sea fácil interpretar el significado, basta recurrir simplemente a la libre asociación. En el tratamiento psicoanalítico tienen los actos fallidos una importancia tremenda y

con frecuencia basta una solo, mejor dicho, las asociaciones que con él se relacionan, para revelarnos la clave de un complejo entero.

Pasemos ahora, de acuerdo con el principio dinámico del psicoanálisis, a ilustrar mediante ejemplos prácticos cómo se produce una falla.

La falla más frecuente es la equivocación al hablar o "lapsus linguae". Por ejemplo, en el curso de una de mis conferencias dije *pescado* en lugar de *pecado*. ¿Cómo se ha producido este acto fallido? Un breve autoanálisis reveló que mi afecto se volvió contra la palabra *pecado*. Se trataba, por entonces, de hacer una excursión en un barco de pesca, lo que consideraba como una falta en cumplir mis compromisos del trabajo. Tal negligencia me parecía como un pecado.

Veamos otro ejemplo. En el curso de otra conferencia dije "histérico" en lugar de "histórico". Esta equivocación obedece a que vino a mi mente, naturalmente en el inconsciente, el recuerdo de una conocida mía que lleva un nombre histórico y cuya conducta histérica hacía el trato con ella insoportable.

Citemos también un ejemplo clásico mencionado por Freud. El presidente de la Cámara de Diputados de Viena dijo con motivo de la apertura de una sesión: "¡Queda *cerrada* la sesión!" El lector comprenderá fácilmente que el presidente no esperaba nada bueno de esa sesión y tendría el deseo secreto de que ya hubiera terminado.

Otro ejemplo de Freud: Una señora dice a otra: "Mi esposo le preguntó al médico qué régimen dietético le aconsejaba, pero éste le contestó que podría comer y beber lo que yo quisiera". Huelga decir que en aquella casa es la esposa quien manda.

Un ejemplo muy claro es el siguiente: El otro día me equivoqué, en una forma completamente inconsciente, al dar mi dirección a un señor a quien tengo antipatía y que pensaba visitarme para hablar de un asunto desagradable para mí. Otra

especie de acto fallido es ilustrada en el siguiente ejemplo, que de ningún modo fué una casualidad, sino por el contrario, un acto psíquico muy significativo. Hace algún tiempo confundí dos veces el ómnibus que tenía que tomar, con otro de un color similar, un error en que no había incurrido jamás hasta entonces. Resultó que en ambos casos iba a hacer una visita que había decidido de mala gana.

Todo hombre incurre frecuentemente en tales equivocaciones. Pueden producirse verdaderos conglomerados de actos fallidos y muchas veces es preferible prescindir de su interpretación. Por ejemplo, un señor se ha citado con su amiga y se hace presente puntualmente en el lugar convenido. Pero la señorita se hace esperar. Este solo hecho ya significa que para ella la cita tiene menos importancia que para él. Y si ella aparece finalmente, con un gran retraso y disculpando su demora por haber retrasado su reloj en una hora equivocadamente, ya sabemos lo que pasa. Es como si hubiese tomado un ómnibus que la alejara del lugar de la cita en lugar de transportarla a él.

Quiero darles ahora un ejemplo de cómo el afecto determina el olvido. El otro día, durante una conversación que sostuve con un señor, no pude recordar el nombre de Oscar Wilde, a pesar de haber leído el día anterior su "Balada del Presidio de Reading". La interpretación analítica de este olvido fué que a propósito de mi interlocutor se me había referido un incidente relacionado con su homosexualidad, que pudo haber tenido consecuencias graves para él. Oscar Wilde era homosexual y a causa de ello se le encerró en Reading.

También los errores al escribir y al leer tienen un significado psicológico. Recibí un folleto del Colegio Libre que anunciaba una conferencia sobre E. O. Lawrence, el físico distinguido últimamente con el Premio Nóbel, y leí, sin embargo, que la conferencia sería pronunciada por este eminente hombre de ciencia. La interpretación de esta falla es fácil. Halagaba mi vanidad

el hecho de que en el mismo colegio donde yo pronunciaba mis conferencias, disertara también un sabio distinguido con el Premio Nóbel.

Otro ejemplo: Escribí una carta a un pariente radicado en Francfort, a quien he dado algún dinero. La carta me fué devuelta con la indicación: "destinatario desconocido". Resulta que en vez de Francfort había escrito Klagenfurt, una ciudad austríaca. La primera asociación fué: Francfort es la ciudad de los Rotschild. Aunque tuviese la fortuna de los Rotschild, no me alcanzaría para satisfacer a mi pariente. Después: *Klagen* significa en alemán "quejarse" y *furt* o *fort* equivale a "siempre". Mi equivocación al poner la dirección obedeció, pues, a mi enojo por el hecho de que la persona en cuestión, a quien había dado mucho dinero, se quejara, sin embargo, continuamente de mí, frente a mis familiares.

El psicoanalista inglés Jones cuenta que escribió a alguien una carta muy desagradable. Cuando iba a echar la carta al buzón comprobó que había puesto una dirección equivocada. Escribió un nuevo sobre y cuando estaba por expedir la carta se dió cuenta de que esta vez se había olvidado de poner franqueo suficiente. Salta a la vista la resistencia contra la carta o contra el destinatario.

Quiero registrar también un ejemplo para ilustrar los actos casuales y sintomáticos. Un señor me había regalado una lapicera fuente. Mucho tiempo después tuve con él un incidente. Al día siguiente tiré la lapicera al suelo a causa de un movimiento torpe y cuando iba a recogerla la pisé con otro movimiento torpe y la rompí. Creo que ustedes comprenderán en seguida la conexión.

Es, psicológicamente, natural que se extravíen o se pierdan los objetos de los que deseamos deshacernos. Pero no cabe precisamente recurrir a la interpretación psicoanalítica cuando un ama de casa pierde su llavero y lo busca en toda la casa, mien-

tras lo tiene en su bolsillo. Por otra parte, empero, se comprende aún sin recurrir al psicoanálisis que quien deja de devolver un libro prestado se olvida de devolverlo porque desea en su inconsciente quedarse con él.

Hay que mencionar también las equivocaciones al calcular. En países donde se paga directamente al mozo, sin cuenta, es notorio que el mozo se equivoca a menudo al calcular el precio de la consumición, pero nunca a favor del cliente. No es precisamente que se equivoque adrede; su error obedece a un marcado factor psicológico.

A menudo se opera en el hombre un proceso psicológico completamente inmotivado. De pronto recordamos un nombre, un número, un rostro o una melodía hace mucho olvidados. O nos encontramos en la calle con un conocido que hace años que no vemos, y en el cual hemos pensado una hora antes. No se trata de ninguna combinación diabólica. Muy probablemente nos hemos encontrado durante todo ese tiempo más de una vez con la persona en cuestión, pero sin reparar en ella. Son una vez más factores psicológicos los que determinan si reconocemos o no a un conocido con quien nos cruzamos en el camino.

Podríamos citar "ad infinitum" ejemplos para ilustrar las múltiples formas de actos fallidos. Muy probablemente se entregarán los lectores durante los próximos días al afán de observar e interpretar sus propias fallas y las de sus familiares y conocidos. Les ruego que no lo hagan. Nadie ni nada les impide interpretar a su antojo *sus propios actos*. Pero a nadie ha de importarle lo inconsciente del prójimo; este privilegio debe quedar reservado al psicoanalista frente al paciente que acude a él en busca de curación.

Mencionemos aún otro grupo de fallas mucho más graves: los *accidentes*. Ningún accidente es un hecho casual, sino que tiene sus antecedentes psicológicos. (Claro está que no nos referimos a accidentes como la herida producida por una teja des-

prendida). En la mayoría de los accidentes se comprueba la tendencia inconsciente al autocastigo o al suicidio. Hemos visto, al estudiar el suicidio, que la tendencia al suicidio significa una agresión contra otra persona. Esto quiere decir que en el accidente se manifiesta quizá el deseo de castigar a otra persona. Existe también, dentro del marco de la "psicología del trabajo", una "psicología del accidente" que ya ha logrado descubrir ciertos dinamismos constantes. Respecto a esta cuestión cabe hablar también de los accidentes provocados por algún *descuido*. También el descuido, lejos de ser una casualidad, tiene un determinado significado psicológico, que naturalmente se revela sólo gracias a los procedimientos psicoanalíticos. Debe desecharse en estas cuestiones toda ligereza o charlatanismo. El gran éxito de la obra de Freud, "Psicopatología de la vida cotidiana", ha tenido también una consecuencia funesta. En efecto, se puso de moda en los salones interpretar las fallas y síntomas. Tengamos siempre presente que el alma humana es algo fino, delicado y sublime y que la herida causada al alma de un hombre puede ser más peligrosa que una profunda puñalada.



Del psiquismo de la vida cotidiana forma parte también una de las creaciones más bellas y útiles del hombre: el chiste y el humorismo. *Jean Paul* dijo una vez que *la libertad es chiste y el chiste es libertad*. Esta verdad no tiene únicamente un significado político; no significa solamente que no hay para los dictadores nada más peligroso que ser blanco del chiste y que no soportan el chiste ni el humorismo; sino también que tienen un sentido psicológico. El chiste y el humorismo significan la liberación del yo oprimido, y el yo liberado y fuerte emplea el chiste y el humorismo. Es natural que un hombre con un yo libertado —el hombre libre o el que quiere ser libre—, sea también políticamente un peligroso para la reacción.

Hasta ahora, en todos los procesos psíquicos que hemos expuesto, siempre nos fué posible descubrir el punto de partida de todos los fenómenos en los años de la infancia. El chiste y el humorismo, sin embargo, son fruto del espíritu adulto; tanto los niños como los primitivos revelan poca comprensión por lo chistoso y lo humorístico.

El chiste y el humorismo tienen ciertos aspectos comunes y dependen de condiciones externas. Ambos constituyen un fenómeno social. Un poema puede ser escrito para ser destruido. Pero el chiste o el humorismo sólo cobra vida si es contado. En la narración se centraliza el goce que puede brindar un chiste y esto vale tanto para el que lo escucha como para el que lo cuenta. Hay hombres que carecen por completo del sentido del chiste, igual que hay pueblos capaces de vivir sin humorismo. La serie humorística alemana titulada "Fritz y Franz" representa precisamente la negación del chiste y del humor. En cambio, el chiste judío y el escocés tienen, por así decirlo, forma y significados literarios.

Como se ve, hablamos de chiste y de humorismo, pues se trata de dos cosas diferentes. Quizás sea conveniente ilustrar primero esta diferencia mediante algunos ejemplos.

Dos hombres juegan a las cartas y uno increpa al otro espetándole esta frase:

"¡Qué clase de hombre eres tú si te sientas a jugar con un hombre que se sienta a jugar con un hombre como tú!"

Otro ejemplo: Dos gallegos viajan a Rosario. Pregunta uno al otro: "¿Adónde vas tú?" El otro contesta: "A Rosario". Cuando llegan a Rosario y descienden del tren, dice el que ha preguntado: "Eres un tramposo. Dijiste que ibas a Rosario, para que yo creyera que ibas a Córdoba. Sin embargo, has ido de veras a Rosario. ¡Mentiroso!"

Y ahora otro ejemplo: Como los lectores sabrán, el ex primer ministro húngaro Imrédy que decretó en Hungría diversas

disposiciones y leyes antijudías, resultó a la postre ser de origen judío él mismo. Uno de sus adversarios políticos le dijo en el parlamento: "Ya sabía que usted es anti-semita, pero recién me entero de que usted es ante-semita".

Todos estos ejemplos son *chistes*. Siguen ahora tres ejemplos de humorismo.

Un ejemplo que Freud califica de clásico es el siguiente: El lunes a la mañana un salteador es llevado al patíbulo para ser ahorcado. En el camino exclama con un gesto desdeñoso: "¡Vaya, esta semana comienza bien!"

Segundo ejemplo: El granizo ha dañado gravemente el viñedo de un campesino húngaro. Este toma uno de los rodrigones y se pone a su vez a aplastar las vides, gritando: "¡Bueno, Señor, si has sido capaz de hacerme esto, voy a ayudarte!"

El tercer ejemplo se refiere a la siguiente exclamación del famoso autor dramático húngaro Ferenc Molnar, cuyas obras suben con frecuencia a los escenarios argentinos: "¡Oh, Dios, hace tantísimos años que nosotros los judíos somos tu pueblo elegido. Elígete por fin otro pueblo!"

Los que han comprendido los ejemplos se habrán reído de buena gana. Empecemos, pues, por analizar la *risa* desde el punto de vista psicoanalítico. La risa es una liberación, nos alivia. Freud dice: "Se produce la risa cuando determinada suma de energía psíquica, empleada anteriormente para cubrir ciertos procesos psíquicos, se ha tornado inutilizable, ganando así salida libre". Queremos subrayar aquí que la risa se nutre de esta *energía libertada*. También el humorismo despierta en nosotros una sensación de hilaridad, pero raras veces nos reímos, mientras que un buen chiste nos arranca una carcajada.

Freud, en su obra "El chiste y su relación con lo inconsciente", estudia el origen del chiste y llega a la conclusión de que se produce cuando un pensamiento *preconsciente* es elaborado por lo *inconsciente* y el resultado es captado por la percepción

consciente. Es, pues, la elaboración *inconsciente* la que produce el chiste. ¿Qué ocurre, en cambio, en el caso del humorismo? Freud dice sobre el particular:

"Obtenemos una explicación dinámica de la orientación humorística si suponemos que consiste en que el individuo humorista ha removido el acento psíquico de su Yo y lo ha transferido a su *Superyo*. Este *Superyo* inflado puede entonces considerar el Yo minúsculo y a todos sus intereses insignificantes, y a la luz de esta nueva distribución de la energía le resultará fácil al *Superyo* suprimir las posibilidades de reacción del Yo".

En el chiste, el *Ello*, siempre tan cruel y prepotente frente al Yo, permite que el Yo, reconcentrado en una palabra llegue al placer, dando así cumplimiento a una agresión. En el chiste hay siempre una *agresión*, una *sentencia* que distintamente se dirige contra el mundo exterior. Veremos, empero, que la agresión se vuelve contra el individuo mismo.

La fuente del placer que brinda el chiste reside en que *economizamos energías* y precisamente esta *economía* nos causa placer. Respecto al caso del ex primer ministro húngaro, por ejemplo, se exigiría un gran desgaste de energía para expresar lo que el juego de palabras anti-semita y ante-semita ha expresado con tan poca energía, con el solo cambio de dos letras.

Son frecuentes los chistes de contenido sexual y también las personas que experimentan un gran placer al contar o escuchar tales chistes. Se trata, naturalmente, de una sublimación *directa* de la energía sexual. Esos chistes permiten decir cosas prohibidas en una forma sancionada por la sociedad, y expresan el deseo vehemente de llegar, a través del poder mágico de las palabras, al goce sexual. Mediante un chiste breve y picante se puede decirlo todo con un gasto mínimo de energía, y precisamente esta economía de energía es lo que provoca la risa, que es una liberación.

Los diarios publican regularmente dibujos de Low, Gube-

llini, Roberto, Alvarez, etc. Estos magníficos dibujos, acompañados de una sola frase característica, nos dicen más que un artículo que llena varias columnas. La risa es provocada por la economía de energía. Claro que el efecto del chiste y del dibujo estriba también en que al pobre Yo impotente se le ofrece aquí una posibilidad de expresar su juicio en esta forma tan económica, pero completa. Naturalmente, un chiste sólo tiene efecto si es comprendido y la comprensión significa que en economía y juicio se funden el que narra y el que escucha: el dibujante y el público. Repetimos que todo esto es una concesión benevolente que el *Ello* hace al Yo.

En el humorismo es el *Superyo* el que se muestra benevolente con el Yo. Freud dice: "El *Superyo* considera al Yo como el adulto considera al niño. Le da el carácter de cosa insignificante e ironizando la futilidad de los intereses y cuitas que tan importantes se le antojan al Yo".

Freud escribe también lo siguiente:

"El Yo se niega a sentirse ofendido, a sufrir por las provocaciones de la realidad. Insiste en que los traumas del mundo exterior no pueden herirlo mayormente, más aún: demuestra que estos traumas son para él motivos de placer".

El humorismo significa, por lo tanto, no sólo el *triunfo* del Yo, sino también el del principio del placer, que tiene fuerzas suficientes para dar poca importancia a las fuentes de displacer del mundo real. Pensemos en el campesino húngaro que se pone a ayudar a Dios en la obra de destrucción, o en el salteador llevado al patíbulo que opina que la semana comienza mal. Aquí se opone a la realidad un orgullo magnífico y redentor. El humorista es siempre superior a los *acontecimientos*, y esta superioridad es siempre *sabiduría*. El excelente humorista húngaro Karinthy dice: "Hay una cosa en la que no acepto bromas, y es el humorismo". El humorismo tiene un alcance más profundo,

raras veces logra, en lo cómico, la intensidad de placer que brinda el chiste y también es comprendido más difícilmente. Sirve a la *ilusión* por cuanto aparta la realidad con un gesto de superioridad.

La más magnífica obra de la literatura española, Don Quijote, representa una forma particular del humor y también Freud lo ha reconocido con las siguientes palabras:

"El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha es, en cambio, una figura que no posee humor por sí misma, pero que nos produce, con toda su gravedad, un placer que pudiéramos calificar de humorístico, aunque su mecanismo se aparta considerablemente del humor. Don Quijote es, en principio, una figura puramente cómica, un niño grande, al que se le han subido a la cabeza las fantasías de sus libros de caballerías. Sabido es que Cervantes no se proponía otra cosa al emprender su obra, pero ésta superó en mucho las primeras intenciones de su creador. Mas después que el poeta ha adornado a esta ridícula persona con la más profunda sabiduría y las más nobles intenciones y ha hecho de él el representante simbólico de un idealismo que cree en la realización de sus fines, cumple exactamente lo que supone su deber y es fiel a la palabra dada, cesa el héroe cervantino de parecernos cómico. Análogamente a como surgía antes el placer humorístico por la evitación de sentimientos emotivos, nace ahora por la perturbación del placer cómico. Mas estos ejemplos nos alejan en demasía de los casos simples de humorismo".

Por último, quiero consignar aún un chiste, para que se llegue a comprender una especie particular del chiste: el chiste judío.

Un pobre judío acude al mercado para vender pescado. Es viernes, pronto llegará el sagrado sábado y el pobre no tendrá un centavo si no logra vender su pescado. El mercado ya toca a su fin, sin que haya encontrado quien quiera comprar su pescado. La causa es que el pescado ya está pasado y huele mal. En el colmo de su desesperación, el hombre se pone a gritar: "Com-

prad, comprad, señores, no es el pescado el que huele mal; ¡soy yo el que huele mal!" Este chiste, el más *profundo* y *triste* que haya escuchado en mi vida, es expresión cruda del fenómeno psicológico que es el chiste judío, acerca del cual Freud dice: "*No hay sobre la tierra un pueblo que con tal ironía implacable se ridiculice, se condene y se desgarre a sí mismo, como lo hace el pueblo judío en su chiste*".

La investigación psicológica de este fenómeno, que es particularmente el mérito de Theodor Reik, ha permitido descubrir conexiones muy sugestivas.

Hemos hallado en las investigaciones psicoanalíticas del mecanismo del suicidio los mismos procesos que caracterizan la *melancolía*. El cuadro se amplía con la comprobación de que en la *melancolía* y en el suicidio, pero también en el chiste judío operan los mismos dinamismos psíquicos. Los síntomas de *melancolía* son que el enfermo se siente moralmente abatido y se abruma con autorreproches, que en la *melancolía* llegan al paroxismo. Este es también el contenido psíquico de la manía; pero, según subrayó Freud, mientras que en la *melancolía* el yo naufraga acosado por el Superyo despótico, el Yo triunfa en la manía sobre el mundo real, respectivamente sobre el objeto que representa para él el mundo real.

Pues bien, tanto en la *melancolía* como en el chiste judío hallamos la autocrítica amarga, el consiguiente sentimiento de vergüenza y, lo que subraya la semejanza, la ausencia de tendencias correctivas. Freud escribe sobre el contenido de la *melancolía*: "La *melancolía* es la reacción provocada por la pérdida de una persona amada, respectivamente de la abstracción que la representa, como ser libertad, patria, ideal, etc." Se puede comprobar que al cubrirse a sí mismo de reproches e injurias, el hombre melancólico piensa en realidad en la persona, o la abstracción, que ha amado y cuyo amor ha perdido. Nos identificamos con la persona que amamos; ésta

pasa a ser parte de nuestro propio Yo. Entonces, el Super-yo del hombre melancólico se vuelve contra aquella parte del Yo que representa el objeto identificado.

Teodoro Reik dice del chiste judío que:

"En la burla con que el chiste judío persigue al judío mismo, se burla en forma latente, que sólo se revela a través de lo inconsciente, del llamado ambiente que persigue al judío, lo quiere aniquilar y despojarlo de su dignidad de hombre".

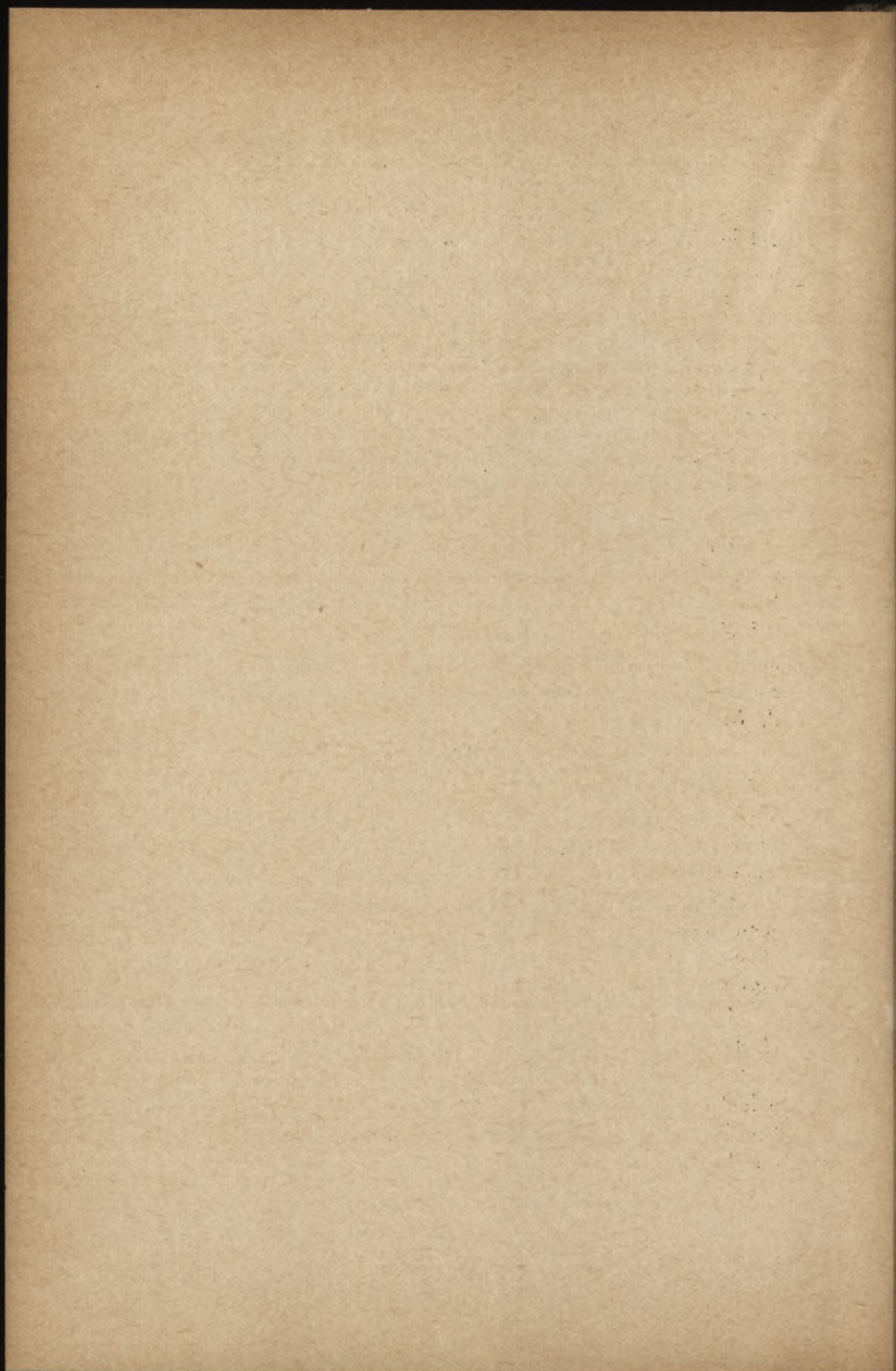
El judío perseguido anhela sin embargo el amor de su ambiente y está pronto a identificarse con él. La pérdida del amor, o sea la persecución, se expresa en el chiste.

La exclamación de Molnar que hemos citado toca al carácter de pueblo elegido de los judíos. Esto significa, psicológicamente, que Dios es parte del Yo. El mismo mecanismo del chiste judío que a través del chiste se vuelve contra el ambiente, se vuelve también contra Dios que ha abandonado su pueblo elegido. Este es el sentido de la exclamación citada de Molnar.



K. Fischer definía el chiste como un *juicio en broma* ("Ueber den Witz", 1889). Ahora bien, Freud, para satisfacer sumamente esta linda definición, demostró cuán *seria*, cuán profunda puede ser esa broma. El chiste y el humor son los dones más exquisitos del alma humana y, sin ellos, quizá sería insoportable la vida. El hombre "que no comprende un chiste" y que "no puede soportar una broma", pertenece a las más tristes figuras de la humanidad.

Hemos obtenido una visión de la importancia *social* del chiste y sabemos que es un arma peligrosa contra el terror y contra toda dictadura. El chiste significa, a la vez, *condenación* y *lucha*, pero también representa una *liberación*. Los mayores benefactores de la humanidad fueron siempre literatos y artistas que hicieron reír a los hombres.



EL TRATAMIENTO PSICOANALITICO

"Flavit et dissipati sunt".

El bosquejo de las investigaciones de Freud y de su metapsicología, que hemos llevado a cabo en los capítulos anteriores, puede complementarse con la exposición de un aspecto del psicoanálisis relativamente poco difundido en la literatura respectiva. Se trata de la forma exterior bajo la que se lleva a cabo la consulta psicoanalítica, de la *técnica* que se aplica en el tratamiento.

Como se sabe, el tratamiento psicoanalítico abarca a menudo varios años, a veces hasta cinco o seis años de consulta diaria. No carece, pues, de interés saber en qué casos se recomienda el tratamiento analítico, cuáles son las condiciones a que se vincula el mismo y cómo se desarrolla.

Acaso este sea el aspecto más discutido del psicoanálisis y que haya sido blanco de más ataques de parte del gran público.

Abundaban y todavía abundan respecto al psicoanálisis los comentarios satíricos. *Wittels* en su libro sobre Freud cita la observación de los médicos vieneses contrarios al psicoanálisis de que "lo mejor que puede hacer el paciente es admitir ya en la primera consulta que se ha acostado con su madre y que ha tratado de envenenar a su padre". Un dentista de Viena, autor de un libelo en que ataca al psicoanálisis, dió a un capítulo el título de "El psicoanálisis o el arte de vivir durante años a expensas de un solo paciente". Con estas líneas, el autor quería sin duda exteriorizar su disgusto por el hecho de que no fuera

posible extraer como un diente las fobias y enfermedades neuróticas.

Freud nos ha enseñado que todo chiste tiene su raíz psíquica, y si consideramos las observaciones mencionadas como chistes, no tenemos dificultad en descubrir también su raíz. La observación de los médicos vieneses citada por Wittels se refiere al hecho de que el tratamiento psicoanalítico gire en torno al Complejo de Edipo, esto es, de la dilucidación del trauma que se relaciona, según las experiencias del psicoanálisis, con el Complejo de Edipo. La otra observación se refiere al hecho de que el tratamiento psicoanalítico sea susceptible de prolongarse durante años y que sea tan costoso que un psicoanalista pueda vivir largo tiempo de los ingresos que le proporciona el tratamiento de algunos pocos pacientes. Naturalmente, una parte de verdad no es toda la verdad, y queremos estudiar no sólo el aspecto metodológico del análisis, sino también las cuestiones externas relacionadas con él.

La primera pregunta es: ¿cómo se llega a ser psicoanalista? Freud dice que se adquiere a través de la interpretación de los propios sueños los conocimientos psicoanalíticos necesarios. El único hombre que en esta forma llegó a ser psicoanalista ha sido el propio Freud, quien, de acuerdo con los reglamentos de la Asociación Psicoanalítica no tenía, por cierto, derecho alguno de calificarse de psicoanalista, pues no ha pasado por un análisis de su propia persona en el sentido verdadero de la palabra. Es sabido que los psicoanalistas que se han agrupado en torno a Freud aceptando su teoría han procedido a fundar una organización mundial y no debe llamarse psicoanalista en el sentido de Freud sino aquel que en la forma prescrita se ha sometido primero a un análisis de su propia persona bajo la dirección de un psicoanalista apto y encargado de ello; este análisis se considera "análisis didáctico" y que luego ha pasado por el llamado "análisis de control", donde informa ya

sobre su actividad analítica, como analizador. A estos dos análisis se agrega naturalmente una minuciosa formación teórica.

Es claro que el análisis se desarrolla solamente entre dos hombres: el que analiza y el que es analizado. La presencia de una tercera persona haría un análisis imposible. No es posible aprender el psicoanálisis en la misma forma en que se aprende cómo hacer una intervención quirúrgica. El psicoanalista experimenta literalmente en cuerpo y alma propios, cómo se lleva a cabo, técnicamente, un análisis. Pero esto no es únicamente una cuestión técnica. El aparato del análisis es el hombre mismo, el psicoanalista. Si el aparato no funciona bien, el método psicoanalítico no tiene utilidad; el psicoanalista mal preparado tiene que luchar, no sólo con el mundo subterráneo de su paciente, sino con el suyo propio y ve reflejados sus propios complejos en los del paciente. De ahí que haya que considerar muy indicado que el psicoanalista se someta a una formación minuciosa, y el rigor con que procede la Asociación Psicoanalítica en formar a los psicoanalistas es una garantía, para los que recurren al psicoanálisis, de que no habrán caído en tan delicada cuestión en las garras de un "psicoanalista salvaje".

A este respecto, cabe mencionar también el punto de vista de Freud, según el cual el psicoanálisis constituye una ciencia independiente que puede prescindir de los conocimientos médicos. Hemos visto ya el criterio antiterapéutico de Freud y bien comprendemos que en tal criterio se reflejan también motivos afectivos. Freud, en su libro "El análisis profano", se vuelve airadamente contra los que hacen análisis sin haber sido analizados previamente. Escribe sobre el particular lo siguiente:

"No es, pues, lícito emprender tratamientos psicoanalíticos sin poseer una preparación analítica fundamental, y el médico que se aventura a ello sin más bagaje que su título profesional expedido por el Estado no es más que un profano".

Un grupo desprendido de la escuela freudiana, los llamados "psicoanalistas activos", opinan que la práctica de la terapéutica psicoanalítica debe quedar reservada a los médicos. Freud tiene razón en el sentido de que el análisis, como método, es un procedimiento verdaderamente singular, que no tiene que ver con lo que enseña la medicina tradicional. La base del procedimiento analítico no es la medicina, sino la psicología profunda. Por otra parte, no hay que olvidar que el psicoanálisis representa el criterio de que el hombre es una "unidad psicofísica". En consecuencia, es preciso que el psicoanalista sea médico o colabore con un médico que formule el diagnóstico somático. El psicoanalista que no sea médico no puede prescindir de la colaboración médica. Pero al igual que el internista frente al radiólogo, el médico que no sea psicoanalista puede prescindir en ciertos casos de enfermedad psíquica de la cooperación del psicoanalista. Por otra parte, sin embargo, cabe declarar que el psicoanálisis, lejos de ser únicamente un método terapéutico para curar enfermos psíquicos, constituye la base de la moderna higiene psíquica, de la "reeducación" del hombre, o sea de la profilaxis de las neurosis. El propio Freud cree que el psicoanálisis perderá un día su significado como método médico. Esto, de ser verdad, sólo puede redundar en beneficio de la profilaxis, en el sentido de que no se concibe una educación moderna, o sea una profilaxis del alma, sin psicoanálisis. El psicoanalista del futuro deberá aunar los conocimientos del pedagogo con los del médico. Con todo, coincidimos plenamente con Freud en que un médico que carece de formación psicoanalítica no es más que un profano. Tal médico, que practique un llamado "psicoanálisis salvaje", es susceptible de causar al paciente más daño que el neurólogo ortodoxo que, por ejemplo, pretenda curar fobias mediante baños y el empleo de electricidad o de medicamentos.

Deseo, sin embargo, intercalar aquí una observación. Las

Asociaciones Psicoanalíticas de algunos países se han revestido de todas las características de una corporación sectaria. Quizá tendría tanta importancia como la formación psicoanalítica en el sentido de Freud, una orientación encaminada a imbuir toda actividad médica del espíritu psicoanalítico, esto es, dotar al menos a los médicos de niños, neurólogos, psiquiatras y médicos generales, de los conocimientos psicoanalíticos necesarios. Como ya dije: consideramos al hombre como una unidad psicofísica y afirmamos que no hay enfermedad somática, o sea del cuerpo, que carezca de elementos psíquicos.

El segundo chiste que hemos mencionado se refiere al hecho de que el tratamiento psicoanalítico es largo y costoso. Sabido es que los psicoanalistas sostienen que el psicoanalista debe recibir una remuneración adecuada por su labor, no solamente desde el punto de vista económico. Este criterio tiene su motivación psicológica en que toda enfermedad neurótica redundaría en una ganancia llamada: ganancia de enfermedad. En otras palabras: que el enfermo neurótico saca una ventaja psíquica de los síntomas de su enfermedad. Se aferra a su neurosis, que no puede vender barato, sino que debe pagar un buen precio por la consulta analítica. El enfermo quiere recibir un equivalente por su dinero, y este sólo puede ser la salud. La "voluntad de sanar" es un factor nada despreciable en todo tratamiento psíquico, un factor que a menudo está ausente. Si tenemos presente que la formación psicoanalítica requiere un análisis didáctico y de control de años de duración, además de una cultura general nada común, y que la labor realizada por el psicoanalista exige un inaudito esfuerzo mental, debemos considerar plenamente justificado este punto de vista de la remuneración adecuada.

Mucho más compleja es esta otra cuestión que consiste en que un análisis se prolonga a menudo durante años, y aun con consulta diaria. El criterio de los psicoanalistas ortodoxos es

que se impone una gran pasividad, esto es, que la tarea del psicoanalista se circunscribe a dejar que el enfermo mismo ponga en acción los procesos que determinan la duración. Se comprende fácilmente que un psicoanalista no puede realizar más de ocho o nueve consultas diarias, y como un análisis suele durar dos años, por término medio, resulta evidente que el tratamiento psicoanalítico es un privilegio reservado a la gente adinerada y por su clásico carácter pasivo y prolongado no se presta para una terapéutica general. Al comparar el número de psicoanalistas con el de las personas que requieren ayuda, debemos llegar a la conclusión de que el procedimiento terapéutico psicoanalítico, en el sentido de Freud, es exclusivamente una labor de laboratorio, de investigación, que sirve, primero: para confirmar o controlar la teoría freudiana, y segundo: para ir recogiendo más y más experiencias con miras a adquirir una noción más profunda acerca del alma humana. Desde el punto de vista de la terapéutica general, sin embargo, este procedimiento no tiene ahora un significado *social*. Lo prolongado y costoso de este tratamiento implica dos peligros. El primero es que el tratamiento se aplica a pacientes que constituyen un material selecto de determinado sector social, lo cual da a estos estados morbosos un determinado sello social y significa una selección equivocada. El segundo peligro reside en que nace la sospecha de que el criterio económico se imponga al criterio terapéutico. Es cierto que cabe repudiar categóricamente esta sospecha, puesto que los psicoanalistas son tan pocos y su labor es tan intensa que una prolongación deliberada del tratamiento iría contra sus propios intereses; pero el carácter dogmático del procedimiento es un poderoso *obstáculo inferior* a que pueda elaborarse otro método que esté más a tono con las necesidades sociales. A este respecto no tiene gran importancia la organización de dispensarios psicoanalíticos.

Melanie Klein en su libro "El psicoanálisis del niño" co-

munica también el número de las horas analíticas de sus enfermos. Estos números muy significativos son: Ludwig 190, Werner 210, Inges 325, Ilse y Egon 425, Curt 450, Erna 575, etcétera. Hay que observar que estos enfermos fueron niños y no adultos.

Resumamos nuestro punto de vista como sigue: o se emplea el método actual del tratamiento psicoanalítico, que corresponde cien por cien al criterio "ortodoxo", y entonces el psicoanálisis —como terapia— es una labor de laboratorio que puede brindar curación a muy pocos enfermos, siendo, como hemos dicho, un privilegio reservado a la gente rica, o el psicoanálisis renuncia a su criterio dogmático y aspira a transformar los descubrimientos de Freud en patrimonio de la ciencia médica en general. Entonces es preciso elaborar *otra* metodología. La lucha enconada contra la escuela de Stekel, que trata de abreviar el tratamiento, significa que los psicoanalistas ortodoxos tienden más bien a la labor de laboratorio y hace, muy acertadamente, que sus pacientes ricos paguen esta labor, lo cual nos parece muy bien. No queremos decir con ello que Stekel y sus secuaces ya hayan elaborado el método justo. Consideramos, empero, el dogmatismo de los discípulos de Freud un *obstáculo* que impide la elaboración de un método adecuado por parte de esta escuela.

Naturalmente, nuestra observación se refiere tan sólo a la cuestión del método de tratamiento, y no a la de la formación de los psicoanalistas que, independientemente del método general de tratamiento, debe seguir siendo la efectuada hasta ahora, es decir, la que emplea el método ortodoxo. Para aclarar esta cuestión, citaré el siguiente ejemplo: así como todo médico práctico ha de tener conocimientos quirúrgicos a fin de poder efectuar pequeñas operaciones y de poder dictaminar cuándo es necesaria la intervención del cirujano, así también todo médico debería poseer conocimientos psicoanalíticos, pero

el tratamiento mismo, la operación psicoanalítica, habría de quedar a cargo de psicoanalistas aptos, capacitados y especializados.

Quisiera intercalar aquí una observación relativa a mi experiencia personal. En el curso de mi labor científica he examinado la vida sexual de algunos centenares de jóvenes en Europa central y he comprobado que más del veinte por ciento de estos jóvenes, que, en su mayor parte, se reclutaban entre la juventud obrera, eran impotentes. No era difícil reconocer que esta impotencia era de carácter psíquico y obedecía a factores sociales. La impotencia era una "neurosis social". En la mayoría de los casos se ha logrado, sin embargo, aportar ayuda mediante una adecuada aclaración y revelación psíquica. Según el punto de vista ortodoxo-dogmático, cada uno de estos jóvenes constituye un "caso" que requiere un tratamiento adecuado, esto es, que se prolonga durante años y es más o menos caro. Creo que es mucho más importante para nosotros ampliar la labor recurriendo plenamente a los conocimientos psicoanalíticos, que organizar un trabajo circunscripto a círculos reducidos y a determinar si la esposa del banquero fulano de tal padece frigidez o si evidencia cualquier otro complejo sexual. Naturalmente, este ejemplo es una exageración; es que queríamos poner de manifiesto el antagonismo interno que se para las dos tendencias.



Se plantea ahora la cuestión primordial: ¿cómo es el tratamiento psicoanalítico y cómo se desarrolla una consulta analítica? Las circunstancias externas son conocidas. El paciente debe observar la *regla fundamental* de la técnica psicoanalítica de contar todo lo que se le ocurra y expresar sus pensamientos tal como afluyan a su mente, sin control alguno. Debe decir todo, sin retroceder ante las palabras y frases obs-

cenar que en otras circunstancias no se atrevería a pronunciar. Debe aprender el arte de la *libre asociación*. Cuenta por ejemplo un sueño, exteriorizando sin control, asociando libremente, todos los pensamientos que se le ocurran.

El relato del paciente constituye el material principal del análisis, pero no el único. No tiene menos importancia la relación que se establece entre el analista y el analizado, la llamada transferencia. Se entiende por tal una relación singular. El paciente *centraliza*, es decir, *transfiere* todos sus afectos a la persona del psicoanalista. Su actitud afectiva frente al medio ambiente, frente al padre, a la madre y a todas las figuras que le rodean en su vida, se concentra en el analista. Este es amado u odiado, claro que no realmente, sino tan sólo en reemplazo del verdadero objeto de este amor u odio. Esta transferencia puede ser positiva (amor) o negativa (odio). Esta transferencia se puede hacer tan intensa en el curso del tratamiento que el enfermo se enferma, literalmente, de psicoanálisis, es decir, se resiste a poner fin al tratamiento. La última etapa del tratamiento psicoanalítico consiste, precisamente, en la eliminación gradual de esta transferencia, con miras a desprender al paciente del psicoanalista que le atiende.

Todo lo que sucede durante la consulta analítica, tanto el relato libremente asociado del paciente como su conducta determinada por la transferencia, es condicionado por una fuerza interior de que ya hemos hablado: la *resistencia*, el impulso primordial del dinamismo psíquico descubierto por el psicoanálisis.

Debemos apelar ahora a los conocimientos psicoanalíticos expuestos en los capítulos anteriores. Hemos visto que toda enfermedad neurótica se deriva de un determinado *trauma* y que tal acontecimiento traumático ha tenido lugar antes de los cinco o seis años de vida. Hemos visto que estos traumas tienen un contenido sexual. Pero el individuo se ha olvidado por

completo de este acontecimiento y una fuerza interior, la resistencia, ha imposibilitado o al menos dificultado enormemente su vuelta a la esfera de la conciencia. Esta fuerza interior que ha dificultado la vuelta del trauma es la misma que actuaba también en la época en que tuvo lugar este trauma. Esta resistencia actúa permanentemente en el enfermo neurótico e impide que el individuo vuelva a vivir el trauma en el recuerdo. Al hablar del método catártico, hemos visto que la aparición de la causa del síntoma, o sea la penetración del trauma en la conciencia, tiene un efecto "catártico". Hemos mencionado a la famosa paciente de Breuer, que se curó en esta forma.

Pues bien, el tratamiento psicoanalítico tiene el fin de *vencer la resistencia*, para conseguir que el trauma, que consideramos como la causa de la neurosis del paciente, sea recordado, esto es, entre en la esfera de la conciencia. Sin duda, se comprenderá si expresamos esto en la terminología freudiana diciendo que el tratamiento psicoanalítico consiste en hacer consciente el material inconsciente causa de la enfermedad. Respecto al trauma, recordaremos que significa un conflicto entre el *Super-yo* y el *Ello* (entre la moral y el instinto), lucha para la cual el *Yo* sirve de campo de batalla. El psicoanálisis como método terapéutico, pero también como procedimiento encaminado a formar el carácter, tiene la misión "de robustecer el *Yo*, hacerle más independiente del *Super-yo*, ampliar su campo de percepción y desarrollar su organización, de manera que pueda apropiarse nuevas del *Ello*. Donde era *Ello*, ha de ser *Yo*", dice Freud.

Anna Freud dice al respecto:

"El objeto de la terapéutica analítica han sido desde un principio el *Yo* y sus trastornos; la exploración del *Ello* y su modo de operar siempre han sido tan sólo medio para el fin. Y el fin siempre ha sido el mismo: la eliminación de estos trastornos y el restablecimiento de la integridad del *Yo*". ("Das Ich und die Abwehrmechanismen").

A la pregunta: ¿cómo es el tratamiento psicoanalítico?, contestamos citando las palabras sencillas de Freud: "La calificación de análisis correcto, sólo corresponde al esfuerzo analítico que ha logrado eliminar la amnesia que sustrae al adulto el conocimiento de lo que ha experimentado desde el principio de su vida (o sea desde el segundo hasta el quinto año de vida)".

El procedimiento analítico consiste, pues, en vencer la resistencia. El paciente cuenta en libre asociación, pero de pronto se interrumpe. ¿Por qué? Porque la resistencia le impide proseguir su relato. O el paciente calla durante toda la consulta. Es una vez más la obra de la resistencia. O el paciente vuelca sobre el psicoanalista una catarata de frases absurdas. Esto también es obra de la resistencia. Pero también la conducta del paciente, su demora en llegar a la consulta, su intención de poner fin al tratamiento, delatan la actuación de la resistencia. Repetimos que la tarea del psicoanalista consiste siempre en contrarrestar la obra de la resistencia haciéndole ver al paciente cómo actúa esta resistencia. Esta trata sobre todo de impedir que el recuerdo se traduzca en palabras, en cambio ejerce poca influencia sobre la transferencia. Por esto se aprovecha en la consulta analítica todo síntoma de la transferencia para debilitar la resistencia.

Es claro que con el debilitamiento o la desaparición de la resistencia surgen los recuerdos que podemos considerar como trauma, causa de la neurosis. Hemos visto que también en los sueños se debilita la resistencia, o en otras palabras: que los sueños sirven para engañar la resistencia y expresar en forma simbólica lo que en otras circunstancias no se puede expresar. De ahí que los sueños ofrezcan el material más importante del tratamiento psicoanalítico. Hay casos en que el tratamiento se reduce exclusivamente a la interpretación de los sueños, bajo

lo cual no debe entenderse otra cosa que la revelación de la actividad de la resistencia.

Esta guerra contra la resistencia es llevada a cabo bajo la ley psicológica de la *repetición*. El estudio de nuestra propia vida nos dice que nuestra conducta se ajusta siempre a las mismas normas. Hay, por ejemplo, hombres cuyas amistades o amores terminan siempre bajo las mismas circunstancias. La vida se caracteriza por una repetición constante de los mismos acontecimientos. Nos repetimos en forma permanente y en estas repeticiones se expresan recuerdos que hemos olvidado bajo la presión de la resistencia y sin embargo tratamos de repetir en una forma disfrazada. Esta repetición se evidencia en todo cuanto ocurre durante la consulta analítica. Comprobamos la misma ley en los sueños, donde surgen siempre los mismos elementos. Señalando esta repetición el psicoanalista puede poner de manifiesto la actividad constante de la resistencia, hasta que ésta se ha debilitado tanto que se esfuma su fuerza, es decir, hasta que el paciente recuerda su trauma y vuelve a vivirlo a través del relato. Este momento es el punto culminante, más dramático del análisis. Y este es el fin perseguido por el psicoanálisis. El lema terapéutico psicoanalítico reza, pues: Conseguir, por la derrota de la resistencia, que el trauma causa de la enfermedad resurja en la conciencia, con lo cual pierde su efecto, los síntomas desaparecen y el enfermo neurótico vuelve a sanar.

Ahora bien, pueden presentarse dos casos curiosos: primero, que los síntomas —según se lamenta *Ferenczi*— desaparezcan con demasiada rapidez, sin que haya sido posible vencer la resistencia y descubrir el trauma, causa de la neurosis. Claro que esto será una desgracia para el analista que quiera realizar el análisis tal "como está en los libros", esto es, con miras a descubrir la raíz primitiva de todo el mal, mientras que es una suerte para el enfermo, que, a causa de la desaparición de los

síntomas, se ve en la posibilidad de reanudar una vida normal. Naturalmente, esto no quiere decir que la desaparición de los síntomas equivalga a una curación definitiva. Desde el punto de vista psicoanalítico, el enfermo sigue siendo tan neurótico como antes. Es más que probable que haya recaídas. El enfermo buscará pronto otros síntomas. Sin embargo, en esta época en que los fenómenos neuróticos envenenan la vida, quizá la humanidad podría estar contenta con que el psicoanálisis no consiguiese más que hacer desaparecer los síntomas en las personas neuróticas, pues son ellos los que tornan insoportable la vida. El enfermo que se sienta sano, también lo es desde el punto de vista subjetivo.

El segundo caso curioso es que a veces los síntomas siguen presentándose a pesar de que se ha vencido la resistencia, descubierto el trauma originario y solucionado el Complejo de Edipo. Freud dice que una vez vencida la resistencia es posible que desaparezcan los síntomas, *pero no es forzoso*. En este caso se podría, pues, decir que desde el punto de vista psicoanalítico el enfermo ha sanado, pero que desde el punto de vista subjetivo continúa enfermo.

Naturalmente, aunque nos hayamos permitido adoptar un tono un tanto ligero sobre el particular, se trata de cuestiones graves y hay que dar la razón a los psicoanalistas que de acuerdo con sus convicciones y experiencias realizan el tratamiento analítico tal como se lo dicta su conciencia científica. Bástenos, pues, decir que la metodología del psicoanálisis es muy difícil y no sirve para fines generales. Es, sin embargo, una base de la labor científica y, lo que es más importante, de una labor profiláctica. Opinamos que desde el punto de vista social el valor pedagógico del psicoanálisis es mucho más grande que su valor terapéutico. Es verdad, empero, que hay enfermedades neuróticas, trastornos sexuales (homosexualidad, etcé-

tera), cuya curación ha sido lograda hasta ahora *únicamente* por el psicoanálisis.

Uno de los mejores psicoanalistas, Wilhelm Reich, que hace una buena síntesis entre el psicoanálisis puro y las necesidades de la sociedad, ha introducido el concepto de análisis del carácter. Distingue entre carácter genital y carácter neurótico y afirma que la genitalidad es el primordial criterio pronóstico. Reich plantea la interrogación: ¿qué es lo que determina la desaparición de los síntomas? Según Reich, la penetración de la causa del síntoma en la conciencia es la condición previa indispensable de la curación, sin dar una motivación específica. "Evidentemente —dice Reich— la cuestión es si la capacidad de procurarse una satisfacción sexual adecuada permanece intacta". Durante el análisis, el sentido del síntoma entra en la conciencia, pero su raíz no se modifica por esto.

Según Reich, "el último factor terapéutico es un proceso orgánico en el conjunto del metabolismo sexual, que está ligado a la satisfacción sexual en el orgasmo genital, y con la eliminación de la base somática desaparece también el fundamento de la superestructura psiconeurótica". El principio básico del tratamiento psicoanalítico es que el paciente debe llegar mediante el análisis a tener una vida genital ordenada y satisfactoria.

Naturalmente, también Reich subraya que el psicoanalista alcanza este fin supremo del análisis mediante la derrota de la resistencia, la liberación del carácter de su coraza neurótica.

Es una opinión errónea muy difundida la de que la curación de las afecciones neuróticas se logra mediante la "libre expansión" de la sexualidad. Freud dice: "El traslado de los deseos sexuales a la esfera de la conciencia, conseguido gracias al análisis, hace más bien posible su dominación, que antes fuera imposible a causa de la represión. Puede más bien decirse que el análisis libra al neurótico de las ligaduras de su sexualidad".

Durante un congreso de psicoanalistas se discutió sobre la cuestión de si es lícito aconsejar a un paciente que se entregue a actividades sexuales. La actitud pasiva del médico implica, por lo general, que no se dan consejos, sino que se conduce el análisis en forma que el paciente llegue por sus propias fuerzas a tomar una decisión saludable. Queremos consignar aquí que durante el análisis tampoco se procede a interpretar los sueños, sino que el paciente es llevado a llegar por sí mismo a una interpretación. Si el psicoanalista interpreta los sueños del paciente, puede ocurrir que el paciente acepte su interpretación por estar en relación de transferencia positiva con el médico, o que la repudie porque su resistencia le impide aceptar la interpretación. Es verdad, sin embargo, que Stekel debe sus mayores éxitos precisamente a su interpretación de los sueños en forma activa, pero este es un método demasiado peligroso.

De lo que hemos dicho hasta ahora se desprende claramente que, desde el punto de vista psicoanalítico, el tratamiento exige, además del factor tiempo y del factor dinero, dos otros factores. El primero es que el paciente debe tener capacidad de transferencia. *Sin transferencia no puede haber tratamiento psicoanalítico.* Las enfermedades mentales que excluyen la capacidad de transferencia no se prestan, por ende, para un tratamiento psicoanalítico. El otro factor es que *el enfermo debe tener conciencia de su enfermedad.* Tal conciencia no es menos indispensable para el psicoanálisis que la capacidad de transferencia. La tarea del psicoanalista puede consistir, tal como en el análisis del carácter, donde falta por completo la conciencia de enfermedad, en despertar esta conciencia.

Freud dice sobre el uso del psicoanálisis como método terapéutico:

"El psicoanálisis nunca ha pretendido ser una panacea (cito, tuto, jucunde), ni hacer milagros. Dentro de uno de los

sectores más complejos de la actividad médica, es, para algunas dolencias, el único método posible, y para otras, el que mejores y más duraderos resultados procura, aunque jamás sin un gasto proporcional de dinero y de tiempo... Su campo de acción abarca sobre todo las dos neurosis de transferencia: la *histeria* y la *neurosis obsesiva*, cuya estructura interna y cuyos mecanismos ha contribuido a descubrir; pero abarca también toda clase de fobias, inhibiciones, trastornos del carácter, perversiones sexuales y perturbaciones de la vida erótica".

Sobre las posibilidades del éxito hace una observación sarcástica y singular: "No creo que nuestros éxitos puedan competir con los de Lourdes. Existe más gente que cree en los milagros de la Santa Virgen que en la existencia del inconsciente".

Queremos mencionar que ciertas enfermedades manifiestamente orgánicas han sido referidas últimamente a factores psíquicos. Por ejemplo, se ha tratado de curar diversos trastornos gástricos e intestinales mediante el tratamiento psicoanalítico. Psicoanalistas han tenido ya éxito en tratar úlceras por medio del psicoanálisis.

La psiquiatría ha sacado gran provecho del psicoanálisis, en particular ha sido la escuela de Burghölzli (en Suiza), la que bajo la dirección de Prof. E. Bleuler realizó, a través de la interpretación e investigación psicoanalítica, estudios detenidos acerca del contenido psíquico de la esquizofrenia, más exactamente: de la demencia precoz. Es evidente que el futuro de la psiquiatría, que hoy está ligada todavía en alto grado al punto de vista orgánico, no se concibe sin una orientación psicoanalítica, lo cual no significa, naturalmente, que la demencia precoz, la paranoia o la manía depresiva puedan ser curadas mediante el psicoanálisis; pero sí existen ya casos de esquizofrenia y melancolía donde el psicoanálisis ha dado buenos resultados. Sin psicoanálisis no se puede explorar y comprender la estructura psíquica de estas enfermedades.



Las grandes escisiones que se han producido en el seno de la escuela freudiana son de carácter teórico, pero también práctico. Jung y Adler son los que más se han alejado del psicoanálisis; Stekel es psicoanalista en el sentido más estrecho de Freud, es decir, acepta la tesis freudiana de la resistencia, de la represión y del inconsciente.

La posición adoptada por Freud y sus discípulos dogmáticos frente a Stekel (*) acaso sobrepase los límites de una actitud personal. Stekel, a diferencia de la escuela ortodoxa que pide la pasividad del psicoanalista, afirma que el método psicoanalítico debe ser activo, es decir, que es preciso librar al paciente de su enfermedad mediante una interpretación activa. Si bien descartan por completo los métodos sugestivos, Stekel y sus discípulos se esfuerzan por conseguir la curación del paciente a través del *conflicto actual* del enfermo. A juicio de esta escuela de orientación puramente terapéutica, la solución de los conflictos actuales es más importante y más urgente que la solución de los conflictos infantiles reprimidos que forman parte

(*) Mientras este libro estaba en la prensa, llegó la noticia trágica de que Wilhelm Stekel cometió suicidio en Londres, el 30 de junio de 1940. A la edad de 74 años tuvo que huir, al igual que Freud, de las hordas de la nueva Edad Media, abandonando a la ciudad de Viena donde pasara toda su vida. En Londres halló una acogida amable, pero no soportó el destierro y como tantos otros emigrados, buscó la muerte.

Al lado del *gran hombre de ciencia* Freud, Stekel era el *gran médico*, quien no conocía más que una aspiración: curar por el psicoanálisis. En la lucha que el psicoanálisis llevaba por ser conocido y reconocido en el mundo, Stekel jugó un papel muy destacado. Contribuyó mucho a que se difundiera el conocimiento del psicoanálisis. Escribió mucho, acaso demasiado; es abundantísimo el material médico-científico que ha dejado atrás. Su libro más popular: "Cartas a una Madre", se halla también traducido al castellano.

Queremos honrar con estas líneas la memoria de Wilhelm Stekel.

del Complejo de Edipo. Stekel afirma que un caso que no pueda curar dentro de los seis meses no se presta para el psicoanálisis. Naturalmente, este método se halla ligado excesivamente a la personalidad del psicoanalista y el procedimiento activo implica demasiados riesgos de incurrir en errores irreparables. El método ortodoxo, por su pasividad merece por cierto la preferencia en la medida de lo posible. Wittels dice sobre Stekel: "Freud es un hombre genial, pero Stekel es mejor intérprete de los sueños". La rivalidad entre Freud y Stekel se considera como un ejemplo de que Freud no podía soportar a nadie que se separara de sus propias opiniones. Respecto a la interpretación psicoanalítica de este antagonismo, citamos de nuevo a Wittels: "El hecho de que es posible adquirir en forma tan absoluta el patrimonio científico de otro, suscita el disgusto de los otros discípulos y termina por contrariar al propio maestro que fuera el primero en escalar triunfalmente las tenebrosas alturas e iluminarlas con la antorcha de su labor de investigación". A este respecto, Stekel no se apartó jamás de una actitud de modestia. Siempre se comparó "a un enano que se encarama sobre los hombros del gigante" —de Freud.

Claro que existen también diferencias teóricas y de otra clase entre Stekel y Freud, siendo acaso la más importante la que estriba en el criterio de Stekel de que la represión no es siempre causa de enfermedad. Puede ser tan perfecta que deja de ser fuente de síntomas neuróticos. Stekel introduce también el concepto de la *anulación*, afirmando que los recuerdos son susceptibles de anularse por completo sin surtir un efecto perjudicial. Por último, Stekel subraya también la primitiva predisposición *criminal* del hombre, que halla su expresión patológica en la neurosis.

Una ruptura completa con el psicoanálisis significa el alejamiento de Alfred Adler que con su "psicología individual" ha llegado a ser, particularmente en Estados Unidos, un ver-

dadero rival científico de Freud. Freud expresó en todo momento su profunda aversión por una popularidad fundada en la ignorancia o en la mala interpretación de sus teorías. Por eso no ha vuelto a pisar tierra americana después de sus famosas cinco conferencias en Worcester, a pesar de que recibía numerosas invitaciones. En cambio, la psicología individual alcanzó allí gran popularidad gracias a su simplicidad. Aun el más humilde maestro rural puede comprender la "psicología individual" sin tener conocimientos psicológicos, y el adepto de tal ciencia puede calificarse de "psicólogo" sin tener la menor idea de lo que es la psicología. Naturalmente, esta simplicidad tiene también sus ventajas. Adler ha creado un sistema muy indicado para fines educativos. A este respecto, la psicología individual es sin duda obra genial de Adler y no podemos menos que recomendar del modo más caluroso su empleo para los fines de la educación. No es, empero, una psicología y es completamente inútil para fines terapéuticos. Adler parte del concepto nietzscheano de la voluntad de poderío. Todo hombre aspira al poderío, o en palabras más simples: a ser un hombre, en el pleno sentido de la palabra. Pero el niño se ve colocado como ser incapaz en medio de un mundo de adultos, la sociedad. Es posible que el niño aporte desde un principio deficiencias orgánicas, pero la relación grande-pequeño, fuerte-débil, arriba-abajo se expresa en el complejo de inferioridad, un término que ha pasado a ser patrimonio común. El hombre quiere vencer este complejo de inferioridad, quiere trepar a las alturas. Adler denomina esta protesta contra la inferioridad la "protesta varonil", pues la virilidad representa la fuerza y el poder. Esta protesta varonil dirige al hombre débil, pero también a la mujer. La sexualidad no es más que la escena donde se libra la lucha entre el sentimiento de inferioridad y el empeño de vencerlo, que se llama voluntad de poderío. Si el individuo no consigue paralizar su inferioridad a través de la

voluntad de poderío en los campos normales de la vida, busca rodeos y se convierte en un carácter nervioso. Así nacen la neurosis y la criminalidad. Pero el hombre nace aún con otro bagaje. Adler lo llama el "sentido de la comunidad", que permite compensar el sentimiento de inferioridad en dirección a la comunidad. Vemos, pues, que Adler aloja al alma humana en un sistema de coordenadas: *abajo* el "complejo de inferioridad", *arriba* la "voluntad de poderío" y el "sentido de la comunidad" como fuerza motora. El hombre es sano si soluciona sus problemas simultánea y equivalentemente en tres campos distintos: el *trabajo*, el *amor* y la *convivencia*. Este es el hombre de sentido común.

Para ilustrar el método de Adler, que es una ficción, y no —lo repetimos— una psicología, queremos mencionar dos ejemplos: uno se refiere al procedimiento terapéutico. Un enfermo se obstina en la creencia de que un perro rabioso está en acecho delante de su puerta. Entonces se ofrecen tres posibilidades para curarle de su obsesión. Primera: se lo convence de que no hay ningún perro delante de la puerta. Segunda: se le asegura que es posible que haya un perro delante de su puerta, pero se lo convence de que no es rabioso. Tercera: se le convence de que es verdad que el perro es rabioso, pero que él tiene fuerza suficiente para darle muerte. Adler pretende que cada una de estas posibilidades es susceptible de curar al enfermo. El ejemplo es bello, pero desgraciadamente faltan los medios terapéuticos. Desde el punto de vista metodológico, la psicología individual trata de despertar los recuerdos de infancia y descubrir en las experiencias de infancia la raíz del complejo de inferioridad. Los sueños son, según Adler, un entrenamiento para eliminar este complejo. De acuerdo con el psicoanálisis, en cambio, la causa de la obsesión del enfermo mencionado en nuestro ejemplo sería revelada por la eliminación de la resistencia y el empleo de la transferencia.

Como segundo ejemplo, queremos citar una frase famosa de Adler: "¿Sabe usted cómo se da con la clave de cualquier neurosis? Hay que preguntarse: ¿quién ha de reventar de rabia? Todos los neuróticos están enfermos para hacer rabiar a alguien". Como antiguo adepto de la psicología individual me inclino a suponer que esta frase da también la clave de la neurosis del propio Adler. ¿A quién pensaba hacer rabiar? Pues a Freud.

El sarcástico Wittels, en su libro sobre Freud, dice que Adler era uno de los discípulos más destacados de Freud; sólo tenía un gran defecto: no sabía analizar. Hemos visto que Freud no sabía hipnotizar. Esto lo llevó al método analítico de la libre asociación. Adler, por su parte, que no sabía analizar, fué el creador de la psicología individual. Empleando el vocabulario de Adler, tenemos aquí un ejemplo de cómo el complejo de inferioridad será "compensada" con una labor grandiosa.

Desde el punto de vista científico, Jung fué el más eminente de los que se alejaron de Freud. Asistente del Prof. *Bleuer* —uno de los más grandes psiquiatras del mundo— y un hombre de ciencia de magnífica formación, fué, junto con su profesor, el primero en adherirse al psicoanálisis, dándole así un carácter oficial, por así decirlo. También ha profundizado importantes detalles del psicoanálisis. Introdujo, por ejemplo, el concepto del complejo y elaboró el del Yo. Su apartamiento de Freud puede explicarse por dos causas distintas. La primera era su carácter, del que el propio Freud dijo que Jung era incapaz de soportar la autoridad de otro. La segunda causa era su mentalidad reaccionaria. Jung trata de atenuar la autoridad científica de Freud y también la de sus discípulos más talentosos y más aptos para el psicoanálisis como *una psicología específica del alma judía*, un punto de vista aceptado hoy día

únicamente por la pseudociencia que impera en el espacio vital de la barbarie.

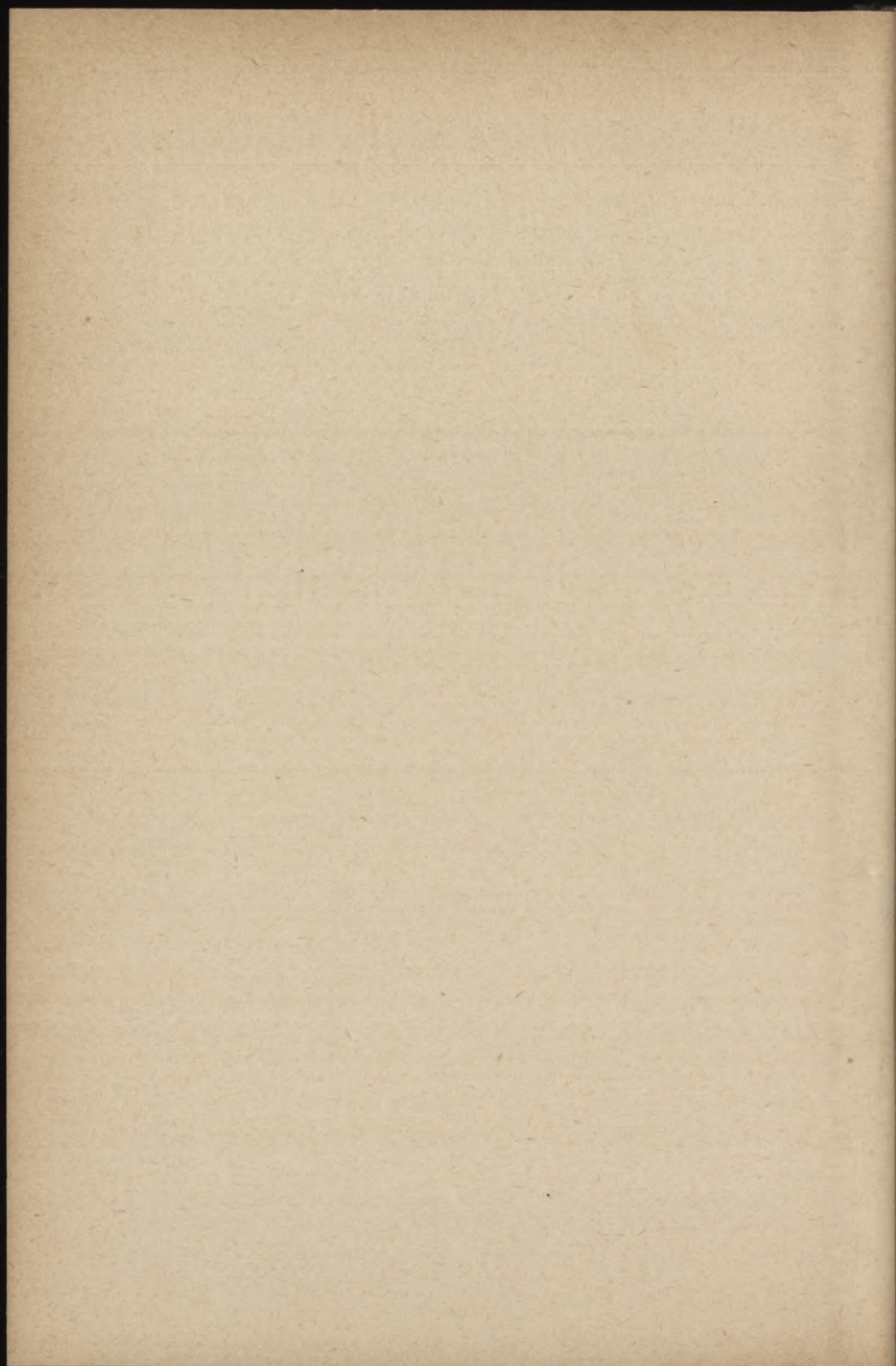
Jung elaboró también un método terapéutico en que despoja a la libido de todo sentido sexual. Con la intención de dar satisfacción a aspiraciones éticas, privó al Complejo de Edipo de su significado real, mediante una trasmutación simbólica, y en la práctica pasó por alto el descubrimiento del período infantil olvidado, que pudiéramos llamar "prehistórico".

Para él, como para Adler, la teoría sexual no era suficientemente "decente". Su método se llama *psicosíntesis* y pretende complementar el procedimiento médico por influencia ética. Dada la actitud política de Jung, huelga decir más acerca de su ética.

Debo mencionar aún al cuarto psicoanalista eminente que ha desertado de las filas del freudismo, Wilhelm Reich, que ha sido expulsado por los "sacerdotes de la religión psicoanalítica" —como dice él— que daban al psicoanálisis un carácter dogmático. Reich, un teorizador magnífico y psicoterapeuta no menos brillante, trata de establecer una síntesis entre la teoría de Freud y la sociología y, en el terreno de la práctica, considera al hombre no sólo como un producto psicológico, sino también como producto de la sociedad. A juicio de Reich, la "estructura del carácter" es un producto social petrificado de determinada época. También la estructura del carácter del neurótico. Reich aspira a que el psicoanálisis alcance verdaderamente la meta señalada por Freud. Freud dijo una vez: "quiero ser el médico de la humanidad toda". Estamos convencidos de que el psicoanálisis alcanzará esta meta en su calidad de profilaxis de las neurosis, al servicio de las aspiraciones sociales hacia una sociedad mejor.

A pesar de la posición antimédica de Freud, elegimos sus palabras, citadas por Lou Andreas-Salomé ("Mein Dank an Freud"), para servirnos de guía en el tratamiento psicoanalí-

tico: "¡El enfermo siempre tiene razón! La enfermedad no ha de constituir algo despreciable para él, sino que ha de ser un enemigo lleno de dignidad, una parte de su esencia que se basa en causas justas y de la cual se trata de sacar el mejor partido para su vida futura".



EL ORIGEN DE LA SOCIEDAD Y DE LA CULTURA

"La felicidad fué excluída del plan de la Creación".

Freud.

En este y en los siguientes capítulos trataremos de explicar la influencia que tuvo el psicoanálisis en otros campos del saber y el efecto fecundo que tuvo, al provocar nuevas concepciones y descubrimientos en los sectores de la sociología y la historia de las religiones, en la pedagogía, en la criminología, así como las nuevas interpretaciones de la labor literaria y artística.

El tema de este capítulo es bastante popular entre los que entienden de psicoanálisis. El libro "Totem y Tabú" es una de las obras más leídas de Freud, y Thomas Mann la considera la más importante de todas. En este libro, Freud afirma que *el origen de la sociedad humana se basa en el Complejo de Edipo*. La evolución social se cumplió, según Freud, bajo el imperio de la ley de que el hijo dió muerte y trató de dar muerte al padre, por el cual sentía a la vez amor y odio, para lograr apoderarse de la madre como mujer. Matar al padre y amar a la madre: he aquí la ley que rige el dinamismo de la evolución de la humanidad, de horda primitiva a la sociedad civilizada. El Complejo de Edipo sería también la fuente de las religiones.

Freud ha llegado a estas comprobaciones por el camino de

los mismos procedimientos empíricos que hasta ahora siempre hemos comprobado en su labor. A través del tratamiento de los enfermos neuróticos, tuvo una oportunidad de conocer más de cerca la naturaleza de las neurosis obsesivas y comprobó así la sorprendente similitud entre actos obsesivos y prácticas religiosas. En su autobiografía, escribe: "considero la neurosis obsesiva como una religión privada disimulada y la religión como una especie de neurosis obsesiva universal".

Esta convicción cobró proporciones grandiosas gracias a la feliz coincidencia de que llegó a manos de Freud el famoso libro etnográfico de J. G. Frazer, que lleva por título "The Gold Bough" (La rama de oro), donde halló un abundante material sobre el totemismo y la exogamia de los pueblos primitivos. Otra obra, de Robertson Smith, le suministró datos sobre el banquete funeral del Totem, y los libros de Darwin le documentaron sobre la descendencia del hombre y la primera horda primitiva. En base a estos datos etnográficos, Freud elaboró en su obra "Totem y Tabú" (1912) su interesante teoría sobre el origen de la sociedad humana y de las religiones. El Totem y el Tabú le sirvieron para demostrar que los elementos de nuestra infancia son también los elementos de la infancia de la humanidad toda, y que, así como el Complejo de Edipo del individuo lleva a la enfermedad neurótica, la humanidad padece un Complejo de Edipo colectivo y su enfermedad neurótica es la religión. Freud dice sobre el particular:

"No he dudado un solo momento de que las concepciones religiosas sólo las comprendemos si nos apoyamos en los ejemplos que nos proporcionan los síntomas neuróticos del individuo, considerándolas como una reaparición o regreso de procesos trascendentales de la historia primitiva de la familia humana, desde hace largo tiempo olvidados, cuyo carácter coercitivo débese igualmente a este origen y que merced a estar impregnadas de verdad histórica actúan sobre los hombres".

Veinticinco años después de la publicación de su libro "Totem y Tabú", Freud, en su último libro, "Moisés y la religión monoteísta", vuelve a su tema predilecto, naturalmente con un criterio ya mucho más maduro y mayor amplitud de miras. En este último libro trata de echar un puente para salvar el abismo que media entre la psicología individual y la psicología de las masas, afirmando que los procesos que se desarrollan en la vida individual y que determinan el desarrollo psíquico del individuo, dictan también la evolución de toda la humanidad. Trauma precoz, represión con fines defensivos, latencia, explosión de un proceso neurótico, repetición parcial del recuerdo reprimido, —he aquí la fórmula establecida por Freud para el desarrollo de la neurosis. "Ahora bien —dice Freud—, en la vida de la humanidad ocurre lo mismo que en la de los individuos". En "Moisés y la religión monoteísta" trata de revelarnos en una grandiosa perspectiva psicológica lo inconsciente del alma de la humanidad. Para revelar los procesos psíquicos que se desarrollan en lo inconsciente de la humanidad, queremos hablar de la teoría de Freud sobre el origen de las religiones. Este distingue tres etapas en la evolución religiosa de la humanidad.

La primera etapa es el desarrollo de las religiones primitivas, caracterizado por el totemismo y el tabú. La segunda es la evolución hasta el monoteísmo y la tercera, el nacimiento del Cristianismo, a través de una regresión de los aspectos originarios de la religión primitiva.

¿Qué son, pues, el Totem y el Tabú? Totem significa un animal (o eventualmente una planta) del que el clan pretende descender. Era prohibido dar muerte al animal totémico y se le rendían honores divinos. Robertson Smith escribe en "The Religion of the Semites", que el animal totémico era matado una vez por año en un acto solemne. Luego, la horda lamentaba su muerte mediante ceremonias religiosas y procedía finalmente

a comérselo. El banquete funeral terminaba en un ambiente de fiesta, en una orgía desenfrenada de todos los instintos y la violación de las normas sexuales ("tabúes"). El animal totémico es —según veremos más adelante— la representación simbólica del padre.

El *tabú* proviene de la aversión de los primitivos contra el incesto, una tendencia que entre ellos es aún más marcada que entre los pueblos civilizados, y respecto a lo cual existen reglas severas. La vida sexual de los primitivos se halla severamente regulada en forma de *exogamia*, o sea por la prohibición del incesto. Freud interpreta estas prohibiciones, estos *tabúes*, como los primeros conatos de ley moral. Dice que lo ha atraído particularmente el totemismo, "el primer principio de un sistema organizado, donde los primeros amagos de orden social se funden con los elementos de una religión rudimentaria". "Partí del hecho de que existe una similitud sorprendente entre los dos tabúes del totemismo: es prohibido dar muerte al totem y tener relación sexual con una mujer perteneciente al mismo clan totémico, y el contenido del Complejo de Edipo: eliminar al padre y poseer a la madre".

Pasemos ahora a ver cómo se imagina Freud el origen de la sociedad humana y de las religiones. Da sobre el particular, en su último libro: "Moisés y la religión monoteísta" un resumen muy conciso que citaremos brevemente:

"La historia será narrada en forma de resumen, como si sólo hubiera sucedido una vez lo que en realidad ha estado ocurriendo innumerables veces en el curso de siglos.

El vigoroso jefe era dueño y padre de la horda con un poder ilimitado que ejercía con violencia. Todos los seres de sexo femenino eran de su propiedad. El destino de los varones era muy duro; cuando despertaban los celos y la envidia, eran sacrificados, castrados o expulsados de la horda.

Entonces se establecían en pequeñas comunidades, se procuraban mujeres, acudiendo al rapto, y cuando podían lograrlo

adquirían una situación análoga a la del Padre de la horda primitiva. Por motivos fáciles de comprender, los varones más jóvenes ocupaban una posición excepcional, protegidos por el afecto de sus madres, y cuando el padre era anciano gozaban la ventaja de poder sustituirlo después de su muerte.

Un paso decisivo en la modificación de este primer tipo de organización "social" fué que los hermanos que vivían en la comunidad se asociasen para dominar al Padre, devorándole luego. El punto esencial estriba, sin embargo, en que nosotros atribuimos a estos hombres primitivos sentimientos semejantes a los que la investigación analítica permite establecer en los primitivos del presente, o sea en nuestros niños. Es decir, éstos no sólo odian y temen al padre, sino que también le veneran, tomándole por modelo y deseando ocupar su puesto. El canibalismo se interpreta como un intento de identificarse con el Padre incorporándose una parte de él. Debe admitirse que después de la muerte del Padre los hermanos disputarían entre sí acerca de la herencia, que cada uno pretendería fuese únicamente para él. La comprensión de los peligros y fracasos de esta lucha, el recuerdo de la vida de libertad y de comunidad de sentimientos que había existido entre ellos en la época de la expulsión, les condujo, finalmente, a una unión, a una especie de pacto social. Originóse así la primera forma de una organización social con *renunciación a la violencia*, reconocimientos de *deberes recíprocos*, establecimiento de determinadas instituciones consideradas inviolables (sagradas), es decir, la iniciación de la *moral* y del *derecho*. Cada individuo renunciaba a su ideal, a adquirir la posición del Padre, limitándose a la posesión de la madre y de las hermanas. De aquí procede el *Tabú del incesto* y la institución de la *exogamia*. Una gran ventaja de esta eliminación de la fuerza por la supresión del Padre la obtuvieron las mujeres, y llegó la época del *matriarcado*. El recuerdo del Padre continuaba en este período de la "horda de hermanos". El Padre fué sustituido por un fuerte, y quizá temible, animal.

La ambivalencia original de sentimientos con respecto al Padre se mantiene completamente en los animales sagrados, o *Totem*. El Totem era considerado como el antepasado corporal y el espíritu protector del clan; debía ser venerado y atendido, pero, por otra parte, fué establecida una fiesta, en la cual se le destinaba el mismo fin que había encontrado el padre pri-

mitivo. Era sacrificado y comido por todos los compañeros. Esta gran fiesta era en realidad el triunfo de los hijos aliados sobre el Padre... *Pienso que tenemos razón para considerar que el Totemismo... constituye la primera forma de la religión de la historia humana...*

El progreso que sigue al Totemismo es la humanización de los seres reverenciados. En lugar de los animales aparecen *dioses humanos*, cuyo origen de los Totem es bastante claro. El Dios tiene todavía figura de animal o al menos tiene cabeza de animal. (En los cuatro evangelistas se observa todavía que cada uno de ellos tiene su animal preferido...)

En un momento, no bien precisado, del desarrollo de la religión, se presentan las grandes deidades madres, quizás antes que los dioses varones, y luego aparecen, durante largo tiempo, al lado de ellos. Mientras tanto, se ha producido una gran transformación social. El matriarcado es seguido por un restablecimiento del patriarcado... Las deidades madres aparecieron probablemente en la época de la limitación del matriarcado, como un modo de compensar a las madres postergadas. Los dioses varones se presentan, al principio, como hijos al lado de la madre y sólo más tarde adquieren claramente los rasgos del padre. Estos dioses varones del politeísmo reflejan las condiciones de la época del patriarcado... Un paso más nos conduce al problema de que nos estamos ocupando, al restablecimiento de un único Dios Padre, de ilimitados poderes..."

Freud, en su libro "El porvenir de una ilusión", señala el "hecho edipal", el parricidio de la sociedad primitiva como *una realidad histórica probada*. En base a tal afirmación audaz, la escuela freudiana levanta el edificio de una concepción del mundo sobre el fundamento del Complejo de Edipo, es decir, afirma que el Complejo de Edipo no es la realidad psíquica de una sociedad dada, sino el factor que determina el origen y la estructura de esta sociedad. En otras palabras, según dice Freud, el Complejo de Edipo es "fons et origo" de toda evolución humana. Aceptamos el papel del Complejo de Edipo en el alma del individuo; pero nos volvemos categóricamente con-

tra la afirmación de que el Complejo de Edipo ha de ser considerado como algo más que como superestructura psíquica de la sociedad llamada patriarcal. El Complejo de Edipo, tomado en su sentido pleno, es un producto psíquico de las condiciones económicas de un determinado orden social; no es *causa*, sino *efecto*. Este criterio representa una honda escisión ideológica en el campo de los psicoanalistas.

El tema es tan interesante y de tanta importancia que me veo obligado a detenerme un poco en él.

En cuanto a la prohibición del incesto, se ha podido comprobar también lo contrario, es decir, que existen pueblos que no sienten aversión alguna por el incesto, de modo que no podemos considerar esta aversión como una realidad primitiva. La experiencia histórica nos enseña que existen casos en que personas de rango tienen el deber de casarse sobre la base del incesto. En Egipto y en Babilonia era norma entre los aristócratas y pontífices que se casara el hermano con la hermana. *Frazer* escribe al respecto que el hijo del rey sólo podía sucederle en el trono si se casaba con su hermana o con su madre. Sabido es que el incesto entre padre e hija no constituye ni aun hoy, entre los primitivos, motivo de particular preocupación, y casos de tal relación ocurren a diario incluso en Europa, entre los gitanos. Y también la práctica psicoanalítica nos proporciona muchos ejemplos que corroboran el hecho de que la aversión por el incesto no puede considerarse como un factor primitivo. Puede decirse que cada día se comprueban casos de juegos infantiles y hasta relación sexual entre hermanos. Esto nos lleva, pues, a considerar la prohibición del incesto como un producto de la moral, como una superestructura de la base económica. Los hechos etnográficos aceptados por Freud han sido puestos en duda o hasta desvirtuados también por diversos etnógrafos y hombres de ciencia. Por ejemplo, Turwald afirma que

el banquete funeral del Totem, tal como lo describe Robertson Smith, y, según él, Freud, no existe en ninguna parte.

Por lo que se refiere al concepto de la horda primitiva, Freud se basa en Darwin, quien afirma que la vida de los gorilas constituye el modelo de la horda primitiva. Pero entretanto, hemos llegado a conocer mejor la vida de los gorilas y la afirmación de Darwin ha quedado desmentida por los hechos.

Pero el hecho más importante e interesante son los descubrimientos del célebre antropólogo y etnógrafo Bronislaw Malinowski, que ha logrado convivir durante años con las tribus que habitan las Islas de Trobriand al norte de Australia, tribus que siguen viviendo en sociedad puramente *matriarcal*. Hay, pues, tribus que han conservado intacta esta forma primitiva de organización social, y las obras que Malinowski ha escrito sobre la vida en aquellas islas constituyen sin duda el documento más grandioso que pueda imaginarse en el terreno etnográfico. La comprobación más importante a que llega Malinowski es la de que las tribus de la Isla de Trobriand desconocen el concepto del padre como portador de un papel fisiológico en la procreación. En opinión de esos isleños, la madre es fecundada por el alma de los antepasados, a través del aire o del agua. Ignoran que pueda haber una relación entre el acto sexual y la concepción. En otras partes, el padre como tal no existe en la mente de aquellas tribus. El papel social del padre es desempeñado por el hermano de la madre, esto es, por el tío de la criatura. El padre carnal es el hombre de un clan extraño que convive con la madre y tiene con ella relación sexual.

La segunda comprobación interesante de Malinowski es que allí no existe la represión sexual en el sentido de Freud, o que, en todo caso, se manifiesta muy tardíamente. Nada perturba la relación entre madre e hijo. El niño mama hasta que se ha desarrollado su capacidad de procurarse el alimento por sus propios medios, y aún entonces la relación sigue siendo

íntima y no perturbada. Los niños viven reunidos en pequeñas hordas infantiles. Se masturban y se entregan a juegos sexuales, con completa naturalidad, pues no existe prohibición alguna. El juego sexual desemboca, en una edad muy temprana, en la fase genital, de modo que ya entre niños de cuatro o cinco años el juego sexual puede asumir la forma de verdadera relación sexual. Llega la fase genital sin que medie un período de latencia, de modo que el desarrollo sexual halla sin ruptura un desenlace positivo y natural. La madurez sexual no determina cambio alguno; sólo que las relaciones entre el muchacho y la muchacha se hacen más profundas y más íntimas. La vida sexual se rige enteramente por el placer. Para los jóvenes se construyen casas, llamadas *bukumatula*, donde pueden entregarse a las relaciones sexuales. Se desconocen la homosexualidad, la masturbación de los adultos y las aberraciones sexuales. Tampoco se conocen los celos. Es costumbre en la isla que las muchachas o los muchachos se trasladen en grupos a las aldeas vecinas, donde se les tributa un recibimiento solemne y se organizan festejos que tampoco carecen de carácter sexual. Es muy interesante el hecho de que si bien las muchachas viven en completa libertad de movimiento, su vida no es desordenada ni incurrir en excesos, pues el hombre con quien tienen relaciones sexuales es verdaderamente su amante. Sin embargo, no quedan embarazadas, a pesar de que no recurren a medios anticoncepcionales. He aquí un problema digno de ser estudiado por los ginecólogos. Una vez casadas —el casamiento es asunto muy serio— quedan embarazadas y tienen gran número de hijos.

Según las comprobaciones de Malinowski, y esto se desprende claramente de lo que acabamos de decir, esta sociedad matriarcal desconoce el Complejo de Edipo. Claro que existen fuerzas de represión, originadas por la subordinación bajo la ley de la tribu matriarcal y por la imposición de la exogamia. La prohibición del incesto es más severa respecto a la hermana.

No existen roces entre padre e hijo; éste guarda una actitud ambivalente frente al tío, que de hecho desempeña el papel de padre. Si el Complejo de Edipo es expresión del deseo reprimido de matar al padre y poseer a la madre, el complejo nuclear de la sociedad matriarcal, según afirma Malinowski, es *"el deseo de poseer a la hermana y matar al hermano de la madre"*.

Nos hemos ocupado más detenidamente de este tema, para hacer ver, a través de las conclusiones de Malinowski, que el complejo nuclear cambia conforme a la estructura de la familia, con lo cual queremos decir que el Complejo de Edipo es la modalidad psíquica adecuada de la actual sociedad patriarcal. Con todo, Malinowski admite que "las teorías de Freud no sólo corresponden en grandes rasgos a la psicología humana, sino que se ajustan íntimamente a los cambios que las modificaciones de la estructura de la sociedad determinan en el ser humano". Es verdad, empero, que la segunda parte de esta frase equivale a una refutación rotunda del Complejo de Edipo como *"fons et origo"*, y no como fenómeno secundario.

Pasemos ahora a estudiar la evolución de la horda primitiva, la forma según la cual se han desarrollado, según Freud, la sociedad humana y las religiones.

Hemos visto cómo el parricidio dió lugar al totemismo, y el totemismo a la religión totémica; cómo el animal totémico fué asumiendo rasgos humanos; cómo en el matriarcado surgió la madre-Dios y el paso a la sociedad patriarcal determinó el desarrollo de padres-Dioses, hasta que nació, finalmente, el monoteísmo. Freud quiso trazar un cuadro universal, y en este empeño fracasó su teoría. Si consideramos sus conclusiones como circunscriptas únicamente a la sociedad patriarcal, podemos aceptarlas sin reservas. Freud dice: "No importa que se quiera o no asignar a una hipótesis un valor histórico; lo cierto es que la evolución de la religión se ha basado en el complejo del padre, en la ambivalencia (o sea la coincidencia de amor

y odio hacia el padre) que caracteriza este complejo". Si bien no consideramos indiferente si ha de asignarse o no a una hipótesis un valor histórico, según dice Freud, repetimos que aceptamos plenamente la tesis freudiana, pero sólo como una superestructura de la sociedad patriarcal.

Este criterio respecto al padre-Dios refleja también el punto de vista freudiano acerca de las religiones en general. Freud dice sobre el particular:

"La doctrina dice que el universo fué creado por un ser semejante al hombre, pero más grandioso en todos los aspectos: poder, sabiduría, intensidad de pasiones; en realidad por un superhombre idealizado... Es interesante hacer notar que este creador del universo es siempre un solo Dios... Es interesante también el hecho de que el creador sea siempre de sexo masculino... En varias mitologías vemos que la creación del mundo empieza precisamente con el triunfo de un Dios sobre una Diosa... Nuestra investigación ulterior se ve facilitada por el hecho de que el Dios-creador es llamado francamente Padre... El psicoanalista deduce de ello que él es realmente el Padre, revestido de toda la magnificencia con que en un tiempo se le apareciera el hijo. *El relato religioso del hombre acerca de la creación del universo es idéntico al de su propia creación*". ("Nuevos Ensayos").

La figura del Padre-Dios halló su expresión suprema en el Dios monoteísta, acerca del cual Freud trata de demostrar en "Moisés y la religión monoteísta", que no fué un Dios judío, sino un Dios egipcio, igual que Moisés no fué judío, sino egipcio. El primer Dios monoteísta fué, según Freud, el Atón egipcio —recuérdese el Adonai del antiguo Testamento— cuyo culto fué declarado religión del Estado, en 1375 antes de Jesucristo, por el faraón Amenhotep. La de Atón era una religión rigurosamente monoteísta, que descartaba toda mística, como también toda noción de un más allá. Después de la desaparición de la pacífica religión instituída por Amenhotep, Moisés, un

señor egipcio y partidario fanático de la religión del Dios Atón, tuvo que emigrar junto con su séquito aristocrático. Logró vencer a un pueblo sojuzgado de la verdad de la religión del Dios Atón y conducirlo fuera de Egipto. Era el pueblo judío. Para inculcar a los judíos un sentimiento de orgullo y superioridad, implantó entre ellos la circuncisión, un privilegio que había quedado reservado a los reyes, pontífices y nobles egipcios. Sin embargo, los judíos se apartaron luego de la religión del Dios Atón y dieron muerte a Moisés, su pontífice y representante sobre la tierra. En el asesinato perpetrado en la persona de Moisés se repite el parricidio primitivo. Los judíos adoptaron el culto del violento dios pagano Jahwe (Jehová). Este período corresponde a los primeros años en la vida del niño. Una vez adoptado el culto de Jahwe, siguió un período de latencia, de unos doscientos años de duración, durante el cual cayó en desuso la práctica de la circuncisión. La pubertad del pueblo judío significó, luego, que volvió a activarse el recuerdo reprimido del parricidio, o sea del asesinato de Moisés; nació así la nueva religión judía, como una fórmula de transacción entre los dos dioses: Atón y Jehová. La circuncisión, cuya práctica habían conservado únicamente los nobles egipcios que integraban el séquito de Moisés (la Biblia los llama levitas), fué aceptada entonces por todo el pueblo.

Freud dice: "Ningún otro capítulo de la historia de las religiones se nos ha revelado tan plenamente como la institución del monoteísmo en el seno del pueblo judío y su continuación en el Cristianismo".

En la religión judía, el recuerdo del parricidio primitivo, repetido en el asesinato de Moisés, fué conservado en forma muy neta por la circuncisión. Tanto los psicoanalistas como los investigadores etnográficos sostienen que los sangrientos ritos que entre los primitivos acompañan la pubertad y que, en una forma más refinada, se repiten en la circuncisión, constituyen

un acto simbólico. El padre primitivo daba muerte a su primogénito, al que temía como rival, o bien lo castraba. Este asesinato, o esta castración, se expresa en forma simbólica por la circuncisión, que al mismo tiempo significa la reconciliación entre padre e hijo, una transacción que es el fundamento de la actual sociedad patriarcal.

Theodor Reik dice al respecto: "La circuncisión es un equivalente de la castración, a que llega en su inconsciente el hombre que se ha tornado padre... En él perdura el recuerdo inconsciente de los impulsos hostiles y tendientes al incesto de su infancia, que se han concentrado sobre sus padres. Teme la realización de tales deseos; que él mismo pueda llegar a ser víctima de los impulsos de su propio hijo".

Con el nacimiento de la religión monoteísta judía, el padre primitivo fué restablecido en sus derechos históricos. Pero según lo dice Freud: "También otros elementos de la tragedia prehistórica pugnaban por su rehabilitación". "Parece que un sentimiento creciente de culpabilidad se había apoderado del pueblo judío y, acaso, de todo el mundo civilizado en aquellos tiempos, como presagio del retorno del contenido reprimido". Este contenido reprimido del trauma del parricidio primitivo halló su expresión en el *Cristianismo*. San Pablo fué quien remontó el sentimiento de culpabilidad a su fuente primitiva a través del "pecado original". "Con el pecado original —dice Freud— se introdujo la muerte en el mundo. Fué en realidad el execrable crimen de la horda cometido en la persona del padre primitivo, más tarde divinizado". Recordando en lo inconsciente el pecado original, el asesinato del padre primitivo divinizado, el hombre organizó la fantasía de la expiación, que en el Evangelio recibiría su mensaje de redención... "Un Hijo de Dios se había dejado matar, cargándose así con la culpa de todos. Un Hijo debía ser, ya que había de expiar un parricidio".

Entonces comprendemos también el contenido psicológico de la *Eucaristía*. Citamos textualmente las palabras de Freud:

"En el mito cristiano, el pecado original de los hombres es indudablemente un pecado contra Dios-padre. Ahora bien, si Cristo redime a los hombres del pecado original sacrificando su propia vida, habremos de deducir que tal pecado era un asesinato. Conforme a la Ley de Talión —ojo por ojo, diente por diente, profundamente arraigada en el alma humana— el asesinato no puede ser redimido sino con el sacrificio de otra vida. Y si este sacrificio de la propia vida procura la reconciliación con Dios-padre, el crimen que se trata de expiar no puede ser sino el asesinato del padre... Así, pues, en la doctrina cristiana, la humanidad confiesa más claramente que en ninguna otra la culpabilidad emanada del pecado original, puesto que sólo en el sacrificio de un hijo ha hallado expiación suficiente".

Y: "... Más de un autor ha afirmado que el rito de la comunión cristiana, que para el creyente es la forma simbólica de incorporarse la sangre y carne de Dios, repite, en sentido y contenido, el antiguo banquete del Totem..."

Frazer dice que "la comunión cristiana, que no es en el fondo sino una nueva supresión del padre, una repetición del acto que exige expiación, ha absorbido y se ha asimilado un sacramento mucho más antiguo que el Cristianismo".

Freud nos da también una idea clara de las diferencias psicológicas que median entre el Judaísmo y el Cristianismo. Dice sobre el particular:

"Es una conjetura sugestiva que el arrepentimiento por el asesinato de Moisés haya sido un estímulo para la fantasía-deseo del Mesías que al volver traería a su pueblo la salvación y el dominio del mundo. Si Moisés era este primer Mesías, Cristo fué su sustituto y sucesor... En la resurrección de Cristo existe, pues, una parte de verdad histórica, ya que representa la reaparición de Moisés, y, remontándose a épocas anteriores, el Padre primitivo de la horda, si bien se transfigura y ocupa como hijo el lugar del padre"... "La ambivalencia que domina la relación padre-hijo, se revela claramente en el resultado final de la inno-

vacación religiosa. Al parecer, la reconciliación con el Dios-padre parte de esta remoción y destronamiento. La religión judía era una religión del padre, la cristiana es una religión del hijo... El antiguo Dios-padre era relevado por el hijo; Cristo, el hijo, ocupaba su lugar, es decir, hacía lo mismo que todos los hijos en las épocas primitivas. El Cristianismo marca un progreso en la historia de la religión, es decir, con respecto al restablecimiento o retorno de la idea desplazada o reprimida. Desde entonces, la religión judía era en cierto modo un fósil".

Fácilmente se comprende que semejantes descubrimientos y teorías hayan hallado profunda resonancia. Las investigaciones de Freud han llevado a conclusiones que han reducido la religión a la categoría de una neurosis humana y demuestran su grandioso poder en la misma forma que la obsesión neurótica en nuestros distintos pacientes.

Freud quiere probar con ello que los procesos psíquicos del individuo han actuado, en proporciones grandiosas, en la evolución de la humanidad. Freud no sólo afirma que los procesos que se desarrollan en el individuo se manifiestan en la historia de la humanidad con arreglo a las mismas leyes psicológicas, sino sostiene también que la historia de la humanidad, más exactamente: sus elementos psíquicos, dejan huella en todo ser humano. Dice al respecto: "La herencia arcaica del hombre encierra no sólo predisposiciones, sino también huellas de recuerdos de sucesos vividos por nuestros primeros antepasados".

Para corroborar su punto de vista, frente al criterio biológico, hace suya la ficción de que nos transmitimos las huellas de recuerdos de impresiones externas y dice: "Si admitimos la persistencia en la herencia arcaica de huellas de recuerdos de impresiones externas, tendemos un puente entre la psicología individual y la psicología de las masas y podemos tratar a los pueblos como si fuesen individuos neuróticos".

El psicoanálisis admite un sentimiento de *culpabilidad hereditario*, y trata de descubrir su origen en el recuerdo arcaico

del pecado original: el parricidio primitivo. Freud opina sobre el particular: "No tengo ningún inconveniente en afirmar que los hombres siempre han tenido conocimiento de que poseyeron un padre primitivo y que le dieron muerte".

En verdad, día tras día matamos en nuestra alma al padre primitivo y toda rebelión del alma humana es una tentativa dirigida contra una sociedad que representa al padre.

El cuadro sería incompleto si al terminar no mencionáramos cómo valora Freud el papel de la religión en la historia de la humanidad. Lo que hemos expuesto hasta ahora era una investigación puramente científica acerca del origen de las religiones. No es que Dios haya creado al hombre, sino el hombre se crea su Dios. La religión es obra humana, expresión de nostalgia, pero también expresión de arrepentimiento, una herencia que ha gravitado sobre toda la evolución milenaria de la humanidad.

En base a sus investigaciones y conclusiones psicológicas, Freud levanta el edificio de su concepción del mundo y escribe:

"Si intentamos incorporar la religión a la marcha evolutiva de la humanidad, no se nos muestra como una adquisición perdurable, sino como una contrapartida de la neurosis que el individuo civilizado atraviesa en su camino de la infancia a la madurez".

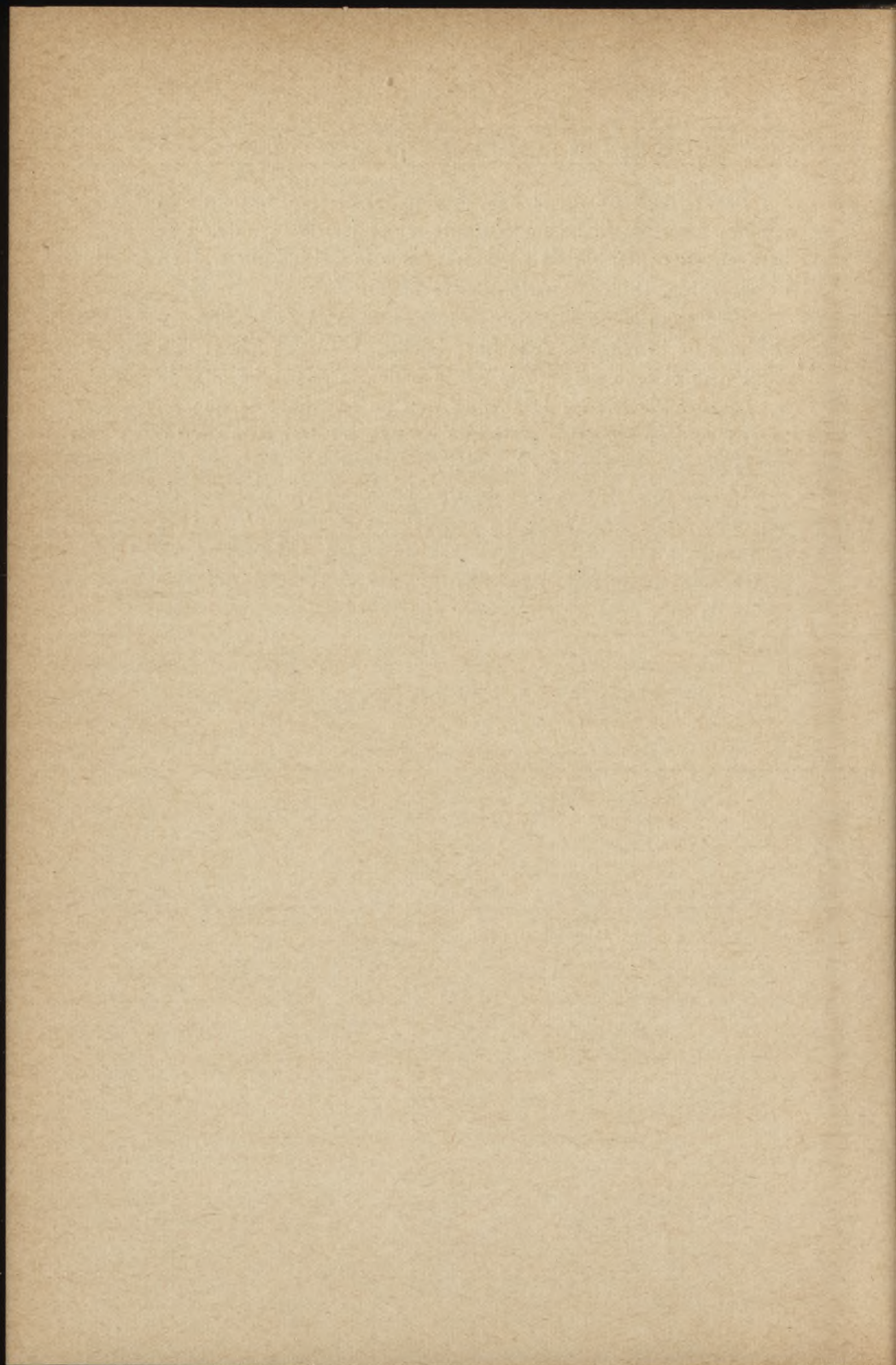
El juicio sintético de la ciencia sobre la concepción religiosa del universo es, pues, el siguiente:

Mientras las distintas religiones se disputan la única verdad, nosotros opinamos que precisamente el contenido de verdad de una religión es lo que menos importa. La religión es una tentativa de dominar el mundo sensorial en que nos hallamos ubicados, por medio del mundo optativo, que hemos desarrollado en nosotros a consecuencia de necesidades biológicas y psicológicas. Pero no tiene éxito en su tentativa. Sus doctrinas llevan impreso el sello de los tiempos en que surgió, el sello de la infancia ignorante de la humanidad. Sus consuelos no merecen confianza. La experiencia nos enseña que el mundo no es un "jardín de infantes".

Pero Freud no niega, por otra parte, el significado de la religión. Escribe: "Ello no obstante, el poder de la religión se basa en su contenido de verdad; pero esta verdad no está en su contenido, sino *en su significado histórico*".

Este significado histórico pertenece ya a la valoración sociológica de la religión. A la frase famosa de Carlos Marx: "La religión es el opio del pueblo", sólo podemos responder citando la respuesta de Freud: "Sabemos que no hay hombre que no necesite algún narcótico —aunque no sea precisamente un tóxico— para poder soportar la vida".

La sociedad futura será la que haga superfluo el uso de narcóticos; que nos ponga en condiciones de soportar la vida sin recurrir a soluciones neuróticas. Esta sociedad del futuro, no es tan sólo un problema político; es, por el contrario, el problema de una nueva orientación educativa basada en el psicoanálisis.



EL PSICOANALISIS DEL ANTISEMITISMO

"Si quieres que el hombre quede transformado en perro, basta que le grites durante mucho tiempo: ¡perro!, ¡perro!"

Teodoro Lessing.

Ningún descubrimiento científico como el psicoanálisis ha sido combatido tanto a causa del origen judío de su autor. Se ha dicho que el psicoanálisis es una "Jewish science", una ciencia judía, y se ha afirmado que los descubrimientos de Freud acerca del alma humana sólo tienen aplicación para el alma judía. Hemos oído en una conferencia del distinguido escritor español Ramón Pérez de Ayala las profundas palabras: "El psicoanálisis es una de las tantas fantasías escatológicas tan propias de la mentalidad hebrea, que hacen mucho ruido y que sin duda pasarán luego sin dejar rastros". Nada podemos objetar a la primera parte de esta afirmación: es completamente exacta. Sí, esa mentalidad hebrea "ha hecho ya mucho ruido". Hay que mencionar a este respecto el monoteísmo, el cristianismo y —"last not least"— el socialismo marxista. Y en cuanto al porvenir del psicoanálisis, bástenos leer las bellas palabras de Thomas Mann, que ya hemos citado en el prefacio de este libro: "El psicoanálisis acaso constituya la piedra más importante para la construcción de un porvenir mejor y el advenimiento de una humanidad libertada de la servidumbre y de la ignorancia".

¡Sí, de la *servidumbre* y de la *ignorancia*!

No queremos ocuparnos de esta polémica. El psicoanálisis

ha llegado a ser uno de los descubrimientos científicos más trascendentales de nuestro siglo y hoy por hoy se ha impuesto plenamente en el terreno científico. Queremos limitarnos a estudiar la actitud que el propio Freud ha adoptado frente al problema del antisemitismo, y, profundizando en esta cuestión, dilucidar la influencia que su origen judío pueda haber tenido sobre su labor científica.

Hemos mencionado que Freud escribe en su autobiografía que el primer libro que llegó a sus manos, cuando se iniciaba en el arte de leer, fué la *Biblia*, y agrega que "este hecho ha sido de una importancia *decisiva* en la orientación de mis inquietudes". Y Freud, ya octogenario, vuelve a la *Biblia*. Su atención se concentra sobre la figura de Moisés, del que trata su última obra. Particularmente sobre su primer encuentro con el antisemitismo hace Freud una observación muy interesante:

"La Universidad, donde me matriculé, en 1873, me proporcionó por de pronto algunas desilusiones. Sobre todo me hirió la pretensión de que a causa de mi origen judío debiera sentirme como un hombre inferior y extraño. Me negué categóricamente a considerarme inferior. Nunca alcancé a comprender por qué había de avergonzarme de mi origen, o como se empeñaba a decir: de mi raza. La renuncia a la vinculación nacional que se me negaba no me costó gran trabajo; opinaba que aún así se ofrecería a un diligente colaborador un sitio modesto en el seno de la humanidad. Pero estas primeras impresiones de la Universidad tenían una consecuencia que más tarde cobraría importancia: me familiaricé a una edad temprana con la suerte de formar en la oposición y sufrir el anatema de la "compacta mayoría". Preparóse así cierta independencia del criterio".

Con todo, el judaísmo brindó a Freud una vasta oportunidad de ocuparse de la cuestión del antisemitismo, claro está que como problema psicológico. Sobre los resultados de sus investigaciones y especulaciones científicas Freud *resume* en su último libro lo siguiente:

"El fenómeno de la intensidad y duración del odio a los judíos debe tener más de un fundamento.

Es posible descubrir una larga serie de motivos; algunos son tan reales que no necesitan interpretación alguna, pero otros proceden de fuentes profundas y secretas, pudiendo considerarse como causas específicas. Entre los primeros, el más falaz es el reproche de su *extranjería*, pues en muchos lugares actualmente dominados por el antisemitismo, los judíos constituyen la parte más antigua de la población e incluso llegaron a ellos mucho antes que el resto de los habitantes.

Tal ocurre por ejemplo en la ciudad de *Colonia*, a donde los judíos llegaron con los romanos, antes de que fuese ocupada por los germanos.

Otros fundamentos del odio a los judíos son más vigorosos. Recordaremos algunos: como los judíos viven, generalmente, formando minorías entre otros pueblos, el sentido de solidaridad de las masas se completa con la animosidad contra una minoría extraña, cuya debilidad numérica incita a suprimirla. Absolutamente imperdonables son también otras dos cualidades de los judíos. Primero, que en algunos respectos son diferentes del "pueblo anfitrión". No tan profundamente diferentes como sus enemigos afirman, pues no son razas extrañas asiáticas, sino derivados de los restos del pueblo mediterráneo y herederos de la cultura mediterránea. Pero, sin embargo, existen algunas diferencias, muchas de tipo indefinido, especialmente con los pueblos nórdicos, pero la intolerancia de las masas se manifiesta más vigorosamente contra las pequeñas diferencias que contra las fundamentales. Todavía con mayor intensidad actúa el segundo factor; el de que a pesar de todas las crueles vejaciones y opresiones que los judíos han sufrido, no se haya conseguido exterminarlos. Por el contrario, tienen tal capacidad de vivir que donde son admitidos contribuyen poderosamente al progreso de todas las manifestaciones culturales.

Los motivos más profundos del odio a los judíos tienen sus raíces en épocas más remotas. Surgen desde el fondo inconsciente de los pueblos y no se dude que, al principio, parezcan increíbles. Me atrevo a afirmar que la envidia que despiertan los judíos débese al hecho de que consideran a los primogénitos como los niños preferidos del Dios padre, cosa que todavía no ha llegado a ser soportada por los pueblos: algo así como si

siguieran dando crédito a esta suposición. Además, la costumbre adoptada por los judíos para distinguirse, la *circuncisión*, produce una impresión extraña y desagradable, y esto puede explicarse porque evoca la temida *castración*, removiéndola recuerdos de tiempos primitivos, justamente olvidados. Y finalmente, el motivo más profundo entre los de este grupo es que todos estos pueblos que hoy se caracterizan por su odio a los judíos se han convertido al cristianismo en épocas tardías de la historia y muchas veces por una imposición sangrienta. Puede decirse que se trata de pueblos "mal bautizados", en los que bajo una delgada cáscara de cristianización palpita el bárbaro politeísmo de sus abuelos. No han podido vencer el rencor contra la nueva religión que se les ha impuesto, pero lo han desplazado hacia la religión de la que deriva el cristianismo. El hecho de que los Evangelios narren una historia de Judea y sólo se refieran a judíos ha facilitado dicho desplazamiento. *El odio a los judíos es, en el fondo, odio al cristianismo* y no hay por qué sorprenderse de que en la revolución nacional-socialista alemana se exprese claramente esta íntima relación de las dos religiones monoteístas, por el hostil tratamiento que ambas reciben".

Eso dice Freud en su último libro.

Según afirma Freud —en otro libro—, los judíos están aún hoy día constantemente rodeados por una aureola especial, la de la "Unheimlichkeit", voz que podríamos traducir por "temible por extraño", sentimiento que jamás se podría extirpar del fondo de las almas. Este sentimiento de lo extraño, a la vez que temible e inexplicable, rodeaba antaño la figura anticristiana de Ahasvero, el "judío errante", como es siempre este mismo sentimiento el que se expresa en las fantasías relativas a "las organizaciones secretas mundiales de Israel".

Sería necesario ahondar en la investigación psicoanalítica para comprender las raíces profundas del odio contra los judíos, que es motivado por la acusación de que los judíos son los responsables de la muerte de Jesucristo. Trátase aquí de una variante nueva de una lucha eterna que caracteriza toda la historia de las religiones. También las religiones paganas,

precursoras del judaísmo, están llenas de historias de tales rebeliones y asesinatos en las que el Dios Hijo vence al Dios Padre y ocupa su trono celestial.

Es un pensamiento hondísimo el ver en el antisemitismo, aunque desde luego no en sus manifestaciones triviales de cada día, sino en cuanto manifestación misteriosa y temible, una forma de la sempiterna rebelión de lo más íntimo del ser humano contra Dios, emitiendo la hipótesis de que *el cristianismo jamás podría perdonarle al judaísmo el haber hecho humano a Cristo, y haber mandado matar, en representación del Padre furibundo, a su Hijo sublevado contra él.*

Queremos repetir primero otra comprobación de Freud, para facilitar la comprensión de toda la cuestión.

Aún hoy día, todo varón judío lleva en su cuerpo la marca y el símbolo de la rebelión contra Dios-Padre, marca y símbolo al mismo tiempo de la paz restablecida con él: la *circuncisión*. La circuncisión no es otra cosa sino, en último análisis, un sacrificio simbólico, cuya víctima es el propio hijo. En la Biblia poseemos un recuerdo simbólico del mismo: *Abrahán* está a punto de inmolar a su hijo *Isaac*, para que en el último momento Dios renuncie a este sacrificio y se contente con el símbolo de su alianza, con la circuncisión. Con este sacrificio simbólico el Padre queda satisfecho y apaciguado: con esta condición dejará vivir a la generación de los hijos de Israel, e incluso les toma bajo su amparo y protección.

Es sabido cómo reaccionan tanto los pueblos, como los individuos ante ciertas costumbres primitivas, como la de la circuncisión. Las que no se practican considénranse como extrañas, mientras que causan orgullo aquellas otras que, como la circuncisión, llegan a ser incorporadas. Al practicarlas, los individuos y los pueblos se consideran honrados, ennoblecidos, considerando impuros a quienes no las aceptan.

Se puede suponer que esta circuncisión de los varones ju-

díos significa a los ojos de los demás pueblos algún signo místico. Miraron al judío con un odio mezclado de temor, por llevar aquél el signo amedrentador de su alianza con el Dios extraño. He aquí los orígenes psicológicos del antisemitismo y la primera aparición de la aureola de lo "inexplicablemente misterioso y temible" alrededor del judaísmo.

Huelga decir que todos estos resultados nuevos son demasiado modernos y sorprendentes para no provocar el escepticismo de muchos. Por otro lado, nuestra experiencia nos demuestra que la circuncisión israelita ha llegado a ser el foco de toda una larga serie de leyendas y fantasías. Es muy significativo cuán poderosamente interesa y preocupa la circuncisión a la imaginación de los niños y de las capas primitivas de la población: este hecho nos brinda una nueva y muy curiosa contribución a la interpretación más honda del antisemitismo. Dichas fantasías y otras representaciones imaginativas concuerdan, casi sin excepción, en un punto: en la suposición de que el rito de la circuncisión significa, en realidad, la castración, o sea la amputación total o parcial del pene.

Freud afirma que el miedo a la castración pertenece a los recuerdos más primigenios de la humanidad, y se ha pegado tan fuertemente al alma humana, que las rebeliones secretas de los niños contra la autoridad paterna se realizan siempre bajo el signo terrorífico del miedo ante la castración. Este miedo —que permanece generalmente subyacente— llega a ser muy a menudo el punto de partida de graves neurosis infantiles. Los psicoanalistas han denominado a este miedo, que consideran como existente en el alma de cada niño de ambos sexos, "complejo de castración". Desde nuestro punto de vista, interesa saber que la psicología moderna cree haber encontrado la más honda raigambre anímica del antisemitismo en este temor a la castración.

"El complejo de la castración constituye la raíz más profunda y más inconsciente del antisemitismo. Ya en su tierna infancia, el niño oye hablar de que —según él cree comprender— un trozo del pene del judío ha sido cortado, y este mero hecho le hará parecer muy justificado que desprecie y odie al judío".

Así, pues, el antisemita verá en el judío, impulsado por su miedo ancestral y filogenético, por un lado, al varón castrado, pero al mismo tiempo, por otro lado, le considera al judío como alguien que ha podido superar ya su miedo inconsciente a la castración gracias al rito temible y misterioso de la circuncisión, operación que también él debe temer.

Hemos visto ya que la acusación de haber sido deicidas y matado a Jesucristo, se enlaza íntimamente con los efectos de inexplicable angustia que provoca el rito de la circuncisión, y la forma patológicamente aumentada de la misma: la acusación de que los judíos cometen "asesinatos rituales". La acusación del asesinato ritual fué durante siglos el pretexto para los pogroms más sangrientos. Esta acusación pesaba aún en nuestro siglo sobre los judíos en la Rusia zarista, en Beilis, y es muy significativo que haya resucitado ahora también en la Alemania nazi. Según Freud, estamos aquí en presencia del recuerdo latente de aquel mismo sacrificio humano que los pueblos paganos presentaran a sus dioses para apaciguar su ira. En un principio, se mataba simbólicamente en los sacrificios humanos más antiguos, a Dios Padre, o a su substituto: el Dios Hijo. Más tarde, la inmolación de un animal "totem" era suficiente, como símbolo del Dios. Sin embargo, además de ser la inmolación simbólica de Dios, el sacrificio expresaba al mismo tiempo dos otras tendencias: la penitencia y la reparación. Al ser comido el animal sacrificado durante ese "banquete del totem" que seguía a la ceremonia, se comía simbólicamente a Dios: el comérselo era la forma primitiva de la identificación con él.

El recuerdo de este sacrificio humano ancestral, acompaña a la humanidad a través de toda su historia y, simbólicamente, la misma religión cristiana lo ha conservado a su vez en la Eucaristía: la hostia simboliza el cuerpo de Cristo, y el vino, su sangre.

Freud escribe al respecto:

"Ya hemos dicho que en la ceremonia cristiana de la sagrada comunión se supone que quien la recibe se incorpora a la sangre y a la carne del Salvador, y, por tanto, repite, en su idea, el antiguo banquete del Totem, si bien sólo en su expresión delicada de adoración y no en su sentido agresivo. La ambivalencia que domina la relación padre-hijo se muestra, sin embargo, claramente en el resultado final de la innovación religiosa. Al parecer, la reconciliación con el Dios padre parte de esta remoción y destronamiento. La religión judía era una religión del Padre, la cristiana es una religión del hijo. El antiguo Dios padre era pospuesto por el hijo; Cristo, el hijo, ocupaba su lugar, es decir, lo mismo que habrían hecho todos los hijos en las épocas primitivas. Pablo, el continuador de la religión judía, fué también su destructor. El resultado conseguido débese, en primer término, al hecho de que con la idea de la salvación lanzó sobre la humanidad el peso de la conciencia de la culpa y también a que, al renunciar al orgullo de pueblo elegido y a su signo visible, la circuncisión, la nueva religión pudo ser universal y comprender a todos los hombres".

Vemos, pues, cuán ancestrales son los motivos que hacen su reaparición en las acusaciones de "asesinato ritual". En el fondo de las mismas reconocemos claramente, una vez más, aquel odio sempiterno, el cual no está ligado ni al momento ni al lugar, y que expresa todas las angustias y todos los miedos ancestrales y primigenios que llenan el alma, sobre todo de los hombres sencillos y primitivos. En la historia del judaísmo dispersado por el mundo desde hace dos mil años, la acusación que nos ocupa surge aquí o allá. La propia Iglesia la combatía en balde, y en vano dictaban sus bulas los papas: siem-

pre ha habido gente en el fondo de cuya alma sobrevivía la creencia de la verdad de estas calumnias, cual una tradición congénita.

Para comprender bien este problema, debemos citar la frase luminosa de Freud, según la cual *toda hostilidad de carácter religiosa lleva automáticamente en sí la rebelión contra nuestro propio Dios*. La sublevación, la rebelión y, paralelamente con ellas, la muerte y el renacimiento, pertenecen a la más íntima esencia de la religión. El psicoanalista Reik llega incluso a la conclusión de que *en el fondo de toda beatería se oculta en realidad esta sublevación eterna*. En el curso de la historia mundial ocurre siempre y en todas partes lo mismo: *matar en masa a los fieles de otra confesión, perseguir a los herejes y heterodoxos, son pretextos empleados siempre para encauzar los propios sentimientos de culpabilidad y pecado para apaciguar de esta manera la cólera de Dios*.

Por consiguiente, la finalidad de las acusaciones elevadas contra los judíos, pretextando asesinatos rituales, estriba en realidad en el intento de que quien cree en dichos asesinatos proyecta sobre los judíos su propia rebelión contra Dios, para "descargar" al mismo tiempo esta religión. En efecto, en la creencia en los asesinatos "rituales", el alma humana primitiva proyecta hacia fuera su propia época ancestral, volviendo a vivirla. No olvidemos que siempre ha habido individuos que aprovechaban dichas acusaciones con vistas al logro de sus fines puramente personales. *En la mayoría de los casos, está al servicio de tendencias conscientes: determinados individuos desalmados aprovechan la facilidad con la cual se despierta el odio del vulgo mediante esta clase de acusaciones*. Desde luego, el acento está siempre en aquella disposición subyacente y preexistente, con el cual se puede desencadenar el furor popular con tan viles y estúpidas calumnias. Debemos buscar la razón, desde el punto de vista de nuestro tema, por qué el alma co-

lectiva del pueblo acepta sin crítica alguna tan fantásticas acusaciones. Hemos visto cuán convergentes son las raíces psicológicas del antisemitismo, hasta tal punto que la acusación del deicidio en la persona de Jesús, la circuncisión y los asesinatos rituales llegan a constituir una verdadera *unidad psicológica*.

Al final de su libro sobre Moisés, Freud plantea una cuestión cuya solución sería en verdad muy importante y de gran interés:

“Los pueblos primitivos —dice Freud— solían substituir o incluso castigar a sus dioses cuando no cumplían su obligación de proporcionarles victorias, dichas y placeres, y también en todos los tiempos los reyes han sido tratados lo mismo que los dioses: los pueblos modernos acostumbran expulsar a los reyes cuando el esplendor de su reinado se empaña por pérdidas territoriales y por fracasos económicos. ¿Por qué el pueblo de Israel continuó venerando a su Dios con tanto más fervor cuanto peor trato recibía de él?”

Acaso sea esta cuestión aquella cuya solución nos permitiría desentrañar el enigma del problema judío.

Pero Freud no nos dió esta solución. Al abordar este problema, no queremos callar, naturalmente, que el fenómeno del antisemitismo no es explicable mediante la interpretación del psicoanálisis, exclusivamente. Es necesario llegar a una síntesis de los factores sociales y psicológicos de este fenómeno. Yo he tratado de realizar esta investigación en mi libro: “El antisemitismo; su historia, sociología y psicología”, aparecido también en castellano.

PSICOANALISIS Y EDUCACION

"Comprendemos solamente por el amor".

Dilthey.

Hemos visto que el psicoanálisis, como *método terapéutico*, se limita a círculos muy limitados y no puede satisfacer las necesidades de nuestra sociedad neurótica. Como subrayaba Freud mismo, el significado práctico del psicoanálisis ha de buscarse en otra dirección, esto es, en la *profilaxis* de las neurosis en la educación.

La última palabra del psicoanálisis es la educación.

Las conclusiones empíricas a que llega el psicoanálisis: el descubrimiento de que la formación del carácter, de la personalidad ya finaliza a los cinco o seis años de vida, y de que todo lo que sigue no es más que una repetición y utilización de los mecanismos psíquicos ya desarrollados, implica que también la labor *profiláctica*, educativa, debe llegar a su término en el quinto o sexto año de vida del niño. Lo que sigue no puede ser más que una obra de *reeducción*, o bien una labor terapéutica, en los casos que medie una neurosis.

Hemos llegado a conocer también otra importante comprobación empírica de Freud: el hombre nace como ser *asocial*. También confirma el psicoanálisis que nuestra incorporación al marco de la sociedad sólo es posible al precio de que renunciemos a dar satisfacción a la mayor parte de nuestros instintos. La sociedad, representada por la familia y, ante todo, por la madre, exige la renuncia, encargándose, a cambio de ésta, de

la formación humana de la criatura, incapaz de vivir por sus propias fuerzas, rodeándola de cuidados.

Además, nos hemos enterado del significado profundo del complejo de Edipo y nos hemos enterado de la tesis de Freud, según la cual la renuncia a la satisfacción de los instintos ha determinado, por la sublimación de éstos, el nacimiento y la evolución de la cultura humana, o sea, para el hombre individual, toda su actividad humana en tanto que tiene carácter social.

Es siempre importante trabajar con conceptos bien definidos. Tratamos ahora la *educación*, la pedagogía psicoanalista, sin habernos puesto de acuerdo sobre el significado del término *educación*. ¿Qué es la educación? Según *Lessing*: humanismo; según *Pestalozzi*: el desarrollo armonioso de todas las facultades humanas, y, según las bellas palabras de *Kant*: "La adaptación al estado mejor de la humanidad futura". Un Congreso Internacional Pro Reforma de la Educación señaló como objetivo de la educación "despertar las fuerzas creadoras en el niño. Su aspiración es la formación de una hermandad humana".

Todas estas definiciones constituyen fórmulas muy bellas y animadas de nobles propósitos; pero no podemos contentarnos con ellas. Debemos partir en todo momento de la realidad dada, para dilucidar la cuestión en forma dialéctica. La cuestión dialéctica es la siguiente: ¿qué función social incumbe a la educación? La respuesta no es difícil: la conservación del estado de cosas actual. Toda sociedad considera la educación, pero también la *no educación*, como el medio primordial de mantenerse. Forzoso es también comprobar que la sociedad actual, desgarrada como está por contradicciones internas, dispone, sin embargo, de una institución que corresponde plenamente a sus objetivos: la *educación*. A través de las ficciones que se vinculan a la familia, a través de la religión, la escuela,

la educación representa una completa unidad que concentra todas sus energías, en forma sistemática, sobre el fin, que no es otro que conservar el imperio de la ideología actual y llevar al alma humana a acatar el orden establecido.

En base a todo lo que hasta ahora hemos conocido del psicoanálisis, resulta claramente que la educación psicoanalítica, en su sentido verdadero, no puede corresponder a estas necesidades de la sociedad establecida. Es acaso en este punto que el psicoanálisis ha encontrado la resistencia más enconada, y aquí se revela también el punto débil, no del psicoanálisis, pero sí de un grupo numeroso de los que lo representan.

La psicoanalista Alice Balint, cuyo libro apareció también en castellano, dice sobre la educación psicoanalítica: "No perseguimos fines *educativos* al recurrir al psicoanálisis para el cumplimiento de necesidades pedagógicas; no queremos *cam-biar* nada en la sociedad, sino ayudar al niño en su tarea de incorporarse al marco de la sociedad".

Esta frase refleja el punto de vista reaccionario del principio freudiano de la realidad, según el que éste significa solamente *adaptación* a la realidad dada, a diferencia de nuestro criterio, según el cual el *conocimiento* de la realidad no significa adaptación, sino movilización de las fuerzas con miras a cambiar —si es necesario— esta realidad dada. En una palabra: nosotros consideramos el psicoanálisis también como uno de los medios susceptibles de cambiar la sociedad, para un porvenir mejor de la humanidad, como una fuerza de la evolución.

Este contraste de los dos puntos de vista concuerda en un todo con las contradicciones internas que comprobamos por doquier. Repetimos, pues, que la educación es una función social de la sociedad establecida; el fin de esta función es la conservación del estado de cosas existente. El psicoanálisis no puede desempeñar esta función y toda tentativa de destinarlo para tal fin acaso sea muy útil en el seno de la familia donde

se disponga de un cuarto para los niños, pero no tiene ninguna significación para las masas.

Después de haber definido claramente nuestro punto de vista, podemos ya mantenernos sin nuevas digresiones sobre la base del psicoanálisis.

La teoría psicoanalítica dice que el hombre nace como ser asocial y que su incorporación al orden social existente se paga con la renuncia a satisfacer una gran parte de estos instintos asociales. Para evitar todo malentendido, digamos que el concepto de *asocial* es de significado *sociológico*; el de los "instintos", en cambio, de carácter *biopsicológico*. La educación es, pues, una *síntesis de los elementos sociológicos y biopsicológicos*.

Sólo renunciando a una parte de sus instintos, el niño puede, pues, incorporarse al marco de la sociedad. Sólo con esta renuncia el niño se transforma en un ser apto para la vida civilizada, para vivir en el seno de la sociedad. Sabemos también que precisamente esta represión de los instintos es la fuente de toda neurosis. Queda, pues, manifiesta la contradicción de la educación. Por una parte, la educación, con el propósito de transformar al niño en ser social, es decir, de ayudarlo u obligarlo a incorporarse al marco de la sociedad, lo fuerza a reprimir sus instintos asociales, a renunciar a satisfacer sus impulsos; por otra, sin embargo, tal renuncia transforma al niño en un hombre neurótico, lo cual quiere decir que el niño vuelve a ser asocial. En una modalidad aún más activa, la neurosis de los adultos es la criminalidad. Este antagonismo se revela a la luz de la siguiente observación de Freud:

"El niño debe aprender a gobernar sus instintos. Es imposible permitirle su satisfacción ilimitada. *Educar* significa, en consecuencia, *impedir, prohibir y suprimir*: una tarea que la educación ha cumplido ampliamente en todo momento. Pero hemos llegado, a través del psicoanálisis, a la comprobación

de que la represión de los instintos implica el peligro de las enfermedades neuróticas. De modo que la educación debe buscar su camino entre la Escila del *permitir* y la Caribdis del *prohibir*. De no ser tan insoluble este dilema, debería aspirar al menos al mejor procedimiento posible: servir cuanto más y perjudicar cuanto menos. Se trata, pues, del problema de cómo prohibir, en qué orden cronológico y con qué medios".

El psicoanálisis afirma también que el objeto de la represión lo constituyen en mayor parte precisamente los *instintos sexuales*. La teoría sexual de Freud nos enseña que el niño experimenta desde el instante del nacimiento una *evolución sexual*. A lo largo de esta evolución el niño sufre diversos traumas producidos por el choque con los distintos tabúes de la educación tradicional. Y ya sabemos que toda neurosis se remonta a un trauma sufrido en la evolución sexual.

También sabemos que durante esa evolución la educación se encarga de inculcar al niño el *sentimiento de culpabilidad*. La educación actual no es otra cosa que la inculcación sistematizada de este sentimiento de culpabilidad, con miras a llevar al niño, y más tarde al adulto, a acatar los intereses de la sociedad dada.

Antes de tratar la práctica de la obra educativa psicoanalítica, queremos resumir nuestro punto de vista, harto pesimista.

La sociedad actual basa su sistema educativo y, por ende, se apoya en los tabúes referente a los instintos. Si el psicoanálisis quiere ponerse al servicio de esta educación, tendrá que *sacrificar sus verdades empíricas*. Si quiere, por el contrario, llevar a la práctica sus leyes psicológicas, entrará en colisión con la sociedad basada en la represión sexual que, por lo tanto, no puede tolerar que las verdades del psicoanálisis pasen a ser patrimonio general. Al elegir el primer camino, el psicoanálisis firma su propia sentencia de muerte, como pro-

filaxis de las neurosis. En cambio, si sigue fiel a sus conclusiones empíricas y teóricas, se priva de todo alcance educativo.

Claro está que todo lo que acabamos de decir se refiere a la obra educativa en general. Sin embargo, es evidente que la educación es una labor puramente individual, de modo que nos preguntaremos cómo el niño puede ser educado desde el punto de vista psicoanalítico. Debemos fijarnos una meta muy modesta y contentarnos con cuidar de que la educación deje al niño lo menos malparado posible.

Educar es una labor que tiene dos aspectos: *prohibir* y *permitir*. Establecer una armonía entre lo prohibido y lo permitido es la gran tarea de los padres y los educadores, que para tal fin poseen una sola arma: el cariño, el amor graduado inteligentemente con criterio psicológico.

Los instintos anhelan satisfacción. La educación fija el destino de estos instintos. Se ofrecen cuatro posibilidades para manejar los instintos:

Primera: *se les da salida libre*.

Segunda: se reprime la gran parte de los instintos. La educación autoritaria se basa en una *relación de fuerza* adulto-niño, y ya que el adulto es más fuerte, impone sus prohibiciones y permisos. La educación basada en la *severidad* es, pues, un sistema en que la satisfacción de los instintos sólo se permite en la medida en que la exigen las necesidades físicas. Hemos visto que este sistema represivo origina la neurosis y produce caracteres asociales.

Tercera: los instintos no reprimidos hallan una salida por medio de sublimaciones. Sublimar significa dar satisfacción a los instintos en una forma transformada, tolerada por la sociedad. Sabido es que la civilización y cultura han surgido de instintos sublimados.

Cuarta: los instintos son *condenados*, es decir, la represión se reemplaza por la renuncia, cuyo contenido consciente

—subrayamos: *consciente*— es que el individuo mismo condena la satisfacción de los instintos.

Es claro que el campo de acción de la labor educativa, además de regular la salida libre de los instintos, consiste en ayudar a la *sublimación* y a la *condenación*. Ambas funciones se hallan determinadas por factores sociales. La sociedad —sabemos que ésta es representada en el hombre por el Super-yo— es la que determina el contenido de lo sublimado o lo condenado. La capacidad de sublimar es, por así decirlo, una tarea *cuantitativa* del alma. *Sólo es capaz de sublimar quien pueda dar salida libre a una gran parte de sus instintos*. Esto nos lleva, pues, a la afirmación de que sólo es verdaderamente útil para la sociedad, esto es, capaz de sublimar, quien no se vea obligado a renunciar *innecesariamente* a la satisfacción de sus instintos.

Para poder condenar en lugar de reprimir, se precisa un Yo fuerte y sano. Ya hemos citado la frase de Freud que dice que la tarea del psicoanálisis consiste en *robustecer el Yo*, en poner el Yo en el lugar del *Ello*, del representante de los instintos. Una orientación *clínica* en el seno de la escuela psicoanalítica afirma que el Yo infantil es demasiado débil para poder condenar, lo cual quiere decir que sólo las personas adultas pueden ser educadas. A este criterio se opone Wilhelm Reich quien afirma —y con él un gran sector del campo psicoanalítico, y su afirmación coincide también con nuestras propias experiencias— que también el Yo infantil es capaz de diferenciar y que se le puede enseñar, comprender y a menudo *condenar* conscientemente. Para este fin poseemos un solo principio educativo que se basa en la *economía* del sistema de la libido. Este principio reza que tanto *cuantitativa* como *cualitativamente*, el niño debe recibir por la renuncia a la satisfacción de sus instintos una *compensación* proporcional en el cariño que le brindan los padres o las personas que lo rodeen.

La *cualidad* de la compensación debe ser idéntica; esto significa, en el sentido de Freud, que todo cariño tiene un contenido sexual. Pero también cuantitativamente la compensación debe ser idéntica, es decir, la educación necesita del cariño en una medida adecuada; tanto un *exceso* como una *insuficiencia* del cariño, hacen imposible la labor educativa. *El rigor y los mimos* son las dos fuentes de error de toda educación.

Para poder ajustar su labor educativa tanto *cuantitativa* como *cualitativamente*, el adulto debe recurrir a un *patrón*, pero no debe emplear el patrón de los adultos, sino exclusivamente el del niño. En otras palabras, es preciso *comprender* al niño. El niño es un hombre de valor pleno, si bien distinto del hombre adulto. Piensa de una manera diferente; su mentalidad es la *arcaica* e ilógica del hombre primitivo. Aún no sabe establecer distinciones entre espacio y tiempo. Es un ser anímico. Para el niño, los objetos cobran *vida*; posee todavía la fuerza mágica de los pensamientos y las palabras: todo puede ser realidad en su fantasía. *No es que el niño deba comprender a los adultos, sino que los adultos deben comprender al niño*; de lo contrario, la educación es imposible.

Pero he aquí que no somos capaces de comprender al niño. No *servimos* para una verdadera labor educativa. Freud dice: "Los padres se han olvidado de las dificultades de su propia infancia y se identifican con sus propios padres que los han sojuzgado". Impulsados por la fuerza de esta identificación, educamos a nuestros hijos tal como nosotros hemos sido educados, olvidados por completo de los sufrimientos que nos ha deparado tal educación. Con frecuencia, los padres se vengán en sus hijos de su propia triste infancia. Cuántas veces los padres que pegan a su hijo se justifican diciendo que ellos también han sido pegados de niños y que no obstante ello se han convertido en hombres hechos y derechos.

En base a lo que hemos dicho hasta ahora, debemos di-

vidir la educación en dos etapas: la educación hasta el quinto o sexto año de vida y la *educación posterior*. Aquí se plantea el gran interrogante de si la familia es apta para esta tarea. Hay que preguntar también si la nerviosidad de los padres no obstaculiza la labor educativa a un punto tal que constituye un impedimento insalvable.

Asimismo, el psicoanálisis nos enseña que, a más del complejo de Edipo, existe también una relación inversa: los padres, particularmente la madre, asume una determinada actitud frente a su hijo. El cariño materno no es siempre un amor *sublimado*. Por el contrario, es a menudo enteramente *instintivo*, y todo instinto es *egocéntrico*. El instinto materno nos dice que la madre quiere retener a su hijo lo más largamente posible. El hijo de sexo masculino es para la madre no sólo un niño, sino también un hombre. Cuanto más sana es la vida instintiva de los padres, tanto mejor es su labor educativa. Por atrevida que pueda parecer la afirmación, es una verdad que una vida sexual satisfactoria tiene como resultado hijos bien educados.

Hemos hablado mucho del Complejo de Edipo y hemos visto que durante las tres fases de la evolución sexual este complejo se apodera de lo inconsciente del niño. El psicoanálisis afirma que una solución sana de esta relación de Edipo es la tarea más importante de la educación. El niño debe *desprenderse*, en el sentido psicoanalítico, de la madre y del padre, y hallar en la vida una compensación sana. "He aquí el momento más importante, y a la vez que más doloroso, de toda la pubertad: la emancipación de la autoridad de los padres" —dice Freud.

Trasladándonos ahora al campo puramente práctico, pasemos a estudiar los factores cotidianos que influyen y respectivamente perturban la solución del Complejo de Edipo, la evolución sana del niño.

Estos factores son:

En la educación del niño varón y de la niña se subraya su sexo. La nuestra es una sociedad de varones en la cual se asigna más valor al varón que a la mujer. Nuestra tarea, sin embargo, es la de educar al niño, y no al *varón* o a la *mujer*. El análisis de las personas adultas nos revela que la tendencia a subrayar el sexo del niño en la educación puede tener un efecto desastroso sobre el desarrollo del *carácter* y, más tarde, sobre la orientación sexual. Lo más importante es que el niño no sea *engañado* respecto a su sexo. Un varón que recibe una educación correspondiente a una niña y una niña que es educada como si fuese varón, pierden la medida de una valoración justa de su sexo.

Uno de los postulados primordiales en la educación del niño es que debe ser excluido del dormitorio de sus padres. Las experiencias demuestran que el niño llega ya en una edad muy temprana a observar la "escena primitiva", el acto sexual de sus padres. Las ideas acerca de la escena primitiva presenciada, quizá determinen con frecuencia en forma *brutal* el desarrollo del Complejo de Edipo, y se puede decir que no hay análisis en que no figure el trauma producido por esta observación. Cuanto antes se excluya al niño del dormitorio de los padres, tanto mejor. Su exclusión no puede ser bastante temprana. "*Supongamos —dice Heinrich Meng— que el niño está saturado por un saber ancestral, debido a la herencia milenaria, gracias a la observación consciente e inconsciente del mundo circundante*".

La objeción de que el niño duerme profundamente y no observa *nada*, quizá sirva para tranquilizar a los padres, pero no por eso es menos equivocada. *El niño está despierto y lo ve todo*. En la práctica clínica, en los casos en que se comprueba un cambio brusco en la conducta del niño, podemos siempre hacer la pregunta: ¿dónde duerme el niño? Esta es, natu-

ralmente, una cuestión social, pero nunca se repetirá bastante que el niño no ha de dormir en el dormitorio de los padres.

Sabemos que en el curso de su evolución sexual, el niño llega bien pronto a descubrir sus zonas erógenas. Hasta el lactante ya juega con sus órganos genitales, y el juego asume más tarde la forma de una verdadera masturbación. Sobre la cuestión de la masturbación se han realizado dos encuestas psicoanalíticas para dilucidar a fondo el problema. Esta parece ser la cuestión medular de la educación. Dos criterios extremos se oponen en esta cuestión. Según uno, la masturbación es un vicio y un pecado, y hay médicos estúpidos que apoyan este punto de vista afirmando que la masturbación infantil es causa de *tabes* y de otras enfermedades, así como de la idiotez y de enfermedades mentales. El otro criterio, representado por Stekel, Sadger y Frazer, sostiene que la masturbación es un *fenómeno natural de la evolución sexual* del niño y que su *no existencia* debería considerarse como un signo patógeno. No hay que tener en cuenta la respuesta de los adultos que no recuerdan haberse masturbado en su infancia. Sabemos que el recuerdo es reprimido. No hay más que dos clases de hombres: los que se han masturbado y los que niegan. La masturbación infantil se distingue de la masturbación posterior por el hecho de que no tiene otro fin que procurarse el placer por medio de la excitación. El contenido psicológico de la masturbación infantil, que es completamente *narcisista*, es que el niño trata de compensar por la masturbación un amor que no ha recibido. Comprobamos a menudo que niños que acaban de ser pegados se refugian en la masturbación.

Desde el punto de vista psicológico, la fase posterior de la masturbación es de una importancia mucho más grande, pues entonces la masturbación ya tiene un contenido, se halla vinculada a la fantasía. Este contenido suministrado por la fantasía *está siempre relacionado con el Complejo de Edipo*.

con el incesto. Es una importante tarea educativa velar porque el niño no salga malparado de este período de su evolución. Stekel, de acuerdo con el punto de vista psicoanalítico general, subraya que lo *perjudicial no es la masturbación, sino el sentimiento de culpabilidad* que queda ligado a la masturbación a causa de la actitud que toman los padres en el asunto.

Cabe plantear la interrogación: ¿Por qué anatematiza la sociedad con tanto rigor la masturbación, que, en el fondo, es un fenómeno enteramente *inofensivo* de la evolución infantil? ¿Por qué considera la educación conservadora y autoritaria la masturbación como un vicio y un pecado? Aun cuando acaso pueda discutirse sobre si la masturbación es o no perjudicial, es evidente que la masturbación infantil no se vuelve *contra* el orden social. Es claro que la actitud rigurosa de la sociedad, respectivamente, de sus representantes educadores, frente a la masturbación tiene una función sospechosa y muy distinta de lo que parece a simple vista. A través de la anatematización de la masturbación se inculca al niño un *sentimiento de culpabilidad*, una sensación permanente de *inseguridad*. Se pone trabas a la evolución infantil y las huellas de estas trabas quedan visibles durante toda la vida.

Por la condena y el desprecio de un fenómeno natural como la masturbación, la sociedad intenta inculcar ya en el alma del niño un sentimiento de culpabilidad, quebrar así sus energías, para que se sienta *culpable* siempre y no halle fuerzas para la protesta del *hombre libre*.

Que se trata aquí de una *intervención* de la sociedad, queda probado por el hecho de que los animales también se masturban y que entre los pueblos primitivos los niños se masturban libremente en grupos, sin sufrir el menor daño en su evolución. La psicoanalista Vera Schmiedt, directora de un hogar para niños en Rusia, donde no existía prohibición alguna para los niños, ha comprobado que los niños sólo se mas-

turbaban cuando acababan de recibir una visita, para compensar el dolor producido por la despedida de los padres.

Ya hemos mencionado que la masturbación recibe un contenido psicológico por la intervención de la *fantasía*. Repetimos que este contenido determinado por la fantasía se relaciona con el Complejo de Edipo, tiene siempre un carácter incestuoso. Según nuestras experiencias, este período coincide con el cuarto y quinto año de vida. De ser normal la evolución, se trata de un fenómeno pasajero, que resucita en el período de la pubertad.

Tal como en el varón ya llegado a la madurez biológica las poluciones se vinculan con *sueños*, el contenido de la masturbación es profundizado por fantasías. El fenómeno sólo asume un carácter morboso en caso de que el niño o el adolescente se fije en una de estas fases y de este modo no llegue a una actividad sexual normal.

Las opiniones difieren también en el campo psicoanalítico respecto a si la masturbación es o no perjudicial. Pero todos los criterios concuerdan en que no es la masturbación en sí, sino las *fantasías* que se vinculan a ella lo que tiene importancia, y que en todo caso es perjudicial el *sentimiento de culpabilidad*, que es la reacción del niño a la anatematización social.

Después del período de pubertad hay que atribuir a la cuestión una importancia aún mayor. El punto de vista del psicoanálisis es que la masturbación, ella sola, no es la *fuentes* de la neurastenia, sino el *síntoma* de una neurosis ya existente.

Frente a la masturbación infantil, el psicoanálisis prescribe una actitud completamente *pasiva* y subraya la necesidad de que los padres o personas encargadas de la educación eviten todo lo que pueda presentar la masturbación como un *vicio* o un *pecado*; en otras palabras: todo lo que profundice en la mente infantil el sentimiento de culpabilidad. La masturbación es un *indicio* de que el niño tiene *necesidad de cariño*. Si el

niño recibe un amor que tanto cuantitativa como cualitativamente corresponda a sus necesidades, se masturbará a pesar de todo, pues lo impulsa a ello el ejemplo de sus pequeños camaradas, pero todo se limitará a un fenómeno pasajero. Sadger afirma que sólo el niño que antes del período de latencia *haya superado* mediante la masturbación sus instintos sexuales asociales, y en particular su Complejo de Edipo, alcanzará una masturbación inocente de la pubertad. En cuanto a la actitud que tomarán los padres o pedagogos, sólo podemos aconsejar una *neutralidad absoluta*, una tendencia a *quitar* importancia ante el niño y mucho cariño.

Cuando se llegue a hablar con el niño sobre la cuestión, los adultos deben tener el valor de confesar: "Yo también me he masturbado. Sé cómo es esto". Y el adulto verá en seguida que se establece de inmediato un contacto íntimo con el niño y que la influencia educativa se multiplica. Puedo decir: vale la pena esta confesión.

De los problemas relacionados con el niño forma parte también la cuestión de las revelaciones sexuales. Padres "modernos" creen ser buenos pedagogos de orientación modernísima si en una hora dada "esclarecen" a su hijo o hasta llaman al médico para que revele los "secretos" al niño con la autoridad del experto. Nos oponemos categóricamente a esta forma moderna de educación sexual. La revelación de cuestiones sexuales no debe nunca tener el carácter de un acto *programático*. El niño debe llegar desde su más tierna edad a la convicción de que *puede preguntar todo* cuanto se le antoje y que recibirá en todos los casos una *respuesta exacta, verdadera*. Al niño que *pregunta* hay que *contestarle*, pero *ciñéndose estrictamente* a la pregunta del niño, contestando *ni menos ni más* que fué preguntado. Pero el niño no pregunta solamente mediante preguntas directas; hay en la evolución del niño una fase en que dispara preguntas a granel: por qué el cielo es azul, por qué esto y por qué

aquello. Hemos de saber que detrás de todas estas preguntas hay una sola pregunta: *¿Cómo he llegado a este mundo?* Es sorprendente la similitud que existe entre las fantasías del niño y las leyendas arcaicas de la humanidad.

Ahora bien, las cosas no quedan en esta sola pregunta. Indefectiblemente surgirá esta otra pregunta: *¿Cómo he llegado al seno de mi madre?* Es pues la cuestión de la concepción. Pero nuestra experiencia empírica nos dice que esta pregunta no es tampoco la última. La tercera pregunta ya se refiere directamente al *acto sexual*, que aparece rodeado de un misterio que plantea un interrogante angustioso en el alma del niño. Resulta que los "grandes" tienen un secreto, y el niño no tendrá paz hasta tanto descubra este secreto. Naturalmente es para la madre o para el padre una tarea muy difícil decirlo todo y en la forma adecuada. En nuestro libro sobre psicoanálisis infantil y educación sexual del niño hemos indicado también ejemplos de conversación para demostrar cómo se le puede decir *todo* al niño sin mentir. Por falta de lugar no podemos ocuparnos de esta cuestión con el detenimiento que merece; *bástenos subrayar categóricamente que los padres no deben por ninguna circunstancia mentir al niño.*

El niño que haya perdido su confianza en la sinceridad de sus padres, pierde la confianza en el mundo y, lo que es aún más grave, en sí mismo. Repetimos que no ha de organizarse la revelación como un acto programático, pero que se debe contestar *siempre*, y contestar con sinceridad, a las preguntas que que haga el niño.

El cuento de la cigüeña no está destinado para el uso de los niños; es, por el contrario, una leyenda antiquísima de los pueblos primitivos, un relato simbólico de adultos para adultos. El lago y el pico largo de la cigüeña, la chimenea, etcétera, son evidentemente símbolos sexuales.

Hemos planteado las cuestiones primordiales que encierra

la educación del niño y queremos subrayar que la educación del niño es, en el fondo, una *educación sexual*. Se trata de guiar al niño sano y salvo por las fases de su evolución sexual, tal como *Freud* nos las ha señalado. Sabemos que existe el peligro de que el hombre se detenga en una de estas fases y quede fijado en ella durante toda su vida. El niño que sale incólume de esta evolución llega a ser un hombre pleno, no sólo en la relación hombre-mujer, sino también como ser social.

También debemos hablar brevemente del castigo corporal, que tiene igualmente un significado sexual. El castigo corporal es todo menos un medio *educativo*. En numerosísimos casos, pegar al niño significa para los padres un acto *sádico* tolerado por la sociedad, y nada más. El castigo puede tener significado sexual también para el niño. De esto nos habla *Rousseau* en su famoso libro "Emilio". Su aya le pegaba y esos momentos le proporcionaban una sensación elemental de placer. *No hay ningún problema en la educación que no pueda ser solucionado sin recurrir al castigo.*

A menudo nos es dable comprobar que el niño *provoca*, por así decir, el castigo. Suponemos que como resultado de los detalles más o menos importantes de su evolución, nace en el niño un deseo de castigo. Detrás de esta necesidad de castigo asoma un sentimiento de culpabilidad con sus fuerzas subterráneas. Algunos psicoanalistas suponen que este sentimiento de culpabilidad y, sobre esta base, el *deseo de castigo*, son contenido congénito de lo inconsciente. El resultado de este sentimiento de culpabilidad y deseo de castigo es la *confesión obsesiva*, que queda manifiesta ya en la infancia. *Aichhorn*, en su magnífica obra titulada "Juventud abandonada", señala la tremenda importancia que la confesión íntima tiene para la educación del niño abandonado. Niños apenas manejables pudieron ser encaminados hacia la sociabilidad gracias a la *confesión íntima*. *Aichhorn*, y con él todos nosotros, opina que la

confesión del niño debe ocupar siempre el lugar del castigo. Reich escribe al respecto:

"La confesión, esta vez en la esfera de lo *consciente*, cobrará un significado cada vez mayor en la educación como método profiláctico-terapéutico".

Insistimos en que sólo el cariño es capaz de redimir al niño de su necesidad de castigo arraigada en lo inconsciente. Queremos decir aquí a los padres y personas encargadas de la educación: ¡Ay del niño que no tenga posibilidad de confesión íntima! Hay un solo método terapéutico-pedagógico para el uso general: crear entre adultos y niños una relación tal que lleve a la confesión íntima. Sabemos que el sentimiento de culpabilidad es, según las palabras de Freud, una *fobia social*. Hay que liberar al niño de la fobia social. No perdamos nunca de vista que el carácter brusco e impulsivo de las pequeñas acciones del niño halla siempre su explicación en que se ha robustecido relativamente la necesidad de castigo del niño.

Digamos ahora algunas palabras sobre la terapéutica psicoanalítica aplicada en los niños. Consideramos peligroso recurrir para el niño al método dogmático, como, por ejemplo, lo preconiza Melanie Klein. Jung dice sobre este dogmatismo: "El psicoanálisis puede ser útil si se recurre a él en forma adecuada; pero es peligroso y perjudicial si lo aplica una mano que no sabe *medir ni graduar*". El psicoanálisis encierra gravísimos peligros en el caso de niños, si no se tiene una noción exacta de cuán lejos se puede ir, respectivamente cuánto se puede profundizar. Anna Freud ha escrito sobre el análisis infantil algunos libros que constituyen una exposición magistral y que podemos recomendar a los padres con toda confianza.

Veamos ahora el psicoanálisis en la *escuela*. La condición principal es que el pedagogo sea un hombre *psíquicamente sano*. Desgraciadamente, no se ponen *condiciones psíquicas*

para el magisterio y a menudo se otorga diploma y nombramiento a hombres o mujeres que son más bien asesinos, que mentores del alma infantil. Cuántas veces los impulsos sádicos han determinado la orientación profesional. Sería necesario tener en cuenta en la selección personal docente el punto de vista psicoanalítico de que debe tratarse de hombres psíquicamente sanos.

La segunda condición sería que el personal docente debe recibir una *formación psicológica, respectivamente psicoanalítica*. El famoso maestro Zulliger ha forjado el concepto del *pedanálisis*, entendiendo por tal una formación analítica que bastará para cumplir dos tareas. Primera: *usar sus conocimientos psicoanalíticos con el fin de plasmar y controlar en forma adecuada la personalidad psicofísica del niño, realizando así una función de "educación profiláctico-analítica"*. Segunda: *Emplear el psicoanálisis infantil con miras a remediar los pequeños y pasajeros trastornos psíquicos de la evolución infantil y lograr que el niño llegue a establecer relaciones armoniosas con sus padres, sus amigos, sus maestros y con la sociedad*. Esta es una función de "educación terapéutico-analítica".

Una prueba de que el psicoanálisis en su labor educativa no entra en conflicto con la verdadera cura de almas la suministra el hecho de que uno de los famosos pedagogos psicoanalíticos es el sacerdote de Zurich, profesor doctor Pfister.

La única preparación para tal tarea de "pedanalista" consiste, según dice Freud, en una *adecuada formación psicoanalítica*. Es verdad, sin embargo, que su realización técnica es un problema nada fácil. Sería aceptar el dogmatismo psicoanalítico si calláramos que la psicología individual de Adler, que se aprende sin dificultad, ya nos está dando en la educación resultados utilísimos. El lema debe, pues, ser el siguiente: Si hay que descartar el psicoanálisis en la educación, es nece-

sario recurrir, al menos, a la psicología individual. Pero buen psicólogo individual puede ser sólo un psicoanalista...

La escuela ya significa una *comunidad* para el niño, la primera comunidad social fuera de la familia. Es preciso distinguir netamente entre *enseñar* y *educar*. Sabemos que el niño aprende en la escuela en la medida en que pueda *identificarse* con el maestro. El niño que quiera al maestro quiere también sus materias. No hay niños sanos que sean tontos, sólo hay pedagogos tontos.

Todo niño sano puede ser llevado, gracias a adecuados métodos pedagógicos, a cumplir con su tarea en la escuela, dentro de la comunidad.

Digamos también una palabra sobre el espíritu de la *banda* de los niños. Tienden a formar pequeños grupos, sociedades secretas propias, donde se subraya siempre lo *prohibido*, con leyes y normas propias. Sabido es que el secreto de estas sociedades tiene siempre un carácter *sexual*. En estos pequeños grupos se expresan las necesidades del cariño. Es sobre todo la juventud abandonada la que forma tales sociedades que, naturalmente, pueden tener también un efecto social perjudicial. Sabemos, sin embargo, que estos niños no son malos, sino que se han criado en el abandono, sin amor. *Adler* dice que el niño que roba, *roba amor*. Palabras profundas que no debemos olvidar jamás.

Hemos partido de la afirmación que la educación es una *función social*. El carácter de la labor educativa no es determinado por el pedagogo, sino por el representante de la sociedad, y el pedagogo se ve condenado a servir a este representante en la conservación de su ideología. En la sociedad actual, parece que el psicoanálisis no puede colaborar a este fin de conservación. Sin embargo, tiene que fijar su camino. Para indicar este camino, citemos finalmente a Freud:

"El niño ha pasado a ser objeto primordial de la investigación psicoanalítica, reemplazando como tal al enfermo neurótico con cuyo estudio comenzara su labor. El análisis ha revelado en el enfermo la subsistencia poco modificada del niño, lo mismo que en el hombre que sueña y en el artista; ha arrojado luz sobre los impulsos y tendencias que caracterizan al niño y ha explorado la evolución que lleva a la madurez del hombre adulto. Nada de extraño, pues, que se haya formado la esperanza de que la investigación psicoanalítica acerca del niño redundará en beneficio de la educación encaminada a *guiar, estimular y orientar* al niño en su camino hacia la madurez. Mi parte personal en esta aplicación del psicoanálisis ha sido poca. Muy temprano había tenido en cuenta el chiste de las tres profesiones imposibles: *educar, curar y gobernar*".

De estas tres tareas: *educar, curar y gobernar*, el psicoanálisis ha cumplido sólo una con gran éxito, aunque dentro de un círculo limitado: la de *curar*. El que pueda cumplir también la segunda tarea: *educar*, depende del tercer factor, de aquellas fuerzas vivas de la humanidad que *gobernarán* la sociedad mejor del porvenir.

UNA CRIMINOLOGIA PSICOANALITICA

¡Ego te absolvo!

"No hay crimen que no me crea capaz de cometer". Esta frase henchida de dramatismo no ha sido pronunciada por un criminal. Fué *Goethe* quien la escribió en su diario al cumplir los setenta años de edad. No es una expresión de humildad bíblica, de que todos somos pecadores ante Dios, sino la conclusión final de una vida plena: No hay crimen ni pecado que ignore el hombre.

Queremos ocuparnos ahora de la criminalidad del hombre. Naturalmente, consideramos aquí esta cuestión desde un ángulo puramente *psicológico*. La labor de investigación psicoanalítica, que ha confirmado también la labor de aquellos ajenos al psicoanálisis, ha llevado a la comprobación de que *una gran parte de los crímenes son, con arreglo a su contenido psíquico, nada más que neurosis*. Tanto el crimen como la neurosis surgen de un conflicto interior entre los instintos asociales y el Yo moral.

Naturalmente, este criterio frente a la criminalidad se convirtió en una cuestión de ideología, y es preciso emplear en nuestra labor científica la metodología estricta de toda ciencia natural. Debemos descartar de nuestras investigaciones las tendencias moralizantes, para que no estorben el razonamiento psicológico.

Se recordará sin duda la comprobación de Freud, de que toda neurosis tiene su origen en un trauma ocurrido antes del

quinto o sexto año de vida. Si consideramos que la criminalidad psíquica se distingue de la neurosis solamente respecto a su dinamismo, es claro que debemos buscar también el origen de la criminalidad psíquica en esta época de la vida humana. Llegamos entonces a una comprobación sorprendente: lo mismo que la neurosis se relaciona con una fase de la evolución sexual infantil, se halla también la criminalidad psíquica ligada a una fase, generalmente a la que hemos denominado fase sádico-caníbal, que es la época en que el niño quiere meter en la boca todo lo que encuentra a mano. En los criminales perdura en todo respecto esta etapa de su evolución infantil. *Havelok Ellis* escribe sobre el particular en "El Criminal": "A menudo podemos comprobar en el criminal las huellas del atraso; sigue siendo en cierto modo un niño hasta el fin de sus días, un niño con el desarrollo físico del adulto. La inteligencia sagaz que encontramos con frecuencia en los delincuentes menores de edad falta completamente en estos criminales adultos. Y Dostojevski escribe en sus "Recuerdos del Presidio": "Son unos niños, verdaderos niños, a pesar de sus cuarenta años".

La identificación con el carácter infantil del criminal se refleja en el hecho de que las masas y los niños siempre toman el partido del delincuente.

Esta conclusión nos lleva forzosamente a la creencia de que, hablando de criminalidad, sólo podremos dar una explicación acertada del problema si lo estudiamos, tal como hemos hecho con la neurosis, en su ubicación original, en la vida infantil. La experiencia nos demuestra que muchas comprobaciones que hacemos en el curso de los procedimientos judiciales, no son más que una repetición de fenómenos observados en la vida del niño. El cuarto de los niños, desgraciadamente, es una verdadera sala de audiencias, donde los padres desempeñan las funciones de policía, del juez y del brazo ejecutor de la justicia. Si lográsemos dilucidar la cuestión de la criminali-

dad en la infancia, quizá la habríamos dilucidado también para toda la sociedad.

Lo que nos interesa aclarar, ante todo, es la *etiología* del crimen. ¿Cómo llega el hombre a ser —psicológicamente— un criminal? ¿Cuáles son los mecanismos psíquicos que entran en juego para que se produzca un crimen? Es preciso aclarar las relaciones psicológicas entre el delito, el sentimiento de culpabilidad, la confesión y el castigo. Estos son conceptos jurídicos y les queremos dar ahora un contenido psicológico. Una vez que hayamos explicado los mecanismos psíquicos que entran en juego, tendremos derecho a hablar de una nueva criminología en la que no se exprese el afán de venganza de la sociedad, sino el deseo de hacer que el hombre sea mejor, que la vida social encierre menos conflictos y se efectúe en una forma más armoniosa.

Claro está que también en el campo psicológico, se oponen desde un principio dos criterios fundamentales. Según el primero, el hombre nace como un ser bueno y la sociedad es la que lo convierte en un hombre malo y criminal. Este punto de vista, que encontró en Rousseau su representante en el terreno literario y educativo, es compartido también por *Alfredo Adler*. El eminente representante de la moderna filosofía del Derecho, *Grotius*, afirma también que el sentido del derecho es un rasgo congénito del hombre.

El segundo criterio es que el hombre nace llevando en sí el germen de la criminalidad y que la sociedad desarrolla esta predisposición criminal. Recordamos el punto de vista de *Freud*, según el cual el hombre nace como un ser asocial y con una predisposición criminal contenida en sus instintos anhelantes de satisfacción. Según *Stekel*, el odio es anterior al amor y la criminalidad congénita es el "leit-motiv" más importante de la vida. Como ustedes ven, el criterio de Freud concuerda en un todo con el teológico, representado por *San Agustín*. Na-

ce mos todos como hombres pecadores y perdidos. "Yo fui quien quería y yo fui quien no quería" —dice San Agustín.

Veamos ante todo la génesis de la criminalidad.

Como se sabrá, el psicoanálisis fué originariamente una teoría de las neurosis. La neurosis es la resultante de un conflicto entre los instintos y la sociedad, entre el Ello biológico y el *Superyo*, que representa a la sociedad. En el fondo, la criminología psicoanalítica no es otra cosa que una ampliación de la doctrina de las neurosis. Como dijimos, las neurosis y la criminalidad se distinguen no por su *contenido*, sino por su *dinamismo*. Una y otra se caracterizan por una insuficiencia de cumplir su tarea social. El neurótico se vuelve contra sí mismo; el criminal, en cambio, contra la sociedad. El criminal es, en consecuencia, un neurótico que tiene el valor de traducir en hechos lo que el verdadero neurótico tan sólo sueña. El criminal es un neurótico valiente. Naturalmente, consideramos aquí la criminalidad únicamente como un concepto psicológico, y no jurídico, y nuestras comprobaciones no son aplicables a todo criminal que se pone en conflicto con la justicia.

Franz Alexander distingue tres grupos de criminales. Un grupo que, según el famoso médico forense Aschaffenburg es el más numeroso, está formado por los llamados criminales neuróticos, que son sobre quienes ha de ocuparse la criminología psicoanalítica.

El segundo grupo lo forman los llamados "criminels d'instinct" y la etiología de esta criminalidad puede considerarse *orgánica*. De este grupo forman parte también los criminales esquizofrénicos, epilépticos, etcétera. Estos son los *criminales genuinos*.

El tercer grupo es el de los *criminales normales*, cuya criminalidad puede ser remontada a una base puramente social y en cuyo *Superyo* repercute un ambiente disociado. Estos son los verdaderos criminales sociales.

Podemos expresar esta división también con la terminología psicoanalítica. "Si tenemos presente —escribe Sándor Ferenczi— que la personalidad humana se compone de tres elementos, o sea el Yo instintivo, el Yo real y el Yo social, todos los actos humanos son susceptibles de provenir de tres fuentes. La primera es la preponderancia del Yo instintivo, contra al cual no puede el Superyo. Estos son los criminales genuinos. La segunda es la debilidad del Yo real, o dicho someramente, de la capacidad de discernimiento. La tercera es la criminalidad neurótica, que ha sido objeto de la labor de investigación psicoanalítica.

Ya repetidas veces hemos tenido que referirnos al principio básico de las teorías de Freud: al *Complejo de Edipo*. El Complejo de Edipo implica, en el fondo, dos hechos criminales, que, en el sentido de Freud, podemos considerar como *pecado original*: el pecado del parricidio y el del incesto. La Biblia habla también del pecado original. A causa del pecado original de la primera pareja humana que comió del árbol de la ciencia, los hombres están obligados a ganarse el pan con el sudor de su frente. El psicoanálisis ha ilustrado el contenido simbólico de este primer pecado señalando que en hebreo la palabra *conocer* expresa también el acto sexual. Se da, pues, la interpretación de que Dios-Padre es el creador que se ha reservado el derecho de crear, un privilegio contra el cual se han rebelado los primeros hombres (los hijos), esto es, ellos también han querido *saber*, o sea, dar satisfacción a sus instintos sexuales.

Desde el punto de vista práctico, aún no hemos explicado suficientemente que el psicoanálisis considera la criminalidad como una represión deficiente del Complejo de Edipo. Acaso comprendamos mejor el criterio de Alfredo Adler que, en el fondo, coincide en un todo con el punto de vista psicoanalítico, sólo que trasplantado a la esfera de la vida cotidiana. Adler parte del sentimiento de inferioridad.

Bohne, estima los conflictos originados por este sentimiento de inferioridad como completamente idénticos al conflicto determinado por el Complejo de Edipo. Es claro que un sentimiento de inferioridad basado en una insuficiencia orgánica tendrá una marcada influencia sobre el alma infantil, en dirección de la criminalidad. La opinión popular considera a los físicamente tarados, a los jorobados y contrahechos, en algunos países hasta a los de cabellos rojos, como criminales natos.

El punto de vista de *Adler* parte, pues, del sentimiento de inferioridad, que da lugar a la *susceptibilidad*.

Adler dice al respecto: "El sentimiento de inferioridad azuza los instintos; los deseos aumentan hasta el infinito y determinan una susceptibilidad y un ansia violenta de satisfacción". Cuanto más intenso sea este sentimiento de inferioridad, cuanto mayor sea su vinculación a una insuficiencia orgánica, más marcada será, naturalmente, la susceptibilidad del individuo que vive bajo el temor constante de verse humillado, ofendido y castigado. Este sentimiento de inferioridad implica una *auto-acusación*. El niño se hace a sí mismo responsable de su insuficiencia y se siente también culpable. El hombre neurótico se siente pecador y extrema el afán de verdad y justicia; de hecho, sin embargo, bajo la presión de su ficción interna de que es un hombre verdaderamente malo y marcado por la tara de la sexualidad, está pronto a cometer cualquier delito. He aquí la génesis, por cierto muy sencilla, de acuerdo con *Adler*.

Freud, si bien por otros caminos, llega a la misma conclusión al comprobar que la experiencia empírica del psicoanálisis enseña que no hay un solo hombre que en sus años de juventud no haya cometido actos criminales de mayor o menor gravedad y trascendencia, y hasta ha recogido la confesión de personas adultas respecto a tales actos. El dinamismo de estos actos ha sido siempre tal, que la realización del acto criminal

significaba para el autor un *alivio*. Naturalmente, el acto tenía en cada caso un contenido prohibido.

Fué así que Freud llegó, en forma puramente empírica, en un trabajo titulado "*El sentimiento de culpabilidad como causa del crimen*" (1915), a una conclusión que en el fondo constituye la base de toda la criminología psicoanalítica. Freud dice: "Por paradójico que pueda parecer, debo manifestar que en todos estos casos el sentimiento de culpabilidad ha sido anterior a la culpa misma. El sentimiento de culpabilidad no se ha desarrollado como *consecuencia* del delito cometido, sino que el delito ha sido cometido como consecuencia del sentimiento de culpabilidad".

Reik, en su importante libro "*Geständniszwang und Strafbedürfnis*" (1925), escribe más claramente:

"El sentimiento de culpabilidad, por lo tanto, no es una consecuencia del delito, sino más bien su causa; el aumento del sentimiento de culpabilidad *convierte* a un hombre en *delincuente*. El delito es sentido por el delincuente como una *liberación* psíquica, porque trae consigo que el sentimiento de culpabilidad inconsciente se apoye en algo real y reciente. El delito se apodera del sentimiento de culpabilidad demasiado intenso. Expresado de otro modo: *el delito se comete para satisfacer los instintos antisociales y para justificar y libertar el sentimiento inconsciente de culpabilidad*".

Esta afirmación fundamental fué motivada por el hecho de que ha sido dable encontrar en el "sentimiento de culpabilidad" preexistente los restos de fantasías relacionadas con el complejo de Edipo infantil. Bajo la presión de este sentimiento de culpabilidad se cometía un delito, que aportaba alivio, pues ofrecía la posibilidad de encauzar el sentimiento de culpabilidad por la vía de la racionalización.

Repetimos que, según el punto de vista psicoanalítico, el sentimiento de culpabilidad es el fenómeno *primario* y el delito

el fenómeno *secundario*. El delito significa en este sentido una *racionalización* del sentimiento de culpabilidad. Es decir, el sentimiento de culpabilidad preexistente carece de contenido y lo halla en el crimen. Tanto en el caso de crimen grave como de delito de poca monta el autor es a menudo incapaz de indicar un motivo plausible. El crimen significa entonces una *racionalización* del sentimiento de culpabilidad.

Ferenczi dice al respecto, en su disertación "Criminología y psicoanálisis":

"A menudo los factores exteriores no tienen ninguna relación causal con el delito y, si es sincero el autor del delito, debe confesar que, en el fondo, él mismo ignora por qué lo ha cometido. Pero en la mayoría de los casos no es sincero consigo mismo y busca y encuentra *posteriormente* un motivo para su delito, en definitiva incomprensible y carente de motivación psíquica. Es decir, racionaliza lo que en el fondo es irracional".

Ferenczi compara este hecho con un sujeto que durante la hipnosis haya recibido la orden de realizar un determinado acto y que después de la hipnotización ejecuta el acto buscando una motivación para ello. Según Reik, el delincuente comete el crimen; pero a menudo sería más exacto decir que el crimen se cometió por él. Dice también Reik que si asesinase todo el que tiene un "motivo" para hacerlo, habría pocos casos de muerte natural.

Podemos ilustrar el mecanismo de esta racionalización mediante dos ejemplos extremos sacados de la vida infantil, que naturalmente se repiten también a menudo en la vida de los adultos. Ocurre con frecuencia que el niño se culpa a sí mismo de un acto que no ha cometido. Sabido es que en muchos casos de asesinato se presentan personas completamente ajenas al crimen que, sin embargo, se culpan a sí mismas de haberlo cometido. Se trata, naturalmente, de un fenómeno pa-

tológico, en el que el sentimiento de culpabilidad existente anda en busca de un contenido concreto.

El otro ejemplo se refiere al caso, muchas veces comprobado en el análisis infantil, de niños que relatan castigos de que pretenden haber sido objeto de parte de los padres, del maestro, etc., sin que hayan sido castigados en verdad. Esta mentira es la expresión de un deseo. El niño ha recibido el castigo solamente en su imaginación, por su sentimiento de culpabilidad carente de contenido concreto, por un delito que existe sólo en su inconsciente. Vemos, pues, que el sentimiento de culpabilidad es el fenómeno primario; el delito es el fenómeno secundario y se convierte en contenido del sentimiento de culpabilidad existente.

Adler —todavía como discípulo de Freud— imputa las causas del sentimiento de culpabilidad a tres fuentes:

- 1ª) la *insuficiencia orgánica*, es decir, los defectos determinados por tal insuficiencia;
- 2ª) el *Complejo de Edipo*;
- 3ª) la *masturbación*, con lo cual concuerdan los puntos de vista de Adler y de Freud.

El criterio psicoanalista subraya el hecho de que particularmente en los casos de robo y en los delitos dirigidos contra la vida humana puede suponerse un desplazamiento de los instintos libidinosos. Abraham llega a la conclusión de que los mimos conducen por lo general a la neurosis, y una educación demasiado severa a la criminalidad. Abraham califica esta educación demasiado severa de "desnutrición psíquica". A causa de tal desnutrición del alma se acumula una gran cantidad de odio y de rabia, que al principio se vuelven contra el ambiente más inmediato, pero más tarde contra toda la sociedad.

Aichhorn, en su magnífica obra "Juventud abandonada", en que relata sus experiencias como director del Instituto pro

Juventud Abandonada de Viena, antes de Hitler, señala tres fuentes de la criminalidad infantil: 1) La criminalidad de menores que en su infancia han sido objeto de un amor excesivo. Son los mimados, que en su mayor parte proceden de la clase media. 2) La criminalidad de menores que han sido educados con excesivo rigor. 3) La criminalidad de menores que han sido educados con excesivo rigor por el padre y con exagerado amor por la madre, o viceversa. Otro grupo, que no forma parte de nuestro estudio, está compuesto por aquellos criminales, menores o adultos, que se han criado en un ambiente asocial, que desarrolló, en consecuencia, un Superyo criminal.

La afirmación más importante, ya citada, de Freud, fué que existe en el niño un sentimiento de culpabilidad que carece de contenido y que lo encuentra en el acto criminal.

Todo acto criminal significa al mismo tiempo un *triunfo*. El criminal psíquico ha triunfado sobre el ambiente, la sociedad, vengándose de ella por medio de su delito. Cuántas veces comprobamos que con su delito el niño no ha deseado otra cosa que obtener este triunfo sobre los padres. El niño neurótico se castiga a sí mismo; el niño "criminal" castiga al ambiente. Naturalmente, el triunfo sobre el ambiente equivale también a una autoafirmación, es decir, el criminal psíquico se siente afirmado en su propia personalidad al disminuir la salud, la vida o los bienes ajenos.

Una comprensión psicoanalítica más profunda induce a no considerar el acto criminal cometido por el niño o el adulto como la parte central del crimen. El crimen en sí es, en el fondo, en sentido psicológico, nada más que un *síntoma* que sirve para comprender los mecanismos psíquicos del alma y el sentimiento de culpabilidad. Más importante que la pregunta: ¿Por qué este crimen? es la pregunta: ¿Cuáles son los motivos que han determinado este crimen? La criminología moderna parte, pues, no del acto criminal en sí, sino de sus motivos, es

decir, trata de dilucidar los motivos del delito, pues la orientación psicológica demuestra muy a menudo que no existe una relación directa entre el motivo y el delito. Nietzsche, en su "Genealogía de la moral", cree que la criminología del porvenir considerará como su misión aislar al delincuente de su delito.

No es el delito en sí el que nos da la clave para comprender el motivo, sino la *confesión* que, en definitiva, constituye la parte central de toda causa criminal. ¿Qué es la confesión realmente? Es un relato dado a los educadores, al juez, respectivamente, o sea una forma de *manifestar* el sentimiento de culpabilidad. *Mediante la confesión se repite el delito*, se lo vuelve a vivir a través de las palabras. En realidad, el procedimiento analítico no tiene otro fin que la confesión, la activación del trauma sufrido. Se recordará sin duda el caso de la histérica de Breuer que durante la hipnosis volvió a vivir el trauma sufrido en su infancia, expresándolo en palabras y curándose en consecuencia. Si consideramos el acto criminal como un fenómeno morboso del alma, la confesión significa, naturalmente, la superación de este trauma, la curación.

Comprobamos a menudo que un niño tiene más miedo a confesar que al castigo. Nunca repetiremos bastante que todo nuestro sistema educativo se basa en el sentimiento de culpabilidad y en la venganza. Cabe sacar las conclusiones pertinentes y afirmar que, en la educación del niño, la confesión pone, en el fondo, punto final a la labor educativa. Parece innecesario recurrir aún al *castigo*, pues según hemos comprobado, la confesión misma encierra parte del castigo. El hecho de la confesión, el recuerdo activado por ella, determinan la reactivación de todo el complejo psíquico cuyos elementos son el sentimiento de culpabilidad, el delito y la confesión, mejor dicho: la fuerza interior que impulsa a la confesión.

Los psicoanalistas afirman que la necesidad de confesar tiene un carácter obsesivo en el alma humana. El impulso ob-

sesivo hacia la confesión es la fuerza psíquica que obliga al hombre a revelar su secreto. Freud dice que ningún mortal es capaz de ocultar un secreto. Vemos con frecuencia que este impulso obsesivo obliga al niño a hablarnos de cosas que, de otro modo, no sabríamos jamás. El mismo impulso lleva a menudo al autor a regresar al lugar de su crimen o a confesar todo, aunque no exista ninguna prueba contra él.

La confesión misma tiene contenidos psíquicos muy complejos. Tiene también cierto carácter *libidinoso*, por cuanto significa la *reconciliación* con la sociedad, la *posibilidad de restablecer la relación armoniosa primitiva*.

Sabido es que la confesión devuelve al autor del delito la *tranquilidad* anímica que había perdido. Es interesante que la transferencia entre el criminal y el juez, al que ha hecho su confesión, tiene un carácter amistoso de parte del criminal, como la relación entre padre e hijo.

Como ya dijimos, la confesión significa una reconciliación, así que encierra también un deseo de castigo. *El deseo de castigo es el que provoca el castigo a través del delito*. Debemos subrayar que para la criminología psicoanalítica, cuyos principios acaso sean aceptados con carácter general algún día, lo importante es la *confesión* y no el *castigo*. Quizá llegue el día en que se pregunte al delincuente que acaba de confesar su crimen, qué castigo cree adecuado.

Con ello, hemos llegado, pues, a la cuestión del *castigo*. El deseo de castigo no es solamente una forma de reconciliación, el precio que paga por el restablecimiento del antiguo contrato social, sino, como dijimos, un anhelo de la libido. Ilustremos esto mediante otro ejemplo tomado de la vida infantil. La madre castiga al niño no haciéndole caso, negándose a hablarle. El niño comete algún acto prohibido para conseguir que la madre lo castigue y recuperar, a través del castigo, el

amor de la madre. Un viejo dicho ruso reza que el hombre que no pegue jamás a su mujer no la quiere de verdad.

Bien sabemos que la neurosis puede considerarse como una especie de castigo de sí mismo. Pero hay aún otras formas de autocastigo: por ejemplo el ascetismo, la penitencia y el suicidio. Veamos otro ejemplo tomado de la vida infantil: el niño se guarda el mejor bocado hasta el final de la comida, esto es, se castiga a sí mismo privándose hasta el final del mejor bocado.

Pero el castigo tiene doble aspecto. El castigo se sufre, pero también se impone. Claro está que también desde el punto de vista del que lo impone el castigo tiene un contenido psicológico. Este contenido se relaciona, pues, con la sociedad, con el juez, y se resume a menudo en una sola palabra: *venganza*. Cuántas veces se da el caso de padres que, al castigar a sus hijos, no hacen, en el fondo, más que desquitarse por su propia infancia. Otro elemento del contenido del castigo es que *el hombre no puede perdonar a otro un acto que a él mismo le hubiese gustado cometer*. La psicología de los llamados delitos sexuales nos ilustra sobre estos mecanismos psíquicos. La homosexualidad o la sodomía, que son tan sólo aberraciones sexuales sin tener un carácter antisocial, se castigan, sin embargo, con rigor. En los casos de crímenes cometidos por amor, la actitud de los jurados en particular es a menudo hondamente significativa. Con frecuencia absuelven al delincuente y su sentencia absolutoria es, en el fondo, un fallo sobre sus propios deseos e impulsos psíquicos. Acerca del significado psicológico del castigo, Freud nos da una explicación profunda en su obra "Totem y Tabú". Opina que el castigo es una medida defensiva contra los impulsos criminales que actúan en nuestro inconsciente. El deseo de castigar se nutre de un impulso de venganza y el miedo a una epidemia de actos delictuosos. Freud escribe al respecto:

"Cuando un individuo ha conseguido satisfacer un deseo reprimido, todos los demás miembros de la colectividad deben de experimentar la tentación de hacer otro tanto; para reprimir esta tentación, es necesario castigar la audacia de aquél cuya satisfacción se envidia, y sucede, además, con frecuencia, que el castigo mismo proporciona a los que lo imponen la ocasión de cometer a su vez, bajo el encubrimiento de la expiación, el mismo acto impuro. Es éste uno de los principios fundamentales del orden penal humano y se deriva, naturalmente, de la identidad de los deseos reprimidos en el criminal y en aquéllos que se hallan encargados de vengar a la sociedad ultrajada".

Estos elementos psíquicos actúan, naturalmente, también en el juez, que no sólo desempeña una función social e institucional como representante de la sociedad, sino que representa también los elementos psíquicos de su inconsciente, de los cuales habla Freud. Hemos leído el fallo de un juez que ha condenado a menores acusados de robo a ocho o diez años de presidio. Esto trae a nuestra mente el recuerdo de las profundas palabras de Dostojevski en "Los hermanos Karamasoff": "Nadie puede pronunciar un fallo sobre un criminal si no está convencido de que no es menos criminal que el acusado contra el cual dicta sentencia".

Al leer este fallo, el psicólogo se hizo esta pregunta: ¿Qué sentimiento de culpabilidad habrá operado en lo inconsciente de este juez, qué conflictos infantiles reprimidos actúan en su alma?

Sobre el papel del juez dice Ortega y Gasset:

"El que juzga, no entiende. Para ser juez es preciso hacer previamente la heroica renuncia a entender el caso que se presenta a juicio en la inagotable realidad de su contenido humano. La justicia mecaniza, falsifica el juicio para hacer posible la sentencia. No es, pues, extraño que del inmenso volumen de la Historia universal se pueden espumar tan pocos nombres de jueces inteligentes". (Citado en el libro de Angel Garma: "El psicoanálisis, la neurosis y la sociedad". Madrid, 1936).

En la vida cotidiana vemos a menudo que el castigo constituye un proceso psicológico de venganza. Siempre nos son sospechosas las personas muy correctas y muy honestas que andan por ahí, prontas a enjuiciar los actos de los demás y a condenar duramente el menor desliz ajeno. Estos hombres, que no saben perdonar y consideran cualquier acto un poco incorrecto como un pecado grave, son ellos mismos pecadores y en el fondo no quieren otra cosa que hacer expiar a los otros sus propios pecados. En la religiosidad farisea se manifiesta el mismo proceso psicológico. Esta actitud psíquica se revela también en la actividad de aquellos que en un caso criminal se empeñan en ayudar a las autoridades, siguiendo a menudo pistas falsas. Para estas personas, la consigna psíquica reza, según *Reik*: "Quiero demostrar que otro ha cometido el delito". El testigo falso es siempre sospechoso.

Nuestra discusión se desplazaría del campo de la psicología al del derecho penal si habláramos del significado de nuestro régimen penitenciario. Hasta los criminalistas más conservadores coinciden en opinar que la prisión no cumple de manera alguna la tarea de mejorar al hombre que en ella se recluye, y que las llamadas correccionales para menores no consiguen más que convertir a los criminales neuróticos o sociales en criminales verdaderos. Quedan, pues, como únicos fines concebibles los de aislar al criminal de la sociedad y de escarmentar a los demás. Sin embargo, el Prof. *Aschaffenburg* subraya que aun esta justificación es falsa. Los métodos del régimen penal, que perpetúan el espíritu medioeval, ponen de manifiesto que actúa aquí la venganza de la sociedad. Todo el sistema judicial se halla a menudo al servicio de esta venganza, y quizás llegue el día en que se opinará de la justicia actual de la misma manera que nosotros opinamos acerca de los procedimientos judiciales de la Edad Media.

Se plantea, pues, el interrogante de si las conclusiones

psicoanalíticas sobre la criminalidad psíquica pueden ser llevadas a la práctica judicial. Freud afirmó, al principio, que el psicoanálisis era un método apto para la dilucidación de los crímenes. Sin embargo, se ha retractado más tarde de esta afirmación, y Theodor Reik protesta de que se asigne al psicoanálisis semejante fin. Sabemos que para convertir al delincuente menor de edad en un hombre útil y social no hay más medio que el procedimiento psicológico, como es llevado a la práctica por Aichhorn, y que considera a este menor no como un criminal, sino como un enfermo psíquico o social, al que corresponde curar, y no castigar.

Angel Garma, el psicoanalista español, describe en su libro sobre el psicoanálisis una colonia de delincuentes menores de edad en Bolchevo, en la Unión Soviética, que ha visitado y que puede servir de ejemplo modelo.

En la moderna criminología gana cada vez más terreno el punto de vista de que el aislamiento del criminal debe tener el fin de transformarlo, mediante adecuados métodos educativos, en un hombre útil a la sociedad. Aschaffenburg hace notar que el aislamiento por tiempo *indefinido* relaciona la confesión directamente con la curación social y que la condena en el antiguo sentido pierde, en el fondo, su significado.

Ferenczi establece el concepto de un *psicoanálisis-criminológico* y pide que los criminales psíquicos sean tratados, mientras purgan su condena, como enfermos neuróticos, esto es, según métodos psicoanalíticos. Con motivo de un caso de delito grave ocurrido en Viena, por cierto que antes de su anexión al Tercer Reich, el tribunal de menores absolvió al delincuente menor de edad después de haberse asegurado que sería sometido a un tratamiento psicoanalítico. Wagner-Jauregg escribe satíricamente al respecto que llegará el día en que se condene al criminal a uno, dos o tres años de psicoanálisis. Pero nosotros estamos de acuerdo con Wagner-Jauregg también en otro

sentido. Los criminales psíquicos deben ser considerados como enfermos a los que es preciso curar. Las prisiones deben asumir en su aislamiento el carácter de hospitales, y su personal debe componerse de psicólogos y enfermeras entendidas en psicología. Naturalmente, estos son postulados cuya materialización queda por de pronto reservada al porvenir.

Hay, sin embargo, un postulado que debe y tiene que ser materializado desde ya, y es que el juez facultado para juzgar al prójimo deba poseer una preparación psicológica, mejor dicho: psicoanalítica. Debe ser capaz de comprender al delincuente, y ser capaz de comprender, es decir, ser capaz de perdonar. Si tiene alguna duda debe consultar al psicoanalista.

Algunos códigos penales, como el inglés, cuentan también el suicidio entre los delitos. Estudiemos brevemente el contenido psíquico del suicidio. Según Adler, "no renuncia a la vida quien no haya renunciado previamente a la esperanza de cariño". ¡Cuánta verdad encierra esta frase!

Pero la cuestión psicológica se formula así: *¿Cómo puede el hombre abandonar su esperanza de cariño al punto de volverse contra su propio instinto de conservación y atentar contra su vida?*

Las investigaciones de psicología profunda han permitido dilucidar dos elementos psíquicos del suicidio. Todo suicidio es un acto de *venganza* y de *autocastigo* al mismo tiempo. Matándose a sí mismo, el suicida mata en forma simbólica a la persona amada con la que se ha identificado y cuyo amor ha perdido. Freud escribe al respecto: "Acaso nadie halla la energía psíquica de matarse sin causar con su propia muerte la de un objeto con que se ha identificado y volver contra sí un deseo de muerte dirigido originariamente contra otra persona". Stekel dice: "Todo suicida ha tenido anteriormente deseos de matar a otro o, por lo menos, ha *deseado* anteriormente la muerte de otro". Todo suicidio implica en realidad la muer-

te de dos hombres. Según *Federn* "todo suicidio es una *folie á deux*". Quien no tiene valor de matar a otra persona, se mata a sí mismo. El suicidio es también una forma de dar una solución a aquellos mismos mecanismos psíquicos que de otro modo llevan a la neurosis o a la criminalidad. La neurosis es una forma de solución menos grave; pues, si bien se vuelve igualmente contra el propio Yo, no pone en peligro la vida. *De no hallar el camino de la neurosis y de la criminalidad, todos tendríamos que ser suicidas.*

Lo que Freud escribe sobre la melancolía en "El Yo y el Ello" se refiere también al suicidio.

"...El Yo se rinde porque siente que su *Superyo* lo odia y persigue, en lugar de amarlo. Vivir significa para el Yo ser amado, amado por el *Superyo*. El *Superyo* cumple la misión protectora y salvadora cumplida antes por el padre, más tarde por la Providencia, y luego por el Destino. El Yo tiene, pues, que sacar la conclusión extrema cuando se halla en un peligro demasiado grande, demasiado real y siente que no puede librarse de él por sus propias fuerzas... siente que todas las fuerzas protectoras lo han abandonado y lo dejan morir..."

Todo suicidio, igual que toda neurosis y toda criminalidad, tiene su raíz en los años de la infancia. En el fondo, el suicidio cometido por la persona adulta es un suicidio infantil diferido.

Un significado particular tienen los *suicidios de escolares*, que siempre representan un acto mediante el cual se piensa castigar al maestro o a los padres. Citemos aquí como noble advertencia las bellas palabras de Freud:

"...El colegio debe hacer más que *abstenerse* de impulsar a los alumnos al suicidio; debe despertar en ellos la alegría de vivir y ofrecerles ayuda y apoyo en una época de su vida en que las condiciones de su desarrollo los obligan a aflojar los vínculos con la casa paterna y su familia... La escuela no debe olvidar jamás que tiene que habérselas con individuos

faltos de madurez, a los cuales no ha de negarse el derecho de fijarse en fases evolutivas determinadas, aún desagradables. No debe armarse de la inexorabilidad de la vida; no debe pretender ser más que un juego de la vida”.

Debemos también señalar la vinculación estrecha que existe entre el suicidio infantil y la *masturbación*. “En los menores, las tendencias suicidas tienen conexión con la lucha contra la masturbación”, dijo *Federn* en el debate acerca de la cuestión del suicidio juvenil en Viena. El suicidio en los años de pubertad señala conexiones sexuales profundas.

Todo suicidio, igual que toda neurosis y criminalidad, tiene su raíz en los años de la infancia. La *profilaxis* contra la *criminalidad*, contra el suicidio y contra la neurosis es la piedra filosofal de la educación: el *cariño*, el *amor*, la *influencia* atinada de parte del *Superyo* con miras a convencer al Yo de que *la vida es bella* y de que *vale la pena vivir*.

EL PSICOANALISIS EN LA LITERATURA Y EN EL ARTE

"Ser poeta quiere decir ser juez de su
propio Yo".

Ibsen.

Inmenso y misterioso es el camino que la humanidad ha recorrido desde el primer grito inarticulado con que el hombre primitivo trató de atraer a la hembra, hasta las sinfonías de Beethoven. Las primeras etapas de este camino se pierden en la lejanía de la prehistoria, cuyas huellas borrosas apenas perduran ya en la memoria de la especie humana. La moderna psicología y la etnografía tratan de aclarar estas huellas para averiguar, a través del estudio de la prehistoria, cómo el hombre primitivo dió el primer paso que le elevó por encima de la condición de ser animal.

Sí, una distancia inmensa media entre los primeros testimonios de cultura prehistórica, por ejemplo los dibujos murales en la caverna de Hermon, y las sinfonías de Beethoven. Pero al contemplar aquéllos y al escuchar éstas nos invade un mismo sentimiento de místico sobrecogimiento. ¿Cuáles son las fuerzas que han elevado al hombre animal a la categoría de hombre creador de obras de arte? ¿Cuáles son las fuerzas que han animado a Beethoven, a Goethe, a Cervantes convirtiéndolos en fenómenos sublimes de la historia humana?

La pregunta que intentamos contestar en este capítulo es: ¿Cómo ha nacido el arte humano? ¿Cómo nace la obra de arte individual?

La labor de investigación psicoanalítica ha permitido descubrir ciertos indicios que se relacionan con la actividad artística del hombre. Ha sacado a luz recuerdos arcaicos que nos permiten formular hipótesis acerca del origen del arte. Estos indicios son bastante claros y estas hipótesis psicoanalíticas nos parecen convincentes. También ha sido posible comprobar conexiones entre la actividad afectiva y la vida instintiva del artista —la verdadera esencia humana, según expresión de Freud—, por una parte, y la producción artística, por la otra. El psicoanálisis ha logrado trazar un cuadro hipotético del proceso dinámico de la actividad artística; pero no ha logrado, ni ninguna otra orientación psicológica, descifrar el misterio del principio y del fin de la obra de arte: la fuerza que la crea y la génesis de su forma particular. ¿Qué es el talento, que eleva al artista por encima de la masa de los mortales comunes, y cómo halla el proceso interior su expresión plástica en la obra de arte? ¿Cuáles son las leyes que rigen el proceso de plasmación artística?

Con razón se reprocha al psicoanálisis que no haya podido aportar una solución a estos dos problemas más importantes de la creación artística: el *talento* y el proceso de *plasmación*; pero cabe subrayar que el psicoanálisis nunca ha pretendido abocarse a semejante tarea. “La respuesta a la pregunta de cómo nace en el artista la facultad de creación artística, no es una tarea que incumba a la psicología” —dice Freud. Y agrega: “Nosotros los psicoanalistas carecemos de medios para llegar hasta la esencia de la creación artística”.

Debemos contentarnos con los resultados logrados hasta ahora por el psicoanálisis. Veremos que no es poca cosa. El psicoanálisis no ha podido darnos una noción más profunda de lo que es la obra de arte, pero sí de lo que es el hombre artista, y también nos ha explicado ciertos aspectos del *dinamismo* de la creación artística.

El psicoanálisis se ha interesado desde un principio por el problema de la creación artística. Incluso el concepto del Complejo de Edipo tiene un origen literario. Desde el primer instante, Freud y sus discípulos se han entregado a estudiar el efecto del complejo incestuoso en la literatura mundial. Pero el primero en tratar de trazar un cuadro sistemático de la creación artística fué Otto Rank, cuyo libro "El Artista" sigue siendo la obra "standard" de la literatura psicoanalítica. Freud ha hecho una pequeña tentativa de relacionar la teoría de los sueños con la literatura, al comprobar que "los sueños imaginados permiten la misma interpretación que los sueños reales, es decir, que en la producción del poeta operan los mismos mecanismos de lo inconsciente que ya hemos hallado en el dinamismo de los sueños". ("Ensayo autobiográfico").

A partir de entonces, muchos psicoanalistas han hecho la tentativa de interpretar poesías y también obras de arte. Angel Garma, en su libro, da un resumen bastante completo de los artistas —artistas en el sentido más amplio de la palabra— y de las obras de arte que han sido objeto de la interpretación psicoanalítica. Desde el punto de vista técnico, la obra de arte es tratada en la interpretación psicoanalítica como si fuese un contenido de sueño manifiesto y el psicoanalista aspira a determinar el dinamismo de la creación artística, tal como lo hace con el dinamismo del sueño. En nuestra exposición ulterior nos atendremos, en general, a las comprobaciones de Otto Rank en su libro "El Artista".

Los conceptos psicoanalíticos de *instinto*, *represión* y *sublimación* han pasado a ser patrimonio general. Los instintos anhelan satisfacción; pero la sociedad la impide, originando así el proceso de la *sublimación*, o sea la tentativa de dar satisfacción a los instintos reprimidos en una forma transformada, pero ya tolerada por la sociedad. Es un hecho psíquico generalmente aceptado el de que la actividad artística del hombre es un pro-

ceso de *sublimación*. Es verdad que esta afirmación nada dice respecto al contenido de la actividad artística. Tales procesos de sublimación se producen en todo individuo, con intensidad variable, sin que con ello adquiera categoría de artista.

“La evolución cultural de los grandes pueblos históricos —dice Rank— vista en su conjunto, se desplazó de la “pansexualidad” hacia la “antisexualidad”, hasta el repudio más categórico de la sexualidad. Entre estos dos extremos se ha desarrollado toda la actividad cultural de la especie humana hasta estos días. El arte, comprendiendo la filosofía y la religión, es la expresión suprema de esta actividad; es, como quien dice, la cúspide de cuyos dos flancos desciende en declive la cultura”.

Sabido es que las *neurosis* nacen del conflicto entre los instintos y las exigencias de la sociedad y parece natural derivar también la actividad artística de tal conflicto. *Stekel* afirma, un poco a la ligera, que no todo neurótico es un artista, pero que todo artista es un neurótico. Lo único cierto es que ciertos procesos psíquicos son idénticos en el neurótico y en el artista.

Pero, según Rank: “El artista lucha toda su vida con conflictos contra los cuales se inmuniza el hombre normal a una edad temprana. El artista se carga, por así decirlo, con los sufrimientos de todos los demás”.

Acerca del proceso de la creación artística, escribe Freud palabras muy claras, que citamos a continuación:

“El arte logra, por medios singulares, una reconciliación entre el *principio del placer* y el *principio de la realidad*. El artista es originariamente un hombre que se aparta de la *realidad*, porque se niega a aceptar su exigencia primitiva de renunciar a satisfacer sus instintos y da libre curso a sus deseos eróticos y ambiciosos en el mundo de la *imaginación*. Sin embargo, halla el camino de retorno de la vida de la imaginación a la vida real plasmando, gracias a talentos específicos, sus fantasías en una especie de realidad que es admitida por los hombres como preciosa imagen de la realidad. Llega así, en cierto modo, a ser real-

mente el héroe, el rey, el creador, el ídolo que aspiraba a ser, sin dar el formidable rodeo representado por la transformación real del mundo exterior" ("Sobre los dos principios del suceder psíquico", 1912).

De estas definiciones se desprende que el artista recorre, en el fondo, dos sendas psicológicas. La primera senda es también la del hombre neurótico. El mundo real, esa realidad poco satisfactoria, obliga tanto al artista como al hombre neurótico a retirarse al mundo de la fantasía. Pero mientras el neurótico permanece ubicado en este mundo de la fantasía, el artista halla el camino de retorno al mundo real, pero sustituyéndolo por *su propio* mundo real, que se traduce en la obra de arte, aceptada como tal por los hombres.

Lo mismo que los sueños, la obra de arte ofrece la posibilidad de dar satisfacción, por la vía de la fantasía, a deseos ubicados en lo inconsciente.

Los sueños y la creación artística se parecen también en cuanto presentan una fórmula de transacción entre los deseos instintivos y las fuerzas de la represión. Pero el proceso psicológico de la creación artística no termina ahí. Mientras el sueño es un producto completamente narcisista y asocial del alma, la obra de arte, siempre que merezca tal nombre, es algo tangible, la podemos ver o escuchar; cumple, pues, una función social.

Rank afirma: "Desde el punto de vista psicológico, el artista es, pues, un tipo intermedio entre el hombre que sueña y el hombre neurótico. Sin embargo, a diferencia del hombre que sueña y del hombre neurótico, predomina en el artista cierta actividad que oculta la apariencia morbosa. Del síntoma neurótico antisocial caracterizado por la tendencia a desprender al enfermo de una realidad que le resulta insoportable, se distingue la obra de arte por el hecho de que precisamente se dirige hacia los hombres solicitando su aprobación estética".

Mencionaremos aún más adelante la función social del arte, la relación entre la obra de arte y el público. Pero la obra de

arte tiene aún otro significado para su creador. Sirve, como dice Freud, por su belleza estética, de *premio*, de estímulo para el artista.

Algunos elementos de este proceso psicológico son fenómenos corrientes. No habrá nadie que nunca haya escrito versos o, si es un aficionado a la música, fantaseado en el instrumento. Si se piensa un poco, se advertirá que los versos, por malos que sean, sirven para desahogar un sufrimiento psíquico. Es, sobre todo, el amor no correspondido el que transforma en poeta al más humilde de los empleados de comercio e impulsa a la niña a tocar en el piano, con gran fervor artístico, el "Sueño de una Virgen".

*"De mis grandes dolores
nacen mis versos humildes"*

dice Heinrich Heine con palabras tan sencillas como bellas. "Sufrir es un placer frustrado", dice Rank.

La fuente de la creación artística es, desde el punto de vista psicoanalítico, la tortura insoportable de la represión. La creación artística es, según Rank, el sucedáneo de la satisfacción de la libido.

Hans Sachs, en su obra "Sueños diurnos comunes", trata de descubrir la conexión entre sueño diurno y poesía. Los sueños diurnos son, como quien dice, novelas privadas, mientras que la poesía constituye ya una obra social.

Aclaremos ahora algunos conceptos a fin de comprender la creación artística. Nada podemos decir sobre el carácter especial de las inspiraciones que es, por así decirlo, la fuente de la creación artística. En el orden psicológico, carecemos de toda noción concreta acerca de la esencia de la inspiración y tenemos que contentarnos con lo que nos dice Pfister al respecto: "La inspiración artística debe considerarse como la manifestación de un complejo reprimido que se rige por las mismas leyes

que determinan también el desarrollo del síntoma neurótico, de la alucinación, con la sola diferencia que se crea un todo lleno de sentido" ("Die Entstehung der kuenstlerischen Inspiration"). Rank dice:

"Puede considerarse que la religión es una curación de masas psicoterapéutica, que el pueblo ha inventado para su propia curación. De la misma manera el arte es un método curativo practicado por una serie de individuos para ellos mismos y una serie limitada de compañeros de pena, cuyas constituciones psíquicas dan, por decir así, las bases para la estructura psíquica del artista".

Otra cuestión es la *relación entre el artista y su obra*. "La verdadera creación del artista consiste en que, al plasmar mediante la técnica artística las fantasías del inconsciente, que a causa del proceso de represión constituyen una fuente de desagrado, se procura una forma sublimada de satisfacción y de placer".

El "reino intermedio", según dice Freud, entre la realidad y la fantasía, es el *arte*. Nietzsche, en su obra "Más allá del Bien y del Mal", escribe: "Un artista pleno y perfecto se halla para todas las eternidades separado del mundo real". Para crearse su propio mundo en la obra de arte, el artista proyecta su conflicto interior en la obra, que viene a ser, de este modo, parte de su propio Yo. Se ha creado así un mundo propio y, naturalmente, lo sobreestima. El artista es considerado como el prototipo del hombre *narcisista*. Pero este narcisismo es, al mismo tiempo, el impulso motor de la creación artística. Como el psicoanálisis evita en su labor los juicios de valor, está libre de toda tendencia moralizante, investigando los hechos de acuerdo con los métodos de toda ciencia natural, no le incumbe buscar la justificación de tal narcisismo, o sea, establecer normas respecto a la valoración de la creación artística. Esto se considera con frecuencia un defecto de la interpretación psicoana-

lítica del arte; pero dado el carácter de ciencia natural del psicoanálisis, nos parece muy lógico.

Que el narcisismo del artista pueda hallar su justificación en el éxito, nos interesa sólo en cuanto se trata del estudio psicoanalítico de la relación entre la obra de arte, el artista y su público. Se establece entre el artista y su público una suerte de comunidad caracterizada por la circunstancia de que el público, seducido por el efecto estético de la obra de arte, se imagina ocupar el lugar del artista. Se ama la obra de arte que refleje el cumplimiento de los propios deseos. Tal como consideramos sabio a quien piensa lo que nosotros pensamos, gozamos de la obra de arte que nos da, como público, la misma satisfacción de nuestros deseos instintivos que ha dado al artista. Freud dice al respecto: "Opino que todo placer estético tiene el carácter de un placer anticipado, y que el verdadero placer ante la obra de arte obedece a que se resuelven tensiones en nuestra alma". ("La creación poética y el fantaseo").

Sobre el efecto de la obra de arte escribe Rank:

"El efecto de la obra de arte sobre el receptor es similar a su efecto sobre el creador, sólo que actúa a la inversa. La obra de arte brinda a los "improductivos" la posibilidad de desviar sin gran esfuerzo los excedentes de excitación. El público, seducido por el espectáculo estético, se imagina colocado en el lugar del creador, lo cual no le es difícil porque la obra de arte es para él tan sólo lo que satisface sus propios deseos, lo que casi podría ser obra suya... El placer estético es, tanto en el artista como en el receptor, tan sólo un placer anticipado... Toda obra de arte es el "cumplimiento embozado" de un deseo reprimido, y los deseos son precisamente los que constituyen el momento ideal de la obra de arte".

La obra de arte crea entre el artista y el público una vinculación que los une por los impulsos de lo *inconsciente*. Esta vinculación se halla determinada por la *correspondencia de lo inconsciente* y se expresa en forma de *símbolos*. Toda obra de

arte apela al público a través de su simbolismo. Un poema, por ejemplo, representa un símbolo individual, el del autor, pero despierta en el público toda una serie de representaciones individuales de sus propios símbolos, que se funden con el símbolo del autor. Cuanto mayor sea el número de tales representaciones simbólicas despertadas en el público, tanto mayor será el efecto que tiene sobre él la obra de arte.

Debemos ocuparnos más detenidamente de esta especie de *simbolismo*. El mayor mérito de la investigación psicoanalítica, respecto al arte, consiste en haber llevado al descubrimiento de que en el simbolismo de los sueños se manifiestan ciertas tendencias sistemáticas, descubrimiento que luego se extendió a la interpretación de los sueños, de los mitos y del folklore, comprobándose que las leyes que rigen el simbolismo literario y folklórico concuerdan en un todo con las tendencias que caracterizan el simbolismo de los sueños. Echóse así un puente entre los sueños del individuo y los de los pueblos, pues los mitos y el folklore son los sueños de los pueblos. La comunidad de los símbolos es el lazo de unión más íntimo entre las almas humanas. En este orden de ideas, comprendemos también el efecto de la obra de arte, que reside en que el simbolismo de la creación artística despierta símbolos concordantes en otros hombres.

Para comprender plenamente la relación entre la obra de arte y el público, es necesario tener en cuenta que la fuente de toda obra de arte es el sufrimiento del artista, no compensado de otro modo. Gozar una obra de arte significa participar en el sufrimiento, *com-padecer*, tener *com-pasión*. Pero este sufrimiento del espectador desaparece o, por lo menos, no lleva a la "pasión" a que conduce el artista, por ser proyectada a la obra de arte misma. Stefan Zweig explica esta función con bellas y profundas palabras en su biografía de Freud:

"El objetivo de la poesía no es otro que el de liberrar de sus tensiones internas al hombre, por medio del símbolo, de descargar en una zona tranquila su superabundancia que anegaba su alma. En toda verdadera obra de arte, toda imagen es un "desviarse de sí mismo" y al confesar Goethe que Werther se había matado en su lugar, no hace sino expresar de un modo por demás gráfico que, repugnándole el proyectado suicidio, ha salvado su vida transfiriéndolo a un personaje imaginario, aunque reflejo de sí mismo, es decir, que ha perpetrado su suicidio en el de Werther".



El psicoanálisis ha señalado tres elementos estéticos del efecto de la obra de arte sobre el público: lo sobrenatural o siniestro, lo trágico y lo chistoso.

El elemento *siniestro* o *sobrenatural* despierta recuerdos mágico-anímicos, el miedo a la castración y a la muerte. Freud escribe sobre el particular: "El elemento siniestro (que de éste se trata primordialmente) aparece cuando una impresión resuscita complejos infantiles y reprimidos, o refirma convicciones primitivas que ya habían sido superadas". ("Das Unheimliche").

El elemento *trágico* de la obra de arte se *vincula* con el Complejo de Edipo, o bien, de acuerdo con el criterio psicoanalítico, al sentimiento de culpabilidad que tiene el hijo frente al padre, a quien había tenido deseos de matar, o bien al sentimiento de culpabilidad realizado con el incesto.

Acerca del *chiste*, que es también un elemento estético de la creación artística, Freud ha escrito un libro conceptuoso: "El chiste y su relación con lo inconsciente", que hemos analizado en un capítulo anterior.

Huelga decir que la obra de arte encierra aún otros elementos, que hasta el presente no ha sido posible analizar. El conjunto de estos elementos determina el valor de la obra de arte, pero no podemos determinarlos ni explicar cómo determinan ese valor.

Pasemos ahora a estudiar la interpretación que el psicoanálisis da a las diversas manifestaciones del arte.

En el hombre primitivo —según Sydlow— “la creación es aún cuestión inmediata: cerca de la sangre, penetrando en la sangre, surgir con la sangre y con la sangre”.

La creación artística suprema del hombre es, sin duda, la *lengua*. Esta tenía, naturalmente, para el hombre primitivo, un significado muy distinto del que tiene para el hombre moderno, que, según dicen, se sirve de la lengua para *encubrir sus pensamientos*. La lengua primitiva tenía aún todo el poder, la omnipotencia del pensamiento. Las palabras tenían aún el poder de matar; de ahí que fuera prohibido pronunciar el nombre de la divinidad. Según una teoría, la lengua constituye ya una fase secundaria. La primera había sido la del *canto*, es decir, aquella manifestación artística del hombre primitivo en que el canto, la música y la danza formaban una unidad. Rank opina que el primer sonido que recibió una valoración musical y se transformó posteriormente en sonido articulado, en lengua, fué el sonido proferido por la hembra al ver quebrada su resistencia. El hombre habría luego utilizado este sonido para atraer a la hembra. También Darwin subraya el origen *sexual* del sonido musical y de la lengua. Este carácter sexual perdura en el hecho de que los *sustantivos* tienen un sexo, de que son masculinos o femeninos.

El arte primitivo fué un arte colectivo, e igual que la lengua es patrimonio común, lo fueron también la música, la danza y el canto que formaban una unidad. Cada uno era a la vez creador y ejecutante. La danza, el canto y la música, en su conjunto, servían para derribar todas las vallas que contenían los instintos y dar rienda suelta a la libido. Se bailaba y se cantaba hasta quedar extasiado. Entre los primitivos, la danza terminaba por lo común en medio de una orgía general. Sobre la danza y el canto, dice Nietzsche:

"El esclavo se ha tornado en hombre libre. Se han venido a tierra las rígidas barreras que la necesidad, la violencia y la costumbre han levantado entre los hombres. Con danza y canto demuestra el hombre que es miembro de una comunidad superior; que, olvidado de caminar y de hablar, se eleva al aire bailando y cantando".

El éxtasis significa, psicológicamente, la fusión completa del Ello biológico con el Yo real. Según dice *Walascheck*, el mejor especialista científico en cuestiones de música: "La danza no es otra cosa que una modalidad artística del acto sexual". Naturalmente, la danza ha asumido con el tiempo formas más sublimadas, pero sin perder su profundo contenido sexual.

Pero también otra modalidad de la unidad de danza, música y canto ha sido puesta al servicio de la *omnipotencia* de los impulsos instintivos. Por ejemplo: la primitiva Danza de los Osos de los bosquimanos imitaba la caza del oso, y la mentalidad anímica de los primitivos se identificaba con los que intervenían en la danza, al punto que al final de la danza se pretendía ultimarlos a flechazos. Por esto los viejos tenían la prudencia de entregar a los jóvenes sólo lanzas sin punta.

La danza era también un medio de desviar las *agresiones*.

Existe un punto de vista que deriva el sonido musical del grito de dolor. Desde el punto de vista biológico, es interesante notar que el aparato vocal del hombre es accionado por los mismos nervios que desempeñan un papel decisivo en los arrebatos de ira. *Herbert Spencer* comprobó que el hablar agitado está lleno de cadencias armoniosas. En el fondo, sin embargo, no tiene importancia determinar qué es lo que ha transformado al hombre primitivo en el animal que canta, frente al hecho de que en el nacimiento de la creación artística suprema se manifiestan los elementos psíquicos.

La evolución posterior produjo la separación de danza, canto y música. Se danza aun sin acompañamiento musical y

vocal, siendo de señalar que entre los primitivos el acompañamiento no era melodía, sino ritmo. La fuente primitiva de la música es, pues, el ritmo, y no la melodía. Rank y Sachs basan el origen del ritmo en el acto sexual. El paso a la melodía se vincula al descubrimiento de los distintos instrumentos musicales que, sin embargo, han conservado su carácter sexual. Entre muchos pueblos primitivos el instrumento de música es tabú, no debe ser tocado por manos femeninas so pena de muerte. Tal ocurrió en las regiones del río dos Napes y del Amazonas.

Ahora bien, la melodía y la letra han conservado su unidad entre los primitivos. No hay letra que no se cante. La *poesía*, como manifestación artística específica es, pues, un producto cultural posterior, es la despedida de la melodía.

En otra fase de la evolución cambia el carácter social de la danza y la música. Surgió la separación entre los ejecutantes y el público. Sin embargo, esta separación es de índole puramente técnica, pues es precisamente la música la que determina la mayor comunidad entre los ejecutantes y el público. Unos y otros se funden en el estado alucinatorio y carente de objeto concreto, que es el producto de la música. El significado psicológico de la música reside en que determina un goce *irracional*, el *perfecto cumplimiento alucinatorio de la libido*. Freud dice que todo arte es una tentativa de salvar la omnipotencia perdida de la humanidad. No obstante carecer por completo de un sentido musical y decir de sí mismo que la música es para él algo "extraño, incomprensible e inaccesible", Freud nos ha señalado con estas palabras el verdadero carácter de la música. La música no es un arte terrenal. Toda música es algo *celestial* que desprende al hombre por completo de los problemas de esta tierra. ¿Qué significa este desprendimiento? Presenta la superación absoluta del conflicto entre los impulsos instintivos y el mundo exterior.

Naturalmente, el psicoanálisis ha hecho también de la mú-

sica un objeto de su investigación científica. Sigmund Pfeifer afirma que la música se compone de tres elementos: Primero, el efecto narcisista, autoerótico de la libido. Segundo, la apercepción anímica, lo cual quiere decir que todo cobra vida, tiene alma. Y tercero, la *regresión* del principio de la realidad a la época primitiva del principio del placer, representado por la omnipotencia del pensamiento. Esta regresión forma parte de la esencia de la música. La melodía es la que regresa y varía. En la mayoría de las lenguas, tocar música es sinónimo de *jugar*. Este juego lo compara Desiderio Mosonyi con el jugar al escondite de los niños.

Mosonyi desarrolla el punto de vista de Robert Lachs de que la creación musical significa una triple actividad de la libido. Es, en primer lugar, *expresión de una agresión*. En la sucesión de las melodías se repite el agresivo juego sexual de la pareja primitiva. El segundo elemento libidinoso es la *exhibición*, al ponerse en descubierto, y el tercero es la *sublimación*, con lo cual la música llega a ser el cumplimiento irracional, falto de dimensiones de los impulsos instintivos de lo inconsciente, que hallan su expresión en la música.

La música ha pasado a ser patrimonio común. Tanto entre los primitivos como entre la humanidad más civilizada, la música ofrece al hombre, ya sea ejecutante o público, la posibilidad de dar satisfacción a sus instintos condenados a muerte en el goce irracional, perfecto.

Este gran poder de la música reside en que es enteramente narcisista, carente de *objeto*, de modo que deja al oyente la libertad de traducir sus fantasías interiores en objeto imaginario, al escuchar la música. Una nueva orientación de la psicología de la música se aplica a estudiar las conexiones que existen entre el *sonido* y el *color*. Para muchos hombres la música se traduce en un juego de colores. Sabemos que los colores son también equivalentes psíquicos.

No queremos terminar nuestra exposición sobre la música sin mencionar el criterio de Theodor Reik, autor de una disertación sobre el *sofar*, viejo instrumento usado en el culto religioso hebreo. Afirma que el sonido del "schofar" quería evocar el recuerdo del parricidio primitivo y que el origen de la música está determinado por la imitación de la voz del padre primitivo.

Como lo habíamos hecho notar, la separación entre la melodía y la letra no se ha producido sino en el transcurso de la evolución posterior de la suerte corrida por la melodía y el significado. Nos toca discutir ahora lo que ha ocurrido con la letra, cuyo representante artístico es el poeta.

El poeta, según dice Rank, se halla con sus narcisismo psíquico, por fuera y encima del grupo de los artistas. El contenido psíquico de su arte halla en idioma alemán su expresión etimológica por cuanto la palabra alemana correspondiente a "poeta" es "dichter", que se deriva del verbo "dichten", que significa "condensar". El poeta es, en consecuencia, un artista que condensa, es decir, que condensa en su creación artística un conglomerado de impulsos. Sabido es que la condensación forma también parte del dinamismo de los sueños. Los elementos del verso son el ritmo y la rima. El psicoanalista Karl Weiss, afirma que el verso es, en el fondo, transformación lingüística y repetición del balbuceo del niño. La rima es la lengua trasplantada a la esfera artística.

El arte del poeta tiende a la actividad, que halla su expresión artística suprema en el *drama*. Rank escribe sobre el drama que "representa la modalidad directa e inmediata de la representación. Con ello, el drama es la forma artística que más parecido tiene con el sueño, y también está muy cerca de la acción del ataque histérico. Encierra todas las demás manifestaciones artísticas, fundiéndolas en una unidad". La modalidad suprema del drama es la *tragedia*, que permite desviar por completo los afectos por cuanto el espectador se identifica

con el actor y, por ende, en forma mediata, con el autor. Se confunden la fantasía y la realidad, y Rank dice que el efecto de una obra de arte es tanto más perfecto cuanto más perfecta sea la ilusión.

La *comedia* es la oposición dialéctica de la *tragedia*. "La sensación de culpabilidad que gravita sobre el hijo es desplazada sobre el padre; el padre es el culpable, el hijo es inocente".

Según Rank, el actor es, entre todos los artistas, el más interesante. Es el tipo básico del hombre-artista. Es un tipo intermedio entre el autor dramático y el público, y si consideramos toda actividad artística como un proceso de curación, donde nuestros impulsos instintivos se curan hallando satisfacción, el actor es, según afirma Rank, en cierto modo el médico trasplantado a la esfera artística, tal como el sacerdote es el médico trasplantado a la esfera religiosa. El actor cumple una función que tiene dos aspectos psicológicos. Hace lo que en el fondo quería, pero no podía, hacer el autor; él es quien proporciona satisfacción a los deseos del autor. Según dice Rank, él se prostituye por el autor. El segundo aspecto psicológico de su labor se refiere al público, dándole la posibilidad de identificarse sin esfuerzo con el autor, más exactamente: con la figura encarnada por el actor. La labor suprema del actor consiste en que es capaz de encarnar caracteres heterogéneos e incompatibles con su carácter propio, es decir, que da al público la posibilidad de identificarse con un mismo actor en distintas situaciones psicológicas. El actor debe esta su facultad a que sus instintos no se hallan fijados, como ocurre en el hombre normal. Su libido posee *motilidad*, como sería el deseo de todo hombre. Esta motilidad la tiene el hombre normal tan sólo en la vida infantil, y el actor vive, en el fondo, en eterno período de pubertad. Su arte reside precisamente en que sabe dominar las más variadas situaciones.

Las artes gráficas y plásticas tienen también un origen

arcaico. En la creencia de que el dibujo trazado en la pared de la caverna prehistórica significaba el cumplimiento seguro del deseo reflejado en el dibujo, se manifestaba la omnipotencia de los impulsos y pensamientos. El estudio del arte primitivo ha señalado nuevos derroteros a la filosofía del arte, Fué *Sydlow* quien comprobó la exactitud del punto de vista psicoanalítico por el estudio del arte primitivo. Este eminente crítico de arte afirma, en su obra "Arte primitivo y psicoanálisis" (1926), que el arte de los pueblos primitivos está ligado, evidentemente, a la tendencia sexual. Según Freud, es en las artes gráficas y plásticas donde se manifiesta en forma más neta la fase infantil de la evolución sexual. Se revela así en el pintor una tendencia libidinosa excesiva hacia el afán de ver y mirar, que caracteriza las primeras etapas de la vida infantil, y en el escultor se evidencia una tendencia similar hacia el afán de palpar, de posesionarse. La obra del escultor, sostiene el psicoanálisis, es una forma sublimada de *regresión* a la fase anal, en que el niño tiene un placer en jugar con sus excrementos.

Según *Sydlow*, las distintas manifestaciones del arte se han desarrollado en la siguiente sucesión cronológica: el origen de las artes gráficas y plásticas es el arte que tiene por objeto el propio cuerpo, o sea el *tatuaje*. El psicoanálisis interpreta esta manifestación artística como la fusión del amor propio narcisista con la elección del objeto. El afán de sublimación del hombre primitivo se concentra sobre su propio cuerpo. La segunda etapa es la *pintura*, que originariamente significaba el desplazamiento del objeto del propio cuerpo a un objeto extraño, la pared. Domina todavía la *superficie*, en íntima relación con la superficie del propio cuerpo que se pintara en la fase anterior. Un nuevo paso adelante marca el desarrollo de las *artes plásticas*. *Sydlow* afirma que la plástica primitiva puede ser referida al simbolismo *fálico*. La etapa final es la *arquitectura*, que con su primitiva tendencia al espacio cerrado,

al espacio *único* y a la preponderancia del *techo* es una evocación del *seno materno*. *Kuhnen* interpreta la concepción espacial de la arquitectura y sus tendencias modernas, expresadas en la construcción de barrios enteros de casas comunes, como fantasías basadas en el estado intrauterino.

Sterba, realizando estudios psicoanalíticos acerca del *arte gótico*, considera el arco gótico como una tendencia a la virilidad, una tentativa de desprenderse de la reminiscencia obsesiva del estado intrauterino primitivo. La catedral gótica sería un símbolo exquisito del seno materno. Las plásticas estrafalarias que adornan las catedrales góticas serían producto de neuróticos que sueñan despiertos y representarían la hipertrofia de lo inconsciente frente a la realidad.

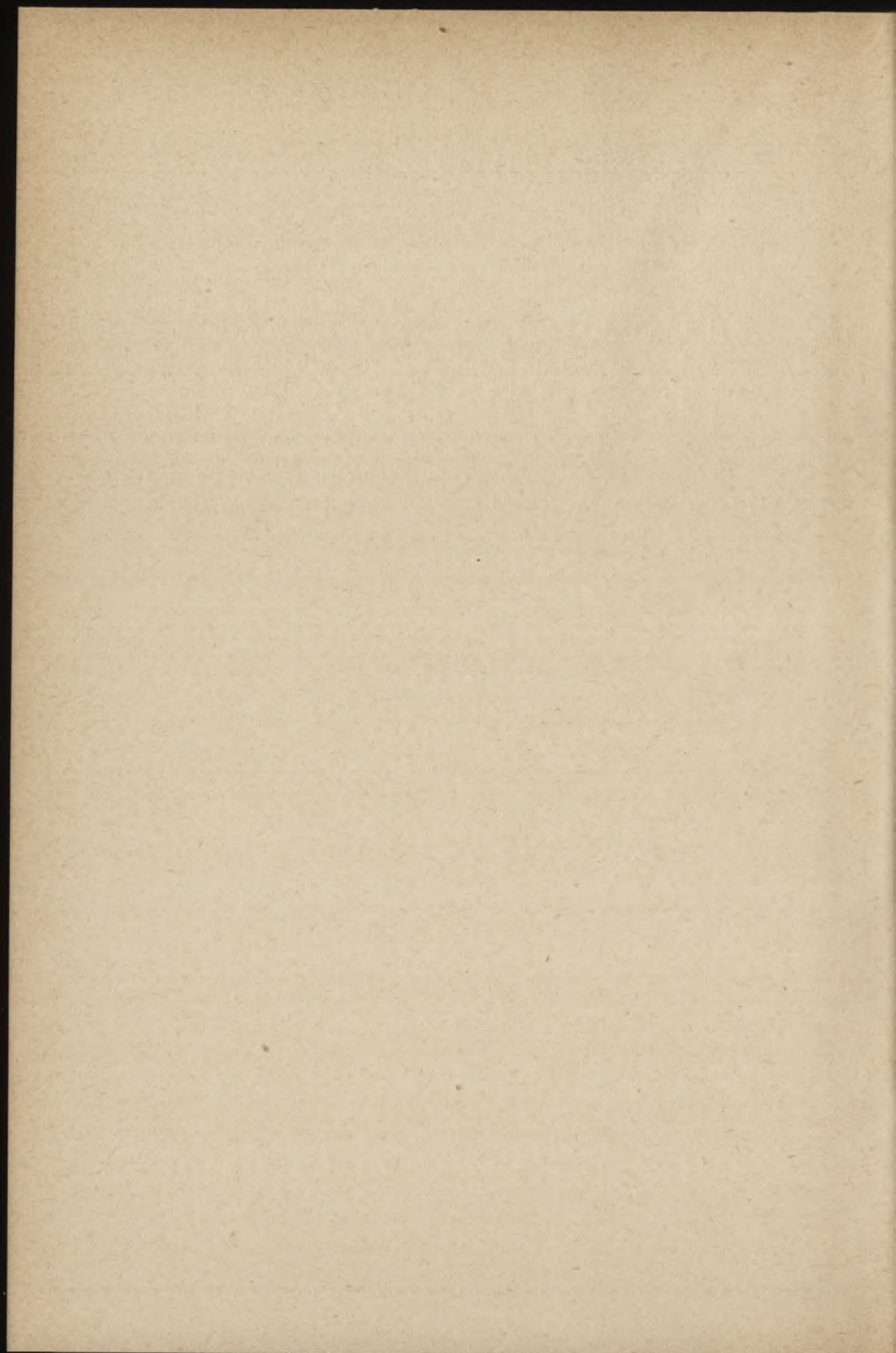
La interpretación de los *colores* ha sido descuidada bastante hasta ahora. En general, el color blanco significa en el arte primitivo la *femineidad*, y el color negro la *virilidad*. Las investigaciones modernas con arreglo al método de Rorschach han permitido comprobar que el *rojo* significa desprendimiento de los afectos y el *azul*, dominación de los afectos. Respecto al color verde, nada se sabe todavía. Estas investigaciones suministrarán quizás también datos para una interpretación más profunda de la pintura.



Hemos estudiado a grandes rasgos el punto de vista psicoanalítico sobre las diversas manifestaciones del arte. Hemos subrayado ya que el psicoanálisis se entregó sólo accidentalmente a estas investigaciones, cuyo valor reside sobre todo en la interpretación del folklore y el análisis del simbolismo, que es la verdadera clave para el conocimiento del alma humana. Es verdad que los símbolos de nuestra vida se van debilitando más y más, pero nuestro inconsciente sigue pensando y expresándose en símbolos.

El psicoanálisis considera el arte como un lujo del alma, ciertamente un lujo del cual no podemos prescindir. Rank, que en su obra "El Artista" formuló una "filosofía psicoanalítica" del arte, opina que se exagera el valor de la creación artística. Cita al respecto las bellas palabras de Wagner: "La verdadera conciencia es nuestro conocimiento de la existencia de lo inconsciente", y cree que el porvenir pertenece al *superhombre* carente de sentido artístico, que sea capaz de dominar y dirigir sus impulsos con mano seguro.

Por nuestra parte, no nos entusiasma ciertamente esta idea del *superhombre*, sin sentido artístico. Preferimos seguir siendo incapaces de dominar y dirigir nuestros impulsos —naturalmente, entre ciertos límites— y seguir gozando del arte.



FREUD Y MARX

"Los hombres hacen su historia..."

Marx.

El tema objeto de este capítulo nos conduce al punto vulnerable del psicoanálisis. Vamos a tratar la psicología de masas freudianas y trataremos de dar una síntesis del psicoanálisis y el materialismo dialéctico. Tenemos presente que tal síntesis es muy problemática, tanto desde el punto de vista subjetivo como del objetivo. Los debates que se han desarrollado bajo el lema "Freud o Marx" o bien "Freud y Marx", ponen de manifiesto el punto débil de ambas disciplinas y demuestran que es imposible llegar a resultados científicos donde dogma se oponga a dogma. Estos debates revelan también las contradicciones internas de ambas disciplinas. Freud carecía por completo de una orientación sociológica. Acerca de Marx dice *De Man*, que no tenía ni pizca de sentido psicológico. Y para mayor desorientación, viene la legión de los intérpretes, dogmáticos y entendidos a confundir aún más los conceptos. La cuestión se presenta en forma tan compleja que nos vemos obligados a simplificar las cosas en la medida de lo posible.

Luego de una gran catástrofe que provocó la muerte de millares de hombres y causó grandes daños materiales, y a causa de la cual las epidemias diezmaban a los pueblos, el emperador chino mandó preguntar a *Confucio* cómo se podría poner remedio a la situación. *Confucio* respondió: "Por la aclaración de los conceptos". Creemos que también en nuestra época, caracterizada por un desfile constante de guerras, mi-

seria y tribulaciones, no hay tarea más importante que la aclaración de los conceptos.

¿Qué es lo que le debemos a Marx? Según escribe *Engels*: el concepto materialista de la historia y el desenmascaramiento de la producción capitalista por la teoría de la plusvalía ¿Y qué debemos a Freud? El descubrimiento de las leyes de lo inconsciente y la teoría sexual como base de toda vida anímica.

¿Qué significa para nosotros la sociología? El conocimiento de las condiciones y relaciones *objetivas* de la vida en sociedad. ¿Y qué significa para nosotros la psicología? El conocimiento de las condiciones *subjetivas* de la vida y de la sociedad. Es claro que sólo la síntesis de estos factores *objetivos* y *subjetivos* nos pondrá en condiciones de comprender la *sociedad*, cuya unidad es el hombre, y de comprender al *hombre*, que es un ser agrupado en la sociedad. Afirmamos que tanto Freud como Marx lo han entendido así; fueron otras causas, quizá individuales, pero también de índole técnica, las que tienen la culpa de que reconocieran esta síntesis pero que dejaran de efectuarla.

Marx hasta se vuelve contra el criterio materialista dogmático, al escribir: "La doctrina materialista, según la cual los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y que, por ende, hombres distintos son el producto de circunstancias distintas, olvida que las circunstancias son modificadas precisamente por el hombre; y que el educador debe precisamente ser educado..." (Thésis sobre Feuerbach). Y *Plejanow* completa este punto de vista, escribiendo: "La misión del materialismo en el terreno de la historia, tal como *Marx* la ha entendido, consistía precisamente en explicar cómo las circunstancias pueden ser cambiadas por los mismos hombres, que son producto de esas circunstancias".

Engel escribe: "La situación económica no actúa de modo automático, tal como algunos se lo figuran tan cómoda-

mente, sino los hombres hacen su propia historia, dentro de la situación dada en que prevalecen los factores económicos, pero influidos por elementos subjetivos". Marx aún admite que "el hombre hace su propia historia lejos de condiciones materiales inmediatas". Sabemos, según afirma *Engels*, que "la historia no hace nada, ni posee gran riqueza, ni tampoco libra luchas. Es el hombre, el hombre vivo, quien hace, posee y lucha".

Por otra parte, Freud escribe, sin dejar lugar a dudas, que "todo el edificio del psicoanálisis es una superestructura fundamentada en su base orgánica". Y prosigue: "Si el psicoanálisis no ha considerado hasta ahora ciertas cuestiones o hechos sociales, no ha sido porque haya pasado por alto su rendimiento, valor o dirección propios, o porque pretenda quitarles importancia, sino porque el psicoanálisis ha seguido una ruta determinada por la cual aún no había avanzado tanto la investigación. Cuando se llegue, finalmente, a esos ámbitos sociológicos, espera revelar la verdad y la posición real de cada uno de aquellos hechos".

Hemos confrontado estas frases para demostrar que tanto Marx como Freud llegan a conclusiones bien definidas. Desgraciadamente, empero, las contradicciones internas enturbian luego esta claridad de las conclusiones, que sin embargo podemos aceptar como principio básico.

Sirva un ejemplo para poner de manifiesto cómo en Marx se simplifican "ad absurdum" los conceptos. Divide simplemente a los hombres en dos grupos: los que venden su fuerza de trabajo y los que compran esta fuerza de trabajo y se benefician de las ventajas que les brinda la plusvalía así producida. Marx dice en "El Capital" que "el capitalista es, como quien dice, el capital personificado y dotado de conciencia y voluntad. El alma del capitalista es la del capital y su único impulso es la plusvalía".

Completando esta afirmación, cabe decir que si esto es verdad, el obrero no es otra cosa que la fuerza de trabajo personificada. En este punto de vista tan unilateral se revela precisamente el gran error del movimiento socialista, que no contaba para nada con el factor *hombre* en el obrero y omitía, por ejemplo, investigar la relación decisiva que existe entre el hombre y su trabajo y sacar las conclusiones pertinentes. Pero esta investigación científica le hubiera enseñado que precisamente esta función del trabajo, como contenido de la vida, hace posible, psicológicamente, el actual sistema capitalista.

Por otra parte, queremos señalar también las contradicciones de Freud. Freud escribe, por ejemplo: "Tampoco la sociología, que trata de la conducta del hombre en la sociedad, puede ser sino *psicología aplicada*. En realidad, no hay más que dos ciencias: la psicología pura y aplicada, y las ciencias de la naturaleza..."

Su concepto es más claro en las siguientes afirmaciones:

"...No se puede admitir que los motivos económicos sean los únicos que determinan la conducta de los hombres en la sociedad. No se comprende en general cómo es posible prescindir de los factores psicológicos en cuanto se trata de reacciones de seres humanos vivos, pues no sólo que los tales hubieron ya de participar en el establecimiento de aquellas circunstancias económicas, sino que tampoco bajo su régimen pueden hacer los hombres otra cosa que poner en juego sus impulsos, instintos originales, su agresividad, su necesidad de amor y su tendencia a conquistar placer y evitar el displacer..." ("Nuevas aportaciones").

En el mismo libro retornó Freud al mismo tema, atacando al marxismo.

"Algunas tesis de la teoría marxista me han causado profunda extrañeza, tales como la de que la evolución de las formas sociales sería un proceso natural, y la de que las mutaciones sobrevenidas en la estratificación social surgen unas

de otras en la trayectoria de un proceso dialéctico. No estoy seguro de haber comprendido exactamente estas afirmaciones... No sé cómo poder libertarme de mi opinión profana. Pensaba yo que las diferencias sociales fueron originalmente diferencias de tronco o raza. Factores psicológicos tales como el exceso de la tendencia agresiva constitucional o también la coherencia de la organización dentro de la horda, y factores materiales tales como la posesión de armas mejores, habrían decidido la victoria. En la convivencia sobre el mismo suelo, los vencedores se hicieron los amos y los vencidos pasaron a ser esclavos. En todo esto no descubrimos nada de leyes naturales ni de mutación de conceptos; en cambio, se nos evidencia el influjo que el dominio progresivo de las fuerzas naturales ejerce sobre las relaciones sociales de los hombres, en cuanto éstos ponen siempre al servicio de su agresión los nuevos medios de poderío conquistados y los utilizan unos contra otros..."

Todo lo que hemos dicho y citado hasta ahora, tiene el fin de poner de manifiesto que, junto a conceptos claros, hay toda una serie de nociones erróneas, de modo que podríamos aducir en sucesión interminable citas de Marx y de Freud sin dilucidar la cuestión.

Tratemos ahora de sustraernos a la gravitación de estas afirmaciones y evidenciar en forma sistemática la contradicción interna entre el marxismo y el psicoanálisis.

Freud dice que "el psicoanálisis es un método psicológico que trata de describir y explicar la vida psíquica como esfera particular de la naturaleza, recurriendo para ello a los medios de que se valen las ciencias naturales". Es claro que el objeto de esta forma de ciencia natural es el *hombre individual*. El psicoanálisis asume un aspecto sociológico en cuanto deriva la ley íntima del desarrollo de la sociedad, de la vida psíquica del hombre individual, en otras palabras, en cuanto trata de explicar las leyes que rigen la sociedad por las leyes que rigen el dinamismo psíquico del individuo.

Marx, por su parte, investiga los fenómenos objetivos de la sociedad, la base de la vida colectiva, las condiciones económicas, es decir, la relación en que se halla el hombre con la producción. Su objeto es, pues, la sociedad. El marxismo asume un aspecto psicológico en cuanto trata de derivar la psicología del hombre de su relación social.

"El principio básico de la psicología marxista individual consiste en que las necesidades materiales se presentan como impulso instintivo y a la vez más importante de los actos humanos. Este impulso proviene del fondo biológico del hombre". (Engel: Feuerbach).

Del individuo a la sociedad, y de la sociedad al individuo: he aquí las dos visuales distintas que determinan la diferencia básica entre Marx y Freud.

La segunda gran diferencia estriba en que para Marx sólo existe el hombre *consciente*. Engels dice en "Feuerbach": "Todo hombre aspira a lograr su objetivo *conscientemente* elegido, y la historia no es otra cosa que la resultante de las distintas fuerzas que operan en todas direcciones en el mundo exterior". Engels dice también que todos los impulsos relacionados con los actos del hombre tienen que pasar por su *conciencia*. Sin embargo, sabemos que al descubrir lo inconsciente en el hombre, Freud ha puesto al descubierto el factor más importante de la vida anímica del hombre, que desempeña un papel decisivo no sólo en todos los acontecimientos de la esfera individual, sino también en la evolución de la sociedad. En este orden de ideas, la afirmación decisiva de Freud es que, en el seno de la sociedad, actúan sin modificación, sólo que en proporciones gigantescas, los mismos procesos que en el alma del hombre individual. O, en otras palabras, que el individuo repite en su vida la evolución psíquica y los síntomas históricos determinados por la historia de toda la humanidad. Freud, en su último libro, "Moisés", dice al respecto:

"La tendencia de los tiempos modernos es más bien ocultar acontecimientos humanos de la historia tras los factores generales e impersonales, como son las imperiosas influencias de las condiciones económicas, el cambio de la forma de alimentación, los progresos en el uso de herramientas e instrumentos, y las emigraciones originadas por el crecimiento de los pueblos y por las modificaciones del clima. Cada individuo, en particular, no desempeña más papel que el de exponente o representante de las tendencias de las masas que en tales sujetos, elegidos al azar, encuentran el modo de manifestarse".

Hemos confrontado en una forma bastante escolástica las dos disciplinas para determinar la relación que existe entre ellas. Para responder a esta interrogación queremos remitirnos a un debate en cuyo curso se han movilizado tres puntos de vista diferentes. Uno es el criterio marxista-leninista, representado por los sociólogos rusos *Jurinetz*, *Deborin* y *Sapir*. El segundo criterio tiene su representante en *Wilhelm Reich*, quien, igualmente versado en marxismo y en psicoanálisis, reúne ambas disciplinas en una síntesis. En este debate, llevado a cabo en la revista "Unter dem Banner des Marxismus" ("Bajo la bandera del marxismo"), terció luego *Siegfried Bernfeld*, que en el órgano oficial de la disciplina psicoanalítica se hizo portavoz del punto de vista oficial con una dureza e intolerancia extraordinarias.

Antes de resumir este debate, queremos aclarar nuevamente algunos conceptos fundamentales. Se trata de la cuestión metodológica, de si el psicoanálisis como método corresponde a la dialéctica materialista o si emplea, por el contrario, una dialéctica idealista en el sentido hegeliano.

El principio básico de la dialéctica materialista es, según *Feuerbach*, que la idea viene del ser, pero no el ser de la idea. Citemos a *Lenin*, que aclara la diferencia en "Materialismo y empiriocriticismo", diciendo lo siguiente: "La cuestión es si el mundo existe realmente independiente de nuestro pensamiento,

es decir, si existe en forma *material*, o si sólo existe en nuestro cerebro a través de representación, sentimiento y observación". Nosotros afirmamos que si bien el psicoanálisis, como ciencia natural, describe en forma *dialéctica* la vida psíquica del hombre, esto es tan sólo una *condición* de la verdad, pero no constituye aún una prueba.

Según Reich, el psicoanálisis es *materialista* y *dialéctico*. Materialista, en cuanto su substrato son los instintos, o sea una base material, y dialéctico, en cuanto investiga grupos y antagonismos de instintos (por ejemplo eros y muerte). Los procesos que operan en el alma humana nacen de contradicciones internas, de antagonismos existentes en la materia de los instintos. Todos los resultados que produce esta evolución dialéctica no son ni buenos ni malos, sino inevitables y forzosos. Todo lo que nace ya lleva dentro de sí el germen de la muerte, es decir, el instinto perece en el instante de la satisfacción, y, por último, también en la vida psíquica podemos comprobar la negación de la negación.

Desde el punto de vista metodológico, el psicoanálisis es materialista y dialéctico. Naturalmente, en este orden de ideas es preciso dejar a un lado todo lo que hemos denominado freudismo, o sea la metapsicología de Freud.

Jurinetz repudia el psicoanálisis alegando que es un producto de la sociedad capitalista. Pero, ¿qué es el propio marxismo? Es igualmente un producto de la sociedad capitalista y Marx ha sido, según el criterio marxista, un producto de la sociedad en cuyo seno vivía, tal como Freud lo ha sido de la sociedad que le correspondía. Es extraño que el punto de vista oficial de los rusos no quiera saber nada con el psicoanálisis, negándole razón de ser. Si el psicoanálisis es la ciencia natural del alma humana, el criterio ruso pronuncia, científicamente, su propia sentencia de muerte. Opinamos, empero, que este punto de vista sólo es un mal pasajero o el reflejo de men-

talidades dogmáticas como la del ya citado Jurinetz, que se complacen en agotar su argumentación en un constante "Marx dice", "Engeld dice", "Lenin dice". No podemos aceptar tan extraña argumentación ya que hace mucho tiempo que nos hemos librado de los dogmas religiosos.

Volvamos ahora al debate.

La tesis principal —representada por Sapir—, es que, si el psicoanálisis es una psicología del individuo, no interesa para nada al marxismo. Pero si quiere ser una psicología social, reclama para sí un campo de investigación propio del marxismo y como tal debe ser repudiado como una competencia ilícita. El psicoanálisis, como psicología individual, sólo puede contribuir a dilucidar la cuestión de cómo y por qué un hombre de determinado carácter adopta una ideología determinada. Sapir reconoce el gran significado del psicoanálisis, por ejemplo su descubrimiento de lo inconsciente, su teoría de los instintos, pero repudia el freudismo, la metapsicología y también la teoría sexual. En contraste con el biologismo acentuado del psicoanálisis, que reduce los actos humanos al instinto sexual, Sapir subraya "impulsos secundarios" determinados por factores sociales. Sapir circunscribe el psicoanálisis a la esfera de la psicología individual y admite que ni la pedagogía ni la ciencia médica pueden ya prescindir del psicoanálisis. Pero el psicoanálisis debe deshacerse por completo de las hipótesis metafísicas de Freud. Hace notar el paralelismo de psicoanálisis y marxismo en cuanto uno y otro enfocan los fenómenos desde un ángulo dinámico.

Reich interpreta el psicoanálisis como una reacción a la superestructura ideológica, las condiciones culturales y morales en que vive el hombre agrupado en sociedad. El campo de estudios del psicoanálisis es la vida psíquica del hombre como ser social. La masa sólo le interesa en cuanto en ella se manifiestan fenómenos individuales, como por ejemplo el problema

del jefe, y en cuanto sea capaz de explicar fenómenos del alma colectiva tales como miedo, pánico, obediencia, a través de las experiencias recogidas por la investigación del individuo. Problemas como el de los movimientos colectivos, de la política y de las huelgas, que forman parte de la sociología, no pueden ser objeto del método psicoanalítico. El psicoanálisis no puede reemplazar la sociología ni ser una sociología independiente, pero puede ser *una ciencia auxiliar de la sociología*. Reich afirma que el psicoanálisis, como ciencia, debe ser equiparado a la doctrina marxista. Aquél estudia los fenómenos psíquicos, éste los fenómenos sociológicos, y sólo en cuanto cabe investigar hechos sociológicos en la vida psíquica, o hechos psicológicos en la vida social, las dos disciplinas se auxilian y complementan mutuamente. Quiere decir que, en tanto que el marxismo no es más que sociología, el psicoanálisis se halla en un pie de igualdad con él y ambas disciplinas pueden complementarse; pero en tanto que el marxismo es materialismo dialéctico, el psicoanálisis queda subordinado.

A la pregunta de cómo influye la ideología colectiva sobre el individuo, la doctrina marxista era incapaz de dar una respuesta. Esta facultad queda reservada exclusivamente al psicoanálisis.

En resumen Wilhelm Reich dice:

"Surgido de la medicina, el psicoanálisis ha desbordado ampliamente su marco. Si, según una frase famosa, los hombres hacen su historia con arreglo a determinadas condiciones y premisas económicas, si el concepto materialista de la historia ha de partir de la premisa primordial de la sociología, la organización natural de los hombres, es evidente que nuestra investigación cobra en cierto punto un decisivo significado sociológico".

Bernfeld, que en su magnífica obra "Sísifo, o los límites de la educación" calificaba a Freud de *diagnosticador* y a Marx de *terapeuta* de la educación del porvenir, trata de demostrar que

el psicoanálisis no es una psicología individual. En prueba de ello cita las palabras de Freud de que "en la vida psíquica del individuo aparece regularmente el prójimo como modelo, como objeto, como ayuda o como enemigo, es decir, que el psicoanálisis es, desde un principio, una psicología social en un sentido ampliado, enteramente fundado". (Psicología de las masas y análisis del Yo). Según Bernfeld, el psicoanálisis no investiga ni la vida psíquica del individuo concreto ni la vida psíquica esquemática y abstraída, sino que es la doctrina de los *actos*, la *situación* y la *historia* del hombre. Bernfeld afirma categóricamente que el psicoanálisis osará también en lo futuro hacer incursiones en el campo de la sociología, cuyo dominio exclusivo no reconoce. Independientemente de ella, sólo atento a sus propios fines, investigará aquellos fenómenos sociales-centrales que hasta ahora la sociología ha declarado de su sola incumbencia. El psicoanálisis no es una psicología individual, sino una nueva modalidad de la psicología que de acuerdo con un método específico explora tanto las esferas puramente psíquicas como las puramente sociológicas.

He tratado de confrontar estos tres puntos de vista. Es claro que el psicoanálisis no es, ni fué jamás, una psicología individual. El psicoanálisis partió de la doctrina de las neurosis interpretando la neurosis como una resultante del conflicto entre los instintos y el mundo exterior real. "Esta comprobación era la sociología del problema de las neurosis". Sabemos que el Yo del hombre es un producto del choque entre el Ello y el Super-yo, siendo el Ello un concepto *biológico*, y el Super-yo, como ya hemos mencionado, un concepto *sociológico*. El psicoanálisis, como sostiene también Ferenczi, se ha ocupado demasiado de los instintos y ha descuidado la exploración del efecto dinámico del Super-yo. En verdad, esto fué y es un error del psicoanálisis, que puede y debe ser subsanado.

El psicoanálisis ha llegado a dos límites de su investiga-

ción: el primer límite es la biología. *Ischlondsky* y algunos jóvenes analistas franquean ahora este límite con sus investigaciones recientes, y el psicoanálisis presencia su justificación y ampliación biológica. El otro límite que debe ser franqueado es la sociología. El psicoanálisis debe ofrecer a la sociología el rico tesoro de sus experiencias, es decir, deberá explorar, libertado ya de la *metapsicología* freudiana, las conexiones sociológicas. Tal como la construcción de un túnel se inicia perforando la montaña desde los dos lados, el psicoanálisis y la sociología deben avanzar desde dos direcciones distintas, usando las mismas herramientas, para unirse, finalmente, en un punto dado. Este punto de unión es la solución del problema de cómo la sociedad, como organización *colectiva*, puede brindar al hombre el máximo de bienestar *individual*.

Marx, en "El Capital", dice a los economistas burgueses, con su sátira profunda, que "han revelado que el hombre tiene necesidad de comer y beber". Pues bien, los partidarios dogmáticos de Marx, respecto a los cuales el propio Marx afirmó "Quant à moi je ne suis pas marxiste", se olvidan de que en la vida del hombre existen aún otros factores además de la necesidad de comer y beber. Quizá parezca un dogmatismo idealista en el sentido hegeliano, pero estos otros factores se resumen en la palabra: "alma".

Sostenemos que la causa de la gran crisis en que se debate el movimiento socialista en Europa Central, reside en que el marxismo ha olvidado que el hombre y no la clase es la unidad de la sociedad, el hombre que aspira a ser feliz, que busca la felicidad individual en esta su vida, pese a las condiciones existentes. Pero la felicidad es una cuestión psicológica, y no materialista. Los acontecimientos que tienen lugar en Europa Central demuestran cuán profundamente se ha grabado esta cuestión en el alma colectiva europea. No carece de interés leer lo que *De Man*, el líder socialista belga, escribe en su

obra "Psicología del socialismo": No es que la estructura de la sociedad deba ser cambiada para cambiar al hombre, sino que el hombre debe ser cambiado para cambiar la estructura de la sociedad. Clase y lucha de clases no son más que ficciones. No existe una contradicción categórica entre Capitalismo y Socialismo, pues los conceptos básicos del marxismo no son verdades objetivas (clase, lucha, explotación, capital), sino reflejos de las funciones psicológicas emotivas y volitivas del individuo. La explotación existe en cuanto el obrero cree ser explotado; la burguesía no es la clase dominante por ser dueña de los medios de producción, sino porque todos aspiran a ser burgueses. El terreno de la lucha de clases es el individuo mismo. El capitalista está en el alma del obrero; todo obrero es un capitalista frustrado, y combate el alma socialista. La cuestión de cuál de los dos vencerá es una cuestión de la voluntad.

Hemos citado las palabras de De Man, *sin compartir su punto de vista*, con el fin de demostrar que el aspecto psicológico del movimiento obrero ha cobrado, por fin, una importancia tremenda. La psicología conquista cada vez más territorios. Nace la psicología del trabajo como una nueva ciencia.

Deliberadamente, hemos tratado primero la síntesis de marxismo y psicoanálisis, para que se pueda juzgar con un sentido crítico adecuado la psicología de masas freudiana. Freud, en su libro "Psicología de las masas y análisis del Yo", basa sus teorías en la doctrina de Le Bon, cuya tesis básica es que la psique de la masa, lejos de ser la suma de las almas individuales que la integran, constituye un fenómeno psicológico de carácter específico. El criterio de la psicología frente a las masas ha experimentado desde Le Bon una honda transformación. Le Bon considera al hombre como un ser individual, que, dentro de las masas, adquiere cualidades totalmente dis-

tintas y adopta una conducta diferente. Como lo demuestra Ortega y Gasset en su libro "La rebelión de las masas", el hombre ha de comprenderse sólo como parte integrante de la masa. Tal es su estado natural, esta relación es la que determina la conducta del hombre, el uso de sus instintos.

Según la formulación de Freud: "Una masa psicológica es una agrupación de individuos, que ha adaptado a una misma persona como Super-yo y que, a causa de esta comunidad en Super-yo, se han identificado mutuamente". Según Freud, la *libido* es la que da cohesión a la masa y al renunciar a su individualidad, el individuo lo hace no en *contra*, sino *para* su Yo, porque dentro de la masa se abren posibilidades más amplias a sus tendencias narcisistas. La masa se funda en la eliminación de la individualidad; en cada miembro de la masa, el Yo renuncia a su independencia y se subordina enteramente a un Super-yo. El Super-yo se encarna en una persona o en una idea. Esta persona o esta idea es siempre un *padre simbólico*. Bajo el impulso de la sociedad el Super-yo, o la persona que lo representa, adquiere un *prestigio*, que hace que los hombres le obedezcan desechando todo pensamiento propio. Hay una teoría muy interesante según la cual este *prestigio* es el fundamento de la sociedad, la fuerza de la cohesión que la mantiene.

Le Bon y Freud coinciden en la afirmación de que la masa tiene dos características fundamentales: el *poder irresistible*, que cree poseer, y la *irresponsabilidad*.

La conciencia del poder irresistible la adquiere la masa a través de la *fuerza mágica* de las palabras y de los ideales, respectivamente. Tales palabras mágicas son por ejemplo: patria, nacionalismo, raza, Dios, libertad, etc., palabras que, a fuerza de una repetición milenaria, tienen sobre las masas el efecto de una *sugestión*, siendo aceptadas por ellas sin recapacitar sobre su contenido. Basta operar con estas palabras me-

dian­te una técnica sugestiva adecuada para movi­li­zar a las masas. Estas fuer­zas mágicas se encarnan en el dictador, de ahí que las masas se sometan sin vacilación al caudillaje de su padre simbólico, del dictador. La masa no es comprensible sin sus jefes o sin sus réplicas. El caudillo es el símbolo de las tendencias instintivas de la masa. La segunda característica fundamental de la masa es la irresponsabilidad, que también está determinada por la eliminación de la individualidad, es decir, el jefe, o la idea, en su calidad de Super-yo, se hacen cargo de toda responsabilidad.

Freud distingue dos formas organizadas de la masa: la iglesia y el ejército. En ambas actúa el poder arcaico del padre primitivo, reforzado por una organización que convierte el hombre en pleno ser instintivo.

"Moisés y la religión monoteísta" está dedicado, en el fondo, al problema de la psicología de las masas, puesto que en él Freud trata de demostrar que los procesos que se desarrollan en el alma del individuo repiten, *en miniature*, los procesos psíquicos que tienen lugar en la historia de la humanidad. Freud estudia en esta obra, una vez más, de un modo especulativo, cómo podríase tender un puente entre la psicología del Yo y la psicología de las masas. Freud ha hallado este puente en su nueva hipótesis "que la herencia arcaica del hombre encierra no sólo predisposiciones, sino también huellas de recuerdos de sucesos vividos por nuestros primeros antepasados". Para corroborar su punto de vista, frente al criterio biológico, hace suya la ficción de que nos transmitimos las huellas de recuerdos de impresiones externas.

Sabido es que Freud se ha dedicado en Londres, después de la publicación de su última obra, al estudio de las dictaduras, particularmente a la de Hitler. Huelga decir que se espera con sumo interés la publicación de esta obra, aún fragmentaria. Estos últimos trabajos de Freud constituyen una tentativa

de explicar el significado del gran hombre, del "caudillo", y, refiriéndose luego a Moisés, el sabio escribe lo siguiente:

"El gran hombre influye sobre sus contemporáneos de dos modos: por su personalidad y por las ideas que mantiene. Estas ideas pueden acentuar una antigua aspiración de las masas, mostrar a éstas una nueva meta o atraer su atención de algún otro modo. Algunas veces —éste es seguramente el caso más primitivo— actúa únicamente la personalidad mientras las ideas desempeñan un papel secundario. La razón de esto es que el gran hombre adquiere su importancia de un modo que no podemos explicarnos. Es sabido que las masas humanas sienten el imperioso deseo de tener una autoridad a la cual poder admirar, que ejerza el dominio, que ordene y que, incluso, en ocasiones, maltrate. La psicología individual nos ha enseñado de dónde deriva esta necesidad de las masas. Es el anhelo, el afán hacia el padre, que palpita en el individuo desde la infancia, hacia el mismo padre, cuya derrota se ensalza en la leyenda del héroe. Y ahora comienza a transparentarse el conocimiento de que todos los rasgos que hemos concedido al gran hombre corresponden a los rasgos del padre, y en esta analogía estriba la esencia del gran hombre que en vano buscábamos. La decisión del pensamiento, el vigor de la voluntad, la pujanza en la acción, pertenecen a la imagen del padre, y sobre todas estas cualidades, la autonomía y la independencia del gran hombre, la convicción divina de actuar sin tener en cuenta consideraciones de orden alguno. Se le debe admirar, se debe confiar en él, pero también hay que temerle..."

De acuerdo con su teoría de la psicología de masas, Freud refiere, pues, el significado psicológico del dictador, a la función de padre. Es de lamentar que no dispongamos de espacio para ocuparnos más detenidamente de la psicología de las dictaduras. Bástenos mencionar, de paso, la disertación de *Stekel*, que relaciona las posibilidades psíquicas del desarrollo de la dictadura, con el desmoronamiento del "complejo de autoridad". El derrumbe de las potencias centrales en 1918 —dice— trajo como consecuencia que los padres ya no estuvieran a la altura de la

autoridad moral que, sin embargo, reclamaban frente a sus hijos. Desde el punto de vista psicológico, la familia se desmoronó. Hijos se rebelaron contra sus padres, y Mussolini, Hitler, Pilsudski, Stalin, Dollfuss, Kemal Atatürk, etc., ocuparon el lugar del padre. Esta comprobación de Stekel es la explicación psicológica de la facilidad con que los miembros de la juventud hitlerista y de los "balila" pueden ser llevados a actuar en contra de sus padres, a espiar y delatar los actos y palabras de sus propios padres. A la pregunta: ¿por qué se somete el hombre a la autoridad del dictador?, Stekel responde que "a causa de una *epidemia de veneración psíquica* se funden la obediencia y la rebeldía, el amor y el odio. El dictador se convierte en redentor". Los tiempos cambian. Ahora se hace dictador quien en otros tiempos hubiera fundado una nueva religión o quien en tiempos normales hubiera sido internado como loco.

Para terminar, quisiera mencionar un nuevo criterio respecto a la psicología de masas, un criterio que subraya la necesidad de llegar a una síntesis de psicoanálisis y sociología. Tal como la sociología, partiendo de la comprensión de la sociedad, trata de comprender al hombre individual, afirmamos —completamente en contrario a Freud— *que en la psicología sólo se llegará a desentrañar los secretos del alma individual partiendo del alma colectiva.*

Lo mismo que la estructura del cuerpo de todo hombre corresponde a una anatomía general, por más que varíe el hábito de los distintos hombres y grupos humanos, hay también una estructura general, podemos decir una anatomía de la psiquis humana, y las desviaciones de la norma general determinan las características de la personalidad individual.

Psicológicamente no hay "hombre-individual", no hay más que "hombre-colectivo", cuyo consciente e inconsciente se ha llenado de un "contenido general" como consecuencia de la influencia y educación que ha experimentado durante mile-

nios, de parte de la sociedad. Cuanto mayor sea el espacio que dichos elementos generales ocupen en el alma individual, más libre de problemas, esto es, de conflictos, se hallará el hombre. En este orden de ideas, las neurosis se revelan como resultantes del conflicto entre el contenido general y el contenido psíquico individual. Para formar el nuevo hombre de la sociedad futura debemos dar al hombre actual un nuevo contenido general. El contenido general del Hombre-Masa de hoy ha sido formado por la educación de hoy es, pues, el representante psíquico de la ideología reinante. Los elementos que protestan siempre en el hombre, son componentes psíquicos del contenido individual del alma. El gran cambio del futuro estará caracterizado, psicológicamente, por el intercambio de valor de los dos contenidos. Es decir, según el ejemplo de Marx: cuando la pirámide de la sociedad sea colocada sobre su base y no sobre su cúspide.

Finalmente se nos presenta una última conclusión: El hombre más o menos libre de conflictos está satisfecho y se opone a cambios, tanto en su vida privada como en la sociedad. En el orden psicológico, esto significa que todos los grandes anhelos de la humanidad son impulsados por hombres neuróticos. *¡La neurosis cumple una función social!!*

Podemos decir que hombres neuróticos son los que ponen en marcha las revoluciones capaces de cambiar la faz del mundo; pero debemos agregar que sólo hombres psíquicamente sanos están en condiciones de llevarlas a término, para bien de la humanidad. He aquí la conclusión a que llegamos en nuestra síntesis respecto a la psicología de las masas. Aspiramos a una sociedad más sana de hombres sanos.

EL PSICOANALISIS DE LA GUERRA

"Hacemos la guerra porque en el fondo
somos asesinos".

Wittels.

No hay guerra alguna que no tenga primeramente una representación anímica en el alma de cada uno de los combatientes: superioridad de la raza, democracia, etc. Patria, justicia, libertad, religión, he aquí las ficciones psíquicas preferidas, en nombre de las cuales las masas humanas han sido conducidas camino del sacrificio, a lo largo de la historia. Pues bien, también nosotros, que hemos participado en la guerra mundial de 1914, aunque opuestos a dicha guerra desde el primer instante, hemos tenido nuestra ficción; también nosotros hemos dado a la guerra un contenido ideal. Hemos considerado la guerra como una matanza monstruosa, profundamente convencidos de que nuestra sangre, el sacrificio de nuestras vidas, podría lograr la redención del mundo. "Esta guerra será la última" —tal fué nuestra consigna; creímos que los millones que habían dado su vida —al fin de la guerra eran diez millones— no habían muerto en balde; que la sed de sangre de la humanidad se habría apagado para los siglos siguientes; que se iniciaría una nueva era de reconstrucción, de justicia y de paz mesiánica. Pronto, empero, resultó que nuestra ficción de la paz mundial tenía el mismo significado psíquico que todas las demás ficciones: *Para poder soportar la monstruosidad de la guerra*, tuvimos que eliminar nuestra individualidad; tuvimos que reemplazar nuestro amor propio, que, al mismo tiempo, significaba amor a la vida, por un

ídolo que desde lejos quizá pareciera mejor, más bello y más humano que los ídolos de la masa inflamada de entusiasmo bélico, pero que no por eso era menos falso y, a la larga, menos insoportable.

Desde la guerra mundial, la humanidad no ha disfrutado de un solo minuto de paz; nunca ha cesado la matanza en masa. Se han sostenido guerras abiertas, donde al menos el hombre luchaba contra el hombre y la máquina contra la máquina. Pero aún se han hecho cosas peores: millares, decenas de miles, centenares de miles de hombres indefensos han sido y son en estos días masacrados; en el centro de Europa ha surgido el culto de la fuerza en la forma más brutal que conoce la humanidad; ha nacido una nueva Edad Media y, en consecuencia, una nueva ficción de mentes idealistas: la de que la violencia sólo puede ser destruída por la violencia. Sí, nosotros mismos, fuerza es admitirlo abiertamente, hemos formulado la consigna terrible: ¡Guerra en nombre de la paz! ¡Guerra en nombre de la humanidad! Sí: ¡Guerra en nombre del socialismo!

La psicología de la guerra ha atraído ya durante la sangrienta guerra mundial a Sigmund Freud, que en 1915 escribió al respecto dos trabajos, bajo el título de "*Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*". En el primer trabajo, "La desilusión de la guerra", presiente que "la guerra no podrá ser concluída por medio de un simple pacto de paz. La guerra rompe todos los vínculos de unión entre los pueblos trabados en lucha y amenaza provocar una atmósfera de encono tal que impida durante largo tiempo una reanudación de estos vínculos..." Parece ser que la guerra actual no es más que una continuación de la anterior y que los veinte años transcurridos desde Versalles no han sido sino una pausa en la lucha.

La guerra le produjo a Freud dos grandes desilusiones: la primera fué la falta de moralidad de los pueblos hacia *afuera*, en tanto que hacia *adentro* aparentaban ser los guardianes de

las normas morales, y la segunda, la brutalidad de los individuos, a los que no creía capaz de tal cosa por ser miembros de la cultura humana llegada al más alto nivel.

Freud explica esta brutalidad por dos causas: El primer factor es *interior*, la influencia de los instintos malos, o como Freud dice: "indómitos", por el Eros; el segundo es *exterior*: la fuerza de una *educación* que enseña a los pueblos a odiarse recíprocamente. "Claro que parece misterioso —dice Freud— por qué los pueblos se desprecian, se odian y detestan aún en tiempos de paz. Yo no sé explicarlo".

Para comprender la actitud del hombre frente a la guerra, es preciso analizar la actitud del hombre frente a la muerte. En el segundo trabajo de su obra citada, Freud expone su opinión al respecto.

Todo hombre —dice Freud— está convencido de su inmortalidad. No nos gusta hablar de la muerte. Tiempos hubo en que pronunciar la palabra "muerte" equivalía a una indecencia. Para el hombre primitivo la idea de la propia muerte era tan inconcebible como para todos nosotros. Ahora bien: "el hombre primitivo fué, sin duda, un ser dominado por vehementes instintos, fué más cruel y maligno que otros animales. Mataba con gusto y con aire de naturalidad. No debemos atribuirle el instinto que impide a los otros animales matar y devorar a seres de la misma especie".

Y el hombre no ha perdido su condición de hombre primitivo. Ha quedado su crueldad, pero también su actitud frente a la muerte: sigue sin poder concebir ni soportar la idea de su propia muerte. Sólo a través de la muerte de las personas queridas se le manifiesta la muerte como una realidad. No han sido factores *intelectuales*, como creen los filósofos, sino factores del *sentimiento*, la identificación con el muerto, los que inculcaron al hombre la idea de la muerte. De esta actitud ambivalente: tomar en serio y al mismo tiempo negar la muerte, nació la pri-

mera ley moral de la humanidad: "No matarás". Sin embargo, el hombre primitivo posee, según Freud, una sensibilidad ética que el hombre civilizado ha perdido. El guerrero primitivo no debía, después de la lucha, volver a su aldea mientras no se hubiera "purificado", hasta que hubiera transcurrido cierto plazo de expiación. La humanidad europea ya no conoce tal plazo de expiación, tal purificación del alma.

La guerra ha acabado con la actitud convencional del hombre frente a la muerte. Ya no es posible negarla. A causa de esto, la vida ha recobrado interés y valor y su contenido pleno.

Freud resume como sigue su criterio:

"Nuestra inconsciencia es tan inaccesible a la idea de la propia muerte, tan cruel contra el extraño, tan ambivalente contra la persona querida como el hombre primitivo. ¿No sería mejor otorgar a la muerte, en realidad y en nuestro pensamiento, el lugar que le corresponde y llevar a la conciencia nuestra actitud inconsciente frente a la muerte, que hasta ahora hemos reprimido tan cuidadosamente? ¿No sería mejor cambiar la frase: "Si vis pacem para bellum", por esta otra: "Si vis vitam para mortem", quieres la vida, prepara la muerte..."

Ahora, al iniciarse una nueva y aún más horrible guerra mundial, debemos plantearnos esta interrogación: *Podía haber sido impedida esta guerra? En general, ¿es posible impedir la guerra?* ¿O debemos resignarnos a la formulación de Freud, según la cual "la guerra es una penosa necesidad de la vida, pues parece natural, bien fundada en una base biológica y en la práctica difícilmente evitable"?

El interrogante, "¿es posible impedir la guerra?", que nos preocupaba incesante y profundamente a todos los combatientes de la última guerra, fué planteado también por una institución de la Sociedad de las Naciones, el "Institut International de Coopération Intellectuelle", en forma de una correspondencia cambiada entre Albert Einstein y Sigmund Freud. Físico el uno

y psicólogo el otro, ambos saben muy bien que no pueden pretender competencia en esta cuestión. Porque la guerra, según Macchiaveli, es "política hecha con las armas". Pero dirigirse a políticos imperialistas hubiera sido lo mismo que preguntar a un carnicero si sería posible dejar de comer carne, o a un tabernero cómo podría conseguirse que los hombres dejaran de beber alcohol. La respuesta de los sociólogos defensores de la ideología imperante no ofrece interés alguno, y la de los que piensan de acuerdo con el criterio dialéctico-materialista ya ha sido dada con anterioridad y en términos claros: la guerra es una de las instituciones más necesarias e indispensables de la sociedad dividida en clases y en cuyo seno se desarrolla permanentemente la lucha de clases. Sólo la sociedad sin clases es capaz de eliminar la guerra como elemento institucional, afirmación ésta cuya prueba se espera ahora de un pueblo cuyos dirigentes gobiernan una sexta parte de la tierra y que hasta ahora no han podido tampoco prescindir del homicidio.

Creemos, con todo, que la correspondencia mencionada encierra para nosotros muchas enseñanzas. Einstein y Freud no sólo son los dos sabios y pensadores más eminentes de nuestro tiempo, sino que al mismo tiempo representan al "homo sapiens" en su sentido goetheiano.

Einstein, que estaba en libertad de dirigirse a quien quisiera, se dirigió a Freud porque sentía que "la paz se ve ante trabas que un hombre ignorante en psicología sólo puede entrever, pero no explicar, por desconocer las conexiones". Einstein hace constar en su carta que la eliminación de la guerra es *cuestión de vida y muerte* para la humanidad civilizada. Cabe hacer notar que en esta nueva guerra mundial la aseveración de que la guerra tiene el fin de salvar a la civilización humana de la barbarie parda es una *ficción psíquica*.

Quiero descartar todo lo referente a la política, pero no puedo menos que comprobar que precisamente los políticos del

imperialismo franco-británico, han demostrado que se trata meramente de una ficción psíquica.

Einstein cree que la solución práctica encaminada a eliminar la guerra sería la organización de un foro internacional, tal como la Sociedad de las Naciones, pero dotado de los medios necesarios para hacer valer su decisión y voluntad. "El derecho y el poder —escribe Einstein— se hallan unidos inseparablemente, y los fallos de un órgano judicial se aproximan tanto más al ideal de justicia de la comunidad en cuyo nombre e interés se administra justicia, cuanto mayor sea el poder de que dispone esta comunidad!..." Ahora bien, sabemos que ningún Estado imperialista-capitalista está dispuesto a renunciar a una parte de su soberanía con miras a dotar a tal institución de los correspondientes instrumentos de poder. Einstein plantea tres interrogaciones, que pueden servir a una exposición psicológica del problema.

Primera: ¿cómo es posible que la clase dominante logre, guiada por sus intereses materiales, poner a la gran masa del pueblo, para la cual la guerra no significa sino un aumento de sufrimientos y privaciones, al servicio de su aparato bélico?

Einstein da al respecto una respuesta enteramente acertada desde el punto de vista fenomenológico, pero que necesita un ulterior complemento psicológico: Esta capa belicosa de la clase imperante —responde— controla las escuelas, la prensa y, por lo general, también las instituciones religiosas, lo cual la pone en condiciones de usar a las masas como instrumento pasivo y de modelar a su antojo los sentimientos del pueblo.

Su segunda interrogación es de más hondo alcance: *¿cómo es posible llevar, a través de esta influencia, el entusiasmo de las masas hasta el frenesí y al sacrificio de la propia vida?* Einstein cree que "en lo más hondo del ser humano alienta un ansia de odiar y de destruir. Esta tendencia, latente en tiempos normales, se manifiesta solamente en los sujetos anormales. Sin

embargo, es relativamente fácil despertarla y convertirla en una psicosis colectiva".

Por último, Einstein plantea una tercera interrogación, a la cual no puede responder: *¿Hay posibilidad de fortalecer, a través de una influencia adecuada del desarrollo psíquico del hombre, la resistencia contra el frenesí de venganza y de destrucción, hasta el punto de hacer imposible la guerra?*

Einstein cree que los llamados "intelectuales" sucumben a la sugestión colectiva bélica más fácilmente que el hombre inculto, que basa su ideología en experiencias propias, y no en la palabra escrita.

Freud, en su respuesta, parte de la relación *violencia-derecho*. En el reino animal, y el hombre no puede excluirse de él, las diferencias se solventan en todos los casos por la violencia. Al principio, también en la horda humana, la fuerza bruta ha decidido las cuestiones de derecho. Más tarde la fuerza física fué reemplazada por las armas, pero siempre se trata del derecho del más fuerte, de que el más fuerte puede imponer su voluntad por el empleo de su fuerza, y luego por el manejo hábil de su arma. La destrucción completa de la voluntad del adversario se consume por la muerte del mismo. La eliminación del contrinicante está a tono con el carácter de la violencia, pero también con el instinto humano. Sólo más tarde se reconoce que puede hacerse mejor uso del adversario utilizándolo como esclavo, como animal de labor.

La evolución puso de manifiesto que el poder de la comunidad es superior al poder del individuo: "L'union fait la force".

El derecho es la violencia de la comunidad impuesta al individuo. Pero esta comunidad debe ser duradera; no sólo se reconocen los intereses comunes, sino que este hecho crea y debe crear una vinculación psíquica, un sentimiento de solidaridad, que es la verdadera base del poder de la masa. Aunque Freud no lo dice en esa oportunidad, queremos dejar sentado

desde ya que esta vinculación interior de la comunidad es creada y robustecida no sólo por el afecto mutuo —afecto que tiene aquí el significado psicológico de identificación— sino por el odio contra los no comprendidos dentro de la comunidad. Este odio común y no el de la vinculación interior, quizá sea el elemento de unión más importante de la comunidad.

La violencia del individuo se ha tornado, pues, en poder de la comunidad y, a través del poder, en derecho. Sin embargo, el derecho exige que la comunidad conserve su homogeneidad. Las diferencias en el seno de la comunidad determinan la división. Un grupo, los gobernantes, quieren sobreponerse al derecho común, en tanto que el otro grupo, los oprimidos, quieren posesionarse de este derecho. Esta lucha provoca una modificación del derecho, lo cual puede también ser el resultado de una evolución pacífica.

Sólo es posible eliminar la guerra mediante la creación de un poder único, central. En otras palabras: la guerra no puede ser eliminada. La tentativa de reemplazar la fuerza real por el poder de las ideas está condenada al fracaso. No existen hoy día tales ideas; tampoco el Cristianismo tiene tal carácter. Debemos tener presente en todo momento que el derecho fué originariamente la fuerza bruta y que aún hoy no puede prescindir del apoyo de la violencia.

A continuación, Freud analiza la cuestión de la guerra también desde el punto de vista de su teoría de los instintos. Como enseña el freudismo, dos clases de instintos viven en el hombre: los de la vida, que son los del "Eros" en el sentido de Platón, y los de la muerte y de la destrucción. Ambos aparecen juntos, se condicionan mutuamente; no son ni "buenos ni malos" en el sentido ético, sino simplemente fenómenos de la vida.

El instinto de la muerte se transforma en instinto de la destrucción al orientarse hacia los objetos del mundo exterior. El ser viviente conserva su vida propia destruyendo la ajena. Freud

llega a la conclusión de que es inútil toda tentativa de extirpar las tendencias agresivas del hombre.

La lucha contra la guerra puede realizarse en forma indirecta. Contra la guerra como consecuencia del instinto agresivo, se moviliza, naturalmente, el amor, el Eros. Todo cuanto crea vínculos entre los hombres se opone a la guerra. Estos vínculos pueden ser: amor o identificación. El ideal sería una comunidad de hombres que subordinan su vida afectiva al dictado de la razón. Pero esto es una utopía, dice Freud. Sabemos, empero, que toda nueva verdad es una utopía materializada y preferimos creer, precisamente en estos días de terror, aún al comienzo de esta nueva guerra mundial, en la dictadura de la razón sobre la dictadura de los instintos, aunque sea una utopía, antes que en esa verdadera dictadura que se alimenta de los instintos agresivos de las masas y que, despertando todos los instintos agresivos latentes, anula la evolución histórica que transformó la violencia en derecho, volviendo a reemplazar el derecho por la fuerza brutal de la horda primitiva.

El Dr. *Glover*, Director del "Instituto de Investigación Científica Psicoanalítica de Londres", en su libro *War, Sadism and Pacifism*, sostiene que "una gran parte de la energía que impulsa hacia la organización pacífica tiene, precisamente, el mismo origen que la energía que propende a la guerra", y, por consiguiente, las medidas pacifistas tienden a hacerse inseguras, pues "en ciertas circunstancias de tensión" se revelan como impulsos agresivos.

Glover cree que la conducta más realista sería sentarse juiciosamente y redactar un plan de mil años que aspire a una solución de los conflictos inconscientes sin tener que recurrir a la guerra. Sugiere, como una medida subsidiaria de seguridad, efectuar una investigación en los dictadores, ministros extranjeros, diplomáticos y delegados pacifistas acerca de si sufren o

no de impotencia psicosexual. (Citado por Osborn en su libro: "Freud y Marx").

Por pesimista que se manifestara Freud —desgraciadamente, su pesimismo se ha visto corroborado plenamente por los hechos posteriores— él enuncia una tesis que queremos hacer nuestra: *"Todo lo que sirve a la evolución cultural se opone a la guerra"*.

Pero lo más terrible es que nos tememos que Freud tenga razón al afirmar que también la guerra, como la de la "pax romana", puede estimular el progreso cultural. Dada la base biológica de los instintos agresivos, es muy dudoso que la humanidad disponga, para la destrucción aún temporal de la violencia, de otro medio que la violencia.

Examinemos ahora la cuestión desde el punto de vista de la psicología de las masas. La guerra la hace una masa especial. Freud —como sabemos— distingue dos formas organizadas de la masa: la iglesia y el ejército. En ambos actúa el poder mágico del caudillo, reforzado por una organización que convierte al hombre en pleno ser instintivo. Existen dos vinculaciones puramente primitivas e instintivas: primero, la vinculación al caudillo, al jefe religioso, etc., que corresponde a la relación entre padre e hijo, y segundo, la vinculación entre los miembros de la comunidad, es decir, en el caso del ejército, la vinculación entre los combatientes. Agreguemos aún que esta vinculación es puramente masculina, por la cual tiene el carácter de una homosexualidad psíquica.

Lo antedicho no es mera teoría; sirve para arrojar luz sobre una característica psíquica notable de la guerra. Los soldados en el frente, naturalmente cuando no hay lucha ni movimientos, viven por lo general en un estado eufórico. Por repugnante que parezca la afirmación, son felices, felices en el sentido de que se hallan enteramente desprendidos de la vida anterior, llena de preocupaciones de toda clase. Todos se sienten libres de toda responsabilidad: la individualidad se reduce a las funciones ele-

mentales de la vida. Dormir, comer, beber, defecar, cobran una importancia tremenda y descartan cualquier otro problema. Hasta qué punto la guerra elimina la individualidad resalta del hecho de que en la guerra mundial los soldados recibían antes del ataque una ración de ron. Y también las informaciones más recientes revelan que algunos aviadores alemanes derribados se hallaban en estado de ebriedad. Quiero mencionar a este respecto, basado en mi experiencia personal, que durante las cargas de la caballería no pensaba sino en mis camaradas; que estaban en peligro de muerte y que podían morir en cualquier momento. No se me cruzaba por la mente la idea de que yo, como ellos, me hallase en peligros. Esto significa, en el orden psicológico, que tenía que eliminar mi propio yo para poder soportar el miedo a la muerte. Esta comprobación me ha sido confirmada por muchos camaradas.

Claro está que no siempre se logra eliminar la individualidad propia. Podemos afirmar que en el soldado que se entrega a la acción, es decir, que combate, que avanza contra el enemigo, el "yo" se esfuma, lo mismo que el miedo a la muerte. En cambio, si el soldado se ve obligado a guardar una actitud pasiva, por ejemplo, a causa del fuego graneado del enemigo, se apodera de él un miedo terrible. Los héroes que avanzan sin tener en cuenta el peligro, experimentan, psíquicamente, la eliminación del yo. El heroísmo no es, pues, en el fondo, sino una huida hacia adelante; el individuo trata de huir de su propio yo. Como hemos dicho, en la masa organizada que es el ejército, el caudillo toma el lugar del yo. Ninguna guerra, ejército o iglesia, es posible sin que exista un caudillo poderoso; cuanto más encarne el caudillo las tendencias instintivas de la masa, tanto más homogénea y más compacta será la de los combatientes. Esto significa también que el individuo no puede desprenderse de esta masa y que en el momento en que se rompa el vínculo entre el dictador o el caudillo, o el ídolo y la masa, el individuo ya no

pisa terreno firme. El *pánico* que significa la disolución de la masa, significa, en el orden psíquico, que el individuo recupera su propio yo y no sabe qué hacer con él.

Los dictadores tienden siempre a crear una masa disciplinada y que se someta incondicionalmente. La superioridad estará, entonces, de parte de aquellas unidades militares cuyos hombres no se hallan bajo la presión psíquica de un dictador, sino como hombres libre bajo la de una idea, como cuyos representantes se sientan. Desde el punto de vista de la psicología de guerra, se pone así de manifiesto la diferencia entre la masa dictatorial y la masa democrática.

La eliminación del individuo (combatiente) de la masa y la recuperación del propio yo puede revestir aún otra forma: el individuo se vuelve contra su *superyo*. Cuanto más disciplinada y sumisa haya sido la masa, tanto mayor será la brutalidad con que en caso de derrota (militar) se vuelva contra el caudillo o contra la idea que ha representado su *superyo*. En el orden psíquico, este fenómeno significa que el yo del hijo se alza contra su padre. Los acontecimientos revolucionarios de la postguerra, particularmente en Alemania, donde había habido un ejército disciplinado, señalan desde ya las consecuencias que puede acarrear el momento en que el dictador desaparezca como encarnación del *superyo*, en que se salga de su papel psíquico. Tales acontecimientos son siempre fenómenos colectivos y se rigen por las leyes de la psicología de las masas.

El psicoanálisis sigue también en este terreno fiel a sus métodos. Estudia al individuo, al hombre neurótico, para comprobar el proceso dinámico que se opera en el combatiente. Como es sabido, la guerra ha producido miles y miles de casos de neurosis de guerra. Se trata de hombres que evidencian ciertos fenómenos histéricos, determinados por alguna experiencia de la guerra. Sabemos que estos fenómenos físicos constituyen conver-

siones de fenómenos psíquicos. El cuerpo es el instrumento del alma.

Durante la última fase de la guerra mundial, en el año 1918, la Asociación Psicoanalítica Internacional ha dedicado su quinto congreso a la cuestión de las neurosis de guerra. Este hecho es muy significativo desde el punto de vista médico, pues suministró la prueba de que el criterio psicoanalítico que ve la causa de la neurosis en un trauma de contenido sexual, puede ser también aplicado a la etiología de las neurosis de guerra. El trauma de guerra se relaciona siempre con un trauma anterior y sirve, además, al proceso que el psicoanálisis denomina "beneficio de enfermedad".

No deja de ser extraño que tales neurosis de guerra nunca se comprueban en los heridos graves (raras veces en los prisioneros de guerra), y que después de la guerra todos los síntomas desaparezcan más o menos completamente. Es también un hecho extraño que aquellos que durante el avance eran presa de violentas convulsiones, cumplieron sin temblar la tarea mucho más ardua de la retirada. ¿Qué significan estas neurosis de guerra? Significan una tentativa del individuo de refugiarse en la enfermedad. Hemos visto que el hombre comprendido dentro de la masa ha renunciado a su propio yo, concentrando su libido sobre un solo objeto: el ideal, el caudillo, el dictador. Como consecuencia de alguna experiencia horrible, pierde el amor a dicho objeto, al ideal, al caudillo, al dictador, que no ha podido salvarlo del horror. Retorna, pues, a su propio yo y, en una actitud *narcisista*, recurre a un estado morbosos para prevenirse contra nuevos peligros derivados de la guerra. Todas aquellas neurosis de guerra representaban una *regresión narcisista* a una fase de la infancia. Vemos, pues, que el desmoronamiento de la confianza en el caudillo conduce o a la revolución o a la neurosis. Hay, sin embargo, aún otro camino.

Dos son los deberes que se le ponen al soldado: estar dis-

puesto a *morir* y a *matar*. Cabe subrayar que el *deber de matar* corresponde a los instintos agresivos de que hemos hablado. Estos instintos agresivos pueden orientarse con tanta intensidad hacia el mundo exterior, que la disposición a morir no halla posibilidad de manifestarse. Así nacen también las leyendas de invulnerabilidad. Muchos investigadores han dado a gran parte de los fenómenos traumáticos la interpretación de que constituyen una expresión simbólica del deseo de morir. También los sueños de soldados en el frente y en los hospitales, que fueron estudiados durante la guerra mundial por algunos psicoanalistas, señalan el deseo de la muerte.

Dados los sufrimientos y privaciones de la guerra, la influencia del *superyo* sólo puede ser de poca duración. El dictador, la idea en nombre de la cual combate, pierde su fuerza sugestiva. El superhombre-dictador se convierte en un hombre odiado, que es causa de todos esos sufrimientos y privaciones y lleva a las masas humanas camino de la muerte. En el orden psíquico, esto significa que el yo entre en conflicto con el super yo. El yo que tenga fuerzas para rebelarse puede entonces establecer su equilibrio, hallar el camino de retorno a su vida normal. Si el yo es débil, lo envuelve y conserva una neurosis de guerra. La tentativa de refugiarse en la enfermedad puede también ser una tentativa de huir del suicidio.

En vez de destruirse por completo, el hombre destuye una parte de su ser, una parte de las posibilidades de su cuerpo. Ahora bien, sabemos que el dinamismo psíquico del suicidio estriba en el deseo del individuo de destruir, a través de su propio ser, a la persona con quien se ha identificado.

Los procesos psíquicos en la guerra y sobre todo el desarrollo de la neurosis de guerra se nos revelan profundamente a la luz del folletín del Prof. Gregorio Bermann sobre: "Problemas actuales de la neuropsiquiatría de guerra".

Bermann fué jefe de una misión médica en Madrid durante la guerra civil española. El autor dice:

"En esta guerra civil, en esta guerra social, hay una identificación entre los instintos del Yo y el *Superyo*. En vez de servir y de sacrificarse en contiendas internacionales de monstruoso sentido económico, político y humano, han ofrendado lo mejor de sí mismos a sus ideales, sirviendo así sus propios vitales intereses. Echan en olvido el elemento narcisístico, que integra naturalmente la personalidad, y aun en ciertos casos hasta al narcisismo patológico. Los conflictos íntimos determinantes de neúrosis y que inhiben para la acción, ha servido en ocasiones para lanzarlos a la batalla".

El ejemplo histórico para el derrumbe del *superyo* lo da la llamada *aveda* de los judíos, luego de las Cruzadas. A pesar de que la religión judía condena rigurosamente el suicidio, los judíos se suicidaron por grupos, junto con sus mujeres y niños, como consecuencia de las persecuciones antijudías. Es un hecho extraño el que los judíos hasta se hayan suicidado en lugares donde no había peligro alguna para la comunidad judía. Tal actitud explica, en el orden psicológico, como una especie de venganza frente a Dios, que había abandonado a los judíos. En esa época se suicidaron más de cien mil judíos. El judío mató a Dios en su alma.

Tuve a menudo ocasión de comprobar, durante la guerra mundial, el formidable heroísmo de hombres que, inflamados de ardor bélico, habían partido para la guerra y que habían perdido por completo su entusiasmo guerrero. Su heroísmo no era otra cosa que una especie de suicidio colectivo. Conforme aumentan las privaciones y el horror de la guerra, a medida que se prolongan las hostilidades, crece el odio contra la persona o contra la idea con la que se había identificado el alma del soldado. El heroísmo de aquellos combatientes es una especie de suicidio y se rige por la ley psíquica del mismo. Las masas desilu-

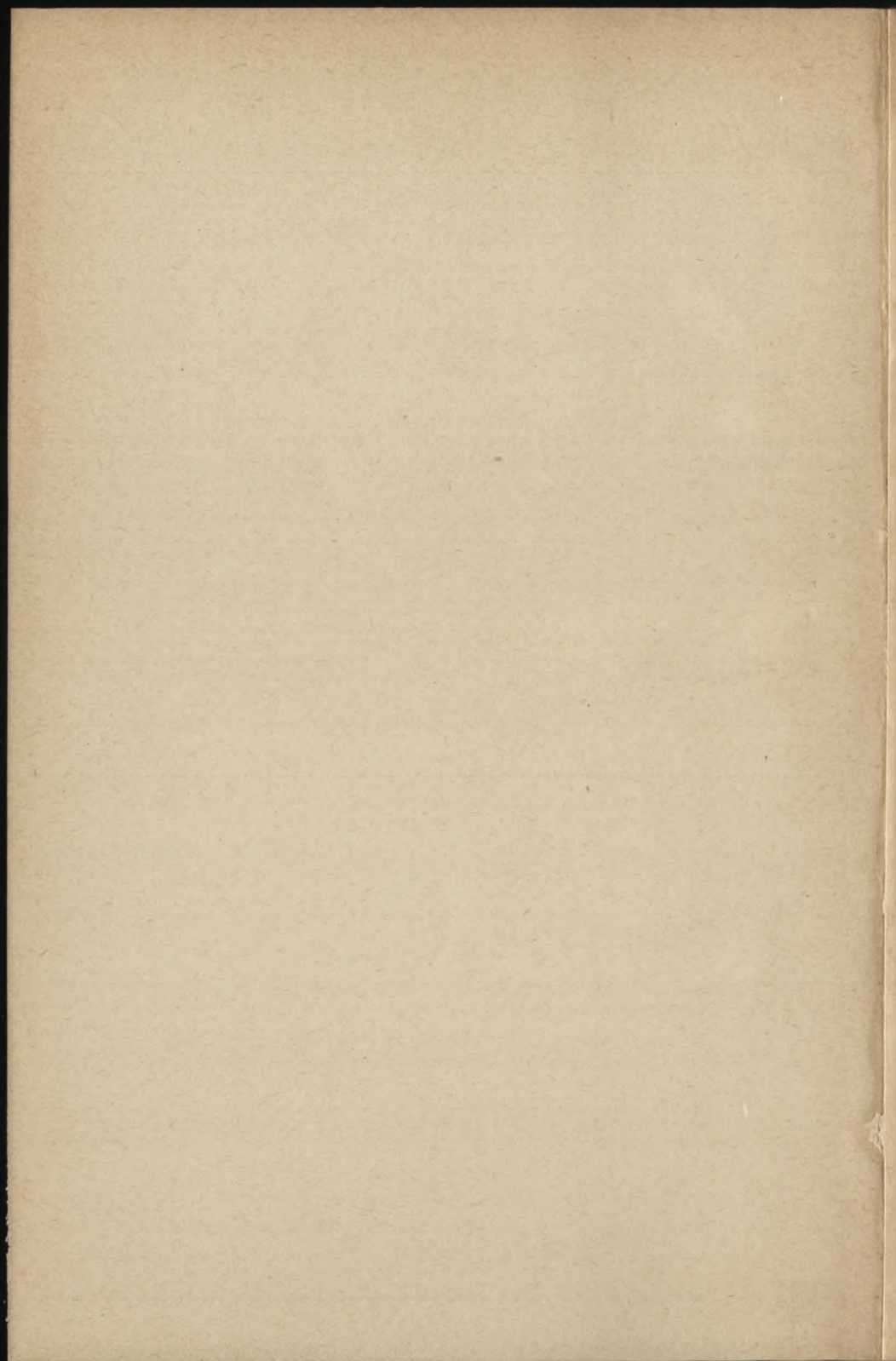
sionadas se destruyen a sí mismas, pues sus instintos agresivos son demasiado débiles como para hallar satisfacción en el homicidio, y su ser es demasiado pasivo como para rebelarse. Estoy convencido de que la guerra es también un horrible suicidio colectivo. Es terrible ver confirmado este criterio por los acontecimientos más reciente.



Somos testigos históricos de una guerra mundial que acaso sea aún más horrible de lo que fué la gran guerra pasada. Estamos convencidos de que la guerra no es una necesidad ineludible. La guerra la fabrican los políticos imperialistas y los dictadores. Pero la capacidad de resistencia de las masas puede desarrollarse hasta el punto de impedir a los políticos movilizar los instintos primitivos de la agresión y del odio. Esta guerra ha venido a corroborar mi vieja creencia de que los pueblos de Europa, si bien han adoptado el régimen político de la democracia, no han podido libertarse interiormente, con pocas excepciones, de la opresión milenaria. Aún no hay hombres libres en Europa, particularmente en Europa Central. *El hombre sólo puede libertarse por sus propios medios.* Los hombres europeos aún no se han libertado. Ser libre significa poseer un yo bien definido, que sabe establecer un sano equilibrio entre las exigencias de la sociedad, por una parte, y las exigencias de sus instintos, por la otra. En los países dictatoriales, el yo del hombre oprimido es tan débil que ha sido posible que una ficción morbosa, encarnada en un hombre morbosó, tome el lugar del *Superyo*.

En esta hora en que los pueblos de Europa pasan por los momentos de suma gravedad, no olvidemos las profundas palabras de Freud: "¡Todo cuanto sirve de progreso cultural, se opone a la guerra!"

INDICE



	Pág.
Prof. Emilio Mira y López: Prólogo	7
Introducción	11
FREUD Y SU OBRA	15
<p>Las tres fuentes de la resistencia contra el psicoanálisis: el narcisismo biológico, cosmológico y psicológico. — ¿Qué es el psicoanálisis? — El materialismo médico del siglo XIX. — Freud, médico de la humanidad.</p>	
DE LA HIPNOSIS HASTA EL PSICOANÁLISIS	29
<p>El camino científico de Freud. — Su lucha interna contra la profesión del médico. — Charcot y Freud. — La histeria: lente de aumento del alma. — Hipnosis y sugestión. — Breuer y el método catártico. — Los primeros descubrimientos. — El dinamismo de la represión y de la resistencia. — Los primeros rechazos. — La libre asociación.</p>	
LA TEORÍA SEXUAL DEL PSICOANÁLISIS	43
<p>El concepto clásico de sexualidad. — El pan-sexualismo. — Las tres fases de la evolución sexual del niño. — La personalidad y la evolución sexual. — Un nuevo concepto sobre la latencia. — Fons et origo: el Complejo de Edipo. — La pubertad. — Hacia una nueva ética sexual.</p>	
VIDA Y MUERTE: LA METAPSICOLOGÍA DE FREUD	63
<p>¿Psicoanálisis o freudismo? — Qué es el alma. — La psicología de los instintos. — Eros y la muerte. — El concepto dinámico, económico y topográfico del alma. — La teoría de la libido. — El principio del placer. — Conciencia, preconciencia y subconciencia. — La Geología de la psique. — El Yo, el Ello y el Super-yo. — La memoria y el recuerdo.</p>	

	Pág.
LOS SUEÑOS Y SU INTERPRETACIÓN	89
<p>¿Por qué dormimos, por qué soñamos? — El reposo: la huida de la realidad. — ¿Es posible interpretar los sueños? — El contenido manifiesto y latente de los sueños. — El dinamismo de los sueños. — El insomnio.</p>	
PSICOANÁLISIS EN LA VIDA COTIDIANA Y DEL CHISTE	109
<p>Casualidad o causalidad en los actos fallidos. — El juego de la represión y expresión. — Los errores y los actos fallidos son confesiones involuntarias. — Psicología del accidente. — Chiste y humorismo. — La risa. — Freud, sobre Don Quijote. — La psicología del chiste judío. — Chiste y melancolía.</p>	
EL TRATAMIENTO PSICOANALÍTICO	125
<p>La formación psicoanalítica. — El análisis profano. — La situación analítica. — La personalidad del analizador. — La regla fundamental: la libre asociación. — La transferencia. — El tratamiento activo y pasivo. — La lucha contra la resistencia. — La crítica del método analítico. — Las indicaciones psicoterapéuticas. — Las grandes escisiones. — Pro memoria Wilhelm Stekel. — Alfredo Adler y la psicología individual. — Jung. — Wilhelm Reich y el análisis del carácter. — El enfermo siempre tiene razón.</p>	
EL ORIGEN DE LA SOCIEDAD Y DE LA CULTURA	149
<p>Sobre "Totem y tabu". — El complejo de Edipo como base de la sociedad. — Una historia arcáica. — El totemismo: la primera forma de la religión. — El debate acerca del Complejo de Edipo. — Malinovsky descubre una sociedad matriarcal. — La religión: una neurosis colectiva de la humanidad. — El Dios-Padre del monoteísmo. — El simbolismo de la circuncisión. — El pecado original del cristianismo. — La eucaristía. — El significado histórico de las religiones.</p>	

PSICOANÁLISIS DEL ANTISEMITISMO 167

La Biblia, primer libro de Freud. — Un resumen sobre las fuentes del antisemitismo. — El judío: temible por extraño. — Dios-Padre y Dios-Hijo. — La circuncisión y el complejo de castración. — La acusación de "asesinatos rituales". — La rebelión contra Dios. — Una pregunta sin respuesta.

PSICOANÁLISIS Y EDUCACIÓN 177

La educación infantil y las normas psicoanalíticas. — La educación significa: impedir, prohibir y suprimir. — El sentimiento de culpabilidad. — El origen de la angustia. — El papel de los padres. — El desarrollo del carácter. — La importancia de los primeros años. — La valoración del sexo. — El niño sabe todo. — La escena primitiva y el niño. — La masturbación. — Las revelaciones sexuales y su solución. — El castigo corporal. — El psicoanálisis en la escuela. — La pedanalítica, nueva ciencia. — La formación psicoanalítica de los educadores. — Las pandillas. — Las tres profesiones imposibles: educar, curar y gobernar.

UNA CRIMINOLOGÍA PSICOANALÍTICA 197

El dinamismo psicológico del delito. — Criminalidad y neurosis. — El infantilismo del delincuente. — Lo inconsciente en el derecho penal. — La racionalización posterior del crimen. — Las causas del sentimiento de culpabilidad. — El deseo y la necesidad del castigo. — El criminal por sentimiento de culpa. — Dinamismo del castigo. — La expiación. — La obsesión de confesar. — La psique del testigo. — El suicidio. — Castigar o curar.

EL PSICOANÁLISIS EN LA LITERATURA Y EN EL ARTE 217

La verdadera esencia humana. — El talento y el proceso de plasmación. — El dinamismo de la creación artística. — La sublimación. — El fenómeno artístico. — Los sueños diurnos comunes. — La inspi-

ración. — La relación entre el artista y su obra. — El placer artístico y el efecto de la obra. — La correspondencia de lo inconsciente. — El simbolismo. — Lo sobrenatural, lo trágico, y lo chistoso, como tres elementos estéticos. — El idioma es la creación artística suprema. — Psicoanálisis de la música. — El arte primitivo. — La danza, la poesía, el drama, la tragedia y la comedia. — El actor, sacerdote del arte. — Arte primitivo. — El tatuaje. — Las artes gráficas y plásticas. — El simbolismo de la arquitectura.

FREUD Y MARX 237

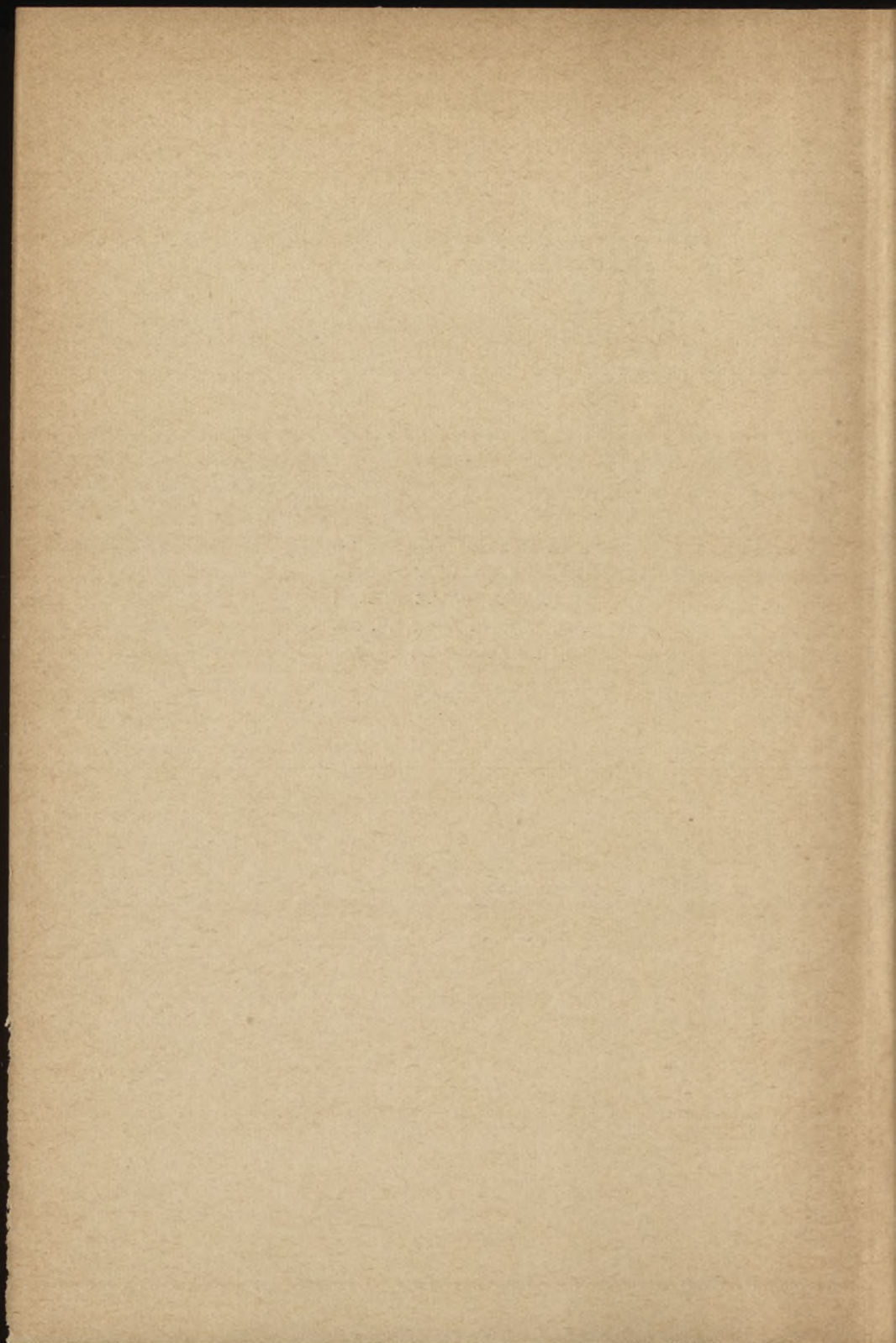
La aclaración de los conceptos. — Las condiciones objetivas y subjetivas de la sociedad. — El psicoanálisis como superestructura. — El hombre individual y él de masa. — Freud ataca al marxismo. — Un debate entre comunistas y psicoanalistas. — La posición de W. Reich. — De Man y la psicología del socialismo. — La psicología freudiana de las masas. — El prestigio del super-yo. — La sugestión del caudillo y de las ideas. — Psicoanálisis de las dictaduras. — El gran hombre. — La epidemia de veneración psíquica. — La función social de la neurosis.

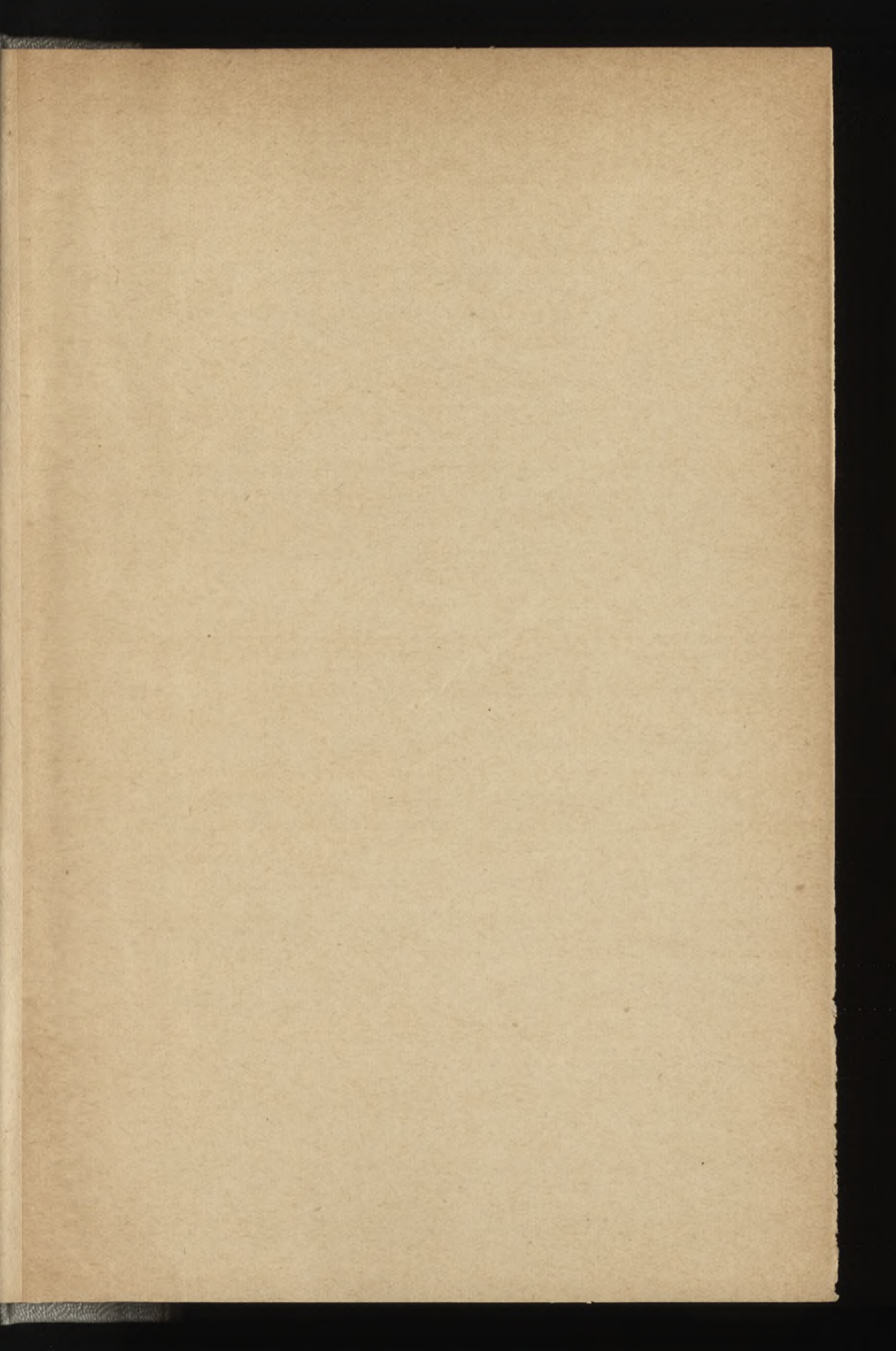
PSICOANÁLISI DE LA GUERRA 255

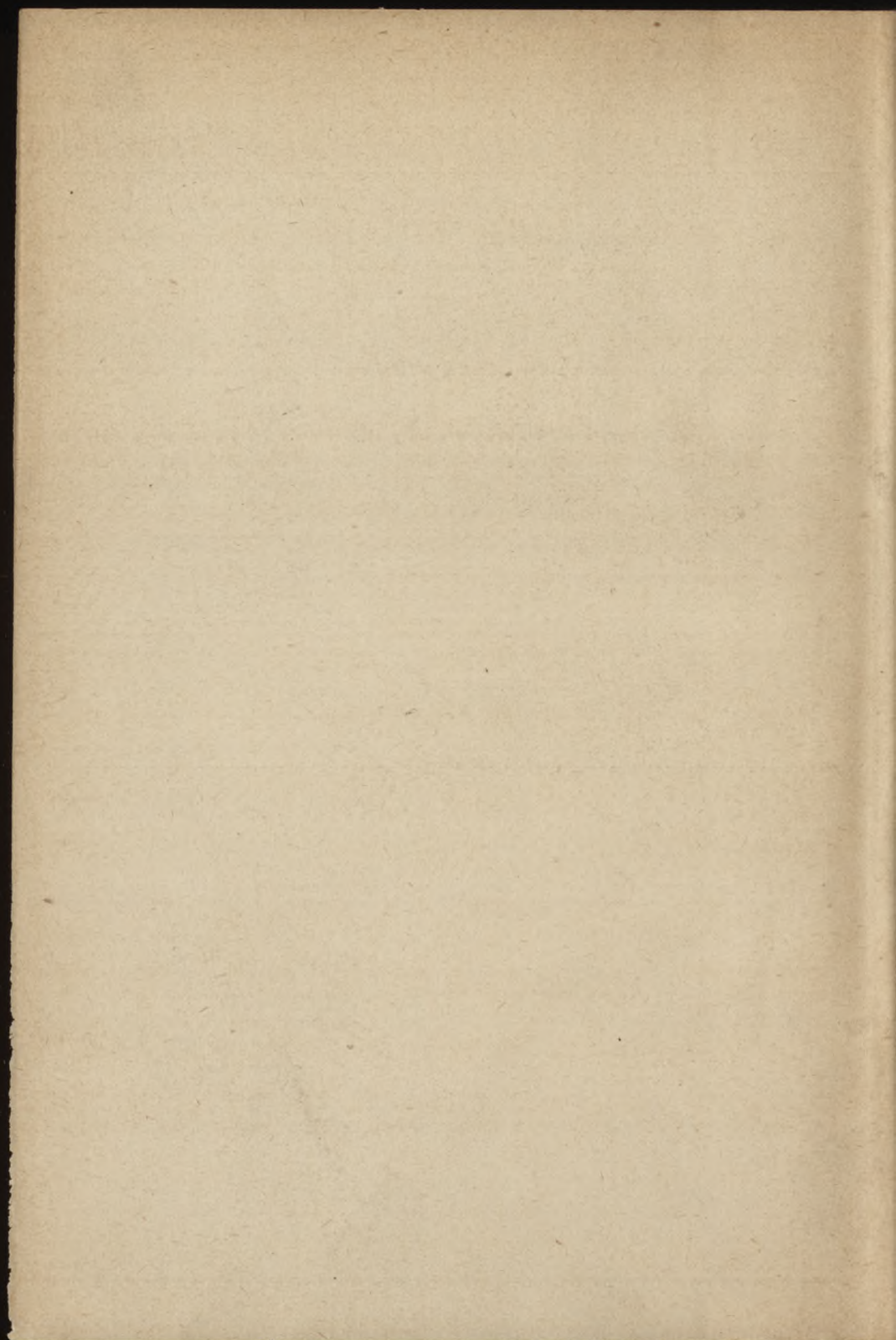
La guerra como fenómeno psicológico. — ¿Es posible impedir las guerras? — La guerra y la muerte. — Si vis vitam para mortem. — La polémica entre Einstein y Freud. — El instinto de la muerte y de la destrucción. — La guerra y la psicología de las masas. — El heroísmo. — La eliminación de la individualidad. — La función del super-yo en la guerra. — Morir y matar. — La neurosis de guerra. — Todo lo que sirve a la evolución cultural se opone a la guerra.

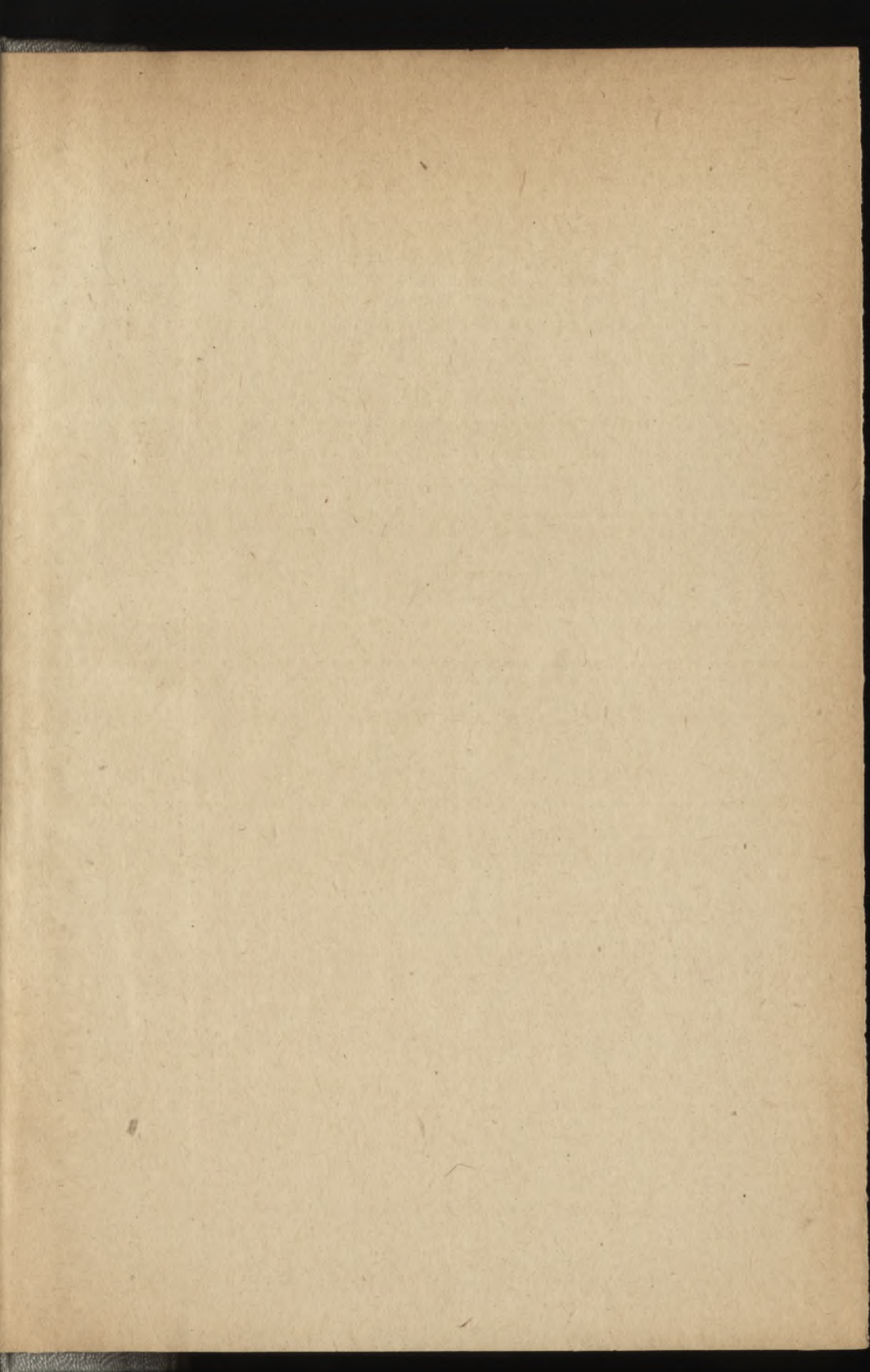
ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EN LA IMPRENTA
MERCATALI, CALLE ACOYTE
269, BUENOS AIRES, EL DÍA
12 DE AGOSTO DE 1940.

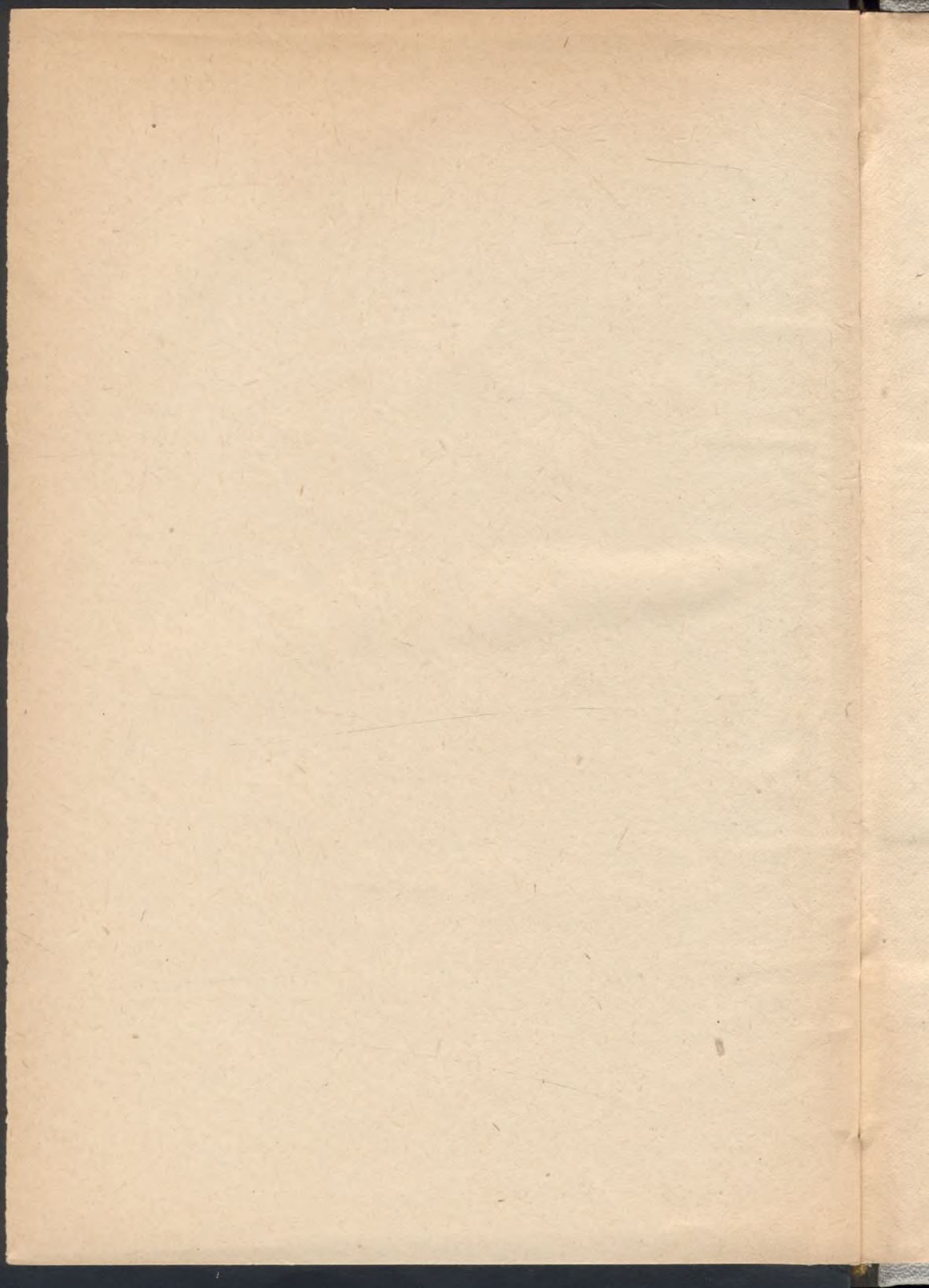


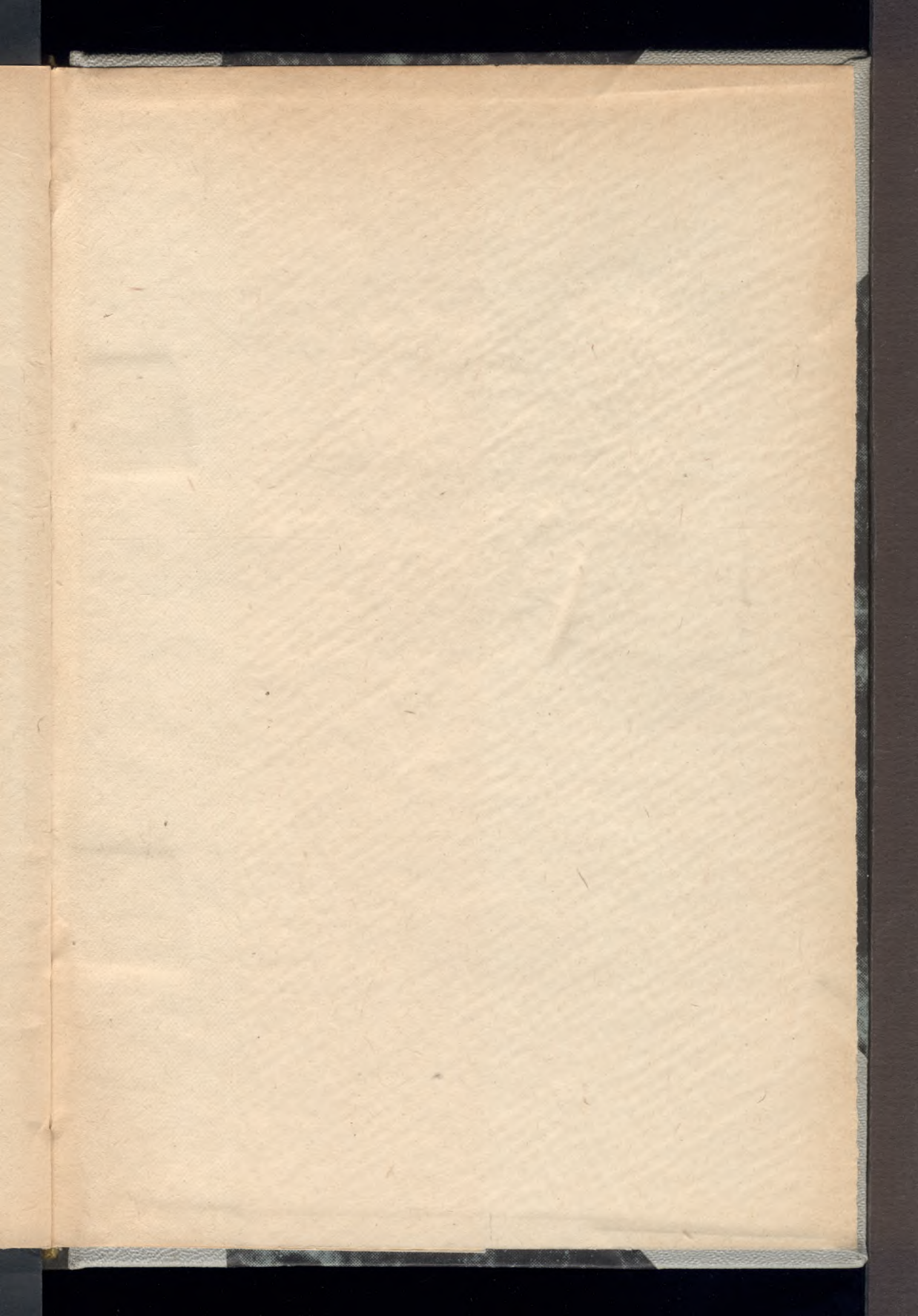


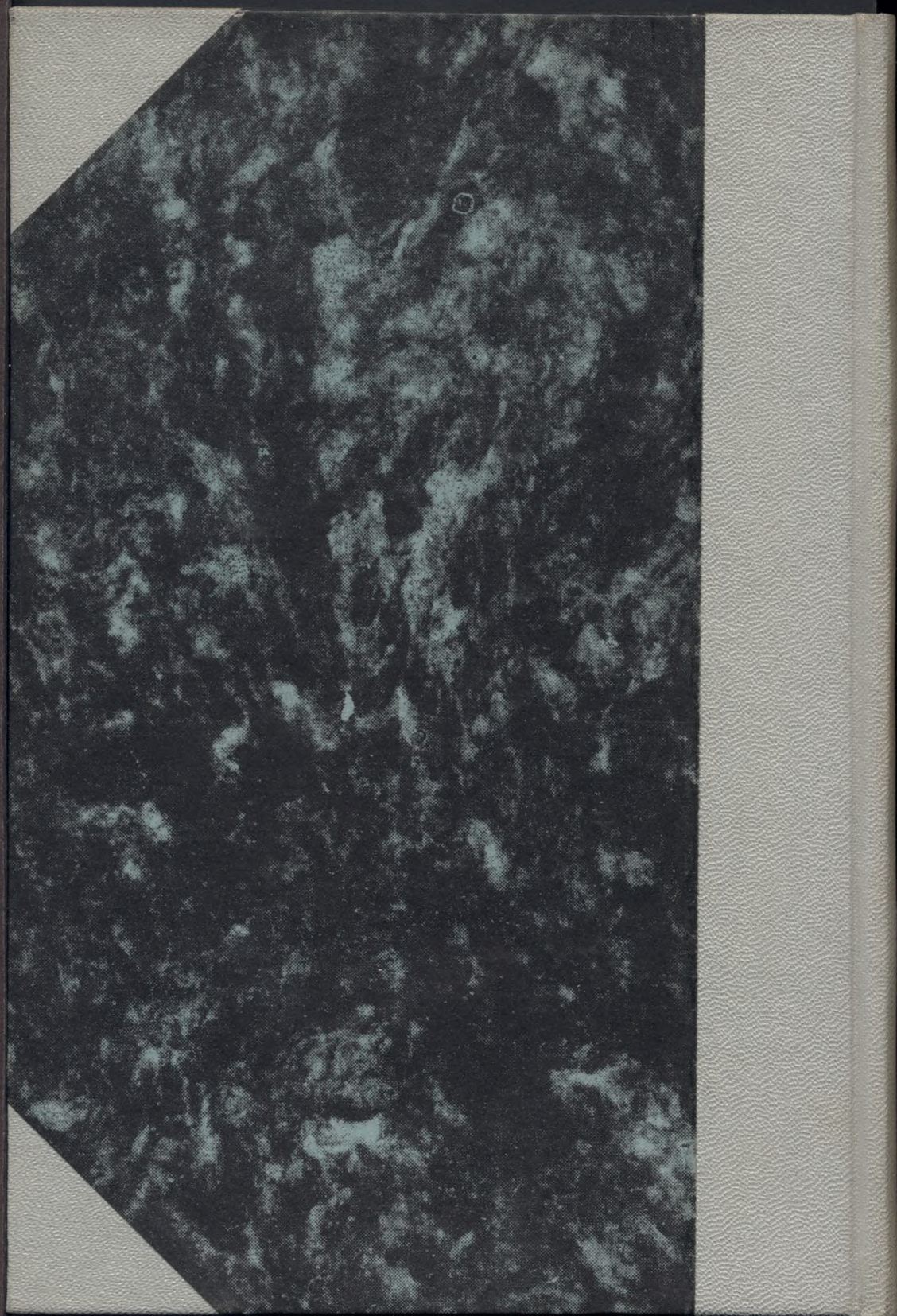












Stokely, C. R. PISCOPALISM

13